

El rastreador

Eduardo Gutiérrez

El rastreador / 1884*Continuación**y tercera parte de El Chacho**y Los montoneros*

Indice

El genio del rastreador

El Chileno

El Chacho hace la paz

Un minuet fusilado

Otra vez el Chacho

La guerra de recursos: ferocidades

La nueva campaña

Una aventura curiosa

El ejército de los chachistas

El ejercito fantástico

La batalla de las Playas

Las escondidas

La muerte de un héroe

El genio del rastreador

Como desde el primer momento Segovia se había propuesto dar con el asesino a toda costa, aquella misma noche mandó tapar con un cajón el pedazo de vereda donde indicó Sandes que había estado parado el asesino, poniendo allí un centinela para que no dejara tocar el referido cajón.

Era aquel pedazo de vereda que, según su plan, debía dar las mejores señas del hombre que quería agarrar.

Por eso es que había mandado buscar a Rufino Natel, el más famoso rastreador de San Luis, gaucho capaz de encontrar el rastro que buscaba, aun sobre la piedra más tosca.

Rufino Natel, hijo de rastreador, desde criatura había practicado aquel arte asombroso en todos los ejércitos que se habían movido por aquellos parajes.

Había servido con el Chacho mismo, con Benavidez y aun con el cura Campos, conociendo todos aquellos parajes, como a su propio individuo.

Pero Natel no había nunca querido servir contra Chacho, ni prestarse a ninguna rastreada que pudiera perjudicar al caudillo riojano, por quien tenía profundo cariño.

Esto fue causa de que una vez lo prendieran por negarse a seguir el rastro de los montoneros, y que lo condenaran a las estacas, lo que quería decir a muerte, pues ya se sabe que estacas se aplicaban hasta que la víctima hubiera muerto.

Segovia, que una vez había recibido un servicio del padre del joven rastreador, vino entonces en su ayuda de la manera más eficaz y oportuna.

Siendo el cuartel del 1º, donde se le mandó estaquear, Segovia puso en las estacas uno de los tantos cadáveres que entre ellas quedaban, y mandó decir al coronel Sandes que el individuo había muerto.

Sandes lo había mandado estaquear sin conocer su nombre, y aun sin haberlo visto.

Le habían dicho que se acababa de tomar un gran rastreador que se negaba a seguir los rastros del Chacho, y él lo había mandado estaquear sin más averiguación.

Segovia podía pues salvarlo sin el menor compromiso, desde que Sandes no lo conocía y su fisonomía se había borrado de la memoria de los mismos que lo prendieron.

Dio a Natel su mejor caballo para que huyera y se ocultara, haciendo el aparato que ya hemos referido.

Y la operación no tuvo la menor consecuencia; se creyó lo que había dicho Segovia, pues nadie tenía por qué dudarle, y nadie volvió a hablar de aquello.

Un muerto en las estacas era cosa harto frecuente para que ninguno se preocupara de un suceso tan familiar.

Natel, por su parte, al recibir el caballo de manos de Segovia, le había guiado una lealtad eterna.

-El día que me necesite -le había dicho-, búsqüeme, sea para lo que sea, que siempre estaré dispuesto a servirlo de todas maneras.

"Nada hay imposible para mí, y por hacerlo quedar bien, soy capaz de hallar el rastro del mismo diablo, si el diablo ha pasado por San Luis."

Por esto es que Segovia tenía la mayor seguridad de dar con el asesino; y por esto, desde el primer momento, había mandado tapar la parte de vereda donde estuvo parado, para conservar su rastro y hacerlo examinar por Natel, a quien mandó buscar, según hemos dicho.

Y cuando el rastreador vino a buscarlo, le manifestó que lo había hecho llamar porque quería que lo ayudara en un empeño.

-Ya sabe -respondió Natel-, que puede contar conmigo para todo: no tiene más que ordenar.

-La otra noche han dado una puñalada al coronel Sandes -dijo Segovia, tratando de penetrar todo el pensamiento del paisano, en el juego de su fisonomía.

-Ya lo sé, porque todo San Luis lo sabe, y a usted, que es mi amigo, con quien puedo hablar francamente, le diré que me alegro mucho y que lo único que siento es que no lo hayan muerto.

-¿Y sabes quién lo ha herido? Mira que yo te necesito para que me ayudes a encontrar el asesino.

-Siento mucho, no porque no pueda servirle, sino porque quisiera que ese hombre se salvara, pues muy justos motivos habrá tenido para hacer lo que hizo.

"Yo no le puedo negar nada, mi jefe: ha hecho bien en contar conmigo, aunque lo voy a servir contra todo mi deseo; pero poniendo todo lo que esté en mi mano para hacerlo quedar bien.

"Si el asesino está en este mundo, daremos con él, no tenga duda, porque soy yo quien lo busca -dijo el gaucho con acento triste-; pero lo siento con toda mi alma, y desde ya le pido que haga por salvarlo todo cuanto esté en su mano."

Para Segovia no hubo ya duda de que Natel procedía en entera buena fe.

-No tengas cuidado -le dijo-: ese hombre ha tratado de matar por encargo y lo que yo quiero saber es quién le encargó el crimen.

"Yo te garanto que a él no se le hará nada y que a este respecto puedes estar tranquilo."

-Estoy contento -respondió Natel-, porque ahora al entregarle el hombre que busca, no tendré remordimiento puesto que a él nada han de hacerle.

-Bueno, como tú andas en todas partes, entre toda clase de gente, tú has de saber quién lo ha herido al coronel, o por lo menos has de sospecharlo.

-Juro que no tengo la menor idea de quien haya sido: lo que me parece es que no debe ser de San Luis, porque ya se habría dicho.

"Es más fácil que haya sido algún forastero que ha estado oculto hasta el momento de dar el golpe, pues nadie sospecha siquiera quién pueda haber sido.

"Pero para nosotros esto no importa nada, mi jefe: venga el rastro que lo demás es cuenta mía."

Segovia fue con Natel hasta el pedazo de vereda que conocemos, y destapándolo le mostró la huella impresa sobre la tierra y el ladrillo; huella en que un profano habría podido ver la marca dejada por un pie humano.

-Este no es un gaucho- dijo Natel después de un ligero examen-: este hombre está calzado con botas de las que se venden en San Juan y Mendoza: este calzado es demasiado fino para un gaucho.

Y con una atención creciente siguió examinando el rastro de aquellos dos pies y en seguida los alrededores.

-Aquí ha estado parado antes -dijo llegando al hueco de la puerta donde Sandes vio primero el bulto-: de aquí ha pasado a los ladrillos y de los ladrillos ha disparado hacia el Oeste.

"Tenemos el hombre, mi jefe: yo le juro por mi fe que daremos con él, si es que no ha pasado a Chile, donde lo encontraremos de la misma manera si me lo dejan buscar."

-Pues manos a la obra entonces: yo te daré los elementos que necesites y a no parar hasta no traérmelo aquí.

Segovia preparó a Natel una escolta mandada por el más práctico de todos sus oficiales y le entregó víveres y dinero suficientes para que no carecieran de nada.

Después de haber oído al rastreador, Segovia no abrigó la menor duda de que daría con el asesino.

Natel se puso en campaña sobre tablas, dando principio a la rastreada más hábil y más interesante que haya tenido lugar jamás.

La vereda de la siguiente cuadra era de piedra, y sobre ella marchó el rastreador finísimo, sin levantar la vista del suelo y diciendo:

-Es extraño, yo no puedo equivocarme en el rumbo que ha tomado mi hombre ¡y nada más dicen las piedras de la vereda!

"Es verdad que han pasado días y que el rastro puede haberse borrado; pero no todas las pisadas han de haber desaparecido, algunas han de haber quedado."

De pronto, y al concluir la cuadra, Natel se detuvo, sonriendo con inmensa satisfacción.

Acababa de ver una pisada que seguía siempre la misma dirección de Oeste.

-Aquí va -exclamó-: si era imposible que yo me hubiera equivocado en el rumbo: no hubiera tenido perdón.

Dos cuadras más adelante, el rastreador halló tres pisadas más, que declaró ser del perseguido y que seguía siempre la misma dirección.

Aquello era extraño, muy extraño para Natel.

¿Cómo es que las pisadas sólo aparecían a tan largas distancias y en tan escaso número?

Sonrió enseguida como quien da en la explicación de algo difícil, y dijo al oficial que lo acompañaba:

-El hombre que perseguimos es un rastreador también y un rastreador que no se mama el dedo.

"El presume que pueden seguirlo, que puedo ser yo quien lo siga, y trata de despistarme con todo empeño.

"La cuestión es que yo tampoco me mamo el dedo y ya sé lo que tengo entre manos; vamos a ver si a Rufino Natel se le hace perder un rastro que ha tomado con empeño."

El amor propio del rastreador empezaba a interesarse con las dificultades que preveía, porque iba a dar la mayor prueba de todo lo que valía en su asombroso arte.

Natel sonrió de una manera más poderosa que las anteriores y retrocedió hasta el principio de aquella última cuadra, donde estaba la primera pisada, e hizo notar al oficial lo siguiente:

-El fugitivo -le dijo-, cuando hay ventanas, se toma de las rejas y camina entonces sobre el cordón de los pisos: aquí está el rastro.

"Sólo cuando las rejas se acaban, se baja a la vereda y marcha a grandes saltos hasta encontrar otras.

"Esto sólo lo hace un rastreador, y un rastreador que sabe que yo estoy en San Luis, porque con esta táctica se enredaría y perdería un tiempo precioso el mejor rastreador."

Y como el oficial se mostrara asombrado de su penetración, agregó:

-Esto no es nada, el hombre es hábil y nos ha de poner en dificultades mayores y más interesantes: ya lo verá.

Y siguió andando siempre con la vista fija en la vereda y sin borrar de sus labios la sonrisa impresa en ellos.

Al poco tiempo de marcha, Natel se detuvo y enseñó al oficial un sitio en el cordón de la vereda: allí los yuyos que se crían entre los ladrillos y piedras estaban aplastados, indicando que un gran peso había reposado allí.

-Aquí mi hombre se ha sentado -dijo Natel-; pero esto importa muy poco: lo que es necesario saber es por qué se ha sentado.

Natel caminó solo más de veinte varas y regresó enseguida donde habían quedado los compañeros, a quienes dijo:

-Mi hombre no tiene un pelo de zonzo; ha estado aquí sentado pensando la manera de despistarme hasta que cree haberla hallado, y la ha puesto en práctica enseguida.

"Sentado aquí, se ha sacado la bota del pie derecho, porque aquí hay un rastro tan liviano y poco marcado que no puede ser sino causado por la presión de una bota vacía.

"Enseguida el hombre se ha arrastrado, en la misma posición, apoyando en el suelo las manos, que se ven claramente marcadas en el suelo, y recién a las diez varas se ha puesto de pie: aquí está marcado."

Y Natel, mientras hablaba, había seguido caminando y mostrando en el suelo la comprobación de lo que iba diciendo.

-¿Por qué se había sacado la bota del pie derecho? ¿Por qué le incomodaba algo en el pie?

"Esto lo habría pensado cualquiera, pero yo veo aquí la verdadera razón.

"El fugitivo se ha sacado la bota para atarse el pie con un gran pañuelo y cambiar el rastro, de manera que nadie supiera a qué clase de animal pertenecía semejante rastro.

"Y ha seguido saltando, por aquí, en un solo pie, para mejor disimular el rastro y hacerlo buscar en otra dirección.

"Está mala la cosa -añadió-, pero para otro que no sea yo, porque ya estoy en el golpe y no suelto la pista."

Toda aquella demostración la hacía Natel sobre el terreno y mientras seguía andando; y era asombrosa la seguridad absoluta con que hablaba: parecía que iba refiriendo algo que había visto hasta en su menor detalle.

Natel dobló de pronto hacia el oeste y siguió el rastro del pie atado, unas cuantas cuadras más. De pronto llegaron a un potrero sembrado de maíz, donde indudablemente había entrado el hombre que venían persiguiendo.

La pesquisa empezaba a ser verdaderamente difícil, y pronto Natel iba a tener que declararse vencido, o llegaría al colmo de la habilidad.

Natel miró un momento las plantas de maíz, bastante altas ya, y sin vacilar un momento, con la seguridad más pasmosa, entró al potrero atravesándolo por el mismo centro.

Allí las plantas impedían completamente ver el rastro del suelo, pero Natel no lo seguía ya allí.

Se guiaba sólo por la inclinación de las cañas de maíz, que le iban indicando por donde había pasado el hombre.

El oficial y los soldados que lo acompañaban iban maravillados de aquella seguridad, al extremo que creían que Natel había perdido ya la pista, y sólo trataba de salir del sembrado para buscarla nuevamente.

Pero bien sabía Natel lo que hacía: para él era indudable que marchaba sobre la pista del fugitivo y no tenía por qué vacilar.

Pero al salir del sembrado, Natel tropezó con una dificultad ante la cual se hubiera dado por vencido cualquier otro.

Del lado del potrero por donde salían, corría una acequia bastante caudalosa, en la que había entrado el hombre con el propósito de caminar entre el agua, no dejando el menor rastro visible.

El camino que había seguido aquel hombre parecía estudiado, sabiendo que llegaría a la acequia donde haría perder todo rastro.

Y efectivamente, ¿cómo podrían saber, los que lo seguían, en qué sentido había caminado? Aquí estaba pues la gran dificultad.

Natel se detuvo a orillas de la acequia y tendió su vista por el campo, en todas direcciones.

Parecía buscar algo que le indicara la dirección que aquél podía haber seguido.

El oficial y los soldados miraban a Natel, sonriendo ante la dificultad que parecía insuperable y como si quisieran decirle: ¡aquí quiero verte, maula!

-Espérenme un momento -les dijo, y se lanzó por un flanco de la acequia, a favor de la corriente y a toda carrera.

Poco después regresaba convencido de que no podía ser aquella la dirección seguida por el

asesino.

En el sentido opuesto se divisaba una tapia como de dos varas de alto y a unas cuatro cuadras de allí.

-Como lo natural es examinar a favor de la corriente -dijo-, es justo que el que huye lo haya hecho contra aquella tapia que es la que me va a sacar de duda: allí voy yo a saber yo si mi hombre ha caminado a favor o en contra de la corriente.

Todos marcharon hacia la tapia atravesando la acequia, y allí se detuvo Natel mirando no tanto el suelo como la pared.

En el suelo no se veía el más leve rastro, ni trató él de buscarlo.

-Si yo fuera el que huía -dijo-, para salir de la acequia y saltar la pared, habría puesto mi poncho doblado en el suelo para pisar encima, y habría atado una punta al tobillo para alzar el poncho para cuando me alzara yo mismo a fuerza de puño.

"Quiero suponer que el amigo es tan ladino como yo mismo y que había hecho esta operación, que me parece ver marcada aquí.

"Es pues la tapia la que va a decirme si me he engañado o no."

Y con la agilidad de un gato subió a la tapia por uno de sus extremos, asegurando que, según la señal del poncho impresa en la tierra húmeda, el hombre había subido por el medio.

Una vez arriba de la tapia, Natel dio un gran grito y un puñetazo sobre los adobes.

-Ya te tengo, mi alma -dijo-: si era imposible que te me escaparas. Aquí ha estado el amigo -agregó, dirigiéndose al oficial y a los soldados que lo acompañaban.

"Aquí se ha desatado recién el pañuelo del pie derecho y se ha sacado la bota del pie izquierdo.

"Aquí está la señal de la bota, y aquí la del poncho.

"Podía haber descansado un poco aquí, y seguido por entre el agua hasta perder su pista, pero sin duda el hombre va a camino fijo, porque se ha dejado caer de este otro lado y ha seguido campo afuera."

Natel se dejó caer de la tapia por donde calculaba lo había hecho el asesino, y su ojo inteligente se clavó en el suelo con una insistencia particular.

-Aquí va mi hombre -dijo, señalando el rastro indudable de dos pies humanos, cuyos dedos no estaban acusados, aunque Natel había asegurado que iba descalzo.

-¿Y por qué, si va descalzo, no se ven los dedos del pie? -preguntó el oficial, para ver hasta dónde llegaba la seguridad de Natel.

-Por dos razones -respondió éste sin vacilar-: primero, porque camina asentando el pie hacia el talón, y segundo porque va en medias.

"Ya dije yo desde el principio que este hombre no era cualquier cosa; ya ven ustedes que usa medias, lo que no se puede negar por el rastro, como no se puede negar tampoco que la media del pie izquierdo está rota en el talón.

"Por eso es que va dejando esta media luna en todas las pisadas."

Como se ve, la habilidad de aquel hombre llegaba a su colmo.

Luchaba indudablemente con un hombre sumamente hábil y, sin embargo, no había vacilado un momento, ni se había equivocado en lo más mínimo desde que tomó el rastro.

Y como mayores dificultades que aquellas parecían imposibles que hallase, era indudable que no tardarían en dar con el prójimo.

El rastreador caminaba, según él, como si fuera siguiendo al individuo.

El rastro ahora, sobre terreno blando, quedaba perfectamente marcado.

De pronto el rastro de los pies descalzos concluyó, no hallándose una sola pisada más.

Pero Natel, sin vacilar un segundo y como si fuera aquello cosa por él prevista, siguió los rastros de alguien calzado con botas que por allí había pasado.

-Pero este no es el rastro que vamos siguiendo -observó el oficial sorprendido-: este es un rastro distinto.

Natel sonrió, y dijo al oficial que aquel era el rastro del asesino.

-Es el mismo rastro de las primeras pisadas en la vereda -agregó-: lo que hay es que hoy lo seguíamos descalzo y ahora lo vemos calzado.

"Aquí ha estado sentado -añadió mostrándole el pasto aplastado en un paraje cercano, donde terminaba el rastro descalzo-: se ha sentado alzando las piernas en el aire y se ha puesto las botas, sin tomar otra precaución, lo que prueba que creía haber borrado todo rastro anterior.

"Y sigue ahora calzado y rápidamente, como si se aproximara al fin de la jornada.

"Por aquí está la guarida del hombre, porque de otro modo no se apresuraría tanto.

"Estas pisadas son además muy frescas, me parece que de ayer, así que creo que no podemos tardar en caerle encima."

Aunque la noche se vino encima, Natel siguió rastreando; sin que las sombras fueran para él un inconveniente.

De cuando en cuando se detenía, se agachaba y seguía andando con perfecta seguridad.

Al amanecer del siguiente día, divisaron una tropa de carretas mendocinas cargadas con artículos de comercio, acampada allí.

Natel miró sonriendo al oficial, y le dijo:

-No es difícil que allí encontremos a nuestro hombre: de aquí sin duda ha ido a cometer un asesinato, y ha regresado después de dar el golpe, en la seguridad de que nadie ha de venir a buscarlo por aquí, porque él ha huido con el mayor cuidado de no dejar detrás rastro alguno.

Natel se acercó a la tropa, pero unas diez varas antes de llegar allí se detuvo sorprendido.

Los rastros que venía siguiendo se confundían allí con otros rastros de un hombre que parecía haber estado parado y los de dos caballos: allí se perdían los rastros del asesino y los de los que lo había esperado.

-Muy bien -dijo Natel-: parece que recién empieza nuestra jornada.

"Aquí han estado esperando al hombre con caballo pronto: ha montado y empieza entonces el verdadero viaje.

"Nada se ha perdido, pues tengo perfecta seguridad en lo que digo; pero si aquí ha montado a caballo es porque encuentra que la jornada va a ser larga."

Natel cortó mucho al norte, pues allí las pisadas de los caballos se confundían con otras mil, y como a unas seis cuerdas más adelante, volvió a hallar solas y bien marcadas las que él buscaba.

-Huyen hacia el norte -dijo-, y huyen a todo lo que dan los caballos, por lo que se ve que quieren ganar tiempo.

"Como en alguna o en algunas partes se han de detener, allí los alcanzaremos.

"Aunque yo tengo plena seguridad en lo que he dicho, no está de más que ustedes también la tengan: los troperos han de haber visto a nuestros jinetes: vamos a ver si lo que ellos dicen es lo mismo que he dicho yo, o si yo me he equivocado."

Todos se acercaron a la tropa y hablaron con su capataz, un mendocino viejo, que al ver soldados se pegó un susto de todos los diablos, figurándose sin duda que venían a saquearle las carretas.

En cuanto Natel le hizo las primeras preguntas, el viejo mendocino se sonrió, y mirando a sus peones les dijo:

-Bien les dije yo que aquel hombre no me parecía muy trigo limpio y que venía huyendo: ¡si tenía cara de haber hecho una mala acción!

"Cuando llegamos ayer a la madrugada -siguió el paisano, dirigiéndose a Natel-, había allí un jinete con un magnífico caballo ensillado del cabestro.

"Aquel caballo no podía ser de tiro, porque estaba demasiado bien empilchado: parecía más bien que estaría esperando a alguna persona.

"Al cabo de un rato largo llegó un hombre con quien se abrazaron, y estuvieron conversando mucho y en voz baja, puesto que no les alcanzamos a oír ni una palabra.

"Después el que había llegado montó en el caballo con que el otro lo esperaba, y salieron al gran galope en dirección al norte.

"Yo les dije a mis compañeros que sería capaz de apostar mi cabeza a que ese hombre había hecho algo malo y venía huyendo, y ahora veo que no me he equivocado, porque ustedes vienen persiguiéndolo."

-Esta es la verdad -dijo Natel-: mucho trabajo me ha costado seguirle el rastro desde el corazón de la ciudad de San Luis, pero ya lo tenemos y ahora es difícil que se nos escape.

-¡Quién sabe! -dijo el paisano-, y tal vez se les escape si logra llegar adonde quiere.

"El caballo que lo esperaba estaba ensillado a la chilena y el hombre que lo montó me pareció que tenía facha de chileno también.

"Si a esto se agrega que el rumbo que llevaron es rumbo a Chile, me parece que si no se apuran, antes que los alcancen habrán pasado la frontera."

El oficial tenía suma desconfianza del tal capataz y quería prenderlo para obligarlo a que confesara lo que sabía.

-No se puede tener desconfianza de este hombre -observaba Natel-, porque él es indudablemente el capataz de esa tropa, y nadie viene a ser cómplice de un crimen a tan larga distancia, y con tropa cargada.

"Si él no formara parte de la tropa, si viniera así nomás, de agregado o de acompañante, no digo que no; pero como viene o como habla, no puede ser cómplice de la cosa."

-¿Y cómo sabe que es chileno y que se escapa para Chile?

-Porque el hombre es observador y nada más: ¿cómo he colegido yo tanta cosa para no equivocarme en la rastreada que acabamos de hacer?

"No está la monta en rastrear en el suelo siguiendo una pisada que nos enseña el rumbo que debemos seguir.

"Es preciso rastrear también en la mirada, rastrear en la intención de los hombres sobre todo y así nunca habrá peligro de equivocarse.

"Yo le garanto que ese hombre es tan cómplice en el asesinato, como nosotros mismos: he leído en el modo de presentarse y hablar del hombre, todo lo que nos ha dicho y nada más.

"Créame lo que digo, mi oficial, y no hagamos barbaridades.

"Vamos a mandar avisar a Segovia lo que sucede, por medio de un chasque, para que determine lo que se ha de hacer.

"Los hombres se dirigen a La Rioja, no hay la menor duda, por el rumbo que llevan, y entonces es menos el peligro de caer en manos del Chacho o alguna de sus partidas.

"Yo he prometido lo que voy cumpliendo, tomar al asesino; pero no quiero que si nos sucede una desgracia que yo no pueda prever vayan a echarme la culpa: eso sí que no.

"Saliendo de aquí vamos a entrar en los dominios del Chacho, sembrados todos de sus partidas, no siendo nada difícil que caigamos en poder de una de ellas."

-Cuatro leguas más adelante -dijo el paisano capataz-, había cuando yo pasé una partida de quinientos hombres que nos detuvo y nos tomó un poco de azúcar; no será muy difícil que todavía estén allí.

La cosa, pues, merecía la pena de meditarse.

No sería extraño que el asesinato hubiera partido de entre las mismas filas del Chacho y que el asesino hubiera vuelto a ellas a dar cuenta del desempeño de su triste cometido.

Entonces todo sería inútil, puesto que una vez entre los montoneros, nadie lo sacaría de ahí.

-Yo tengo una deuda con Segovia -dijo Natel-, que no puedo pagar con nada: yo le he prometido dar con el asesino y daré con él, métase donde se meta.

"Una vez que lo encuentre, y sepa quién es, estoy satisfecho y él tendrá que estarlo también.

"Bueno: si ustedes no pueden seguir adelante porque Chacho anda por aquí, a mí no me sucede lo mismo.

"Yo puedo andar por donde quiera, sin que tenga nada que temer a nadie.

"Yo voy pues a seguir el rastro de mi hombre hasta dar con él y saber cómo se llama, y enseguida vengo a avisar a Segovia lo que haya averiguado y lo que se pueda hacer para tomarlo.

"Ustedes vuelvan a San Luis y cuéntenle lo que hemos hecho: díganle que no se aflija y que esté tranquilo que yo daré con él, esté donde esté, para contarle el fin de mi jornada."

El oficial, que sabía por Segovia podía tener en Natel una confianza sin límites, no puso el menor inconveniente en hacer lo que éste le decía, más, desde que era una cosa perfectamente razonable y bien tramada.

Leal a toda prueba, Natel sólo se ocuparía en su pesquisa, y conforme la terminara regresaría a dar cuenta de ella.

Internarse con él en la provincia de La Rioja, era exponer a su gente a caer prisionera del Chacho, sin el menor resultado práctico, exponiéndose a la más severa condenación de su jefe.

El oficial convino en un todo con Natel y pasaron juntos el resto de aquel día y toda la noche. Y como la tropa de carretas iba para San Luis, el oficial tomó de ésta cuanto Natel podía necesitar, con compromiso de pagarlo en la ciudad, pasando la noche tan alegremente como les fue posible.

El mismo capataz de la tropa quedó lo más contento, pues teniendo que andar el mismo camino, aquel piquete le servía de escolta y no tenían que temer un mal encuentro.

-Lo que es por mi parte -decía Natel-, nada tengo que temer de nadie, porque todos me conocen y hasta los indios me quieren.

"La única persona cuya presencia no afrontaría es el coronel Sandes, y éste por desgracia para los suyos, está bastante mal.

El chileno

Allí se separaron los milicos y Natel: éstos para regresar a San Luis con la tropa de carretas y aquél para seguir el rastro del asesino.

Segovia no pudo menos que aprobar cuanto se había hecho, asombrado, como todos, ante la habilidad estupenda de Natel.

-El me buscará dentro de poco -decía-, y estoy seguro de que me traerá el nombre del asesino y el paraje donde se halla.

"Está comprometida en ella su amistad, agradecida para conmigo y sobre todo su amor propio del mejor rastreador conocido.

"Si Natel no da con él es porque no se halla en territorio argentino.

"Y como es asesino indudablemente no ha obrado por su cuenta, Natel nos ha de traer el detalle hasta de la persona que ha encargado y pagado aquella terrible puñalada que sólo el cuerpo de Sandes ha podido resistir.

"¡Oh! La mano que la ha inferido es práctica y segura: cierto estoy de que el que la ha dado va

a garantizar la vida de la víctima; ése no ha pegado por vez primera, es un asesino demasiado práctico."

La noticia del asesinato de Sandes, que se corrió en San Luis con una rapidez increíble, circuló en el acto por todas las provincias del norte.

Cada cual daba la opinión que le parecía, diciendo unos que el asesinato había sido mandado hacer por Chacho, otros que era la venganza personal de un paisano y otros que era un soldado mismo de sus fuerzas, que había desertado esa noche.

Este último rumor estaba destruido, porque no había desertado ninguno aquellas noches, no porque le faltaran ganas, sino porque, dada la vigilancia que se tenía en la tropa, toda deserción era imposible.

En San Luis empezó a circular un rumor que era mucho más verosímil, pues él coincidía perfectamente con las sospechas tenidas por Natel.

Se decía que días antes del asesinato había llegado a San Luis un mozo chileno, conocido por algunos como el chileno Castillo, que nadie sabía donde se había alojado ni cuando había salido de la provincia.

Este tal chileno Castillo, según los que lo conocían, porque no era la primera vez que andaba por allí, era un jugador de profesión, mozo muy valiente y decidido, capaz de cualquier atrocidad.

En algunas jugadas, donde habían tenido sus cuestiones, el chileno había apagado los fuegos a los hombres más temidos, mostrando lo que era capaz de hacer en una o dos peleas que tuvo, en las que recibió muchas heridas, pero en las que al fin salió vencedor.

Era un mozo que vestía con mucho esmero y lujo, según decían, usando siempre botas finas, de unas conocidas por chilenas y que se vendían en la ciudad de Mendoza.

-Es el único hombre capaz de haberse puesto delante del coronel Sandes -agregaban; hecho sólo que importa un valor personal a toda prueba, pues al coronel Sandes, ni aun dormido, se animaría a herirlo el más gaucha, temiendo que, si erraba el golpe, no contaría más el cuento. Según aquellos rumores, que venían a coincidir con todas las sospechas de Natel, parecía indudable que el asesino de Sandes no fuera otro que el chileno Castillo.

Ahora quedaba la otra cuestión: es decir, quién había encargado el asesinato.

El chileno Castillo no tenía ningún resentimiento con Sandes, pues nunca había estado ni siquiera cerca del campamento.

No podía pues tener ningún motivo de venganza contra él, y entonces el asesinato había sido cometido por comisión.

¿Quién le habrá pagado? ¿Quién lo habrá encargado?

Esto es lo que más se necesita saber, y esto se sabría a la vuelta de Natel: Segovia tenía en ello plena confianza.

La noticia se había recibido en todas partes, levantando un sentimiento de alegría, que se trataba de disimular todo lo posible porque no podía ocultarse.

El coronel Sandes era muy poco simpático en aquellas provincias, que arrojaban sobre él toda la responsabilidad de los actos más o menos crueles cometidos en el ejército.

Y todos se alegraban del hecho, creyendo que, desapareciendo Sandes, desaparecerían hasta las causas de aquella guerra cruda y sin cuartel que sobre ellos se llevaba.

El único que desaprobaba el asesinato, cualquier que fuera su autor, era Peñaloza.

-Lo siento y lo lamento -decía-, porque me van a echar de esto la culpa, y yo sentiré con toda mi alma que se me vaya a creer capaz de cometer un asesinato, o de mandarlo hacer.

La salud del coronel Sandes, entretanto, imponía muy serios temores a los médicos que lo asistían.

A pesar de su constitución de bronce, a pesar de aquella carnadura excepcional, a pesar de la

prolija asistencia médica que se le hacía, la herida cicatrizaba, pero en malas condiciones. Aquella astilla de hueso dejada por el boticario, cuando curó la herida que empezó a cicatrizar con aquel hueso clavado, había producido un tumor que podría tener muy bien un desenlace fatal.

Se había prescrito a Sandes una inmovilidad absoluta como el mejor sistema curativo, y esto precisamente era lo más difícil de conseguir.

Porque Sandes, a pesar de todo, se sentía fuerte: no creía en la gravedad de la herida que veía cicatrizar en excelentes condiciones y no se resolvía a guardar cama, pretendiendo montar a caballo y regresar a San Luis a tomar nuevamente el mando de las fuerzas y seguir las operaciones de guerra.

-Es necesario cuidarse, amigo mío -le decía el médico-, y cuidarse mucho: usted vive por un milagro y es una tontera que por una imprudencia se eche a perder todo cuanto se ha ganado. Sandes creía que aquellas eran exageraciones y temores del médico, mal fundados; pero se resolvía a obedecer sus prescripciones, para que no le dijeran que era un terco a quien no había medio de reducir a la razón.

La guerra con el Chacho tomaba así proporciones alarmantes que nunca se sospechó el gobierno general, viéndose obligado a poner en juego todos sus elementos para terminarla cuanto antes, pues aquello era para él una venganza triste.

¿Qué podrá esperarse de un gobierno que, con todos los elementos de la Nación, no podía con un caudillo, sin más recursos que su prestigio, ni más elementos que sus armas ridículas, que no se concebía cómo con ellas podía presentarse en un campo de batalla?

Los caudillitos del Norte, que no tenían prestigio ni capacidad, que no podían obrar por cuenta propia, empezaron a plegársele, para merodear a su sombra y protección, cometiendo todo género de desmanes y robos.

Así, a la sombra del Chacho que los amparaba con su prestigio y su ejército, ellos también alzaron el poncho y fueron a engrosar sus filas haciendo causa común.

De modo que las tropas del gobierno tenían que maniobrar y moverse entre mil partidas enemigas que los acosaban por todos lados, no dejándoles un solo momento de reposo, ni ofreciéndoles la menor ocasión de un combate con todas las ventajas que su superioridad podía darles.

Viendo que era necesario a toda costa una batalla que pusiera fin a aquel triste estado, el ejército se lanzó de lleno a buscarla, poniendo los medios imaginables para dar con el Chacho y obligarlo a una batalla definitiva.

De cada monte, de cada barranca, de cada quebrada, salía un grupo de montoneros que daban un golpe de mano y se retiraban en seguida, porque aquel había sido su único objeto.

El gobierno general tenía fuerzas en todas partes, al mando de jefes experimentados en aquel género de guerra; pero ninguno podía alcanzar sobre los montoneros la menor ventaja.

En Mendoza, en San Juan, en San Luis, en Córdoba y en Tucumán, había diversas divisiones: pero que nada podían hacer, porque el enemigo no se presentaba sino cuando todas las ventajas estaban de su parte y cuando podía hacerlo de sorpresa.

Viendo Sandes que el médico no le daba de alta, se dio de alta él mismo, se declaró en estado de poder montar a caballo y seguir aquella cruenta campaña.

Sandes no se había preocupado un momento de averiguar quién había sido su asesino.

¿De qué le servía saberlo si no lo tenía a mano para hacerle expiar su falta?

Pero Segovia no desmayaba en su esperanza: sabía que Natel le traería los datos que necesitaba y quería, y no se preocupaba más del asunto.

Llamado por el coronel Sandes a Mendoza, marchó de San Luis con su regimiento, dejando aviso a Natel para que, así que regresara, fuera a buscarlo.

Pero sin necesidad de regresar a San Luis, el rastreador llegó a Mendoza, satisfecho de su pesquisa, porque había cumplido su palabra, averiguando todo aquello referente al asesinato. Bien montado, desde que se separó del campamento y de la tropa de carretas, Natel había seguido el rastro de aquellos dos caballos, uno de los cuales pertenecía al asesino.

Los fugitivos, que no pensaban seguramente en que pudiera alguien haberse puesto tras de su rastro, no tomaban ya ningún género de precaución y seguían francamente el camino de La Rioja.

Lo único que temía Natel era un posible accidente, que lo pondría en un verdadero conflicto, caso que se realizara.

Si aquellos dos jinetes se separaban, no sabiendo él cuál era el caballo montado por el asesino, no sabía cuál de los dos rastros tenía que seguir.

Necesitaba saber qué caballo montaba cada uno, y esta era la mayor dificultad.

A la siesta, Natel llegó a una población miserable del camino, donde los fugitivos se habían detenido, dejando, para un rastreador como Natel, todas las señales de haber mudado caballo. Aquí el hábil rastreador podía conocer, con un poco de experiencia, qué caballo montaba cada uno de los dos fugitivos, entregándose a este trabajo primero que a nada.

Siguió el rastro del asesino hasta que éste se detuvo delante del rastro de un caballo que allí había estado parado.

Y, como allí desaparecía su pisada por completo, era indudable que en aquel caballo había montado, siendo por consiguiente aquel el rastro que tendría que seguir en adelante.

Natel estudió bien aquel rastro, y sintió su espíritu aliviado del peso que había traído hasta entonces.

Ahora, aunque se separaran los jinetes, ya sabía él a cuál caballo debía seguir, sin la menor vacilación.

Los dos jinetes se dirigían a La Rioja, dejando, en los parajes que mudaban, los caballos que habían llevado hasta allí.

Estos caballos, todos ellos magníficos y bien cuidados, corroboraron a Natel en la idea que tuvo desde que vio el primer rastro del asesino.

Aquel no era hombre que había obrado por su cuenta, sino por encargo, y quien le había pagado el asesinato era persona pudiente, porque solamente así se explicaba que se hubiera tenido mudas en todas partes, y mudas tan de primer orden como aquellas.

Fingiendo que él era peón del hombre a quien rastreaba, iba mudando de los mismos caballos que aquel dejaba, y viajando con una comodidad que jamás soñó.

Llegado a la ciudad de La Rioja, Natel, que tenía allí infinidad de amigos, soltó el caballo que había llevado hasta allí y entró a casa de un amigo con el recado al hombro: aseguró que venía huyendo de las tropas nacionales y que se iba a fijar en La Rioja hasta que cambiaran los tiempos.

Allí descansó el resto de aquel día y toda la noche.

Y a la madrugada salió con pretexto de ir a pedir recursos a otro amigo rico: se fue a tomar el rastro abandonado el día anterior, siguiendo el cual llegó a la casa de un caballero muy conocido en La Rioja y que no nos consideramos con derecho a nombrar.

Allí había entrado el asesino; pero por el examen del rastro había vuelto a salir también.

Natel se decidió a hablar con el dueño de casa, para averiguar el nombre que tanto deseaba conocer.

Si el asesino estaba allí, se haría su amigo, con el pretexto de participarle que Sandes no había muerto.

Y si no estaba, entonces conseguía más fácilmente su objeto.

El dueño de la casa lo hizo entrar a su presencia preguntándole lo que deseaba.

-En realidad yo no lo busco a usted sino a la persona que ha venido de San Luis mudando caballos en tal y cual paraje.

-¿Y para qué quieres verlo? -preguntó algo alarmado aquel caballero.

-Eso no lo puedo decir, sino a él mismo: no es que yo desconfíe de usted; pero la cabeza de un amigo bien vale la pena de andar con pies de plomo.

-Te digo que es lo mismo -replicó el hombre cada vez más alarmado-: dime cómo se llama la persona que buscas, para ver si puedo tener confianza en ti.

-Eso sería lo mismo que venderlo: dígame usted cómo se llama la persona que yo busco y el nombre de quien ha recibido algo de su mano, y yo veré entonces si debo o no franquearme con usted.

El hombre aquel reflexionó un momento; reflexionó que, solamente sabiendo lo que pasaba, aquel paisano podía haber venido a su casa, y le dijo solamente:

-El chileno Castillo.

-¿Y el otro?

-El coronel Sandes.

-Superior: ¿por cuenta de quién?

Aquí el hombre reflexionó mucho más, pero ya aquel paisano sabía todo, según parecía, y era inútil ocultarle nada.

Así es que resolviéndose rápidamente, le agregó:

-Por cuenta mía. ¿Estás satisfecho ahora?

-¿Cómo no!: ahora veo que se puede tener confianza en usted y creerle sobre su palabra lo que diga.

-Bueno, ahora vas a decirme a qué has venido, porque tú no has venido a esto nomás.

-No, señor; yo he venido aquí buscando al chileno Castillo para decirle cosas muy graves, como que tiene que salir de La Rioja inmediatamente porque está descubierto.

-¿Pero cómo y por quién va a estar descubierto, cuando él me ha dicho que ni el infierno daría con él porque, si el diablo mismo se ponía a rastrearlo, perdería el rastro porque él lo había borrado con mucha habilidad?

"El chileno es un rastreador de primera fuerza -agregó-, y él me ha referido cómo se había atado los pies y caminado entre el agua y hecho otras cosas que haría perder su rastro al más pintado."

-Todo eso es cierto -contestaba Natel sonriendo al ver que no se había equivocado en el menor detalle-; pero es cierto también que tal rastreador le soltaron atrás, que no sólo no perdió el rastro, sino que muy pronto declaró que, el asesino del coronel, no podía ser otro que el chileno Castillo.

-Cuando el chileno aseguraba que había destruido su rastro, yo creí que nadie daría con él: ahora veo que hay rastreadores que lo aventajan.

-Tan cierto es esto, como que andan comisiones por todas partes en busca del chileno.

"Bueno, como él es mi amigo, yo he querido prevenirle el peligro que corre y por eso me he costado hasta aquí.

"El no me ha contado nada, yo sé la cosa porque sí, porque para mí no hay nada que se pueda ocultar, y quiero prestarle este servicio, porque él, confiando en que nadie sabe lo que ha sucedido, podría volver a San Luis o a Mendoza y ser preso, y sabe Dios qué más.

"Porque hay una cosa que ni él ni usted saben ni imaginan, y es que el coronel Sandes está tan vivo como nosotros mismos."

Grande fue la sorpresa y el espanto que demostró aquel hombre al oír tan inesperada noticia.

-¿Cómo vivo? -exclamó-; el chileno me dijo que Sandes, después de herido, había seguido hasta el cuartel porque es un hombre de fierro.

"Pero no tenga cuidado, agregó, que con la puñalada que yo le he dado no puede vivir más que hasta el día siguiente, y eso, porque es él, que otro habría muerto en el acto.

"Le ha quedado medio cuchillo dentro de la herida, y además un pedazo de la costilla rota por el mismo golpe.

"Con semejante herida, concluyó, no hay nadie que viva más de una noche, aunque lo curara el diablo mismo."

-Pues el coronel Sandes vive, se ha curado y se prepara a limpiarse, en primera oportunidad, al que le infirió la tal herida.

"Es preciso convencerse de que para matar al coronel Sandes es preciso cortarle la cabeza, y esto mientras se la tire bien lejos para no pueda pegársela otra vez.

"Ese hombre no es de carne y hueso como los demás: es hecho de una pasta endiablada, y, si Castillo se descuida, no será difícil que sea él quien muera a las manos de Sandes."

El hombre aquel quedó triste y pensativo, pues no sólo se había malogrado toda su empresa, sino que él mismo quedaba expuesto a un serio peligro.

Conforme habían descubierto a Castillo, podían descubrirlo a él mismo y entonces ya podía hacer su testamento.

Natel había concluido, por su parte, la misión que lo llevó a La Rioja: podía dar a Segovia los datos que aquél necesitaba, demostrándole así que realmente era un amigo leal sobre quien podía contar con entera seguridad.

Ahora, como nada tenía él que ver ni nada había ofrecido respecto a la persona que había mandado hacer el asesinato, Natel tuvo lástima de aquel hombre a quien con tanta habilidad había arrancado su secreto, y le dijo:

-Ahora yo me voy, pues ya nada tengo que hacer aquí.

"Solamente, antes de irme, quiero dejarle un buen recuerdo mío y este buen recuerdo será un consejo, que tal vez valga la vida."

-Venga el consejo: no sé por qué tengo una gran confianza en él, y en quien me lo da, así es que lo acepto apresuradamente y prometo seguirlo al pie de la letra.

-El consejo es éste, y su importancia no va usted a tardar en reconocer; yo no sabía que Castillo hubiera venido a esta casa, ni tenía la más remota idea que pudiera hacerlo.

"Sin embargo, sin vacilar un momento, he venido hasta aquí en la seguridad de que lo encontraría."

-¿Y cómo pudiste tener esa seguridad si no sabías que había venido aquí?

-No lo sabía cuando llegué a La Rioja, ni lo supe hasta que no llegué a esta casa.

-¿Quién te lo dijo entonces?

-Nadie más que el rastro de Castillo, perfectamente marcado hasta aquí, rastro que, así como lo he seguido yo, puede seguirlo cualquiera.

"Ahora, para que nadie pueda seguirlo y descubrir un secreto que puede muy bien costarle la cabeza, conviene borrar ese rastro, y éste es el consejo que yo le doy.

"Esta noche, y sin que nadie pueda apercibirse de ello, mande usted a alguien que borre ese rastro desde aquí hasta su entrada en La Rioja, y desde aquí por el paraje donde ha salido, unas diez cuadras adelante."

El consejo no podía ser más sabio y aquel hombre lo aceptó en el acto.

-Sólo una dificultad me ocurre, y es ésta:

"Es preciso que quien vaya a borrar el rastro sea una persona inteligente en estas cosas, y esto ya importaría ponerlo sobre la pista que quiero destruir."

-No se aflija por esto -contestó Natel-, que yo le prestaré el servicio por completo borrando yo mismo el rastro.

El hombre aquel se mostró agradecidísimo a todo cuanto aquel desconocido había hecho por

él y quiso salir a mostrarle por donde había salido el chileno para facilitarle la operación.

-Es inútil -dijo Natel-; si yo no fuera capaz de ver a momento por donde ha salido no merecería que nadie tuviera confianza en mí.

"Espéreme un momento que ya vuelvo: voy a darle una muestra de lo que son mis ojos."

Natel salió, dio la vuelta alrededor de la casa, naturalmente y sin detenerse en paraje alguno, caminó en seguida hasta la esquina, y volvió a entrar, diciendo al hombre que había salido con él hasta la puerta y que lo miraba asombrado:

-El chileno ha salido por los fondos de la casa, saltando la pared de la izquierda, ha caminado hasta la esquina y allí ha montado a caballo, tomando la dirección de Chilecito.

"Borrando su rastro, hasta el del caballo, no hay necesidad de más, porque el que no haya visto el rastro del pie, no podrá saber a quien pertenece el caballo.

"Ahora es preciso empezar por destruir el de la casa y para que usted vea como es fácil seguir un rastro, no me digo usted ni una palabra, yo voy a seguir sobre el rastro y usted verá como no me he equivocado."

Natel volvió a la pieza donde había estado antes seguido siempre del dueño de casa, que sonreía asombrado ante tanta habilidad, y parándose en un sitio hacia la izquierda, le dijo:

"aquí ha estado parado el chileno".

Y siguió caminando mientras decía: "de aquí ha pasado a esta otra pieza por donde ha salido al patio, parándose aquí un momento a conversar".

"Bueno, aquí se ha acercado a la pared y ha seguido arrimado a ella como buscando el paraje más a propósito para saltar.

"Por aquí ha querido subir, pero no le ha parecido bien sin duda y ha preferido saltar por acá: aquí están los dos pies sobre la pared, y subiendo por allí mismo, continuó, y aquí se ha montado a caballo, dejándose caer a la calle en seguida.

"Empezamos entonces por aquí", agregó, y borró de sobre la pared la huella del chileno y la suya misma.

Y retrocedió todo el camino andando hasta la puerta de la calle, borrando una huella que para cualquier otro hubiera pasado desapercibida.

No se había equivocado en el más mínimo detalle.

-Parece imposible -murmuró la persona aquella, que no podemos nombrar-: yo que sé lo que es un rastreador, no creí nunca que un arte pudiera llevarse hasta este extremo, pero usted será una excepción.

-No confíe en esto, si quiere vivir seguro, pues así como he rastreado yo, puede rastrear algún otro; hasta no destruir la pista no esté tranquilo; yo se la borraré esta noche.

Efectivamente, aquella noche y a la luz de la luna, Natel borró hasta el más leve rastro del chileno, asegurando al hombre que ahora podía dormir tranquilo.

El mejor rastreador perdería el rastro del chileno a la entrada de La Rioja, sin poder hallarlo más.

El hombre aquel, que algún dinero había gastado en el asesinato, quiso compensar a Natel con una fuerte suma los servicios que acababa de prestarle, pero aquél no quiso aceptarle ni un real.

-Yo lo he servido -dijo-, porque así soy yo, y si aceptara paga vendería el gusto que tengo de haber hecho una buena obra.

"No me quite ese gusto y si alguna vez me necesita para algo, búsqieme en San Luis que allí dará conmigo, preguntando por Rufino Natel."

-No quiero que vayas sin un recuerdo mío que te puede servir de algo alguna vez -dijo el hombre-, y, sacando de sus botas un par de espléndidas espuelas, las entregó al rastreador, para que con ellas pudiera salvar su primer apuro.

Natel se despidió de aquel hombre, satisfecho con su proceder, y al otro día salió de La Rioja en busca de Segovia, para darle cuenta del desempeño de su comisión.

En el camino supo que había marchado para Mendoza y allí se largó en su busca.

El coronel Segovia, que no había dudado un momento de Natel, y que lo esperaba todos los días, tuvo un verdadero alegrón cuando lo vio llegar.

-Te has tardado -le dijo-, pero no importa, pues por eso mismo sé que has de traerme buenas noticias.

-Así es mi jefe -repuso satisfecho el rastreador-: he cumplido su encargo.

-¿Quién es el asesino y dónde está?

-Sí, mi jefe: el asesino es el chileno Castillo: pero se halla en mal paraje para tomarlo, porque ha pasado a Chile, atravesando la misma ciudad de La Rioja.

-Pero en La Rioja se había detenido en alguna parte y allá estarían sus cómplices.

-Sin duda Castillo ha sabido o ha presumido que lo seguían y ha tomado sus medidas.

"Después de entrar en La Rioja ha desmontado solo para mudar caballo, y esto en el paraje más solitario.

"Había allí cerca una casita, pero de ella nada han tenido que ver con el fugitivo a quien allí mismo esperaba el caballo.

"Ha montado y ha seguido al galope largo: ha vuelto a mudar caballo en Chilecito y ha seguido viaje a Chile donde se ha internado.

"Sus cómplices, porque siempre pensé que el chileno no había obrado por cuenta propia, lo habían estado esperando allí, temerosos de ser descubiertos.

"Ahora, y ya que se sabe quién es el asesino, no hay más que tener paciencia y esperarlo.

"El no puede sospechar de manera alguna que se le ha seguido paso a paso, y que se sabe ya quién es.

"En cuanto pase un poco de tiempo él ha de volver a sus negocios y sus jugadas, y entonces se le echa el guante.

"Por lo mismo que él es rastreador, y de los buenos, cree haber borrado perfectamente su rastro, aún para los ojos más experimentados.

"Es imposible entonces que piense que alguien lo ha seguido sobre su misma pista, si alguien se lo dijera, seguramente no creería."

Segovia quiso hacer a Natel un regalo en compensación de su trabajo, coronado de tan buenos resultados, pero el rastreador no quiso admitirle nada.

-Demasiado le debo todavía, para tomarle nada.

"Todo lo que yo soy, puedo y valgo hasta la vida misma -le dijo-, puede usted disponer de ello.

"Yo le debo más que la vida, pues usted me salvó no sólo de la muerte sino del martirio.

"Por usted mis hijos tienen padre y no llevan la vida miserable del huérfano hambriento, y por usted mi vieja madre y mi mujer tienen todavía quien les lleve un pedazo de carne.

"En nombre de todo eso que yo le debo, puede usted mandar de la manera que quiera y siempre me encontrará pronto a servirlo.

"El servicio, que le hecho ahora, en nada disminuye mi deuda, porque él no vale nada.

"Si aquel asesinato hubiera sido el acto de una venganza, yo hubiera hecho una violencia terrible en descubrir a su autor.

"El que mata por venganza de ofensas como las que es capaz de hacer el coronel Sandes; el que mata arrastrado por una pasión capaz de arrastrar el corazón de un hombre hasta el crimen, es digno de respeto, digno de lástima y amparo.

"Pero el que mata por encargo, el que pone precio a la puñalada, que va tal vez a arrojar una familia inocente en la orfandad y la miseria, ése no es digno de lástima: ése es un miserable

que ha procedido con toda cobardía, sin el menor impulso de corazón que pueda servirle para atenuar su infamia.

"Por eso, desde que vi que se trataba de un asesinato encargado y pagado, porque nadie asesina de balde, seguí la huella del asesino sin el menor escrúpulo, sin el menor remordimiento de conciencia: aquel hombre no había levantado su brazo, ni siquiera en nombre del partidario chachista: él no tenía más razón ni más motivo, que el precio fijado a su puñalada.

"Es pues una pesquisa que he hecho con cierto gusto, y por la que usted nada me debe, mi jefe."

Segovia dio un abrazo a Natel y se fue a llevar la noticia a su amigo Sandes.

-Al fin me salí con la mía -dijo-, porque descubrí quién había sido su asesino.

-¿Y quién ha sido ese bellaco? -preguntó Sandes con cierta curiosidad-; ¿qué motivo ha tenido para cometer semejante bribonada? Estoy seguro de que será alguna hazaña del Chacho.

-No, parece que esta es alguna venganza personal mandada ejecutar por encargo.

"El que le ha herido es un chileno Castillo, muy conocido como pájaro de cuenta."

-¿El chileno rastreador? -preguntó Sandes con marcada sorpresa-; ¡parece increíble!

"El chileno Castillo es el único hombre que debía estarme agradecido, si es que algo debe agradecerse en esta vida; no sé por qué me había dado por proteger a ese hombre, y más de una vez lo he sacado de apuros dándole dinero y prestándole servicios de aquellos que un perro no olvida nunca."

Efectivamente, Sandes había cobrado amistad al chileno por algunos caballos que éste le había adiestrado con todo esmero y con todo desinterés.

No sólo le había ayudado con dinero, sino que le había amparado en una pillería que cometió una noche; pillería que se la hubieran hecho pagar de una manera bastante cara.

Y era aquel hombre quien había vendido su brazo para herirlo y que no lo había muerto, no porque en ello no hubiera puesto todo empeño y todo cuidado.

-Está bien -concluyó el coronel, después de agradecer efusivamente a su amigo Segovia aquella verdadera muestra de cariño-: puede que el chileno Castillo caiga algún día en nuestras manos: ya verá qué castillos los que he de hacer yo con él.

-Un único servicio quiero pedirle con este motivo -dijo a su vez Segovia.

"Ya Vd. sabe que Castillo es un rastreador consumado: al huir, lo ha hecho borrando toda pista y disimulando y cambiando aquellas que no ha podido borrar, con una habilidad asombrosa, pues ha llegado hasta andar buscando las acequias para caminar entre el agua y no dejar así el menor rastro.

"La persona que yo le he soltado atrás, a pesar de todo esto y a fuerza de constancia, ha sabido hallar al asesino, siguiéndolo hasta Chile, donde se ha internado.

"Es un hombre bueno y honrado.

"Yo le pido entonces toda la consideración a que es acreedor, el día que necesite nuestro amparo."

Sandes ofreció a Segovia lo que éste le pedía, y de esta manera quedó Natel garantido: para lo sucesivo, no tendría ya nada que temer.

El Chacho hace la paz

Aquel estado de cosas no podía durar más sin grave perjuicio y trastorno de la República entera.

El gobierno general se veía obligado a mantener en pie de guerra un fuerte ejército y las

provincias todas, a consecuencia de aquella guerra, pasaban por una situación miserable e insostenible.

Reducir al Chacho por medio de las armas, obligarlo al combate de una manera decisiva, era un sueño, como sería también un sueño querer quitarle sus mil recursos de montonero.

Era preciso buscar un arreglo que salvara la grave situación, sin menoscabo del gobierno general.

Era preciso ver las pretensiones del Chacho, estudiar lo que exigía y enviar un comisionado que tratara con él un arreglo honorable y equitativo.

De otra manera, y con el sistema de combatir del Chacho, la guerra podía durar dos años más, o sabe Dios cuánto tiempo, destruyéndose las provincias que servirían de teatro a los beligerantes.

Se pensó entonces en el doctor Bedoya, sacerdote de gran prestigio y que tenía un fuerte ascendiente sobre Peñaloza.

El doctor Bedoya, hombre ejemplar y de una abnegación sin límites, aceptó la delicada misión que se le confiaba y marchó en el acto a entenderse con Peñaloza y tratar de reducirlo al camino de la paz que importaría la tranquilidad de toda la República y de La Rioja misma que tanto amaba.

El doctor Bedoya fue a ver a Chacho, emprendiéndose entonces por parte del ejército todo género de hostilidades.

A cualquiera le hubiera sido imposible dar con el Chacho y poder hablar con él.

Para el doctor Bedoya esta imposibilidad desaparecía porque conocía el hábito de los montoneros y del Chacho mismo.

Así es que él fue directamente a la ciudad y manifestó públicamente que iba a conversar con Chacho sobre asuntos del mayor interés.

Bedoya sabía que de esta manera Chacho no tardaría en recibir la noticia y venir a buscarlo: mientras que si él salía en busca de Chacho no daría con él en mucho tiempo.

Bedoya era un hombre querido y respetado como sacerdote: todos sabían que no era capaz de cometer una infamia y mucho menos de tender un lazo a Chacho.

Así es que, en cuanto supieron el objeto de la venida de Bedoya, ocho o diez gauchos baqueanos, que sabían donde andaba Peñaloza, más o menos, se soltaron en su busca para llevarle la noticia.

Chacho estaba acampado cerca de La Rioja organizando un golpe de mano a un convoy de la proveeduría, que había salido de Mendoza, cuando tuvo la noticia del doctor Bedoya.

-Es extraño -pensaba-, ¿qué puede querer conmigo aquel hombre tan leal y bondadoso?

"Lo mejor es ir a verlo, para saber qué quiere, y para complacerlo en lo que nos sea posible."

Y dando instrucciones a sus jefes para que el ejército no se moviera de aquel punto, sino en caso de ser atacado, se vino a La Rioja acompañado de su mujer y de dos de los jefes de su mayor confianza.

De modo que dos días después de haber llegado a La Rioja, el doctor Bedoya recibía la visita del Chacho, concibiendo, por la manera como acudía, el mejor resultado en el desempeño de su misión.

-Yo soy un enviado de la paz -dijo después de los primeros saludos, y entrando de lleno en la cuestión-: es preciso terminar con esta guerra desastrosa y poner un punto final a este eterno derramamiento de sangre que a nada conduce y con el que no se obtiene ningún resultado práctico.

-No es a mí entonces a quien hay que dirigirse, sino a ellos -respondió Chacho bondadosamente-: a ellos que están ensangrentando el suelo de la patria, no sólo en los combates que tienen lugar, sino en la matanza bárbara de montoneros, que llevan a cabo por

el menor motivo y con el pretexto más estúpido.

"Es a ellos a quienes hay que acudir, pues son ellos quienes nos atacan, obligándonos a la defensa más legítima y más desesperada.

"Porque nosotros no peleamos por defender al país de la ambición de aquellos bárbaros: peleamos en la defensa del hogar, del honor de nuestras mujeres y de nuestras hijas, porque para semejante enemigo nada hay sagrado ni digno de respeto.

"Nos tratan como a animales feroces y quieren exterminarnos a toda costa.

"Nosotros defendemos así lo más querido que puede tener un hombre sobre la tierra, y no dejaremos las armas mientras ellos las estén esgrimiendo de un modo tan miserable."

-Ellos se quejan de ustedes, diciendo que no hacen más que tomar una justa represalia de todo lo que se les hace; pero no se trata ahora de discutir quién tiene y quién no tiene razón, sino de terminar esta guerra por medio de una paz honrosa y equitativa.

-Pues acuda a ellos, señor, que si ellos dejan de agredir, nosotros dejaremos de defendernos, y todo habrá concluido.

-Yo voy hacer algo más importante -dijo entonces el Dr. Bedoya-, porque yo vengo en nombre del gobierno de la Nación, de cuyo leal proceder me ofrezco como la mejor garantía.

"El gobierno quiere hacer la paz, pero no así de palabra, para que el ejército cese de atacar y ustedes de defenderse.

"El gobierno quiere una paz sólida y duradera, por medio de un tratado serio, cuyos puntos sean religiosamente cumplidos y terminen con estas guerras vergonzosas entre hermanos, que debían unirse y formar entre todos la gran Nación Argentina."

-Pero cuando esos hermanos son Caín y Abel -respondió Chacho, a quien el cura había enseñado aquellas historias religiosas-, no hay paz posible: siempre habrá uno que mate y otro que no se resuelva a ser muerto impunemente y se defienda como pueda.

"Ellos nos tratan a filo de espada y punta de lanza: ellos matan a los hermanos indefensos que logran tomar y entran a nuestros pueblos como si fueran tolderías de indios.

"Que no autorice el gobierno semejantes iniquidades, y nosotros nunca tomaremos contra él las armas."

-El gobierno ignora todas esas pequeñeces que, si las conociera, las castigaría, no tenga duda, amigo mío, porque es un gobierno de principios y de orden.

"Esas son licencias que se toman los jefes, y que nunca llegan a conocimiento del gobierno."

-¡Caramba! -exclamó el Chacho, sonriendo con una ironía fina, pero agudísima-; yo soy un gaucho salvaje y miserable, según dicen: yo soy un bandolero infame que capitaneo grupos de asesinos.

"Sin embargo, en mi ejército no se comete la menor iniquidad ni se hace nada de que yo no tenga conocimiento, por más lejos que me halle del teatro de los sucesos."

-Es que el gobierno está mucho más lejos de su ejército. Bueno Aires está muy lejos, y las noticias llegan allí de una manera bien distinta a lo que sucede.

-Bueno, a pesar de todo -exclamó Peñaloza-, a pesar de todo, yo estoy dispuesto a celebrar cualquier tratado de paz, porque es usted quien me lo viene a pedir y porque es usted quien va a llevarlo a cabo y no ha de prestarse a ninguna perfidia.

"Pronto conocerá usted a los hombres con quienes se han metido, y verá qué clase de bandidos y qué clase de criminales son."

-Esas son exageraciones muy disculpables, y que se explican muy fácilmente -respondió Bedoya.

"Aquel es un ejército regular mandado por jefes de orden y de principios, incapaces de cometer las acciones de que se los acusa."

-Usted será el testigo y el juez -respondió Peñaloza-: usted verá por propios ojos de lo que

aquella gente es capaz, y se convencerá de que en lo que yo he asegurado no hay la menor exageración.

"Siempre que usted nos garanta la buena fe del gobierno y que hará cumplir al pie de la letra lo que se pacte, yo estoy dispuesto a hacer la paz, y a licenciar el ejército el mismo día que se firmen los tratados, previa salida de toda tropa del territorio riojano."

El doctor Bedoya quedó nuevamente complacido con la disposición de espíritu con que hallaba a Chacho.

Creía que efectivamente había gran exageración en lo dicho, pues no podía creer que los jefes nacionales cometieran las monstruosidades de que se les acusaba.

Y desde aquel momento empezó a discutir con el Chacho las bases de un tratado de paz firme y duradera.

A aquella conferencia y a pedido del Chacho asistió al gobernador de La Rioja y aquellas personas en cuyo talento y buen juicio tenía plena confianza el caudillo.

Y como Bedoya permitía todo género de garantías, no hubo desde el principio el menor inconveniente, desde que las partes pactantes obraran con entera buena fe.

No hubo mucho que discutir ni mucho que modificar.

Obrando con entera buena fe y con perfecta equidad, el doctor Bedoya proponía el artículo, que ampliaban o discutían ligeramente los hombres llevados por Chacho: éste se limitaba a aceptar lo pactado, diciendo solamente: si no se cumple, quiere decir que vendré a tener razón una vez más.

Tres días duraron aquellas conferencias, al fin de los cuales vino a quedar terminado el tratado que se firmaría por el gobierno de La Rioja, Chacho, los jefes nacionales y el doctor Bedoya a nombre del gobierno nacional.

Desde aquel momento se suspendía todo acto hostil por una y otra parte.

Los jefes de los ejércitos se encontrarían cinco días después, en el lugar llamado *Las Banderitas*, acompañados de sus estados mayores y de los prisioneros de guerra, pues según un artículo del tratado cada cual debía hacer entrega al enemigo de los prisioneros que de él tuviera, como la expresión de la buena armonía que reinaría desde entonces entre los que habían sido enemigos encarnizados.

Chacho no conservaba en las filas de su ejército ni un solo prisionero.

Todos los que había tomado vivían libremente en La Rioja sin que nadie los molestara.

Como sobre ellos no se ejercía la menor vigilancia, podían haberse ido cuando lo hubieran hallado conveniente; pero la mayor parte permaneció en La Rioja puesto que allí a nada se le obligaba y su estadía significaba un largo descanso; descanso que perdería seguramente en cuanto se reincorporaron al ejército.

Chacho le hizo avisar que había hecho la paz, que se iba a canjear prisioneros y que era necesario que se reunieran todos para asistir con él a aquella verdadera solemnidad.

Muchos de aquellos prisioneros recibieron con la mayor tristeza aquella noticia, sobre todo aquellos que eran simples soldados.

Volver al ejército significaba para ellos volver a la vida tremenda de los cuerpos de línea, abandonando una existencia pobre y aún miserable para muchos, pero tranquila y relativamente feliz.

Y de tal manera preferían algunos la condición de prisioneros del Chacho, que se ocultaron negándose a ser entregados.

Y esto se explicaba con facilidad: muchos de ellos eran soldados destinados y recargados en el servicio, convencidos de que nunca conseguirían su baja, y estaban cansados de sufrir.

Se encontraban libres y considerados; en sus cuerpos habrían sido dados la baja por muertos y no querían volver a la espantosa vida de la tropa de línea.

Y unos se ocultaban mientras otros suplicaban a Peñaloza no los devolviera y los dejaran vivir entre ellos.

-De mil amores -contestaba el Chacho-: yo quisiera dejarlos a todos, pero si no los presento, para disculpar los asesinatos, van a decir que yo los he asesinado también, y yo no quiero que, ni aparentemente, puedan hacerme una inculpación semejante.

"Yo haré entrega de ustedes, y después que ellos los hayan recibido y visto que aquí no se asesina a nadie, ustedes pueden entonces desertar y volver entre nosotros, en la seguridad de que serán siempre bien recibidos como amigos y como hermanos."

Pero muchos milicos, desconfiando poder desertar y no queriendo volver a lo que ellos llamaban la cárcel de línea, se escondieron el día de la marcha y se quedaron en La Rioja, ocultos en las casas donde los habían recibido con cariño verdaderamente fraternal.

El día fijado por el doctor Bedoya se encontraban en *Las Banderitas*, el general Peñaloza, acompañado de su estado mayor y de un gran grupo de individuos que, por el uniforme que aún conservaban, debían ser prisioneros de guerra.

Acompañaban además a Chacho muchas personas caracterizadas de La Rioja, que rodeaban al gobernador, allí presente también.

Por parte del gobierno, estaban el coronel Sandes con su estado mayor, algunos otros jefes nacionales y el doctor Bedoya, satisfechos de haber acercado de aquella manera a tan irreconciliables enemigos.

Todos desmontaron y se pusieron a hablar amigablemente.

Pero se veía que Chacho tenía algo que lo mortificaba íntimamente y que no acertaban en lo que podría ser.

¿Por qué Chacho, tan alegre habitualmente, estaba triste cuando más alegre debía mostrarse? No iban a tardar en saber el motivo, motivo poderoso, capaz de entristecer, de conmovir, diremos mejor, al espíritu más indiferente.

El doctor Bedoya, colocado en el centro de todos, leyó las bases del convenio celebrado que todos escucharon atentamente.

Era lo pactado y no había la menor cosa que observar.

-Hay una cláusula que no va a poder cumplirse por parte del gobierno -dijo Chacho con la mayor solemnidad-: pero que no obstará para que la paz se lleve adelante porque yo no tengo más que una palabra, y esa la he empeñado ya, a pesar de que conocía ya esa imposibilidad.

-¿Cuál es ella? -preguntó el doctor Bedoya con extrañeza-, ¿qué base hay que no pueda ser cumplida por el gobierno?

-No es el momento de decidirlo -contestó el Chacho con profunda melancolía-: cuando llegue el momento de cumplir todo lo que ahí se ha escrito, se verá que Chacho responderá a todo lo que ha firmado y que el gobierno no podrá hacer otro tanto.

-¿Hay algún inconveniente, coronel Sandes? -preguntó Bedoya a éste, después de leer nuevamente las bases del convenio.

-Yo no encuentro ninguno -respondió Sandes-, y creo que el gobierno puede cumplir todo cuanto quiere.

A pesar de esta seguridad, Chacho sonrió con profunda melancolía y pudo verse que el jefe nacional esquivaba la mirada franca y valiente del caudillo.

¿Comprendía lo que éste quería decir y sabía que no le faltaba razón?

No tardaría en saberse.

El tratado fue firmado allí mismo por todos, proponiendo Sandes que se separaran, porque se hacía tarde y cada cual estaba lejos de sus tropas.

-Mañana tendremos la segunda conferencia -dijo-, que puede tener lugar en La Rioja misma, puesto que ya somos amigos, y allí se firmará la otra copia del convenio, puesto que una debe

quedar aquí y otra llevarse a Buenos Aires.

-Desde que somos amigos y nada hay que temer ya -contestó Chacho-, los ejércitos pueden quedar en donde están, y seguir todos nosotros a La Rioja, desde ahora mismo; yo creo que nadie tiene motivo para dudar de mí; sin embargo, si alguno lo tuviera, el señor doctor Bedoya puede salirme de fiador.

-Efectivamente yo respondo del Chacho -dijo éste-; yo respondo de su lealtad, como le respondo a él de la lealtad del gobierno.

Este tratado será cumplido en todas sus bases: de otra manera no le hubiese puesto yo mi firma.

El Chacho volvió a sonreír con melancólica fruición, como si tuviese la certeza de que el gobierno no podría cumplir aquel tratado.

Sandes manifestó que él, como jefe superior, tenía que regresar al ejército, para tomar infinidad de medidas referentes al cumplimiento del trabajo mismo, y que dentro de breves días iría a reunírsele en La Rioja.

-¿Y no puede mandar sus órdenes con algún ayudante o uno de los jefes del Estado Mayor?

-Imposible, debo hacerlo personalmente, porque son cosas delicadas que debo ver ejecutar yo mismo para tener la más absoluta seguridad de que se han cumplido.

Todos se preparaban a separarse cuando Chacho se aproximó al doctor Bedoya y le dijo de manera que todos pudieran oírlo:

-Antes de separarnos, hay una cláusula que debe cumplirse aquí mismo según lo entiendo, y tan lo entiendo así, que he venido preparado a cumplirla por mi parte.

-No recuerdo que haya cláusula de inmediato cumplimiento -repuso el doctor Bedoya-; sin embargo, usted dirá cuál es.

-Cómo no: según el tratado, se establece que, todos los prisioneros hechos por ambas partes, serán canjeados inmediatamente de firmarse el tratado, como la mejor prenda de amistad.

"Aquí están -siguió, señalando el grupo de los que había llevado- todos los prisioneros que yo he tomado al coronel Sandes.

"Faltan unos pocos, es verdad, pero éstos son los que no han querido venir porque se encuentran demasiado bien en La Rioja, donde gozan de completa libertad y consideración por parte de mis paisanos; ellos podrán corroborar, a su tiempo, la afirmación que aquí hago.

"Aunque no los veo -concluyó sonriendo-, siempre supongo que estarán cerca de aquí los prisioneros que se me han hecho a mí."

Los jefes nacionales guardaron silencio mostrándose visiblemente confundidos.

-¿Qué no tienen ningún prisionero mío? -continuó Peñaloza, con voz trémula- ¿ni uno solo ha escapado a la matanza, ni uno solo se ha salvado del general degüello?

"Me lo habían dicho, pero no lo había querido creer.

"El ejército nacional está mandado por hombres civilizados, por jefes de orden, respondía, y respetarán mis prisioneros, aunque fusilen uno cuantos por razones especiales que tengan.

"Ni uno solo escapa, me decían: prisionero que agarran lo degüellan o lancean.

"Ahora veo que todo es verdad; el ejército de orden y de principios, los jefes que vienen a pelear en nombre de la civilización y del derecho, no respetan a los prisioneros de guerra y hacen con ellos lo que no hacen las tribus de indios.

"Sin embargo, yo, el gaucho salvaje, yo el montonero feroz y asesino, yo, el bandido miserable, he conservado sin faltar uno solo, los prisioneros de un enemigo que degollaba los míos.

"Digan ellos si tienen un reproche que dirigirme, digan si les falta un botón del uniforme y sin han oído en nuestros labios la menor injuria."

Chacho hizo aproximar a los prisioneros y les reiteró aquellas preguntas.

-Nos han tratado como hermanos -dijo el oficial más caracterizado-; para nosotros no han sido enemigos sino protectores.

Los demás prisioneros prorrumpieron en un entusiasta y prolongado viva al general Peñaloza, significando así todo cuanto le debían.

-Aquí están, pues, mis prisioneros, los que devuelvo, muchos de ellos aún contra su misma voluntad.

"Por los míos ya no preguntaré más, pues harto significativo es el silencio que ustedes guardan.

"Así responde el Chacho a los cargos de bandido, de montonero asesino y ladrón que se le hacen, por los hombres de orden y de principios, que ni siquiera son capaces de respetar la vida de prisioneros rendidos o indefensos.

"Si yo, obrando como lo hago, soy un bandido y un salteador, ¿qué son ustedes entonces, señores jefes nacionales?

"¿Qué voy yo ahora a contestar a las viudas y los huérfanos de los prisioneros que ustedes debían entregarme en cambio de los que les dejo?

"¿Que éste es el enemigo con quien he firmado un tratado de paz que cumplirá hasta donde le convenga?

"Esta es, señor Bedoya, la cláusula que yo decía a usted que no podría cumplir el enemigo, pero que no por esto hará que yo pueda echarme atrás: la paz está hecha y no seré yo quien falte a lo convenido."

El doctor Bedoya estaba conmovido y avergonzado antes los terribles reproches dirigidos por Chacho a los jefes nacionales; reproches que éstos no habían levantado, ni intentado siquiera levantar, porque todo lo dicho por Peñaloza era la más estricta verdad.

Todos los prisioneros hechos a Peñaloza habían sido muertos de las maneras más feroces que hemos indicado ya.

-Yo empeño mi palabra de honor -dijo entonces Bedoya-, que le serán devueltos todos los prisioneros suyos que se hallen destinados en las filas del ejército nacional.

-No empeñe usted su palabra, porque no podrá devolverme sino esqueletos -concluyó el Chacho-: ahí están los míos.

La conferencia estaba terminada: la grandeza de alma, de que había dado pruebas tan latentes Chacho, había humillado al enemigo.

Y fue al separarse que tuvo lugar la escena más conmovedora.

Los prisioneros conducidos allí por el Chacho, que vieron que éste se iba y que tal vez no volverían a verlo más, se acercaron a despedirse del valiente caudillo, que les tendió la mano con extraño cariño; parecía imposible que, meses antes, aquellos hombres hubieran sido enemigos a muerte.

Un joven oficial, santafecino y prisionero en el último combate, se acercó a Peñaloza, conmovido hasta las lágrimas, y le dijo:

-Fue usted mismo, amigo mío, que me recogió del campo de batalla, donde estaba muriendo.

"Usted mismo curó mi herida, me recomendó en aquel rancho hospitalario donde acabaron de curarme y más tarde me recibió en La Rioja y en su casa, no como un prisionero de guerra sino como un hijo.

"Fue allí, al lado de los suyos, que recuperé la salud perdida, comiendo de su pan, debiéndoles los momentos más felices de mi vida.

"Esto yo no lo olvidaré nunca, general Peñaloza; siempre usted será para mí un hombre a quien miraré como un padre, y esté donde esté no lo olvidaré un minuto.

"Diga lo mismo a su hija y su valiente compañera, a quienes espero volver a ver muy pronto, tan pronto como pueda obtener una licencia o mi baja."

Chacho dio un abrazo a aquel joven y se retiró rápidamente como si la prolongación de aquella despedida le hiciera daño.

Todos se habían conmovido con las palabras de aquel joven oficial, cuya frente, surcada por una terrible cicatriz roja, aún mostraba la bárbara herida recibida.

Aquel joven había caído en el último combate, bajo el golpe de aquella tremenda herida, y Chacho, al pasar por su lado, conmovido ante su aspecto juvenil y distinguido, lo había alzado, montándolo adelante, en su propio caballo.

Al pasar por una pequeña población en la huida, Chacho lo había dejado, después de recomendarlo a una buena familia y después de haberlo curado él mismo.

-Quiero que lo cuiden como una cosa mía -les había dicho-, y que cuando esté bueno le faciliten como pasar hasta La Rioja.

El deseo del Chacho se cumplió con infinito cariño por aquella gente sencilla y buena, que no sólo obraban por complacer a Chacho, sino interesados ellos mismos por la juventud y el agradecimiento de aquel oficial que era casi un niño.

Cuando estuvo bueno, le dieron una mula y le dijeron que cuando quisiera podía pasar a la Rioja, que ellos tenían el mayor gusto en conservarlo a su lado; pero como Chacho les había ordenado proceder así, no podían hacer otra cosa.

El joven siguió viaje a la Rioja, y allí fue recibido en casa del Chacho, por la Victoria, a quien el caudillo ya había hablado de él, y por su bella hija.

Cuando Peñaloza volvió a su casa, lo trató como a un hijo, y, cuando se ausentó de nuevo al ejército, le manifestó que allí estaba en su casa y libre de hacer lo que quisiera, incluso regresar entre los suyos.

Y así aquel joven fue tan feliz, que no se hubiera movido nunca de allí por su voluntad.

En casa de Peñaloza se le proporcionaba cuanto podía necesitar, y cada vez que Chacho volvía a su casa, no perdía la oportunidad de demostrar el cariño más desinteresado.

-La guerra ha de concluir al fin, de una o de otra manera -le decía-, porque no puede ser eterna.

"Entonces, y si yo vivo todavía, véngase aquí conmigo que nada le ha de faltar; yo le daré cómo trabajar con provecho y le garanto que a mi lado podrá ser feliz relativamente, puesto que yo no soy más que un pobre gaucho que poco aliciente debe tener para una persona como usted."

Y el joven había vivido así, feliz y considerado, todo el tiempo que habitó la casa hospitalaria de Peñaloza.

Aquella separación brusca, cuando menos la esperaba, fue para él un golpe triste, con el que se conformó pensando obtener pronto su baja para volver al lado de sus nobles amigos.

Porque el joven este era solo en el mundo, había perdido a sus padres siendo muy niño, y este mismo desamparo era lo que había influido en su espíritu para hacerlo abrazar la carrera de las armas.

De modo que, un corazón huérfano de afectos, se encontró dulcemente subyugado por el cariño en que le había habituado la familia de Peñaloza a la que se había acostumbrado a mirar como la propia.

Así, la paz lo había sorprendido en medio de aquellas nuevas e íntimas afecciones, arrancándolo a ellas cuando menos lo esperaba.

-Parece que el amigo se nos ha pasado -dijo irónicamente uno de los jefes, al ver el entusiasmo que demostraba al hablar del Chacho y de su familia.

-Yo no me he pasado -respondió éste con cierta severidad-, y, la prueba de que no me he pasado, es que a pesar de mis afecciones me encuentro aquí.

"Si me entusiasmo al hablar de aquella gente, yo no tengo la culpa, pues entre ellos he

encontrado el cariño afectuoso y leal de que soy huérfano entre ustedes.

"Ningún afecto personal, ninguna amistad leal y desinteresada me liga entre mis compañeros de armas: sólo tengo aquí el amor a mi bandera que seguiré hasta la muerte, porque a ella me debo y porque así lo juré."

Iba tal vez a replicar ásperamente el jefe a quien el joven acababa de dar aquella lección, cuando medió el doctor Bedoya para evitarlo, diciendo:

-Este joven tiene razón, tiene mucha razón: el agradecimiento es un sentimiento noble y no es digno del aprecio de los demás el que no lo experimenta con igual calor.

Y felicitó al joven por aquellos sentimientos tan vivamente expresados.

Los demás prisioneros, a su vez, empezaron a referir con igual entusiasmo la manera como habían sido tratados, al extremo de que el coronel Sandes les impuso silencio, prohibiéndoles terminantemente que volvieran a hablar la menor palabra del asunto.

-Estoy conforme con el agradecimiento que todos muestran -decía-; el hombre debe ser agradecido y no olvidar nunca los beneficios que recibe; pero, en este caso, cada cual debe guardar su agradecimiento para sí.

"Si todos estos vuelven al ejército con iguales discursos, si cada uno va a referir mil felicidades y aventuras amorosas, me van a desorganizar al ejército.

"El día de una batalla, mis soldados van a ser más chachistas que el Chacho mismo, y no van a pelear por dejarse tomar prisioneros para ir a gozar de todas aquellas delicias."

-Como se ha hecho la paz -replicaron algunos-, creímos no hacer mal con hablar así.

-En paz o en guerra -dijo entonces Sandes-, el que venga a elogiar al enemigo entre las filas del ejército, le pego cuatro tiros como traidor a la patria y a su bandera.

"¿Adónde vamos a parar si las filas del ejército regular se convierte en cátedra de elogios al enemigo, si los mismos soldados y oficiales declaran que nosotros somos un ejército de bandidos sin ley alguna, mientras que los montoneros son los soldados de más nobles sentimientos que se conocen?"

"Si el Chacho o la Chacha los han tratado bien, será para hacer méritos, pues bien saben ellos que se han hecho acreedores a los más severos castigos por haberse levantado en armas contra el gobierno constituido.

"Si ha habido algunos a quienes se ha tratado bien, habrá también muchos a quienes se habrá tratado de una manera infame; lo que hay es que los muertos no pueden hablar y venir a referir aquí todas las crueldades de que han sido víctimas.

"Basta pues de elogios al enemigo, que demasiado se han dicho ya y tolerado, faltando a mi deber."

Con semejante reprimenda y amenaza, cesó como por encanto el coro de alabanzas entonado por los prisioneros, emprendiéndose la marcha a reunirse con el ejército.

La prohibición de Sandes de poco podía servir, pues demasiado conocidos eran ya los sentimientos de Chacho y el trato que en La Rioja se daba a los prisioneros de guerra.

El doctor Bedoya no había creído en el exterminio de los prisioneros del Chacho, a pesar del silencio guardado por los jefes cuando Chacho les hizo el cargo.

Pensaba que tal vez sería porque los prisioneros estaban repartidos como soldados entre los diversos cuerpos, pero al fin tuvo que convencerse, que lo que Chacho había dicho, no era sino la estricta verdad: no se conservaba un solo prisionero: todos habían sido pasados por las armas: todos habían muerto en los cepos colombianos u otros suplicios análogos.

Y Chacho sabía esto: ¡él conocía la manera como sus prisioneros habían sido tratados, los horrores cometidos en las poblaciones, y no había tratado de hacer lo mismo, ni siquiera para ver si de esta manera contenía al enemigo!

Por el contrario, los suyos sabían que serían acreedores a todo su desprecio aquellos que

maltrataran a un prisionero.

Chacho había llevado su generosidad hasta el extremo de no hacerlos responsables de aquellos horrores, y seguir fiel a la palabra empeñada.

Sólo una amenaza se le había oído, y esta amenaza era para lo futuro: "¡Si este convenio se altera en cualquiera de las bases a cumplirse, si se me falta de cualquier modo a la palabra empeñada, yo vuelvo a tomar las armas, pero esta vez será hasta la muerte!"

El doctor Bedoya concluyó su comisión, arregló todo lo concerniente y regresó a Buenos Aires para obtener del gobierno el cumplimiento a todo lo pactado.

Fue entonces que se supo que Peñaloza no era el bandido de que se había hablado, a quien, la prensa engañada, había pintado como un hombre feroz y sanguinario.

Todo aquello que dependía del gobierno fue cumplido inmediatamente, enviándose a La Rioja los socorros pedidos y dándose orden de no perseguir a ninguno de los que habían tomado armas con el Chacho.

Se mandó retirar el ejército de La Rioja dándosele la orden de ocupar otros puntos, porque a la sombra de Chacho se habían levantado algunos caudillos, de escasa significación, que era preciso someter antes que pudieran tomar cuerpo.

El prestigio de Peñaloza, lejos de disminuir con los tratados de paz, había aumentado de una manera fabulosa.

Conforme lo habían acompañado a la guerra, porque él los había llamado, lo acompañaban y ayudaban en su propósito de mantener la paz a toda costa.

Y tenían tal seguridad en que aquella paz no había de ser duradera, que cada cual se retiró a su casa como una visita, preparándose a la nueva campaña que no había de tardar en abrirse.

-Yo he hecho la paz -había dicho el Chacho a los suyos-, porque creo que hemos sacado una ventaja, aunque ésta no sea más que la del descanso que vamos a tener.

"Pero yo les juro que no permitiré que se falte en lo más mínimo a lo pactado y que, a la menor hostilidad, seré el primero en estar en pie.

"Ustedes saben que yo soy el primer guardián de las libertades riojanas, y que pueden descansar en mí.

"Váyanse entonces tranquilos, aunque atentos a mi primer llamado."

Y el ejército se disolvió como por encanto, después de haber recibido algún dinero y algunas otras dádivas que la paz celebrada había acordado.

Chacho no había pedido nada para sí, puesto que él no había luchado por sus intereses; pero sí había pedido algo para sus soldados impagos, que lo habían sacrificado todo, por amor y en honor de su provincia, sin pensar en ningún género de recompensa.

Chacho creyó que debía exigir algo para ellos haciendo de esto la base de toda negociación. Y la generosidad del caudillo era tan conocida de sus parciales, que en la seguridad de que para sí nada había pedido, cada cual vino a ofrecerle lo que se le había dado.

Chacho, conmovido hasta las lágrimas, agradeció a los suyos aquella prueba de cariño, no aceptando ni un solo cobre.

-Yo nada necesito, gracias a Dios -les decía-, si algo necesitara alguna vez serán siempre a mis amigos a quienes primero acudiré, estén de ello seguros.

"Voy a aprovechar de la paz para cuidar un poco mis pocos intereses; como yo poco necesito para vivir, no he de carecer de nada."

Chacho podía haberse hecho en seguida gobernador de La Rioja, cediendo al deseo de toda la provincia; pero jamás soñó en aceptar este honor, a pesar de las instancias de todos sus amigos.

-Yo no entiendo estos asuntos de gobierno -decía-, ni entiendo de estas cosas; yo no puedo gobernar porque no he nacido para gobernador.

"Un gobernador tiene por fuerza que ser un peso para su pueblo, por más que quiera evitarlo, sacrificando a los menos por el bien de los más.

"Yo no pienso sacrificar a nadie; yo no quiero que nadie tenga sobre mí ni una sombra de queja.

"Gobierne otro en tiempo de paz, que yo gobernaré mi ejército en tiempo de guerra y nada más."

Y se ganó a su casa, entregándose al más completo descanso.

Es verdad que, de todas maneras, era él el verdadero gobernador de La Rioja, el hombre a quien el pueblo acudía en todos sus apuros, y el gran empeño que todos mostraban en sus apuros y percances.

Porque Chacho no se negaba jamás a complacer a los que a él acudían, filosofando de esta manera hidalga:

-Cuando yo los necesito los llamo, y ellos acuden a mí: les pido todos los sacrificios, aún el de la vida misma, y ellos no me preguntan ni para qué ni porqué: se ponen a mis órdenes y basta.

"¿Qué hazaña hago yo entonces en reunirlos, más, cuando los pobres no me piden más que palabras y empeños?"

Y desde el primer momento se ponía a la completa disposición del que lo solicitaba.

Si el pedido era de dinero, y él no lo tenía, mandaba empeñar o vender su mejor prenda, sin el menor remordimiento, entregando su importe sobre tablas.

Si eran empeños para el gobernador, para que hiciera tal o cual concesión, o perdonara tal o cual falta, en el acto estaba en campaña, no parando hasta no conseguir la cosa.

¿Y quién iba a negar nada al general Peñaloza?

-No se puede hacer justicia así -solía decirle el gobernador-; usted es el amparo de todos estos cachafaces a los que no se puede castigar ni multar.

-¿Y qué vamos a hacer? -contestaba el Chacho sonriendo-; ellos son mis hijos y al fin y al cabo tengo que tener para ellos la debilidad de todo padre.

"Ellos le han dado también su sangre en sostén de las libertades y los principios de La Rioja: ¿qué hazaña se hace con condescenderles esta miseria?"

Y no solamente les conseguía lo que deseaba, sino que sostenía que nada se había hecho en beneficio de su protegido, quien muchas veces era realmente un cachafaz.

El gobierno se encontraba coartado por el Chacho, que no podía negarse al que se presentaba a golpear su puerta.

Feliz con el amor de su mujer y de su hija, Chacho no aspiraba a más, desde que había asegurado o creído asegurar el bienestar de su provincia.

El ejército había sido licenciado tan completamente que no quedó un solo soldado sobre las armas.

Todo el mundo se entregó a cuidar sus intereses tanto tiempo abandonados y gozar de los placeres que podían hallar en el hogar y entre la familia; placeres que podía decirse eran desconocidos para aquella buena gente que había dividido su vida entre las penalidades del campamento y los peligros de la batalla.

Chacho sabía que a su primer llamado acudirían todos sin faltarle uno solo, y no se preocupaba absolutamente en su diseminación.

Además, no creía volver a necesitar del contingente de sus bravos, persuadido en la buena fe del gobierno y en la estabilidad inmovible de los tratados que firmó bajo la fe del Dr. Bedoya.

Y La Rioja entró así a una época de prosperidad de que no tenía idea, porque la paz por aquellos mundos era cosa desconocida.

A muchos de los soldados de aquel prestigioso caudillo les habían salido las primeras canas

en el campamento; sin saber lo que era una semana de tranquilidad, habían pasado su vida batallando siempre y en aquellas fabulosas montoneras que tanta sangre costó. El cariño por el Chacho había salvado los límites de La Rioja, porque tan chachistas como los riojanos mismos, lo eran los catamarqueños y los de todas las provincias del Norte, en fin, que miraban en él la garantía de todo derecho.

Un minuet fusilado

Estaba de Dios que poco había de durarle aquella paz que Chacho se figuró eterna. El militarismo imperaba en las provincias sometidas a la exclusiva voluntad de los jefes que habían ido a someterlas y pacificarlas. Ellos no habían tenido el menor tino en su manera de obrar y, en vez de inspirar el respeto por el gobierno nacional que ellos representaban, habían engendrado un odio profundo y un rencor mezclado a un sentimiento de tremenda venganza. Los jefes trataban a aquellas poblaciones inocentes militarmente, con un rigor excesivo a que no estaban habituadas ni podrían habituarse jamás. Eran una mina de pólvora que iba cargándose por sí misma y que al fin estallaría de una u otra manera. Los jefes nacionales creían que mientras Chacho permaneciese tranquilo nada tendrían que temer. Pero no veían que cada provincia de aquellas y cada departamento tenía un caudillo más o menos influyente, que podía alzarse con un grupo más o menos numeroso y empujar nuevamente a Chacho a una campaña cuyo término no era muy difícil prever. El coronel Sandes se hallaba con una fuerte división en la provincia de Mendoza; en San Luis estaba el formidable coronel Iseas que mandaba degollar por el placer de ver la cara a la víctima y el gesto que haría al sentir el filo del cuchillo. Iseas era un hombre bruto, y tan cruel como bruto. Su único mérito militar consistía en un valor a toda prueba. Odiaba a muerte; por la crueldad salvaje de sus sentimientos, Iseas no tenía límites a su ferocidad. Se contaban de él cosas inicuas, siendo la realidad peor aún que la mayor de las exageraciones. Las faltas más leves eran castigadas de una manera cobarde y sangrienta, porque no se guiaba por los hechos que quería castigar, sino por su capricho. El jamás trataba de averiguar las causas que podían haber determinado un hecho dado, digno de castigo, según su modo de pensar. Y sin reconocer la menor atenuación, aplicaba el castigo tan feroz y brutal que tenía muchas veces que aplicarlos personalmente, porque sus subalternos solían resistirse horrorizados. Para dar una ligera idea de la ferocidad de este hombre, vamos a referir un solo hecho. Un paisano de San Luis, de apellido Clavero, muy conocido y muy estimado por sus prendas personales, fue un día a quejarse al coronel Iseas, de que le habían robado un apero con virolas de plata. Clavero no sabía quién se lo había robado, pero sí sabía que el ladrón pertenecía a las tropas que mandaba Iseas. Rastreador hábil, había visto las pisadas del ladrón, en el paraje donde tenía el apero y había seguido el rastro hasta el campamento de Iseas. Creía Clavero que con esto bastaría, pero aquel jefe con la mayor facilidad podía averiguar

quién tenía las prendas robadas.

-¿No podéis decirme quién es el ladrón? -preguntó complacido ante la oportunidad de aplicar un castigo duro.

-Yo no puedo decir quién ha sido -contestó Clavero-; lo único que yo puedo afirmar es que el ladrón debe ser uno de sus soldados, porque está entre ellos.

-Es una lástima que no sepas quién es, porque me va a dar mucho trabajo averiguarlo; pero no importa, espera un momento.

Había entre los asistentes de Iseas un santiagueño muy diablo, por quien Iseas había demostrado cierta preferencia.

Este santiagueño era un buen hombre, pero tenía el vicio de robar caballos y todo género de objetos de ensillar.

Siempre andaba bien empilchado, porque era un jugador famoso a quien con mucha dificultad podía ganársele.

Sin más antecedentes que éste, Iseas mandó llamar en el acto al santiagueño y, como si tuviera la más perfecta seguridad en lo que decía, le intimó devolviera en el acto el apero de Clavero.

-¿Pero qué apero? -preguntó sorprendido el santiagueño-; ¿qué apero quiere que le devuelva, mi coronel?

-El mismo que me has robado: vamos déjate de pavadas y devolvé el apero, antes que te lo haga devolver yo.

El pobre santiagueño que sabía muy bien lo que era capaz de hacer Iseas, juró que él no tenía ni la menor idea de semejante robo, y mirando a Clavero sorprendido, le preguntó si era él quien lo acusaba.

-De ninguna manera -respondió Clavero-: ¿cómo lo voy a acusar a usted si yo no sé quién me ha robado el apero? Sé que el ladrón está en el campamento, pero no sé nada más.

-Pero yo lo sé -dijo Iseas-, y esto basta: a ver trompeta, vas a devolver ya el apero que te has robado, o te lo saco del cogote.

-Pero, mi coronel -dijo el santiagueño, con el giro que iba tomando la cosa-, yo le juro, por lo más sagrado que hay en el mundo, que yo no he robado semejante apero, y que ni tengo de ello la menor idea.

-Mirá -contestó Iseas de una manera amenazadora-, si vos no tenés el apero, tenés cara de habértelo robado, y viene a ser lo mismo: devolvé entonces el apero, o me enojo. Clavero, que no sabía quién era Iseas, sonreía; para él el coronel estaba jugando.

Pero el santiagueño, que se sabía de memoria a Iseas y de lo que era capaz, quedó aterrado.

Para él era indudable que iba a sucederle una desgracia tremenda, no ya por haberse o no robado el apero, sino por parecerle a Iseas que tenía cara de habérselo robado.

Empezó por jurar que ni siquiera sabía que se hubiera efectuado semejante robo, y concluyó por suplicar a Clavero que declarara que él no era el ladrón.

Clavero volvió a asegurarle que él no lo había delatado, pero sin figurarse jamás el desenlace terriblemente trágico que aquello iba a tener.

-Vamos a ver, ¿no querés devolver el apero? -preguntó Iseas.

-Pero mi coronel, si yo no me lo he robado, ¿cómo lo voy a devolver?

-Pero tenés cara de habértelo robado.

-Pero, mi coronel, llame a todos los compañeros a ver si hay alguno que me acuse: averigüe usted si nadie me ha visto más apero que el mío.

-Vos tenés cara de habértelo robado, y es preciso que me lo devolvás: vamos pronto que no estoy para juguetes.

En vano el pobre santiagueño hizo toda clase de juramentos y súplicas; no había cristo que

convenciera a aquel bárbaro.

Sin más preámbulo sacó el coronel Iseas el puñal que llevaba siempre consigo y, entregándolo a Clavero, le dijo:

-A ver, degollame pronto a ese pícaro, y vos echate para que te degüelle.

Clavero tomó el puñal creyendo siempre que Iseas jugaba, pero era tal la desesperación del paisano santiagueño, que horrorizado ante el pensamiento de que aquella orden pudiera ser cierta, devolvió el puñal a Iseas manifestándole que renunciaba a su apelo y que él era el primero en rogarle que no hiciera cargos al santiagueño, porque en realidad era un hombre a quien ninguno acusaba.

-Yo no te pido tu opinión -contestó Iseas-: yo te mando ahora que degüelles a ese pícaro ladrón, prontito y limpiamente.

Horrorizado Clavero con aquella orden bárbara, de cuya seriedad no se podía dudar ya, volvió a querer entregar a Iseas su puñal, resistiéndose a cumplirla.

-Ya he dicho que yo no te pregunto nada -gritó entonces en el colmo de la irritación.

"Te he mandado que degüelles a este pícaro, limpiamente y nada más; pronto, porque si no hago que él te degüelle a ti."

La cosa cambiaba de aspecto de una manera terrible.

Ya no sólo se trataba de salvar la vida del pobre santiagueño, sino la suya propia.

Ya no había para Clavero otro medio de salvarla que degollando al santiagueño, y no se encontraba con el valor suficiente para hacerlo.

La ferocidad de Iseas se hallaba terriblemente irritada con aquel espectáculo; la resistencia de Clavero y la desesperación del santiagueño le hacían presentir un espectáculo formidable para su espíritu de fiera.

Los que lo rodeaban presenciando la escena estaban habituados a aquellos actos, y ninguno de ellos dudó que en vez de uno tendrían dos degollados.

Los asistentes de Iseas, asesinos todos y acostumbrados a ejecutar cosas peores, no trepidarían en obedecerlo, más, desde que desobedeciéndolo comprometían su propia vida.

Iseas se acercó a Clavero y, tomándolo por el cuello, lo intimó por última vez que degollara al santiagueño.

-Si te has figurado habías de venir a incomodarme y a reclamar robos para salir riéndote de mí, estás muy equivocado.

"O me degollás en el acto a ese santiagueño ladrón, o vas a ver quién es Iseas."

Algunos animaron a Clavero a cumplir la orden recibida, pero él no pudo resolverse a ello.

Si la idea sola de que por un reclamo fueran a quitar la vida de un hombre inocente le había hecho aquella impresión, ¿cuál no sería ahora al ver que él mismo tenía que convertirse en el verdugo ejecutor de aquella monstruosidad?

Sublevados en él todos sus sentimientos generosos, arrojó el puñal lejos de sí y declaró que no habría tortura capaz de hacerle cometer aquella infamia.

Iseas soltó una carcajada diabólica y dijo: "¡Bruto! ahora verás si se puede jugar conmigo".

Y llamando a los asistentes que lo rodeaban, los mandó degollar inmediatamente a los dos hombres.

El asistente de Iseas, el santiagueño, que había presenciado peores horrores, se preparó a morir, convencido de que no había empeño ni ruego capaz de salvarlo.

Iseas estaba poderosamente excitado, y todo lo que se hiciera por salvar a las víctimas no serviría sino para irritarlo más todavía.

No había además allí quien se atreviera a levantar su voz en favor de ellos, porque temían con razón que los mandaran degollar a ellos mismos, sin más trámite.

Ocho a diez asistentes se lanzaron puñal en mano sobre las víctimas.

El santiagueño, resignado y sabiendo que no había pie humano capaz de salvarlo, se echó al suelo en el acto, limitándose a pedir a los soldados que no lo hicieran penar.

Clavero, hombre bravo y resuelto, no se resignó a morir como un cordero, y abalanzándose al puñal, que había rechazado poco antes, se preparó a morir en su ley.

Y en vez de echarse y estirar el cuello como el santiagueño, acometió a sus asesinos con desesperación terrible.

La resistencia no podía ser larga, dado el número de enemigos que lo acosaban, por bravo y listo que fuera Clavero.

Aquella lucha no estaba en el programa de Iseas, que aplaudió frenético el nuevo espectáculo con que no había contado.

Clavero, que no peleaba por la vida, porque era imposible salvarla, peleó por la venganza, por el mísero consuelo de morir matando, y, al primer soldado que se le puso por delante, lo partió de una puñalada.

Rápida pero terrible fue aquella lucha desesperada.

Clavero, que había muerto de la primera puñalada al primer soldado que se le acercó, hizo rodar a sus pies, postrado por un hachazo, al segundo asistente; pero acosado por el número y cubierto de heridas cayó a su vez inmediatamente degollado.

Iseas aplaudía de una manera frenética, pero el espectáculo había sido corto para su ferocidad doblemente excitada por la sangre derramada.

Para calmarse, necesitaba una nueva víctima, pero no había allí ningún culpable sobre quien poder caer.

-A ver -gritó Iseas a los suyos-: a este estúpido pesado, que no ha sido capaz de defenderse y se ha dejado herir, degüéllenlo también; yo no quiero asistentes maulas, incapaces de hacer media hombrada: degüéllenmelo a ése también.

-Señor, ese es Ramón -se atrevió a decir un sargento, porque Iseas parecía apreciar mucho a aquel asistente, que era uno de los que más lo había acompañado.

-Pues a Ramón, degüéllenlo por pesado y por maula, a no ser que quieras que te degüelle en su lugar.

La cosa empezaba a tomar un mal aspecto, y el sargento temeroso de que a él mismo lo mandaran degollar, sin más trámite se acercó al dicho Ramón, que no podía moverse y le levantó la cabeza tomándosela por el pelo.

-Mi coronel -gritó éste desesperadamente-, ¿por qué me manda degollar? yo no he cometido ninguna falta y lo he servido siempre con lealtad.

E iba a seguir explicando, cuando el sargento, temiendo con razón que una demora fuese a costarle caro, le cortó la palabra, pasándole el cuchillo por la garganta.

Aun los más bandidos se hallaban fuertemente conmovidos: nadie se atrevía a pronunciar la menor palabra, temiendo que Iseas, dominado por el vértigo de la sangre, siguiera en los degüellos.

El coronel se frotaba las manos complacido, y miraba el semblante de todos como si buscara una nueva víctima.

Pero no hallando sin duda una cara bastante simpática, se retiró después de mandar que sacaran aquellos cadáveres, para que fueran a apestar lejos.

El asesinato quedaba cumplido por aquel día.

Muchas personas creerán que esto es una exageración de romancistas, porque no puede suponerse una ferocidad llevada hasta este extremo.

Sin embargo, el que dude, no tiene más que preguntar a cualquiera de nuestros militares quién era el coronel Iseas, y ellos podrán dar un informe más completo.

Jamás él mandó fusilar en virtud de un sumario cualquiera. Sus órdenes se limitaban

simplemente a mandar degollar, sin dar ninguna razón ni motivo: era su sola voluntad la que imperaba.

Toda exageración es poca para pintar aquel espíritu cobarde y depravado: basta referir los hechos con esa terrible y elocuente desnudez, para darse una idea de lo que era aquel hombre feroz, revistiendo un cargo elevado en un ejército regular; superaba su crueldad y barbarie al más sanguinario de cuantos montoneros se habían conocido.

Iseas bebía, bebía de una manera formidable, y era precisamente bajo la influencia del alcohol que su ferocidad despertaba en todo su apogeo.

Cuando se embriagaba por la mañana, todos los soldados a sus órdenes se echaban a temblar, pues era seguro que el día no podría terminar sin algún acto feroz y sanguinario.

Regularmente, y no teniendo víctimas a mano, Iseas se presentaba en el cuerpo de guardia y mandaba que le sacaran los presos a formar.

Los soldados allí detenidos estaban por faltas leves, como la no asistencia a una lista, una tranca o algo por el estilo, pues los que habían cometido alguna falta más grave estaban en las estacas o en el hospital curándose de algún castigo feroz.

Una vez formados los presos contra la pared, Iseas empezaba a pasearse delante de ellos mirándoles la cara.

De pronto se paraba y señalando a uno de ellos le decía: "A ver, salí vos, vos tenés cara de andar por desertarte".

-Yo no, señor -contestaba el soldado, echándose a temblar porque ya sabía lo que podía sucederle.

-Sí, tenés cara de quererte desertar -añadía-: salí nomás y parate allí.

El soldado salía, e Iseas seguía sus paseos y sus miradas.

-A ver -volvía a decir parándose de nuevo-: salí vos también, vos tenés cara de montonero.

-¡Pero, señor, si yo no soy montonero, si nunca he andado con montoneros!

-No importa, tenés cara de montonero, salí nomás, salí nomás.

Y el soldado salía entristecido o aterrado, pues ya sabía en lo que aquello podía parar.

Iseas seguía en sus paseos delante de los presos y siempre haciendo salir a éste o a aquél, porque tenía cara de una u otro cosa.

Cuando había cuatro o cinco afuera hacía retirar el resto y, llamando al oficial de guardia, le entregaba los presos que había apartado, diciéndole:

-A éste y a éste, que tienen cara de montoneros, me les hace pegar doscientos azotes: a éste que tiene cara de desertarse que lo degüellen.

El soldado, con la mayor desesperación, suplicaba y pedía la causa, el motivo de aquella orden bárbara, pues Iseas se retiraba sin escucharlo y diciendo:

-¡Yo te he dar, pedazo de pillo, yo te he de dar tener cara de desertor! Que lo degüellen nomás.

Y la orden se cumplía rigurosamente, pues ya había sucedido el caso de haber Iseas hecho degollar un oficial por no haber cumplido alguna de estas bárbaras órdenes.

Otras veces, y dirigiéndose a un soldado, cuya cara no le caía en gracia, le preguntaba:

-¿Vos te has desertado alguna vez, no?

-Yo no, señor, respondía el milico palideciendo: ¡Dios me libre de desertarme!

-No importa, vos tenés cara de desertor: a ver que me degüellen a éste.

-Pero, señor, yo soy un soldado leal, nunca he desertado mi puesto, ¿por qué me va a ser matar?

-Ya he dicho que tenés cara de desertor, degüéllenlo nomás.

Y sin más trámite lo hacía degollar en el acto, sin que nadie se atreviera a hacerle la menor observación.

Así se explica que los soldados de Iseas miraban con terror una simple prisión, prefiriendo más bien que les dieran cien palos pues, yendo presos al cuerpo de guardia, estaban expuestos a que Iseas los hiciera degollar porque tuvieran la cara de tal o cual modo.

Como última pincelada en este cuadro de horror, vamos a referir un hecho que bien podría calificarse de colmo de la ferocidad.

Había entonces, en el regimiento 4º, un mocito soldado distinguido, de apellido Ruiz.

Enamorado y travieso, Ruiz había caído en la gracia de Iseas, lo que era también una desventura, porque eran los que él llamaba sus amigos, a quienes ocupaba como verdugos en sus actos más sangrientos.

Todo el que estaba en estas condiciones concluía por depravarse, pues el hábito de presenciar todo género de infamias y de ejecutarlas, por temor de ser castigado, iba adormeciendo todo género de sentimientos hasta que cumplían las órdenes más bárbaras, con la mayor naturalidad y sin experimentar la menor impresión.

Ruiz, que era un mocito educado, con la protección de Iseas, se había hecho pendenciero, vicioso y cruel.

La mayor parte de sus faltas quedaban sin castigo, porque Iseas lo protegía, y estaba así acostumbrado a hacer lo que le daba la gana, sin temer ninguna mala consecuencia de sus actos.

¿Y qué consecuencia iba a temer, cuanto Iseas lo festejaba estruendosamente, cuando iban a llevarle la queja de alguna iniquidad por él cometida?

Cuando estaban en alguna ciudad, o en sus alrededores, Ruiz pedía permiso para pasear, o se ausentaba sin permiso de cuartel, para entregarse a todo género de excesos.

El asaltaba los negocios que no querían darle lo que pedía, armaba escándalos en cualquier casa de familia, sin que por esto hubiera recibido jamás la menor reprimenda, no ya castigo.

Como cualquier queja, que iba al regimiento, la recibía el mayor, nunca llegaba a oídos del jefe, porque sabía que todo era inútil y que, insistiendo en sus quejas contra Ruiz, lo único que iba a conseguir era hacerse antipático al coronel Iseas y tener al fin que salir del cuerpo, a consecuencia de esos mismos cuentos.

De modo que, el consuelo que daba a las personas que iban a quejarse, era decirles sencillamente:

-Amigo mío, yo nada puedo hacer, más que darle un consejo, y es de que no den el menor paso: primero, porque no le han de hacer nada a Ruiz, y segundo, porque si el coronel está de mal humor, cuando le vayan con la queja, es capaz de hacer dar una paliza a quien se la lleve. Y como todos seguían el consejo del mayor, no había quien se quejara a Iseas, y Ruiz seguía haciendo de las suyas.

Estando en Catamarca, Ruiz cometió una iniquidad digna del más severo castigo.

Vivía allí una familia riojana de apellido Luna, y compuesta de los padres, tres niñas de rara belleza y un hijo, joven de dieciocho años, pero en todo el vigor de su desarrollo.

No encontrando quien lo presentara en la familia de Luna, Ruiz se presentó el mismo una tarde, bajo el pretexto de haber simpatizado con ella, y como no contaba con relaciones en Catamarca, no tenía quien lo presentara.

La familia de Luna, como todas las familias de aquellas provincias, tenía horror a todo aquello que pertenecía al ejército nacional, porque alguna desventura traía siempre el contacto de sus jefes y oficiales.

De mil amores hubieran arrojado a la calle al tal Ruiz con todas sus demostraciones de simpatía, pero al mismo tiempo tenían miedo de hacerlo.

Luna tenía miedo de que fueran a vengarse llevándose a su hijo único, a quien quería con delirio.

No tuvo más remedio que aceptar aquella visita brotada del infierno, preparándose a salir al encuentro de todas sus consecuencias.

Ruiz tenía un aspecto suave y cierta habilidad para engañar a los demás, presentándoseles como una persona buena e inofensiva.

Los Luna se engañaron por completo.

Aquel joven les refirió cómo él había sido arrastrado por fuerza al servicio militar, les habló con un cariño infinito de su buena madre, con lo que la señora de Luna tenía mucha semejanza, le dijo que las jóvenes le recordaban el cariño purísimo y profundo de sus hermanas y ofreció al joven Luna toda su amistad leal y desinteresada.

Aquella familia inocente se dejó engañar completamente por el lenguaje tranquilo y práctico de Ruiz, y a los pocos días no sólo habían olvidado toda la antipatía que les inspiró al principio sino que lo miraban con verdadera lástima.

Al mes de frecuentar la casa, Ruiz era como de la familia a quien entretenía con sus interminables cuentos y recuerdos de su infancia.

Miguel le había cobrado un cariño verdadero y se había habituado de tal manera a verlo en su casa, que el día que no iba a comer, salía a buscarlo hasta que daba con él.

La gentil María, la más joven y bella de las hijas de Luna, era el objeto de todos los halagos y preferencia de Ruiz.

El se había enamorado fuertemente de la joven concibiendo contra ella el plan más miserable y cobarde.

María escuchaba con placer infinito la palabra amante y elocuente de Ruiz, que le demostraba un amor tranquilo y puro, ocultando con admirable talento toda la perfidia de su alma ruinosa y la perversidad de sus sentimientos.

Miguel veía aquel joven como un hermano, digno de todo aprecio y consideración.

Cuando Ruiz estuvo bien seguro del aprecio y cariño de toda aquella familia, empezó a desplegar sobre María todo su plan de seducción.

Le habló de su amor inmenso e inextinguible y de la felicidad insuperable del matrimonio y del hogar que podían formar entre ambos.

La palabra casamiento fue comprometida, manifestando Ruiz que por ahora le sería imposible cumplirla, porque, como militar, necesitaba para casarse el permiso del gobierno, y este permiso no lo podría obtener sino cuando viniera a Buenos Aires.

Con su falso lenguaje, Ruiz había logrado trastornar la cabeza de María que se había enamorado de él locamente, ocultando su pasión, porque Ruiz le había dicho que así lo hiciera, porque no quería decirlo hasta que no se resolviera a casarse.

-Los militares tienen desgraciadamente mala fama -le decía-: si lo sabe tu padre es capaz de prohibirme que vuelva aquí hasta que no traiga mi licencia para casarme, y como ahora no me permitirán ir a Buenos Aires, soy capaz de pegarme un tiro de pura tristeza.

Horrorizada con semejante amenaza, María ocultaba su pasión en el fondo de su alma y cada vez se sentía más enamorada del bizarro militar.

Este tenía muy pocas ocasiones de hablar a solas con ella, porque aunque la familia no tenía la menor desconfianza, como todos lo querían, trataban de estar siempre juntos con él no dejándolo solo un momento.

Esto no convenía en manera alguna a los planes de Ruiz y empezó a trabajar el espíritu de María, para seducirla a que saliese todas las noches a hablar con él por la pared de los fondos.

-El amor vive del misterio -le decía-, y así como la violeta necesita el calor del seno para desprender todo su aroma, el amor necesita la soledad y el misterio, para vivir en toda la languidez adormecedora de su esencia.

"Ven al fondo de noche cuando todos duermen y allí conversaremos de nuestra vida futura,

tan llena de esperanzas y de sonrisas."

La joven no vio en esto el menor mal, se dejó convencer con una inocencia infantil y acudió al paraje de la cita.

Y allí, pared de por medio, escuchó la palabra apasionada del joven y juró amarlo así toda la vida, a pesar de todo y de todos.

Y fue sobre aquella pared de los fondos que se sintió envuelta bajo la caricia suprema del primer beso, y entre el éxtasis incomparable e inmenso de la pasión primera.

Las citas se repetían diariamente, pero no ya pared por medio como las primeras noches.

Ruiz saltaba la tapia y allí, entre los naranjos del fondo, envueltos en el perfume arrobador de los azahares, y en la atmósfera tibia y perfumada, pasaban largas horas entregados al amor más poético.

María había enloquecido bajo la palabra trémula del joven y bajo su mirada lánguida cargada de pasión y de promesas de un mundo mejor.

Y al venir el alba, y entre el sonido del beso de despedida, Ruiz renovaba su eterna promesa de casamiento.

Y tan bien ocultaban su pasión ambos, con tal indiferencia se trataban delante de los demás, que ninguno sospechó ni remotamente la existencia de aquellos amores.

Pero lo que no veían los Luna, enceguecidos por la amistad del joven, lo veía todas las noches un joven que vivía a los fondos, apasionado también de María y amigo de Miguel desde la infancia.

Con desesperación suprema, veía lo que allí pasaba noche a noche con alguna de las hermanas de Miguel, pero no pudiendo saber cuál de ellas era, aunque había puesto toda su atención en descubrirlo.

Presintiendo alguna infamia, se resolvió a poner en conocimiento de Miguel lo que pasaba, para que éste tomara sus medidas e hiciese cesar una situación tan peligrosa.

Miguel escuchó lo que le refería su amigo, sin darse exacta cuenta, en el primer momento, de todo el horror que encerraba aquella denuncia.

Pero en cuanto su amigo le manifestó sus sospechas, sintió estallar en su pecho la indignación más poderosa.

-Creo todavía en la lealtad y en el honor de Ruiz; no quiero arrancar tan violentamente esta ilusión de mi espíritu.

"Pero te juro, por el amor de mi madre, que Ruiz pagará con su vida cualquier infamia que hubiera cometido."

Miguel agradeció efusivamente a su amigo el leal aviso y se retiró a su casa meditando su plan de venganza.

A medida que pasaba el tiempo y se acercaba la hora del desenlace, una agitación tremenda iba apoderándose del joven.

Sentía toda la indignación de la afrenta, y le parecía que si las sospechas de su amigo eran una realidad, no bastaría la vida del miserable para satisfacer su venganza.

Tomó de la pieza de su padre una espada que éste tenía y la escondió en su cuarto, para servirse de ella durante la noche.

Miguel, como de costumbre, se separó de su amigo Ruiz, después de cenar, y se retiró a dormir.

¡Qué suprema angustia la de su espíritu, al acercarse la hora de la tremenda prueba!

¡Con qué nerviosidad agitaba el sable en el aire para arrojarlo de nuevo sobre la cama, pareciéndole imposible que Ruiz fuera capaz de semejante infamia!

Y sin embargo la delación de su amigo era terminante: él había visto la cosa no una, sino cien veces.

Miguel, encerrado en su cuarto, se puso en acecho, para saber primero cuál de sus hermanas era cómplice en su vergüenza.

¡Tremendo momento para un joven celoso del honor de su nombre!

Serían las doce de la noche cuando Miguel vio la sombra de la hermana que caminaba hacia el fondo.

Un estremecimiento poderoso recorrió el cuerpo del joven, pareciéndole que el corazón se separaba a impulsos de la desesperación.

Era su hermana María, su gentil hermana María, la que iba al fondo a conversar con un amante.

Miguel sintió por Ruiz un odio poderoso.

Aquel cobarde le juraba una amistad sin límites, le estrechaba la mano, para herirlo por la espalda de la manera más infame, condenando su familia a la vergüenza y a la deshonra.

Pudiendo apenas andar, porque las piernas le temblaban como todo el cuerpo, tomó el sable y siguió a su hermana ocultándose entre las sombras de los árboles para no ser visto, pues la noche era clara y hermosa.

María iba a llegar a la tapia suponiendo que su amante aún no había llegado, cuando salió una sombra de atrás del último naranjo de la derecha, llegó a María y la estrechó entre sus brazos.

Era Ruiz, su amigo Ruiz que la esperaba.

Miguel tuvo que hacer un esfuerzo poderoso y apoyarse en el tronco de un árbol para no caer. Los dos jóvenes se dirigieron al mismo naranjo de donde él había salido y, sentándose bajo el perfume arrobador de los azahares, se pusieron a conversar en voz muy baja.

Un mundo de sangre y ruinas cruzó como un relámpago por la imaginación de Miguel.

¡Cómo su hermana tan pura, tan bella, se prestaba a semejante infamia, por más promesas que Ruiz le hubiera hecho, por más elocuente que hubiera sido su palabra!

Esto era lo que más lo desesperaba, lo que más hondamente lo había impresionado.

De árbol en árbol, ocultándose tras de los troncos y poniendo el mayor cuidado en no ser sentido, Miguel fue aproximándose hacia la amante pareja, alucinado por una esperanza descabellada.

Tal vez aquello no fuera más que una conversación peligrosa cuyas consecuencias pudieran aún impedirse.

Es que el pobre Miguel estaba ya medio loco: la razón empezaba a estallar en el cerebro.

Llegó a una distancia desde donde podía escuchar la palabra del falso amigo y allí se detuvo; quería, antes de proceder, que no quedara la más mínima duda de su cobardía y de su infamia.

El diálogo era animado en aquel momento, mostrando toda la infame perfidia de Ruiz.

Aquel cobarde, no satisfecho con la infamia cometida, quería aumentarla haciéndola pública y llevándola a su colmo.

En aquel momento proponía a María que huyera con él, abandonando a su familia y siguiéndolo al campamento.

María sollozaba ocultando la cabeza entre las manos, y demostrando la desesperación más honda, mientras su amante ponía en juego argumentos que debían llevarlo al logro de sus deseos.

-Me habías prometido casarte conmigo -decía-, y por esa promesa todo te lo sacrifiqué, no dudando un momento que cumplirías tu palabra.

-Y la he de cumplir -replicaba Ruiz-, la he de cumplir, pero se ha presentado una situación desesperante, que apenas me deja tiempo para venir a buscarte y llevarte conmigo.

"Esta noche nos han dado orden de marcha para mañana a la madrugada, y podemos tardar un año en volver; por eso te digo que vengas conmigo, yo escribiré a Buenos Aires a ver si puedo conseguir la licencia que para casarme necesito, y una vez que ésta me llegue, nos casamos en

cualquier parte que estemos.

"Si no quieres seguirme, no hay más remedio que esperar mi vuelta y entonces nos casaremos."

-Es que mientras eso suceda yo no puedo ocultar lo que me pasa, mi vergüenza se hará pública y no me quedará más recurso que la muerte.

-Entonces venite conmigo, venite conmigo y todo se remedia; cuando tu familia se levante, y te eche de menos, ya estaremos lejos y nada podrá contra nosotros.

-¿Pero cómo hago yo eso? -exclamaba María, llorando de una manera conmovedora-; ¡mi pobre padre es capaz de morirse! ¿Por qué no te casas sin licencia antes de irte?

-Porque entonces me fusilarán -decía Ruiz, sabiendo la impresión que esta frase hacía en el espíritu de la joven-; me fusilarán en el acto.

"Créeme, María, a tus padres les podemos escribir desde el primer punto que acampemos y no tendrán más remedio que conformarse y esperarnos."

-Pero eso es una vergüenza que puede costar la vida a mi padre y al pobre Miguel.

-Peor sería que llegaran a conocer tu situación, estando ya lejos para remediarla: créeme, alma mía, venite conmigo que yo mitigaré la pena que esto pueda causarte, a fuerza de amor y de cuidados.

-¿Tan poco valgo para tu amor que no quieres hacer por mí un sacrificio? casémonos y no lo digamos hasta que no recibas tu licencia.

-¿Quién diría que por no causar un disgusto pequeño a tu familia prefieres que me fusilen? ¿este es el amor que me tenés, María?

"Francamente, nunca lo hubiera pensado; pero si así lo querés, vamos mañana, nos casaremos, pero te casarás con un cadáver, porque en cuanto esto se sepa me fusilarán."

La joven se abrazó de Ruiz y su llanto fue verdaderamente desesperante.

-Yo no quiero que mueras -sollozó-; te quiero sobre todas las cosas de este mundo, puesto que te quiero, a pesar de todo; de otra manera no me hallaría en la triste situación en que me encuentro.

"Por un sacrificio más no quiero que dudes de mi amor: vamos donde sea necesario para salvar mi amor y mi vergüenza, que si faltas a tu palabra, Dios te tomará cuenta de ello."

Ruiz dio un beso a María y se levantó para ayudarla a subir la tapia, pero de pronto se detuvo como herido por un rayo y echó mano a su pesado sable de caballería.

Una nube de sangre había turbado la mirada de Miguel, y vacilante por la emoción que experimentaba, había saltado sobre Ruiz cruzándole la cara de un bofetón y levantando la espada.

-¡Cobarde! -le había dicho-; cobarde infame, no vas a morir fusilado, sino que vas a tener el honor de morir a mis manos.

María, en el colmo del espanto, se arrodilló ante su hermano, quedando así presa del mayor estupor.

Ruiz había sacado su sable y había caído sobre Miguel al mismo tiempo que le decía:

-¡Pedazo de bruto, ahora verás quién soy yo!

El combate era desigual bajo todos conceptos.

Miguel era la primera vez de su vida que peleaba de aquella manera, en una lucha a muerte, hallándose turbado además por el asombro y la desesperación de lo que pasaba: no conocía el manejo del arma y se entregaba por completo al sable de su adversario.

Este, por el contrario, era un hombre habituado a batirse, conocía perfectamente el arma que manejaba y sabía además todas las desventajas con que tendría que luchar Miguel.

El ruido podía despertar a toda la familia y turbar en algo su acción sobre María, reflexión que le hizo apresurar el desenlace del combate.

Cargó impetuosamente sobre Miguel, que empezó a perder terreno, y le hundió el cráneo de un hachazo.

El joven soltó su espada, se tomó la cabeza con ambas manos, vaciló un momento y quedó apoyado y aturdido sobre el tronco de uno de los naranjos.

Ruiz se acercó a María, que parecía no darse cuenta de lo que había sucedido, la ayudó a subir la tapia con gran trabajo, pues la joven no podía secundar su acción, y se dejó caer con ella del otro lado de la tapia, ayudándola a bajar.

-Es necesario tener viveza -le dijo-, para que podamos andar rápidamente; mira que puede venir gente y encontrarte conmigo en la calle, lo que sería peor.

-¿Y Miguel? -preguntó débilmente la joven-; ¿y Miguel, qué le has hecho?

-Nada, le he dado un palo para aturdirlo un poco y nada más; apresúrate, porque él mismo se puede poner a gritar y acudir gente sobre nosotros, y esto tiene un doble y terrible peligro.

"No sólo te arrancarían de mis brazos, exponiéndote a la vergüenza de todos, sino que, por haber cometido semejante escándalo, podrían muy bien creer en un delito.

-Huyamos, huyamos -dijo entonces María, doblemente aterrada por aquellas palabras.

Y siguió a Ruiz apresuradamente, que la llevó a la esquina opuesta, donde esperaba un caballo ensillado, haciéndola montar en ancas.

Y tomó en seguida a gran galope el camino del campamento.

Todo aquello de la marcha inmediatamente era una fábula contada por él a María para inducirla a abandonar su hogar.

Ruiz había oído decir que la división pensaba marchar pronto y había querido asegurarse con tiempo de que María lo seguiría.

La joven era de una belleza insuperable, belleza que tenía dominado por completo a aquel espíritu perverso.

Entretanto, el joven, que había dado el aviso a Miguel, y que había presenciado toda la escena de los fondos, gracias a la claridad de la noche, salió de su casa y, cuando Ruiz saltaba a caballo, golpeaba él estruendosamente la puerta de la casa de los Luna.

No era su objeto impedir la fuga de María porque ya no había tiempo para ello, sino el socorrer a Miguel cuyas heridas no conocía y que podían ser muy graves.

El señor Luna, alarmado por aquellos golpes, se dejó caer de la cama y acudió a la puerta ansioso de saber por qué llamaban de aquella manera.

-No se asuste, señor Luna -murmuró el joven en cuanto aquél hubo abierto.

-Pero ¿qué es lo que sucede por Dios? -preguntó aquél, cada vez más alarmado-: ¿ha sucedido una desgracia?

-Algo de eso: he sentido rumor en los fondos de su casa y, al asomarme, he visto dos hombres que peleaban encarnizadamente, pareciéndome que uno de ellos es Miguel.

Al oír esto, el señor Luna, sin esperar más, sin decir al joven una palabra que le hiciera perder un tiempo precioso, salió disparando y seguido de éste en dirección al fondo.

Harto desgarrante era el cuadro que allí lo esperaba.

Miguel estaba siempre recostado sobre el árbol, limpiando la sangre que le llenaba las manos, con las que apretaba su cabeza partida.

Aquel espectáculo fue un golpe formidable para el espíritu de aquel pobre padre, que pensó en el primer momento que su hijo estaba muerto.

Este con una entereza asombrosa empezó a calmarlo.

-No es nada, mi padre -dijo-: es una herida en la cabeza y nada más; pero una herida que se cura con facilidad, porque sólo está en el cuero.

Y el pobre joven se oprimía el cráneo para que la herida no pudiera ser vista e impedir también la salida de la sangre que brotaba con abundancia.

El pobre padre no se preocupó al principio de la causa de la herida y de averiguar quién se la había inferido: lo primero era atender a su hijo, que después había tiempo para todo.

Así, mientras él lo ayudaba a caminar hasta su aposento, el joven amigo había disparado a la calle en busca de auxilios médicos.

Cuando Luna llegaba al patio, sosteniendo a su hijo y empapado en la sangre de éste, ya venían todos al fondo a informarse de lo que sucedía.

Tal era la confusión general, que ninguno notó la falta de María, porque se hallaban dominados por la tremenda situación.

La madre fue la primera en acosar al hijo con un cúmulo de preguntas, mientras le prodigaba sus más tiernas caricias.

Y el joven, para no aumentar el dolor de sus buenos padres, aseguraba que aquello no era nada, esquivando dar una respuesta a las preguntas de la madre.

Fue colocado cuidadosamente en la cama donde volvieron a repetir las preguntas con tal insistencia que Miguel empezaba ya a inventar una fábula, cuando llegó el vecino acompañado de un boticario que principió en el acto a hacer la primera cura, pidiendo que volvieran en seguida a buscar un médico, el único médico que había en Catamarca, porque si bien la herida no era mortal, podría sobrevenir una complicación que la hiciera.

El padre se fue a un cuarto, medio se vistió y salió en el acto en busca del médico, siguiéndolo también el joven, temiendo que la señora le hiciera las preguntas del caso.

Fue recién entonces, al quedarse solos, que la señora notó la falta de María yendo ella misma a despertarla, porque la creía dormida, para que les ayudase.

El bueno de Miguel hubiera hablado entonces pero delante de ellos estaba el boticario, que se impondría en el acto de la tremenda verdad.

-Es raro -dijo la señora, entrando alarmada-: María no está en su cuarto.

-Usted tiene la cabeza perdida, madre -dijo entonces Miguel, haciendo un poderoso esfuerzo-, María salió con mi padre.

Con esto todos quedaron tranquilos y Miguel esperó a que se fuera el boticario para ir revelando la fatal noticia.

A él le habían herido por una debilidad de María, que había abandonado el hogar de los padres por huir con el seductor, y aquel seductor miserable no era otro que Ruiz, a quien todos dispensaban la amistad más franca y leal.

El boticario se retiró, pero casi en el acto entró el padre acompañado del médico, lo que vino a aumentar el mal estado del herido.

Se iban a presentar las mismas angustias, el médico iba a preguntar quién lo había herido y la madre iba a preguntar por María, y él no sabía cómo iba a salir del paso, pues delante de un extraño no quería hacer la tremenda revelación que importaba una mancha para la familia.

La situación no podía ser más triste para el pobre herido.

El médico reconoció la herida aprobando la manera como había sido curada y preguntó cómo había sido inferida.

Y el joven inventó una fábula, refiriendo cómo había entrado un soldado a robarle su caballo, y cómo él, al írselo a quitar, había recibido aquel formidable hachazo en la cabeza.

El médico recomendó que no se le permitiera hablar y se retiró después de tranquilizarlos, asegurando que la herida no era mortal.

Ahora llegaba el momento más tremendo para Miguel: ¿cómo referir a sus padres el tremendo suceso?

María no estaba en casa, y ya la buscaban todos con la mayor desesperación, empezando a sospechar la madre, con ese raro vaticinio de la mujer, la verdad de lo que había pasado.

Apremiado por todos a referir la verdad de lo que había pasado dijo que quien lo había herido

era Ruiz.

-Pero, ¿por qué te ha herido Ruiz? -le preguntaron con el mayor asombro-; ¿por qué te ha herido tu amigo?

-Porque ha tenido razón: él me ha herido porque yo lo quise matar.

Todos estaban sumidos en el mayor asombro: ¿qué motivo podía haber tenido Miguel para querer matar a Ruiz?

La madre, con la doble visión de su cariño, fue la primera que comprendió lo que pasaba y con desesperación infinita gritó:

-¿Y María? ¿Dónde está María que no se halla en ninguna parte de la casa?

-María -respondió Miguel con la voz ronca y conmovida-, no la busquen en la casa porque es inútil: ella nos ha abandonado cuando yo caí herido: ¡no la volveremos a ver más!

Aquellas palabras fueron para todos una clara explicación de lo sucedido.

María había sido seducida por Ruiz, y Miguel por esta causa lo había querido matar.

-¡Y ella se ha ido con él que la ha infamado! -exclamó el padre con la voz turbada por la emoción-. ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros con el peso de semejante vergüenza?

"¡OH! María -agregó-, no pudiendo evitar los sollozos que lo ahogaban: ¡OH María! nunca te hubiera creído capaz de semejante infamia."

Y se puso a llorar, no quedándole por el momento un átomo de fuerza para sobreponerse al dolor y la vergüenza.

-Ella no es tan culpable, mi padre -dijo entonces Miguel, tratando de consolar al padre siquiera respecto a su hija-. Aquel miserable ha puesto en juego una infinidad de recursos, hasta que la ha engañado y la ha arrastrado a seguirlo.

Y refirió entonces el diálogo que había tenido lugar entre su hermana y su amante, antes de ser acometido por él.

A la primera impresión de dolor, sucedió la ira y el deseo de venganza estalló en seguida en el corazón del padre.

-Esto no puede quedar así -dijo-: yo iré a ver al jefe de ese miserable y él, por bárbaro y asesino que sea, me hará justicia: por lo menos me devolverá a mi hija, que a pesar de todo no me resigno a perder.

-Es inútil, mi padre -respondió Miguel-, esa gente es igualmente miserable, igualmente pérfida y se burlarán de usted en vez de escucharlo.

-No se burlarán -exclamó Luna, con acento amenazador-, porque yo no se los he de permitir, aunque me costara la vida.

Aquella resolución era una segunda desgracia que caía sobre la familia.

Más o menos todos conocían la clase de fiera que era Iseas, y bastaba que se tratara de hacer daño, para que él lo hiciera sin mirar a quien.

-Es que el caso es diferente -contestaba Luna, tratando de convencerse a sí mismo.

"El coronel Iseas es padre, él también tiene una hija que está expuesta a igual desgracia, y no es posible que desoiga mis ruegos y niegue para mí su justicia, buena o mala."

Luna no quiso perder tiempo, desde que las tropas debían marchar a la madrugada, y salió en el acto en dirección al campamento.

Iba Miguel a insistir en que no fuera, cuando la misma madre le tapó cariñosamente la boca diciéndole:

-Déjalo, hijo mío, que cumpla con su deber y haga todo género de esfuerzos para salvar a María.

-Es que es inútil, madre mía, es que mi padre va irritado, los va a insultar y tal vez no saque otra cosa que una nueva desgracia.

-¿Y qué quieres, que se cruce de brazos ante lo que nos sucede? déjalo por lo menos que

intente algo por salvar a tu hermana, que va a ser abandonada por aquel bandido en cuanto se canse de ella.

El joven guardó silencio, convencido de que era inútil insistir y comprendiendo en conciencia toda la razón y derecho que asistía a su padre para dar el paso que intentaba.

El señor Luna, entre tanto, se había ido al campamento, acompañado de un puñal que tomó en su cuarto y decidido a hacerse volver a su hija o a arrancarles el corazón a puñaladas.

El sabía bien que toda reparación sería imposible, pero quería hacerse entregar a su hija por lo menos, para evitarle siquiera el porvenir ingrato que le esperaba en poder de aquel miserable.

Antes de llegar al campamento, y ya amaneciendo el día, supo por los soldados mismos que no se había pensado en marchar de allí.

Todo no había sido entonces sino un pretexto para seducir a María y obligarla a seguirlo para no perderlo, pérdida desesperante para ella por la situación horrible en que se encontraba.

Luna esperó pacientemente a que se levantara el coronel Iseas, no queriendo comunicar a nadie el objeto de su visita.

Aquellos momentos fueron terribles para aquel hombre.

Si alguno se sonreía o lo miraba con extrañeza, el pobre se figuraba que conocían su vergüenza, y ocultaba el semblante enrojecido.

Pensaba que Ruiz había dado parte de su infame triunfo a todos sus compañeros y que todos por consiguiente lo iban a burlar y escarnecer.

Sin embargo, y en el deseo de recobrar a su hija, esperó: lo afrontó todo, hasta que viniesen a decirle que Iseas se había levantado, suplicando entonces a sus ayudantes le dijeran que lo buscaban.

Luna llegaba en el peor momento que podía haber elegido.

Iseas había estado tomando en la cama mate con ginebra, de modo que cuando se levantó ya estaba ebrio y, como seguía tomando, la embriaguez se iba acentuando cada vez más.

Sabido es que Iseas, cuando se hallaba en este estado, no había exceso que no cometiera ni crueldad que no intentara.

El iba a salir a recorrer los cuerpos de guardia sin duda para hacer alguna de sus frecuentes iniquidades, cuando le anunciaron la visita de Luna.

-¿Y qué quiere la Luna a la madrugada? -preguntó alegremente-; díganle que entre, es decir, que alumbre, que estoy a sus órdenes.

Luna pasó adelante, bajo la peor impresión que pueda imaginarse.

La sonrisa, arrancada al ordenanza por la original respuesta de Iseas, la había tomado él por una burla hecha a su persona, por aquellos hombres que ya calculaban lo que podría venir.

Pero se limitó a oprimir el mango de su puñal, decidido a vengarse de una manera terrible si no le hacían justicia.

-¿Qué lo trae por aquí, amigo luna, a las horas de salir el sol? -preguntó Iseas.

Aquella era indudablemente una broma que Luna hubiera aceptado alegremente en cualquiera otra situación, pero que en la actual no podía recibirla sino como una broma sangrienta.

-Vengo a reclamar del señor coronel quiera hacerme justicia en una infamia que contra mi familia se ha cometido.

-¿Justicia?, casualmente me muero por hacer justicia -respondió Iseas, en quien la ginebra hacía cada vez mayor efecto.

-Alumbre nomás, alumbre nomás, amigo Luna: diga nomás lo que le pasa y verá si soy o no hombre de justicia.

Luna se hallaba aturdido: no sabía si aquel hombre se burlaba de él, si ese era su modo de hablar habitual, y le parecía también que algo de ginebra andaba en la cosa.

Pero a la situación que había llegado le era imposible retroceder.

Era necesario que hablara y refiriera lo que le había pasado.

Con el lenguaje elocuente de un dolor verdadero, Luna narró la historia de su desgracia, refirió cómo Ruiz había sido recibido en su casa, cómo había sido tratado por ellos, y cómo esa noche había robado a su hija María, hiriendo de un hachazo a Miguel.

-Este Ruiz es un pícaro -respondió Iseas-, que no tiene ya compostura: siempre anda haciendo de estas cosas; ¡a ver! -gritó a su asistente-, que vayan a buscar a Ruiz y que se presente sobre tablas con la pareja que ha traído.

Esta orden dio buena esperanza a Luna, que siguió pidiendo a Iseas el castigo del criminal y la inmediata devolución de su pobre hija, tan pérfidamente engañada.

Pero el pillo de Ruiz no estaba en el campamento y había faltado a la lista de diana.

-A la hija que está en el nido, pero lo haré buscar.

Y mandó efectivamente que lo buscaran por todas partes, tomando a Luna datos referentes a su familia, mientras le traían al acusado.

-¿Cuántas niñas tiene, amigo? -le preguntó.

-Dos, señor, que eran la alegría de mi casa.

"Cuando Ruiz se nos presentó y nos habló de sus miserias y de las penas que pasaba en el servicio de las armas, donde lo tenían a la fuerza, lo recibimos como a un hijo, abriéndole la casa y el corazón.

"Le hemos hecho todo el bien que hemos podido, y hemos tratado de hacerle olvidar sus penas a fuerza de cariño, y el pago que nos ha dado ha sido el deshonor, la vergüenza y el luto."

-¿Y eran muy bellas las jóvenes? -preguntaba Iseas, en quien la ginebra empezaba a hacer el mayor efecto.

-Así lo decían todos, señor, y realmente mi María era un ángel del cielo.

-Ya, hijas de Luna, por lo menos deberían ser estrellas: ¡y cómo no quiere entonces que se enamorara el muchacho! razón ha tenido entonces para enamorarse y hacer una locura.

"Yo, como usted, habríamos hecho lo mismo: no hubiéramos perdido una bolada así por nada de este mundo."

Luna estaba aturdida, no conocía las costumbres de Iseas y no podía creer que estuviera borracho.

¿Era aquello una burla a su desgracia, o era un simple interés en atenuar la falta cometida por Ruiz para no verse obligado a castigarlo de una manera severa?

De todos modos Luna empezaba a sentir que la sangre se le subía a la cabeza y que le iba a ser difícil contenerse ante aquel modo de proceder.

-Es que aquí hay otra infamia que ni yo ni usted habríamos cometido, al haber tratado de matar al hombre que se trataba de hermano, cuya mano se estrechara ofreciendo una lealtad eterna, para herir la espalda con toda cobardía.

"Esto no lo hubiéramos hecho ni usted ni yo, porque para hacerlo es preciso ser miserable y cobarde; y ni yo lo soy ni creo que lo sea usted."

-¡Hombre, hombre, pues no faltaba más! ¿Quiere decir que debía haberse dejado matar por el hermano, sin siquiera haber intentado una defensa?

"¡No sea lunático, amigo Luna! aquel que se ve en peligro de muerte y no se defiende y mata a quien lo quiere matar, es un imbécil o un flojo.

"En igual situación usted, como yo o como cualquiera otro, hubiéramos hecho lo mismo."

Luna guardó silencio temiendo decir alguna enormidad.

Antes de dejarse arrastrar por su justa cólera, quiso ver si obtenía justicia, si arrancaba a su hija del poder de aquellos miserables.

-¿Y qué es lo que usted pretende, amigo? -preguntó Iseas con una sonrisa feroz.

-Pretendo que usted me haga devolver mi hija para llevarla conmigo, y pido humildemente al señor coronel quiera castigar al culpable.

-Iseas hará justicia hasta donde pueda: veremos a ver que dicen estos muchachos.

El coronel se hallaba completamente bajo la acción del alcohol, y sus instintos feroces se habían despertado con todo su vigor característico.

Veía la posibilidad de entretenerse un buen rato haciendo penar a alguien, y empezaba a entusiasmarse.

Luna guardó silencio y se resignó a esperar puesto que por el momento no había más remedio.

-Que busquen pronto a Ruiz por todas partes -gritó-, y lo traigan en el acto.

Los que habían escuchado las quejas de Luna, habían desparramado la noticia, que corría ya de fogón en fogón, arrancando los más cómicos comentarios.

-Lo que es a Ruiz no le han de hacer nada -decían-, porque ese tiene las llaves del cielo, y como no es posible que deje de haber una víctima, Luna será el pavo de la boda de su hija. Esta era la opinión de todos, que se preparaban a presenciar algunas de las tantas ferocidades de Iseas.

Ruiz fue descubierto al fin en la guardia que había elegido para esconder a María, un ranchito cerca del campamento, donde vivía una vieja a la que tenía dominada por el terror.

Cuando le dijeron que el coronel lo llamaba, y que anduviera con mucho cuidado porque aquella mañana había bebido con exceso, el joven se demudó.

Demasiado sabía que en aquel estado el coronel no tenía más halagos que los de su ferocidad y no reconocía protegido alguno.

Y comprendiendo que toda demora no serviría sino para irritarlo, se apresuró a presentarse inmediatamente.

Iseas se paseaba dando grandes trancos y traspiés, sentándose de cuando en cuando, sin duda por temor de caerse.

-Muy bien -dijo, en cuanto lo vio-: no sólo andás de bandalaje sino que faltás a las listas y te escondés cuando yo te mando llamar.

-No sabía que usted me llamaba -respondió Ruiz, con toda humildad-, de otro modo me hubiera apresurado a venir.

Al ver a aquel miserable, Luna se había puesto de pie, teniendo que hacer un terrible esfuerzo para contenerse y no saltarle encima.

-Este hombre ha venido a quejarse -continuó Iseas-, de que le has robado una hija y le has lastimado al muchacho porque te la quiso quitar.

-No es cierto, mi coronel -contestó Ruiz con impavidez asombrosa-; yo no puedo haberle robado una hija del señor, porque en mi vida lo he visto, ni lo conozco, ni sé dónde vive.

Tal fue la impresión que estas palabras causaron a Luna que no supo qué contestar.

Se limitó a mirar a Ruiz y oprimió el mango de su puñal de una manera nerviosa.

-Te digo que es cierto -gritó Iseas-; a mí no me vengás con historias o te mando degollar.

Ruiz vio que el coronel no jugaba y se decidió a cantar la cartilla, convencido de que era lo mejor que podía hacer.

-Es cierto, mi coronel, la muchacha me ha enamorado, pero yo no la robé: ella se ha venido conmigo porque le ha dado la gana, y sin que yo haya podido evitarlo.

"En cuanto a Miguel, he tenido que lastimarlo porque él me quiso matar y cualquiera hubiese hecho lo mismo."

Luna no pudo contenerse, y sin saber lo que hacía, fue a acometer a Ruiz; pero un grito de Iseas lo detuvo haciéndole volver a su puesto.

-Al primero que se me desmande -dijo-, le hago pegar quinientos azotes y se acabó.

Luna, que no conocía la ferocidad de Iseas, estaba más entero; pero Ruiz, que lo veía

exasperarse cada vez más, estaba temiendo que de un momento a otro Iseas los mandara degollar.

-¡Ahora mismo -dijo-, que me traigan aquí a la muchacha!

María fue traída inmediatamente.

La joven, que venía llorosa y avergonzada al ver tanta gente y entre ella a su padre, quiso resistirse y huir de allí, pero fue detenida y llevada delante de Iseas.

-¡Linda muchacha! ¡Linda muchacha! -exclamó Iseas entusiasmado ante la belleza de María-; vamos a ver qué es lo que ha sucedido.

Luna estaba turbada por el dolor y la vergüenza.

Sin embargo, el cariño de padre se había sobrepuesto a todo, y adelantándose hasta donde estaba su hija la llenaba de caricias.

Apremiada por Iseas, la joven entre sollozos y lágrimas, refirió ingenuamente todo cuanto había pasado.

El coronel escuchó la tocante narración sin conmoverse y volviéndose a Luna le preguntó qué quería.

-En primer lugar que se me devuelva a mi hija -repuso aquél-, y que se castigue al criminal como el señor coronel lo crea mejor.

-Justicia -gritó Iseas-: yo voy a hacer justicia porque en realidad la falta es grave: si este bruto se hubiera traído a las dos, todavía se le podía perdonar, pero por no haber traído más que una sola, es una estupidez que bien merece un castigo.

"A ver, agregó, que me aten a Ruiz para que Luna le pegue quinientos azotes."

Como Ruiz conocía a Iseas, aceptó sobre tablas el castigo, comprendiendo que era lo mejor que podía sucederle.

Ruiz fue volteado en el acto y atado por los asistentes de Iseas.

Pero cuando Luna empezó a azotarlo, la pobre joven se puso de por medio, intercediendo desesperadamente por su amante.

La escena era por demás conmovedora.

A pesar de la ira que Luna sentía, los ruegos de la hija lo conmovieron sobremanera.

La joven, que amaba a Ruiz con toda la fuerza de su pasión primera, se prendía de los brazos del padre, impidiéndole siguiera el castigo.

Ruiz se quejaba de una manera dolorosa y pedía por Dios se le perdonara.

Y el coronel Iseas reía como un loco, frotándose las manos, y diciendo a Luna que sacudiera más fuerte.

Pero éste, vencido por los esfuerzos y los ruegos de su hija, había dejado de pegar, horrorizándose él mismo de la escena de que era actor.

Y tomando a su hija de la mano se preparó a salir con ella.

Pero Iseas lo mandó detener insultándolo de una manera terrible.

-¿Qué se ha figurado el borrachón -gritó-, que ha de venirme a armar un escándalo en el campamento para mandarse mudar sin cumplir mis órdenes?

"Péguele los quinientos azotes antes que se los haga pegar a él."

Luna quedó aterrado: al darse cuenta de lo que le mandaban hacer sintió una repugnancia invencible y, cediendo a los ruegos de la hija, declaró que estaba satisfecho y que no quería pegarle más.

Iseas mandó entonces desatar a Ruiz y poner en su lugar a Luna, ordenando al primero diera los quinientos azotes que él debía haber recibido.

María, llorando amargamente, se acercó entonces a su amante y le tomó la mano violentamente.

-Déjame que le pegue -murmuró éste-, le pegaré despacio, te lo juro, mira que si no van a

mandar degollar a todos.

Aunque Ruiz había hablado de manera que sólo María y Luna pudieron escucharlo, Iseas sintió que había hablado y preguntó lo que había dicho.

Nadie quiso exponerse a traer sobre sí la cólera de aquel bárbaro, y uno de los soldados que había amarrado a Luna repitió las palabras de Ruiz.

El coronel Iseas soltó un terno tremendo y mandó en el acto que tanto a Ruiz como a Luna los pusieran en cuatro estacas; operación que se apresuraron a cumplir los soldados.

La joven, en el colmo de la desesperación, se arrojó a los pies de Iseas, implorando gracia para ambos, pero ya Iseas estaba bajo la influencia de la sangre, y todo era inútil.

-Si no salís de aquí, mocozuela -gritó empujándola-, te hago estaquear también, a ver quién viene a pedir que te largue.

La joven, ya medio enloquecida por el dolor, se abalanzó sobre los que estaqueaban a su padre y a su amante; pero Iseas entonces la mandó amarrar de manera que no pudiera moverse y la hizo colocar allí cerca, de manera que pudiese presenciar la bárbara operación.

Cuando los cuerpos empezaron a quedar en el aire y a sonar sus articulaciones, un grito tremendo lanzaron los infelices.

Ruiz empezó a pedir gracia, mientras Luna prorrumpía en una serie de injurias terribles.

-Mándame matar, cobarde -le gritaba-, mándame matar, miserable: quiero que me fusilen para que me libren de este martirio horrible.

La joven no había podido resistir la impresión y había perdido el conocimiento.

-¡Que me maten -gritaba Luna-, que me maten más bien!

-Todavía no es tiempo -contestaba Iseas-: esperate que no te has de quedar con las ganas.

Y reía como un loco de los gritos que lanzaban los dos estaqueados.

Cuando los soldados, después de bailarles en el pecho para ver si estaban bien tirantes, ataron los maneadores, Ruiz había perdido el conocimiento.

No había podido resistir aquel castigo formidable.

Luna resistió un poco más, aunque dando pruebas de un sufrimiento horrible.

A los últimos lamentos de Luna, la desventurada María volvió en sí y fijó en su padre la mirada, dilatada horriblemente.

En aquel mismo momento el dolor se hacía superior a todo esfuerzo y Luna perdía también el conocimiento, desmayándose.

Iseas se acercó a las estacas y les dio algunos golpes con el pie en las cabezas, diciendo: "estos pillos suelen hacerse los desmayados para que los saquen más pronto".

Pero las víctimas no dieron la menor señal de vida.

Las manos por la presión tremenda de las ligaduras se habían hinchado y ennegrecido: parecía que la sangre allí detenida iba a hacer reventar las arterias.

Tal era la costumbre de presenciar semejantes escenas, que los que rodeaban a Iseas sonreían pensando qué nueva ferocidad se le ocurriría a éste.

Este ya no tenía diversión: las víctimas estaban sin conocimiento y no podían lamentarse, que era lo que más le gustaba.

-Bueno -dijo, frotándose las manos-, ya éstos no dan señales de vida, tal vez fingidamente, pero se han embromado porque de mí no se ríe nadie.

"A ver, degüéllenlos a los dos, así voy yo a saber si están fingiendo o si realmente se han desmayado.

"Pronto, que ya estoy cansado y aburrido: a ver cómo me les forman a éstos una corbata."

En el acto cuatro soldados que sin duda presentían ya aquella orden, avanzaron cuchillo en mano.

María, que escuchó la orden y vio el ademán, se debatió un momento en las ligaduras que la

sujetaban y volvió a desmayarse.

La bárbara operación fue difícil: los estaqueados tenían la cabeza caída hacia atrás presentando el cuello desnudo y en la posición más aparente para el degüello.

Así es que los soldados que iban a efectuarlo no tuvieron más que pasar los cuchillos y todo quedó concluido en un momento: las cabezas fueron completamente separadas de los troncos sin que las víctimas hubieran vuelto en sí.

-¡Y después han de decir que yo no sé hacer justicia! -exclamó Iseas; y, como al ir a retirarse, reparara en María que permanecía atada y sin conocimiento, mandó que la desataran y la llevaran a su alojamiento porque quería hablar con ella antes de soltarla.

Los dos cadáveres permanecieron en las estacas hasta la noche, porque Iseas no los había mandado sacar y ninguno se atrevía a hacerlo, visto el estado de excitación en que se hallaba Iseas.

La noticia circuló por toda Catamarca, llevando el espanto a todos los corazones.

Aquello era monstruoso: no se concebía aquel grado de ferocidad en un hombre a quien no se había dirigido la menor ofensa ni hecho el más mínimo daño.

¿Por qué había hecho degollar aquellos dos hombres? Luna, sobre todo, ¿qué mal les había hecho, qué haberles dicho, que mereciera ser tratado con aquella crueldad estúpida?

Y María ¿por qué no había sido puesta en libertad? pensaban en la población: ¿se le iría a hacer morir en las estacas, o se intentaría contra ella alguna crueldad mil veces más feroz aún? Todo había que esperararlo de aquella fiera para quien no había nada sagrado.

La desesperación de la familia de Luna, al saber lo que sucedía, es imposible de describir.

Aquella casa parecía una casa de locos furiosos en su período más agudo.

Mientras las mujeres disparaban por todas las piezas y por el fondo lanzando gritos que nada tenían de humanos, Miguel se vestía apresuradamente, a pesar de su herida, disponiéndose a salir hasta el campamento, y tomar una venganza por su mano.

Aquel crimen no podía quedar impune, aunque contra Iseas no había más justicia que la que cada cual pudiera hacerse a sí mismo.

La señora, cuando pasaban los momentos de tremenda desesperación, reía estruendosamente, diciendo que la querían engañar, y que le daban aquella noticia porque querían mortificarla.

Una vez que Miguel estuvo vestido, tomó el mismo sable que había llevado para matar a Ruiz, y se dispuso a salir.

En vano los amigos que lo rodeaban quisieron contenerlo, en vano le hicieron toda clase de reflexiones: no los quiso escuchar.

-Han degollado a mi padre -exclamaba el joven-, se han quedado con mi hermana para someterla a igual martirio, ¿y quieren que permanezca indiferente?

"¡No, por todos los diablos! he de ir a quitársela y han de oír de mi boca lo que nunca han oído.

"¿Me degollarán como a mi padre después de haberme estirado en las estacas?

"Poco me importa: deshonorado y señalado por todo el mundo como un objeto despreciable, maldita la falta que me hace la vida: un señalado servicio me hacen en quitármela.

"Siquiera así moriré con el consuelo de haber hecho todo lo posible por vengarme; peor será que la desesperación y la vergüenza me hagan pegar un tiro sin haber tenido siquiera el placer de tratar a ese hombre como nadie lo ha tratado."

-Pero ahora es de noche -le decían-, y no lograrás ver a Iseas que estará durmiendo y serás muerto por sus asistentes sin siquiera haber tenido el consuelo de verle la cara.

Esta última reflexión contuvo a Miguel, que vio la esterilidad de su sacrificio.

-Pues iré mañana -repuso-; iré cuando sea necesario para poder verlo y hablar con él; nada se pierde con esperar algunas horas.

Y se dejó caer sobre una silla, agobiado por la fiebre y la vergüenza.

Sus amigos tuvieron esperanza de que la reflexión razonada le hiciera cambiar de ideas, puesto que su sacrificio iba a ser completamente estéril, dando a Iseas un nuevo motivo de diversión.

Pero todas sus esperanzas se disiparon bien pronto.

Al otro día Miguel, perfectamente tranquilo en la apariencia y con todo el dominio del espíritu, anunció su decisión de ir al campamento a hacer su reclamación.

-Pero infeliz -le dijeron aquellos que lo habían acompañado toda la noche-, esto es ir a una muerte segura: vas a dejar a tus hermanas y a tu madre misma en el mayor desamparo: ¿qué va a ser de ellas si tú les faltas, tú que serás su único amparo y su único sostén?

-Será lo que Dios quiera, pero yo habré muerto en el cumplimiento de mi deber.

Más tarde mi madre y mis hermanas mismas tendrían el derecho de escupirme en la cara, si nada hubiera hecho yo para vengar a mi padre.

Miguel estaba perfectamente sereno y dispuesto a cumplir aquella última resolución.

Como último recurso, los que veían la completa esterilidad del sacrificio, fueron a ver a la madre para que impidiera a Miguel fuera al campamento de Iseas.

Pero aquella señora de extraño temple, lejos de hacer lo que se le indicaba, dijo que ella iba a acompañar a Miguel en cumplimiento de su deber sagrado.

-Pero se van a hacer matar todos: usted va a influir en que degüellen a todos sus hijos.

-Y moriremos todos: de todos modos la vida que nos espera no vale la pena de agacharse para recogerla.

Y acercándose a Miguel, le dijo: -Vamos hijo mío, vamos a ver por qué han muerto a tu padre y que nos entreguen su cadáver: vamos también a buscar a María, que sabe Dios lo que será de ella.

-Vamos todos -dijo acercándose la otra hermana, con una tranquilidad aterradora, porque ella era producida por la inmensa desesperación-: siquiera le daremos un beso antes que lo entierren.

Y aquel grupo conmovedor, imponente por la expresión que se acentuaba en aquellos semblantes, tomó la dirección del campamento.

Los amigos, en un momento de distracción, habían logrado esconder el sable a Miguel, que aturdido por lo que le pasaba, no lo echó de menos.

De esta manera quedaron más tranquilos, pues no llevando armas, Miguel no podría hacer cosa que mereciese la muerte.

Hablaría violentamente, insultaría a Iseas, pero tal vez tuvieran en cuenta el estado de su espíritu y no le harían caso, mandándolo echar a golpes del campamento por toda medida.

¡OH, no conocían la ferocidad de Iseas los que así pensaban!

María había sido mandada poner de los pies en el cepo, que en un momento de desesperación suprema, había tratado de asesinar a Iseas, que se le acercó a hablarle cariñosamente.

Y había sido tratada de un modo brutal, esperando conseguir por el rigor lo que no había conseguido por el cariño.

-Ya verá esa mocosa cómo nadie puede conmigo -había dicho Iseas-; si no ha escarmentado con lo que ha visto yo la pondré en vereda.

Y aquella noche, indudablemente, se hubiera metido a mayores tormentos; pero se había salvado gracias a que Iseas se durmió sin dejar ninguna orden al respecto.

Cuando los Luna llegaron al campamento, ya Iseas se había levantado y pensaba lo que podía hacer con María.

Miguel quiso entrar hasta donde se hallaba el coronel, pero los asistentes le cerraron el paso.

Un escándalo tremendo se produjo entonces en aquel paraje, escándalo que hizo acudir al

mismo coronel pensando que se trataría de otra cosa.

Miguel había querido forzar el paso y se había tomado a brazo partido con los soldados, ayudado por las mujeres que lo tironeaban queriendo obligarlos a que los dejaran pasar. En presencia de Iseas el escándalo cesó como por encanto; los soldados se hicieron a un lado y los Luna quedaron frente al verdugo de su padre.

-¿Qué manera de presentarse aquí es esta? -preguntó el coronel-¿creen acaso que esta es alguna fonda? ¿Quiénes son estos pillos?

-Yo soy Miguel Luna, hijo del que degollaron ayer -repuso éste-, y vengo a buscar su cadáver y a mi pobre hermana.

El ademán del joven era tranquilo, pero dejaba entrever toda la tormenta desencadenada en el fondo de su alma.

-Me parece que a lo que venís es a correr igual suerte -respondió Iseas-, porque me parecéis medio insolente.

-Correré la suerte que Dios quiera, porque el que se mete entre asesinos no puede contar con una salida segura; pero habré cumplido con mi deber.

-A ver, a ese maula llévenlo al 4º, casualmente me hacen falta soldados jóvenes.

-¡Bandido, asesino! -gritó el joven, y quiso caminar hasta él.

Pero antes que hubiera podido moverse ya los soldados lo habían tomado en el aire y amarrado, llevándolo a las cuerdas del regimiento 4º.

-¡Quinientos azotes! ¡Quinientos azotes a ese hijo de mala madre! -gritó Iseas fuera de sí: yo voy a darle insolencias conmigo.

Al estrépito de las voces, María había acudido, reconociendo en ellas la de la madre y hermana, llegando al grupo en momentos que sacaban a Miguel e Iseas daba la terrible orden. La madre y las hermanas, en el colmo de la desesperación, no sabían qué hacer, si correr al lado del joven o quedarse a implorar a Iseas su perdón.

Todas ellas, llorando como es capaz de hacerlo una mujer en situación tan desesperante, saltaron sobre Iseas, y arrodillándose a sus pies y besándoselos, le rogaron perdonara al joven, que si había hablado así, lo había hecho únicamente impulsado por la desesperación.

-Qué perdón ni qué perdón -exclamaba Iseas ya dominado por un vértigo de crueldad-; qué perdón para un trompeta que me viene a tratar de asesino.

"¡No quinientos, sino mil son los azotes que le he de pegar!"

Y modificó la orden mandando que lo azotaran hasta desmayarlo.

La pobre madre se arrastraba a los pies del bárbaro regándolos con sus lágrimas; pero todo era inútil.

Aquel espíritu feroz no se conmovía por nada en el mundo.

Viendo la ineficacia de los ruegos, las mujeres dispararon en la dirección que había llevado Miguel y tras de ellas siguió Iseas y sus acompañantes.

Aun no habían andado cincuenta varas, cuando ya se oían los gritos de dolor lanzados por el joven, a quien ya habían amarrado en el suelo y principiado a azotar.

Aquí tuvo lugar la verdadera escena conmovedora llevando el horror al espíritu de aquellos más familiarizados con aquellas cosas bárbaras.

Al ver a Miguel tendido en el suelo, recibiendo el tremendo castigo, todas acudieron a él, tratando de cubrirlo con sus cuerpos delicados.

Las pobres mujeres no lloraban ya: sólo producían con la garganta un sonido lúgubre y desgarrador.

Los soldados, no sabiendo qué hacer, miraron a Iseas que llegaba en aquel momento, como preguntándole cómo debían proceder.

-¡A ellas, si no salen de ahí pronto! sacúdanles a ellas de firme, sacúdanles de lo lindo para

que no vengan a meterse donde no las llaman!

Los soldados, que sabían muy bien que una desobediencia podía entonces costarles la vida, empezaron a sacudir a las mujeres sin miramientos de ningún género.

Aquellas infelices, lanzando verdaderos alaridos, sufrían los golpes, pero no se desprendían del cuerpo de Miguel, que lanzaba a Iseas las injurias más sangrientas que se le ocurrían.

-Sáquenlas de ahí, sáquenlas de ahí y sacúdanles de lo lindo.

Y él mismo se adelantó, tomando de un brazo a María, que no tenía ya fuerzas para oponer la menor resistencia.

Miguel, en un esfuerzo supremo, pudo darse vuelta y escupir el rostro de aquel bárbaro, lo que acabó de enfurecerlo.

-¡Que lo degüellen! -gritó-: ¡que lo degüellen! -y arrojó a las mujeres entre un grupo de soldados a quienes gritó:

-¡Y qué hacen que no me las sacan de aquí a rebencazos!

Las mujeres estaban ya idiotizadas por el sufrimiento moral y físico.

El aturdimiento, producido por los golpes recibidos, y el asombro de aquella última orden había idiotizado a las mujeres, que no se atrevían a moverse de allí, ni aun para escapar a los golpes que seguían dándoles.

La operación del degüello se efectuó sobre tablas y con la frescura habitual.

El joven amarrado fuertemente no pudo hacer nada, ni aun para entorpecer la acción de los asesinos: sólo tuvo tiempo de dirigir a Iseas algunos insultos más, y desearle la muerte más espantosa.

Como las mujeres no podían moverse de allí, por el estado en que se hallaban, Iseas las mandó arrastrar fuera del campamento, ordenando que las dejaran allí nomás.

Sólo cuando cerró la noche, algunos vecinos se atrevieron a recogerlas con algunas precauciones, pues temían con razón que por el simple hecho de haberlas socorrido, Iseas las mandara azotar.

Esta tragedia horrible hizo una impresión tremenda en toda la ciudad de Catamarca y sus alrededores.

La familia de Luna puede decirse que quedaba extinguida, pues las pobres mujeres estaban materialmente despedazadas a golpes.

El cadáver de Miguel, como el de Luna y como el de todos los que corrían igual suerte, fue mandado arrojar al medio del campo, de donde nadie se atrevería a recogerlo, por no provocar la cólera de Iseas, que quince días después de estos hechos monstruosos, levantó campamento, abandonando la provincia de Catamarca en dirección a La Rioja.

Otra vez el Chacho

Chacho tuvo conocimiento de estos hechos, como de otros muchos a cual más cobarde y bárbaro, comprendiendo que de aquella manera la paz no podría durar mucho tiempo.

Lo que habían hecho en Catamarca y Mendoza mismo, los crímenes cometidos en Santiago y San Luis se repetirían en la misma La Rioja y era precisa evitarlo, porque ante ellos, él no podría permanecer impasible.

El ejército de línea era remontado con los habitantes de los pueblitos de campaña, a quienes sin el menor motivo se les destinaba a los regimientos, sin respetar las familias a quienes trataban como perros; ni los negocios que saqueaban como saqueaban las pocas y miserables haciendas que constituían toda la riqueza y porvenir de aquellos pueblos miserables.

Los que podían huir se iban a La Rioja poniéndose bajo el amparo de Chacho que les

aconsejaba tener paciencia, que las cosas habían de arreglarse muy pronto, respondiéndoles él de que el territorio de La Rioja sería respetado, no cometiéndose en él las injusticias y horrores que tenían por teatro las otras provincias del Norte.

La tempestad empezaba a armarse alrededor de Peñaloza, a quien querían empujar nuevamente a la guerra para impedir la continuación de aquellos horrores, o tener por lo menos el consuelo de morir peleando, y no como hacienda de matadero.

Chacho tuvo que ceder a los deseos razonables y justos de los suyos, y empezó a mover elementos, aunque más no fuera que como medida precaucional.

De este modo los acontecimientos que surgieran lo tomarían preparado, pudiendo hacer frente a cualquier emergencia.

De otra manera quedaba expuesto a que el día menos pensado cualquier división del ejército nacional ocupara La Rioja, cometiendo toda clase de horrores hasta en su persona misma, que sería la primera a quien aprisionarían para verse libres de un enemigo, del único enemigo que se les podía poner al frente con probabilidades de éxito.

Chacho no tenía depósito de armas, porque siempre había sido enemigo de depositarlas, temiendo que el enemigo pudiera apoderarse de ellas en cualquier eventualidad.

Según su táctica, cada soldado, licenciado o no, debía tener consigo sus armas, para poder acudir en un momento dado a cualquier paraje donde se le llamara, sin necesidad de tener que ir a armarse a tal o cual parte.

Y como en el interés de cada cual estaba el tener cuidado de las armas, no había peligro de que se extraviara alguna de ellas ni que de ellas se desprendieran los soldados, ni aun en el caso de mayor necesidad; pues un riojano prefería mil veces empeñar la cama, que el arma fiada a su cuidado por el Chacho.

Además, cada cual sabía bien que un arma perdida no tendría reemplazo en mucho tiempo. En presencia de las crueldades de Iseas y otros jefes, Chacho empezó pues a mover sus elementos, mandando aviso a todos los departamentos para que estuvieran listos al primer llamado.

Muchos no querían ni siquiera esperar este primer llamado, y acudían en grupos más o menos numerosos a incorporarse y esperar sus órdenes.

Y cada uno traía noticias de diferentes tropelías y actos de crueldad, capaces de sublevar los sentimientos del más indiferente.

Muchos cabecillas de otras provincias le habían mandado chasques avisándole que podía contar con ellos y sus elementos en cuanto se moviera, que no tenía más que mandarles un simple aviso para que se pusieran en campaña.

Chacho, sin quererlo todavía, sin haberlo mandado, se encontró de pronto con que tenía reunidas un número considerable de fuerzas que lo empujaban a emprender una nueva campaña, cuyo único objeto debía ser obligar al ejército nacional a retirarse hasta Buenos Aires y dejar en paz a las provincias, que ningún motivo daban para ser tratadas de semejante manera.

Sobre todo Iseas: era necesario que se quitara a Iseas el mando de las fuerzas que tenía, y que convertía en algo como una banda de asesinos, perfectamente organizada, sumisa a sus caprichos.

El rumor de que Chacho reunía fuerzas circuló por todas las provincias, haciendo que Sandes se moviera de su cuartel general en Mendoza, justamente alarmado.

Se decía que Chacho reunía un ejército en Patquia, para entrar nuevamente en campaña, y que al mismo tiempo en la provincia de Córdoba, en el Río de los Sauces, que linda con las de San Luis y La Rioja, un titulado coronel Ontiveros tenía reunida una fuerza considerable con la que amenazaba invadir San Luis.

Con semejantes noticias el coronel Sandes se alarmó justamente y tomó precipitadas medidas para ponerse en marcha inmediatamente sobre San Luis, mandando chasques al coronel Iseas para que se le incorporase allí.

El solo anuncio de que Chacho se ponía nuevamente en campaña era una noticia de suma gravedad, pues que se sabía todos los sacrificios de sangre y de dinero que debía costar aquella nueva campaña.

Y la noticia revestía esta vez un carácter de mayor gravedad, puesto que el movimiento parecía ser general entre todos los caudillitos de las otras provincias, que se preparaban a ayudar a Chacho en su nueva campaña.

Antes de todo era preciso deshacer al referido Ontiveros para impedirle su incorporación a Chacho, reduciendo a éste a sus solos elementos de La Rioja.

Si Ontiveros tomaba San Luis, sacaría de allí nuevos elementos, llevando a Chacho un refuerzo poderoso, y esto es lo que era preciso impedir a toda costa.

Sandes reunió todos sus elementos de movilidad, pidió al gobernador de Mendoza reuniese el mayor número posible de mulas, y se puso en marcha inmediatamente y sin ahorrar sacrificio sobre San Luis, tratando de llegar antes de que el referido Ontiveros pudiera moverse.

Cuando el coronel Sandes llegó a San Luis, ya estaba allí Iseas en observación del enemigo, que aún no había podido moverse, o que esperaba para hacerlo alguna oportunidad favorable. Sandes resolvió demorarse algunos días en San Luis para dar descanso a las fuerzas y caballos, pero al día siguiente tuvo que ponerse en marcha precipitada, porque tuvo aviso de que el enemigo se movía hacia Dolores, marchando por la espesura del monte, y protegido por unos desfiladeros que ninguna tropa podría salvar sin exponerse a ser derrotada y destruida.

Al llegar a los desfiladeros, el coronel Sandes comprendió el peligro que corría al salvarlos, y dispuso sus tropas de manera que no presentaran blanco al enemigo, aunque tampoco podrían ellos causarle el menor daño.

Para obtener mejores resultados, el coronel Sandes formó sus fuerzas en el primer espacio descampado que halló, enviando de vanguardia al comandante Irrazabal, para que observara los movimientos del enemigo y diera inmediatamente aviso de ellos.

Ontiveros cubierto por el monte seguía marchando hacia San Luis; o no tenía conocimiento de que allí estaba el coronel Sandes con una fuerte división, o tenía ciega confianza en los elementos que llevaba consigo y la situación ventajosa del terreno y monte que venía ocupando.

Poco tiempo después tuvieron que persuadirse de que Ontiveros no sólo tenía conocimiento de su presencia allí, sino que había tomado habilísimas medidas para vencerlo.

Numerosas fuerzas de caballería venían marchando por el lado izquierdo con la clara intención de flanquearlos, mientras las fuerzas de infantería, al mando del comandante Minuet, hombre práctico y de un valor a toda prueba, marchaban a tomarlas por el flanco derecho.

El frente era sostenido por el coronel Ontiveros en persona, que venía con el resto de las fuerzas, decidido a sostener el combate, una vez que el ejército de Sandes hubiera sido flanqueado según lo había dispuesto.

La posición de Sandes era apurada, aunque tenía a la espalda el río, que no daría paso al enemigo, y a la izquierda unos potreros que no permitían tampoco el paso de ninguna fuerza organizada.

Sandes no podía desplegar, por el monte y el desfiladero del frente, viéndose obligado a esperar el ataque en toda su violencia, aprovechando las ventajas que debía ofrecerle una fuerza bisoña y tal vez mal organizada.

El ataque no se hizo esperar.

Después de un tiroteo violentísimo, que causó algunas bajas, la caballería tocó a degüello, la infantería de Minuet ataque, y Ontiveros por el frente, con fuertes guerrillas desplegadas, se vino también a la carga de una manera impetuosa y brava.

Aquel era un ataque combinado muy difícil de resistir, y peligroso de esperar a pie firme.

Comprendiéndolo así Sandes, sostuvo su gente con un fuego de fusilería y de dos piezas que llevaba; fuego que debía contener al enemigo, mientras él operaba sobre la infantería del comandante Minuet, que se le venía encima.

El combate no podía ser más recio y sangriento.

Toda la línea se batía, y se batía de una manera heroica.

Entre el monte, los desfiladeros y los cercos era imposible hacer ningún movimiento táctico que facilitara el triunfo.

De modo que se combatía cuerpo a cuerpo, entre grupos de soldados que peleaban individualmente y echando mano a todo género de recursos, aun el del cuchillo mismo, pues el fusil se hacía inútil, no pudiendo cargarse en aquella confusión imponderable.

Los soldados de línea habían sacado la bayoneta, encontrando en ella la mejor arma que podían emplear, arma que no traían los soldados de Ontiveros, tropas reclutadas a gran prisa y disponiendo de los pocos y malos elementos que se habían podido juntar con toda precipitación.

Muchos de ellos habían echado mano al cuchillo, y con el cuchillo peleaban claros que abría en sus filas el fuego de la infantería de línea.

Ontiveros había creído poder pasar hasta La Rioja, sin tropiezo alguno, y no se había preparado para un combate.

Pero llegado el caso de sostenerlo, sus soldados peleaban como el mejor, revelando todo el ascendiente que sobre ellos tenía el jefe.

En lo único que Ontiveros era superior a Sandes era en cabalgaduras; pero esta superioridad no podía preponderar sino en la retirada, y por consiguiente cuando todo se hubiese perdido.

La caballería de Sandes montaba mulas cargueras, mansas sí, pero que era la primera vez que se les ponía freno, de modo que era imposible gobernarlas y mucho más maniobrar sobre ellas.

El combate se prolongaba, haciéndose cada vez más sangriento y encarnizado.

Cargada por fuerzas superiores y a la bayoneta, la infantería del comandante Minuet era la más comprometida y expuesta a ser derrotada, porque Ontiveros, teniendo que atender a todos los puntos donde se combatía, no podía mandarle ningún refuerzo sin debilitar otros puntos tan importantes como el que aquella sostenía.

Sandes, que vio que era allí donde el enemigo flaqueaba, apuró un poco más sus recursos y fue por allí donde empezó a pronunciarse la derrota.

Acosada poderosamente, sin poder hacer uso de sus armas de fuego, la infantería de Minuet empezó a perder terreno sensiblemente y a tratar de ganar el monte para cubrirse de los fuegos del enemigo.

Pero al fin, y no pudiendo ya más resistir, tuvo que dar la espalda ante una carga del primero y huir dispersándose por el monte y los desfiladeros.

La derrota de Minuet trajo la derrota de todo el resto del ejército.

El mismo Ontiveros al ver deshecha su infantería perdió el ánimo y empezó a retirarse al monte para ocultarse y, aprovechando los malos caballos del enemigo y su imposibilidad de perseguirlo, pasar a La Rioja aunque fuese en dispersión, que ya habría tiempo y oportunidad para rehacerse.

Viendo que Ontiveros cedía y se retiraba, cargó Sandes sobre él para apurar su derrota, la que

no tardó en pronunciarse de una manera definitiva.

Una persecución eficaz por entre el monte y los desfiladeros era imposible.

Sin embargo se mandó hacer, logrando tomarse, aunque pocos, algunos prisioneros.

Las partidas del regimiento 4º, que perseguían las infanterías del comandante Minuet, lograron tomar a este jefe, que fue conducido a presencia de Iseas, quien lo trató, no como a un jefe prisionero, sino como a un bandido en toda la extensión de la palabra.

Minuet quiso protestar de aquel trato, pero con su protesta sólo logró irritar más a Iseas.

-¡Ah montonero! -le gritaba éste, mientras lo hacía amarrar sobre una mula-: ¡qué lindo cogote para una degollada!

-Yo soy un jefe vencido en un campo de batalla, y hecho en él prisionero -decía Minuet-, prisionero de un ejército cuyos jefes me deben el mayor respeto.

"Pido pues que se me trate con el respeto a que soy acreedor, a que son acreedores los mismos indios salvajes que caen prisioneros entre tropas regulares."

Iseas que, en medio de sus barbaridades, no perdía sus gracias groseras e hirientes, la emprendió con mil sátiras tendientes a irritar cada vez más al prisionero, para hacerlo estallar y que diera motivo para fusilarlo.

-Los jefes tienen derecho al respeto de aquellos que los toman prisioneros, pero no sucede lo mismo con los bailes, que es el caso presente.

"Un minuet es lo mismo que un vals o que una polka; yo lo bailo, si hay con quien, y se acabó.

"Usted pues será bailado, amigo mío, en cuanto acampemos y tengamos comodidad para ello: no lo dude.

"Lo bailaremos con todas las reglas del arte."

Aquel dicho era demasiado significativo para que Minuet no lo comprendiera, así es que, volviéndose a Iseas, le replicó con la mayor tranquilidad.

-El que viene con tropas y se bate como me he batido yo, poca cosa debe suponerle la muerte, créalo, coronel Iseas.

"La muerte para mí no será nunca una cosa que me llame la atención: puede usted fusilarme o lancearme ahora mismo, si esa es su voluntad.

"Lo único que yo le pido es que me tenga el respeto a que soy acreedor, a que es acreedor todo hombre que se encuentra en situación semejante a la mía."

Una carcajada grosera e irónica fue toda la respuesta que arrancó a Iseas, quien al retirarse exclamó:

-Vaya, vaya, ¿qué es el único que falta? ahora hasta las piezas de baile quieren ser tratadas con respeto: si esto pido Minuet, ¿qué pedirá la Zamba?

Aunque el coronel Sandes era cruel y más cruel aún cuando se trataba de montoneros, el jefe prisionero pidió se lo remitiera adonde estaba el coronel Sandes.

Podría ser maltratado, pero alguna esperanza le quedaba, aunque sólo fuera la de ser fusilado si le mandaban matar.

Porque en poder de Iseas, no sólo estaba seguro de no escapar con vida, sino que sería muerto en medio de todo género de torturas.

Iseas no podía hacer nada sin el permiso de Sandes, que era su jefe superior; pero buscaría él el medio de satisfacer su capricho.

El coronel Sandes era enemigo de llevar consigo a los prisioneros, por el trastorno, decía, que causaba a la división.

-Los prisioneros -decía-, para que no se escapen, es preciso cuidarlos, es preciso distraer mucha gente en el servicio de centinelas.

"De noche, sobre todo, es preciso emplear mayor número de centinelas que vigilen a los

prisioneros, y los soldados necesitan dormir y descansar, no pudiendo estar dedicados a cuidar prisioneros día y noche.

"Además que, a los seis meses de campaña, no tendría tropas con que combatir, porque todas estarían empleadas en cuidar prisioneros."

Y era tal el hábito que de matarlos se tenía, tal la cantidad de prisioneros a que se daba muerte, que el fusilamiento estaba totalmente prohibido, porque el gasto de munición sería enorme, y la munición sería escasa para pelear por la dificultad que había en conseguirla. Así los prisioneros se lanceaban o degollaban, como medida más económica y fácil.

El gobierno, en conocimiento de estas monstruosidades, ordenó que no se pasara por las armas un solo prisionero de guerra, que, si no había cómo cuidarlos, fueran remitidos a Buenos Aires.

Pero entonces, y en cumplimiento de las órdenes del gobierno, se hacía algo más monstruoso, más bárbaro todavía.

-Si no se puede pasar por las armas un solo prisionero, no se puede gastar tampoco un soldado en cuidarlos: no se los matará, ya que el gobierno lo manda; pero tampoco se emplearán los soldados en cuidar prisioneros.

Y para conciliarlo todo, se les mandaba despallar.

No hay idea de lo que significa esta operación tremenda.

Para que el soldado no pudiera huir ni moverse del sitio en que se lo dejaba, se lo hacía cortar, descarnar la planta del pie, y abandonarlo en cualquier punto.

El sufrimiento bárbaro no permitía a los infelices dar un solo paso y entonces toda medida de vigilancia era inútil.

Al principio se obligaba a un médico alemán, prisionero también, que practicara la operación del despalle, para lo cual tenían que ponerlo a él mismo bajo la acción del tormento.

Poco después se hacía practicar a cuchillo por los mismos soldados.

Los infelices, a quienes se sometía a esta operación tremenda, eran abandonados en medio del campo, sin dejárseles el menor recurso.

Los que eran abandonados cerca de una población lograban arrastrarse hasta ella y conseguir algún socorro.

Pero los más quedaban abandonados a una muerte tremenda.

Aquellas heridas se echaban a perder con el excesivo calor, sobrevenía el tétano y la víctima moría en medio de sufrimientos indescriptibles.

Y para esto no había más práctica que el siguiente diálogo inalterable en la forma misma:

-Señor, anoche se han tomado tantos prisioneros, o tantas espías del enemigo.

-Que se les interroge y se les despalle.

Y la operación se practicaba sin la menor tardanza, siguiéndose la marcha una vez concluida.

Aquel procedimiento era conocido en todas las provincias, por aquellos que habían escapado a algún despalle, de modo que los montoneros preferían mil veces la muerte a caer prisioneros de semejante ejército.

Muchos de ellos en las persecuciones y cuando veían que podían ser alcanzados sacaban el cuchillo y se lo clavaban en el corazón, para que no los tomaran vivos.

Ya, sabiendo ellos lo que les esperaba, y todo, incluso la muerte misma, era preferible a un despalle, que no era más que una muerte lenta y tremenda.

Desde que Minuet cayó prisionero, Iseas pensó sólo en matarlo, pero poniendo a salvo su responsabilidad, porque no quería tener cuestiones con Sandes, que infundía a todos ellos un invencible respeto.

Quería matarlo, pero de manera que la orden le fuera dada y no pudiera hacérsele responsable de ella.

Iseas, en cuanto acamparon, mandó avisar a Sandes que tenía un prisionero muy molesto, porque no hacía sino gritar todo género de insolencias contra el ejército, queriendo pelear con todos ellos, por cuya causa era necesario tenerlo amarrado y con mordaza.

-Que lo despalden y lo abandonen -respondió Sandes, que estaba en un mal momento a consecuencia de otros despaldes que se habían efectuado en la división.

Pero Iseas, que no era esto lo que quería, mandó decirle nuevamente que, como se trataba de un oficial, creía que sería mejor pasarlo por las armas, porque no había medio de entenderse con él.

Sandes, que no había escuchado bien, por librarse de las importunidades de Iseas, le mandó decir que hiciera lo que creyera conveniente, si el prisionero no quería obedecer.

Iseas, que no deseaba otra cosa, en cuanto recibió la respuesta de Sandes, mandó traer al comandante Minuet, y, para darse el placer de mortificarlo de todos modos, le hizo presente que lo iban a pasar por las armas, de la siguiente manera brutal:

-Vamos a ver, comandante Minuet, cómo baila usted para convertirse en marcha fúnebre.

-No entiendo, coronel, lo que se me quiere decir -respondió el desgraciado jefe, que demasiado comprendía de lo que se trataba.

-Digo -respondió Iseas-, que Minuet lo vamos a convertir en marcha fúnebre, y que deseo ver cómo lo baila usted en el acto de la transformación.

El proceder de Iseas no podía ser más infame y cruel.

-Me parece que se trata de matarme -exclamó entonces el jefe prisionero-: no me llama la atención, porque han sido precisamente los asesinatos cometidos por ustedes lo que me han hecho tomar las armas.

-¿Y para qué anda montonereando? ¿por qué se meten a levantar ejército contra el gobierno nacional?

-Porque queremos, porque el gobierno nacional permite que sus jefes cometan todo género de enormidades.

-Entonces no se quejen de la muerte como consecuencia de lo que hacen.

-Yo no me quejo de la muerte -volvió a repetir Minuet-; porque la muerte estaba en mis cálculos cuando salí a la campaña.

"Lo que hay es que a mí no se me puede matar así nomás, porque yo soy un jefe prisionero y tengo derecho a un consejo de guerra."

Iseas soltó una carcajada estruendosa: la embriaguez, el vértigo de un espectáculo de sangre empezaba a asaltarle y a dominarlo.

-Los montoneros no tienen derecho a nada -respondió-, ni nosotros tenemos tiempo para andarlo perdiendo en consejos de guerra y pavadas.

"¿Adónde iríamos a parar si se hubiera de formar un consejo de guerra a cada montonero que se toma?

Ya se sabe que el delito que han cometido merece la muerte: no hay más que fusilarlos en cuanto se los tome."

-Eso no será nunca fusilar sino asesinar -respondió Minuet con infinita soberbia -y si quieren asesinarme, está de más que me lo prevenga: es preciso ser lógico hasta como asesino.

-¡Mientras más culpables, más insolentes! ¡yo no sé qué se figuran estos canallas! ¡si creerán que a más de todo, uno debe aguantarles sus insolencias!

E hizo señas a los soldados que estaban con él, quienes tomaron al jefe prisionero y empezaron a atarlo.

El comandante Minuet era un hombre bravo, que aunque con la conciencia que iba a ser asesinado, no perdía el dominio de su espíritu.

Ya sabía él lo que significaba caer en poder del coronel Iseas, así es que desde el principio se

había familiarizado con la suerte que allí le esperaba.

Sin embargo, cuando vio que lo volteaban y empezaban a atarlo como si lo fueran a azotar, no dejó de alarmarse dolorosamente y, rechazando a los soldados que lo sujetaban, dijo a Iseas:

-No comprendo que, para fusilar a un hombre, haya necesidad de amarrarlo de esta manera:

¿o temen acaso que me vaya a disparar?

"No tenga miedo, coronel Iseas, y ahórreme estas vergüenzas: puede mandar de una vez los cuatro tiradores que han de cumplir su deber de asesinos."

-¿Qué se figura, que vamos a gastar cuatro tiros en un montonero? -preguntó Iseas sonriendo, a la proximidad del tremendo espectáculo.

"No sea zonzo, demasiada munición hay que gastar en las peleas, para que la tiremos en fusilar a cuanto montonero se agarre.

"A ver cómo me le tocan una polka a este minuet -dijo a los soldados, y soltó una estruendosa carcajada."

Recién entonces el comandante Minuet se dio cuenta de que se trataba de degollarlo, y que por eso lo ataban, para que no pudiera hacer el menor movimiento de resistencia.

El momento no podía ser más tremendo.

La noble víctima se debatía haciendo esfuerzos terribles contra los que pretendían amarrarlo; pero ¿qué podía contra cuatro o seis soldados ávidos de cumplir la orden que se les había dado?

En un momento fue amarrado como un Cristo, mientras a su vista chaireaban el cuchillo con que lo iban a degollar.

La desesperación fue grande entonces; pero convencido bien pronto de que con ella nada había de conseguir, volvió a dominarse por completo, y a enrostrar a Iseas, con palabras terribles, su proceder infame y cobarde.

-Esto no se hace ya ni entre los indios -dijo-, porque para ello se necesita una dosis poco común de cobardía y maldad.

"Yo moriré asesinado, degollado como un perro, y mi sangre caerá sobre el gobierno que cobija, con el uniforme del soldado, semejantes asesinos, cobardes y miserables.

"Pronto, canallas; yo les aseguro que mi muerte no les va a causar la menor diversión."

Iseas estaba fuera de sí: las injurias, que le lanzara el comandante Minuet, le habían exasperado de una manera terrible.

Se acercó hasta donde éste estaba, y le dio algunos golpes con el rebenque.

-Pega, pega, villano -dijo éste-, que alguna diferencia ha de haber entre un hombre de honor y un asesino cobarde.

"Y ustedes -añadió dirigiéndose a los soldados-, ustedes que tienen el honor de ser mandados por semejante canalla, cumplan de una vez sus órdenes: lo que es por mí no han de perder tiempo."

Y estiró el cuello, dejando vagar en sus labios una amarga sonrisa de resignación.

-¡Pronto! -gritó Iseas que estaba lívido de ira-, a ver cómo degüellan a ese maula de manera que no apeste mucho.

Los soldados se agacharon, y uno de ellos, tomándolo por los cabellos, le cortó el cuello, haciéndole sufrir dolores terribles, pues intencional o casualmente, el cuchillo con que se le degolló tenía el filo inservible.

Tan bravamente se había conducido Minuet en el tremendo trance, que los soldados, conmovidos e imponentes, permanecían serios, sin permitirse ninguno de ellos dicharachos que tanto gustaban a Iseas.

Este era el único que reía, pero dejando asomar la expresión de la rabia que lo dominaba.

Todavía, antes de retirarse, dio algunos golpes sobre el cadáver, mandándolo sacar del

campamento y abandonar en medio del campo, al lado de otros prisioneros que habían corrido igual suerte.

Porque todos los prisioneros de este combate habían sido pasados por las armas de una manera más o menos cruel y cobarde.

El que no había muerto en las estacas había sido lanceado o degollado, según la primera palabra que salía a la boca del jefe, que ordenaba su muerte, muerte que nunca revestía otro carácter que el de un asesinato.

La guerra de recursos: ferocidades

Dejemos a un lado las crueldades inauditas del coronel Iseas, de las cuales nos hemos ocupado minuciosamente en nuestro romance *Juan Sin Patria*.

Esas monstruosidades inauditas cuya narración repugna y que degradan al ejército en que ellas se han cometido.

En la misma acción que hemos narrado, y cuyo acto final había sido la muerte del coronel Minuet, se había tomado prisionero a un fraile franciscano que venía con el ejército de Ontiveros, en momentos que se ocupaba en consolar a aquellos que rendían la vida sobre el campo de batalla.

Este fraile, especie de brillante de a libra, por lo escaso y precioso, despreciando los peligros del combate, se ocupaba exclusivamente en auxiliar al que caía, vigorizando su espíritu para el viaje eterno, o prestándole los pequeños cuidados que podía, para calmar el dolor y el peligro de las heridas.

En esta operación santa y noble fue hecho prisionero y conducido al ejército nacional, donde se le intimó que socorriera y auxiliara a sus heridos y moribundos con preferencia a los del campo enemigo.

El fraile no puso en esto el menor reparo y, sin vacilar un segundo ni responder una palabra, se entregó desde el primer momento al cumplimiento de su santa misión.

En uno de los momentos del combate, este fraile quedó envuelto entre la división del coronel Iseas, donde el combate había sido más recio, y fue sorprendido en momentos que ayudaba a rendir la vida a un oficial de Ontiveros que había caído despedazado por varias heridas de bala y lanza.

El fraile fue llevado a presencia de Iseas, a quien se dio cuenta de la manera como había sido tomado.

-¿Conque en eso andamos? -preguntó Iseas, apostrofando al fraile de una manera terrible-, ¿conque en eso andamos? ¿Por qué estás ayudando al enemigo, cuando hay tantos heridos y moribundos nuestros que auxiliar?

-Yo no tengo preferencia por nadie -respondió el fraile sin hacer caso de las injurias que se le dirigían-: acudo al que me llama sin averiguar a qué bando pertenece y cumplo a su lado con el deber que la humanidad me impone.

"Es un moribundo que me llama, yo no pregunto quién es."

-Pues desde este momento te prohibo, bajo la pena de mil azotes, que me ayudes a ningún montonero, porque poco te será el tiempo para atender a los míos.

"No tenés que prestar socorro sino a mis soldados: cuidadito con que se me desobedezca."

El fraile, con imponente altura, no respondió una palabra a todas aquellas groseras amenazas y expresiones soeces.

Parecía un hombre de un carácter a toda prueba, y a quien no había de imponer un ser como Iseas, por bandido que fuera.

-A ver ustedes -concluyó, dirigiéndose a la tropa-: el primero que vea al fraile auxiliar al

enemigo, me le pega una buena paliza y me da cuenta, si no quiere que se la pegue yo a él. El fraile no se preocupó un momento de todo aquello y, regresando al paraje donde el combate había sido más recio, se entregó al cumplimiento de su misión, casualmente en la persona de un ayudante de Iseas que acababa de caer herido de muerte.

Al llegar a otro oficial, que lo llamaba de una manera desesperada, un soldado lo detuvo.

-Padre mío -le dijo-, no contraríe las órdenes que le ha dado el coronel, porque ese hombre es capaz de cualquier monstruosidad.

El oficial aquel llamó al fraile con ademán suplicante, y éste se dirigió a él resueltamente.

-Padre, no vaya -volvió a repetir el joven que le daba aquel consejo-, no vaya porque van a hacer con usted alguna iniquidad espantosa.

-Dios está conmigo -respondió el fraile sonriendo-, y no será el temor el que me aleje del cumplimiento de mi deber.

Y caminó resueltamente hacia donde estaba el herido, dedicándose a asistirlo en todo aquello que le pidió.

Una vez que concluyó con éste se dirigió a otro y a otro, sin fijarse a qué fuerzas pertenecía.

Nadie reparó en ello, o los que lo hicieron guardaron silencio, temiendo una atrocidad de Iseas.

Pero éste, que andaba en todas partes, no tardó en encontrarse con el fraile, precisamente en momentos que vendaba una herida tremenda, que dividía la cabeza de un jefe enemigo.

-¡Ah, fraile bandido! -gritó entonces, atropellándolo con el caballo y dándole un golpe con el rebenque-; ¡yo te voy a enseñar a obedecer mis órdenes!

-Yo no puedo escuchar órdenes inicuas a su lado, sólo que una fuerza mayor y material me aleje de él.

Iseas estaba terriblemente irritado y la respuesta del fraile no hizo sino irritarlo más todavía.

-Desobedece nomás -dijo-, que yo te haré cumplir mis órdenes a rebencazos.

El fraile parecía completamente sordo a las palabras de Iseas: era un hombre dotado de un valor asombroso, a quien las amenazas no lograban intimidar.

Y como en aquel momento lo llamaron varios heridos, con toda clase de súplicas, acudió a aquél que estaba más próximo, sin averiguar quién era.

Desgraciadamente aquél era un herido enemigo e Iseas no pudo contenerse ante lo que creyó una provocación del fraile.

Y haciendo aproximar al trompa de órdenes, que con él andaba, lo mandó que sacara al fraile del lado del herido, y que si se volvía a acercar le pegara hasta que se retirase.

A pesar de la orden que escuchó, el fraile no se movió del lado del herido, ni siquiera volvió la vista a ver si se cumplía o no.

El soldado vaciló un momento: el hábito del fraile le imponía cierto respeto que lo hacía vacilar.

Pero un tremendo garrotazo aplicado por Iseas lo decidió bien pronto y, aproximándose al fraile, le intimó que se retirara.

-Salga de ahí -le dijo-, porque si no tendré que sacarlo yo, para que no me rompan el alma.

El fraile no se movió: como si no lo hubiera escuchado, en aquel momento cerraba los ojos del que acababa de expirar bajo su bendición.

Viendo que no hacía caso y que Iseas se dirigía sobre él con el sable enarbolado, el soldado echó pie a tierra, sacó de allí a tirones al fraile y le pegó un planazo con el sable: era lo menos que podía hacer.

El sacerdote, tan indiferente al golpe como lo había sido a la palabra, siguió caminando en dirección de otro herido que lo llamaba de una manera desesperada.

Desgraciadamente aquel herido pertenecía también al enemigo.

Iseas estaba en el colmo del furor.

-¡A palos! -gritó al trompa-, ¡sácalo de ahí a palos! -y él mismo fue a unir la acción a la palabra.

El fraile lo miró con una sonrisa compasiva que mostraba toda la grandeza de su alma, y quiso seguir en su abnegada tarea, pero no pudo.

El sitio donde se hallaba en aquel momento era donde más se había combatido y donde mayor número de enemigos había caído.

De consiguiente, a cualquiera que el fraile se hubiera dirigido, se dirigía a un montonero, y las furias de Iseas se aumentaban hasta llegar a su colmo.

Los golpes fueron en aumento hasta que el fraile tuvo que abandonar su misión por falta de fuerzas para seguir cumpliendo con su misión piadosa.

Pero sus labios no se movieron para pronunciar la menor palabra que pudiera tomarse por una injuria, ni aun por un reproche.

Y cuando el ejército siguió su marcha precipitada, el fraile fue llevado con la división de Iseas, no porque les hiciese falta, ni para tener con él auxilios de la religión en caso dado, sino como una sátira a la que podían bien seguir otras muchas.

Así se veía que, cuando Iseas mandaba despallar un prisionero, o cometer una iniquidad por el estilo, mandaba al fraile a que los ayudara a tener conformidad y a que los convenciera de que el tremendo martirio era un beneficio que se les hacía.

El fraile no podía aceptar semejante encargo, ni hacerse cómplice de aquella manera en semejantes infamias.

Y era entonces que se le maltrataba de una manera tremenda, burlándose de sus palabras generosas y de los sanos consejos que daba a sus verdugos, pretendiendo encaminarlos por la senda del bien y del honor.

Tales fueron las iniquidades cometidas con el pobre fraile que éstas llegaron a oídos del coronel Sandes, quien lo mandó reclamar para el servicio de su división.

Iseas no tuvo más remedio que entregarlo, pero no por esto lo dejó de mortificar hasta el último momento que estuvo en su poder.

Otra de las crueldades más tremendas de Iseas, es la siguiente, que nos refería una vez lleno de horror uno de los oficiales del 4:

En uno de los tantos pequeños combates que tenían lugar con grupos de montoneros, cayó prisionero un matrimonio catamarqueño, gente humilde y chachista hasta el delirio.

Ella no había querido abandonar a su marido, único amparo que tenía, y a pesar de los ruegos de éste, lo había seguido en la patriada.

Aunque él era un hombre joven y agradable, la mujer parecía mayor que él de una manera notable y no poseía el menor encanto que explicara tan desproporcionado matrimonio.

Era fea, de una flacura asombrosa y ridícula en su modo de hablar y desempeñarse.

En cambio era una mujer muy fina y comedida, que parecía haber recibido una educación esmerada y poco general en gente humilde y de aquellas provincias tan lejanas.

La partida que hizo estos prisioneros los condujo al cuartel y un oficial dio cuenta inmediatamente al coronel Iseas.

Ocupado Iseas en aquel momento, no prestó mucha atención a lo que se le decía, ni respondió una palabra.

Pero el otro día a la madrugada llamó al oficial y le hizo repetir el parte.

-¡Ajá -exclamó-, con que ellas también vienen a ayudar a los montoneros! pues es preciso escarmentarlas para que no lo hagan, porque esto ya no se puede tolerar.

"Esta maldita cría de montoneros, al paso que va, concluirá por hacernos la guerra con toda la familia, sin excluir ni siquiera a los recién nacidos."

El oficial no había dicho ni una palabra respecto al físico de la mujer, por lo que Iseas pensó que sería una bella joven, de las que abundan tanto por aquellos parajes.

-¿Y dónde están esos prisioneros? -preguntó sonriente ante la perspectiva de una nueva ferocidad.

-Están en el cuerpo de guardia, pues V.S. no ha determinado nada sobre ellos.

-Bueno, respondió Iseas con toda tranquilidad-, a él me lo lancean ahora mismo, obligando a la mujer a que presencie la cosa y en seguida me la traen aquí para resolver lo que ha de hacerse con ella.

La orden fue cumplida inmediatamente con toda ferocidad, en presencia de la mujer desventurada que pedía en los términos más desgarradores no quitaran la vida a su esposo. Pero todos aquellos ruegos eran inútiles porque el oficial no habría dejado de cumplir una orden de Iseas, cuya falta de cumplimiento le habría costado su propia vida.

Una vez cometido el asesinato, pues no puede llamarse de otro modo, la mujer fue traída a presencia de Iseas como él lo había mandado.

Sin duda éste había hecho sus cálculos sobre la belleza de la mujer, porque al ver que se trataba de una vieja y fea, hizo un gesto formidable diciendo:

-¿Y este espantajo se nos viene también como enemigo? ya les enseñaré yo por lo menos a tener una cara decente.

-Pero, señor, era mi marido, sollozó la mujer: es el único que tenía yo en el mundo y no quería abandonarlo para ayudarlo en lo que le fuera necesario.

-Esto es perdonable en una mujer linda -agregó Iseas, con una sonrisa monstruosa-, pero en semejante fenómeno, no tiene perdón de Dios.

"A ver, que me llamen a Fonseca: Fonseca se encargará de dar el castigo merecido."

La pobre mujer sospechó algo tremendo y quiso suplicar se le dejara siquiera ir a cerrar los ojos de su marido, pues ella no había cometido más crimen que serle leal, sin que esto hubiera causado el menor mal a nadie.

-Nada, que llamen a Fonseca -repitió Iseas-: yo te he quitado un marido, pero te voy a dar otro mil veces mejor.

Los que escuchaban el diálogo, a pesar de lo dramático de la situación, no pudieron contener una carcajada.

Era el tal Fonseca un asistente de Iseas, hombre horrible, de físico y de instintos.

Feroz en sus sentimientos, era el asistente que éste tenía para ejecutar aquellas monstruosidades que los demás se negaban a cumplir, aún bajo las más terribles amenazas. Este ser horrible y repugnante era tuerto y tenía el rostro devorado por las viruelas y cubierto de cicatrices tremendas que lo surcaban en todas direcciones.

Y aquel rostro, que era un conjunto de monstruosidades, estaba encerrado entre una barba gris, áspera, sucia y enredada, que más parecía un manojito de estopa que una barba humana.

Fonseca no tenía menos de sesenta años, que había pasado de la manera más criminal que pueda imaginarse, lo que le había valido la confianza absoluta del tremendo Iseas.

Fonseca nunca estaba serio, siempre se le veía sonriente, pero con una sonrisa nauseabunda y feroz, que causaba más terror que una expresión de amenaza de su boca formidable.

Fonseca acudió al llamado de Iseas, acentuando más su sonrisa, porque sabía que su jefe no lo había de llamar sino para algo muy agradable.

Todos soltaron una carcajada ante el aspecto de Fonseca.

-Vení para acá, zorro viejo -le dijo el coronel-: ¿cómo te sentís para casarte?

Fonseca dio salida a su risa por entre los portillos que adornaban su boca y, acomodándose el chiripá con cierta sorna de zorro, miró a la mujer que allí estaba y repuso:

-Yo siempre me hallo bueno para todo y para esto más que para otra cosa, pues bien sabe mi

coronel que el único vicio que he tenido en la vida ha sido la mujer.

Es que Fonseca no contaba la bebida, porque decía que aquello no era vicio sino una cosa natural, de lo que no podía prescindir porque formaba parte de su individuo.

-¿Entonces te encontrarás bien para casarte?

-Superioraso, mi coronel, superioraso.

-Y esta moza, ¿qué tal te parece?

-¿Y cómo quiere que me parezca? bueno no más, ¡y eso que no le veo la cara, que cuando se la vea!

La mujer tenía la cara cubierta con las manos y lloraba de una manera conmovedora.

-A ver -dijo Iseas, que reía como un loco-, ¡saque las manos y muestre la cara a su novio para ver si le gusta!

La infeliz se arrojó a los pies de Iseas, y viendo que éste no le hacía caso, fue recorriendo de rodillas una por una las personas que allí se hallaban, para que la dejaran ir o la mataran de una vez.

-¡A ver -gritó Iseas-, que le destapen la cara para que se la vea su novio!

Y dos soldados se le acercaron y a tirones le quitaron las manos del rostro, que apareció en una infinita expresión de agonía.

-Vamos a ver Fonseca, ¿qué te parece la moza?

-Muy regular, mi coronel, muy regular; un poco vieja, pero ya la remosaremos: es cuestión de engordarla y rasquetearla un poco.

Aquello era tan repugnante, que los más familiarizados con las crueldades de Iseas, empezaron a retirarse, con cierto tino para no ser notados, y que la retirada fuera a costarles cara.

-Bueno, yo te la doy -concluyó Iseas-, yo te la doy para que te cases con ella.

"Tratámela bien, tenele alguna consideración porque recién ha enviudado y llevátela que después la daremos de alta como lavandera del regimiento."

Fonseca se apoderó de la mujer, lleno de gozo, y la sacó de allí, para lo cual tuvo que arrastrarla, porque ella se resistía de una manera heroica.

Iseas reía estruendosamente, animando a Fonseca con palabras bárbaras, imposibles de reproducir.

Y éste, que no necesitaba tanto, arrastraba a la pobre mujer, hasta que, para facilitar la acción, se la echó al hombro y salió a paso de trote en medio de las carcajadas de los que habían quedado hasta el último momento.

Iseas se quedó murmurando y dando las razones que tenía para haber hecho aquello; razones que no eran otras que la fealdad y vejez de la víctima, cosas que decía no haber podido tolerar en su vida.

-¡Yo les he de dar -murmuraba-, yo les he de dar presentarse en mi campamento con semejante cara y semejantes años! ¡Fonseca será el encargado de aplicarles el castigo!

Y quedó tan satisfecho y complacido, como si hubiera llevado a cabo una obra de verdadera y alta justicia.

Este no es creíble, esto es monstruoso y repugnante: sin embargo, ahí están todos los jefes del ejército, que podrán responder a esta pregunta: ¿quién era el coronel Iseas?

Ocho días después de estas escenas, aquella desventurada expiraba en el regimiento 4 de caballería: no había podido resistir las caricias terribles del formidable Fonseca, especie de Barba Azul santiagueño, más feroz aún y más primitivo.

Sandes conocía todas estas crueldades monstruosas de Iseas, que hubiera podido reprimir con su autoridad de jefe superior.

Pero esto hubiera sido romper con un buen contingente, sin lograr nada, tal vez, porque si no

se tomaban enérgicas medidas de reprensión, Iseas hubiera seguido haciendo lo mismo aunque un poco más ocultamente.

Y como muchas veces era enviado a operar por su cuenta, lejos de Sandes, había multiplicado sus enormidades.

Para suprimir las iniquidades de Iseas, habría sido necesario suprimirlo a Iseas mismo, y como esto no era posible, el coronel Sandes hacía la vista gorda diciendo:

-De todos modos Iseas hace esto sólo con los montoneros: no se metan a montoneros y nada les sucederá entonces, ni tendrán de qué quejarse.

En los combates, ya se sabía que Iseas no hacía prisioneros, porque el que salvaba de sus soldados, lo hacía degollar él mismo y a su presencia con sus asistentes, que no eran otra cosa que una partida de asesinos elegidos entre los más bandidos, como él decía.

Estando acompañado en San Luis, el coronel Sandes recibió un chasque del gobernador de Mendoza, avisándole que el coronel Clavero había invadido el sud de esa provincia, donde se habían plegado todos los paisanos y que con una fuerza respetable amenazaba la ciudad.

El gobernador pedía a Sandes que fuese en su ayuda, porque no tenía elementos con que defender la ciudad en caso de un ataque.

Aquel aviso contrariaba todos los planes de Sandes, porque lo alejaba de La Rioja, donde el Chacho levantaba un ejército: pero no podía tampoco abandonar la provincia de Mendoza al peligro de caer en poder de Clavero.

Así, marchó apresuradamente sobre Mendoza.

Allí estaba el comandante D. Augusto Segovia, valiente y activo jefe, que reunió toda la guardia nacional, a objeto de defender la ciudad de la invasión de Clavero, y con tanta suerte anduvo, que atacada ésta reciamente, antes de que llegara Sandes, rechazó al enemigo, dispersando la mayor parte del gauchaje que éste había reunido.

El viaje a Mendoza era ya inútil, así es que Sandes, al recibir tan favorables noticias, marchó hacia San Juan, en busca de elementos para emprender la nueva campaña a que Peñaloza lo provocaba.

El movimiento a favor de este caudillo fue general en las provincias del norte, por lo que se le calculaba un ejército numeroso.

No se podía abrir la campaña sin excelentes elementos de moralidad, y el coronel Sandes vino a buscarlos a San Juan, siendo entonces gobernador de la provincia el señor Sarmiento.

Todos los gobiernos de provincia se hallaban en igual peligro, triunfando Peñaloza, así es que en el interés de todos estaba ayudar al coronel Sandes en lo que pudiera necesitar.

El gobernador Sarmiento, comprando y expropiándolos reunió una cantidad de magníficos caballos y mulas que puso a disposición de Sandes para que éste pudiera seguir su campaña hasta los llanos de La Rioja, donde según las noticias que se tenían estaba campado Chacho con su ejército.

En la provincia de San Juan se agregó a Sandes el entonces mayor don Julio Campos con la mitad del 6° de línea, el batallón Rifleros de San Juan y el escuadrón Guías de San Juan.

Con estos elementos emprendió el coronel Sandes su marcha hacia los llanos de La Rioja, en busca del Chacho.

La nueva campaña

El ejército entró a los llanos por Valdés de Arce, continuando la marcha hasta Ulapes, pequeña población que hay al pie de la sierra del mismo nombre.

Todo aquello estaba desierto.

Algunas que otras mujeres se veían en aquellos ranchitos miserables, que decían estar solas

porque todos los hombres habían marchado con el Chacho.

Llegada la noche, era triste mirar los alrededores con los grandes corrales de la estancia Valdés de Arce, pues con asombro se vio que los corrales estaban arruinados, sin poderse atinar a saber quién los había quemado.

Era indudable entonces que el enemigo se hallaba cerca de allí y que había mandado quemar los corrales con alguna partida ligera, para que no se tuviera donde encerrar los caballos y poder arrebatarnos así que cerrara la noche.

Empezaba pues la misma fatiga de la guerra de recursos, de aquella guerra terrible en la que Chacho era un maestro consumado.

Sandes se vio obligado a pasar la noche sobre las armas y rodeado de guardias que dieran aviso de la menor novedad que se sintiera.

No había la menor duda de que Peñaloza andaba por allí, y entonces no era difícil que realizara alguna de sus empresas favoritas.

El ejército no había comido aquel día, no podía comer esa noche, y lo que era en aquellos alrededores, no había hacienda que carnear.

¿Cómo desprender partidas pequeñas en busca de hacienda, corriendo el peligro de caer en poder del enemigo cuya situación no se conocía?

La situación era difícil y sumamente peligrosa.

Ante todo era necesario proporcionarse un poco de carne, y por allí no la había.

Los pocos animales comibles, que había en las poblaciones, andaban entre los montes, montes espesísimos que podrían muy bien estar llenos de montoneros.

El coronel Sandes, con grandes precauciones, envió cuatro fuertes partidas que hicieron reconocimiento en todas direcciones a fin de tomar algunos montoneros que anduvieran por el monte, los que algunas noticias podrían suministrar.

Pero esto era un empeño inútil.

A la aproximación de las fuerzas nacionales, los pocos hombres que habían quedado en aquellos pueblitos, por razones especiales, huyeron buscando la incorporación de su caudillo. Ya sabían ellos que, si caían en poder de éstas, iban a ser sometidos a todo género de torturas para que declararan lo que sabían y lo que no sabían.

Se intentó hacer declarar a algunas mujeres, pero no se les pudo arrancar ninguna declaración importante.

La más habladora dijo que el Chacho había formado ejército en los llanos, y que a él se habían incorporado todos los hombres de la población, pero que no sabía más.

Se la amenazó, pero ella juró que no sabía ni podía saber más, con lo que se la dejó tranquila.

Las comisiones enviadas a recorrer aquellos parajes empezaron a regresar, pero sin traer la menor noticia de importancia, ni referente a enemigos, ni referente a haciendas.

No se sabía en qué dirección solía moverse el ejército, lo que mortificaba a Sandes, que conociendo lo que era Chacho, temía se hubiera movido sobre las provincias vecinas, sabiendo que él estaba por allí, para tomarle la retaguardia y los elementos que tenía en otros puntos.

Este era su cuidado más serio, y por eso es que ansiaba conocer ciertamente el paradero del Chacho.

Dos días después de su campamento en la Hedionda, llegó la comisión que más se había alejado con noticias de la mayor importancia para él.

Chacho había estado acampado en Patagonia, de donde se había movido en la dirección del paraje conocido por Lomas Blancas, unas tres o cuatro leguas del punto que ocupaba.

O Chacho no sabía que permanecía en la Hedionda, lo que no era posible, o se había decidido a pelearlo, lo que era un poco extraño, conociendo su costumbre de no comprometer combate.

Como el día antes se había recibido un refuerzo de algunos cuerpos de la provincia de Córdoba, al mando del hoy general Ayala, Sandes resolvió avanzar decididamente, y obligar a Chacho a batirse, aunque aquellos terrenos, por la espesura de los montes, eran lo menos a propósito para dar una batalla.

El coronel Sandes hizo avanzar una fuerza respetable al mando del capitán Irrazábal, para que sirviera de avanzada, y se movió con el resto del ejército.

El capitán Irrazábal no tardó mucho en encontrarse con grupos de montoneros, que empezaron a disputarle el paso con encarnizamiento, lo que le costó algunas bajas de consideración.

El joven no quiso asumir la responsabilidad de algún fracaso, y mandó documentos a Sandes de lo que sucedía, mientras él seguía avanzando lentamente.

Sandes apuró entonces todo cuanto pudo la marcha del ejército y, al llegar a una pequeña abertura de los montes que atravesaban, encontró al capitán Irrazábal, con su fuerza tendida en guerrilla, tiroteándose con fuerzas enemigas.

Irrazábal indicó a Sandes un pequeño cerro, que se levantaba en medio de aquel claro, como el mejor punto de observación.

Desde allí podía verse con más precisión las fuerzas que el Chacho tenía fuera del monte y las quebradas.

Las que en estos montes estuvieran ocultas era imposible sospecharlas tan solo.

Sandes subió al cerrillo y desde allí pudo divisar claramente la línea que el enemigo había tendido fuera del monte, como para repeler todo ataque, por serio que fuera.

El apoyo de sus flancos no era posible conocerlo, aunque oculta entre los barrancos se veía numerosa infantería.

Sandes descendió del cerrito, y empezó a tomar aquellas disposiciones que creyó de más urgencia.

La caballería, compuesta del regimiento 1º, Guías de San Juan, cordobeses y algunas compañías de puntanos, fue desplegada en el acto, colocando las compañías del 6º de línea en columna a la derecha y los rifleros y cordobeses en la misma disposición a la izquierda.

De este modo cubría los flancos de su caballería desplegada en batalla, para con éste llevar el ataque.

En esta disposición, y sin abandonar el cerrito, que tan buen punto de acción ofrecía, Sandes envió a Irrazábal para que provocase al enemigo con fuertes guerrillas, a fin de obligarlo a atacar, y abandonar por consiguiente sus posiciones infinitamente más ventajosas.

Pero el Chacho, que sin duda había elegido prolijamente aquel paraje, no se movió a pesar de las hostilidades de aquella vanguardia; señal clara de que Chacho conocía la importancia de la posición que ocupaba y su decisión de obligar a Sandes a que lo atacara en aquel punto.

Sandes, que comprendía también toda su desventaja, si atacaba, trató de impacientar a Peñaloza, para ver si de esta manera lo obligaba a atacar.

Al efecto, hizo desmontar toda su caballería, conservando la misma formación en que estaba, de manera que pudiera hacer fuego como la infantería, al mismo tiempo que churrasquear y tomar unos mates.

Chacho se cansaría al fin y atacaría: era cuestión de quién tuviera más paciencia para resistir. Sin dejar de tirotear al enemigo y sin perder su formación, los milicos armaron alegremente sus hogares, como si estuvieran en el campamento más tranquilo.

El coronel Sandes había dado el ejemplo, cebándose él mismo un mate y repartiendo entre los jefes y oficiales dos cajones de cigarros habanos que le había regalado su amigo Sarmiento al salir de San Juan.

No parecía aquella fuerza que estaba frente al enemigo provocando un ataque, sino una fuerza

que descansaba plácidamente en un campamento más seguro y a cubierto de todo ataque. Eran las ocho de la mañana, y no era difícil que antes de caer la sombra se cansara Chacho y atacara.

Pero éste era un hombre de una calma asombrosa, capaz de estar así una semana sin moverse, hasta no haber logrado su propósito.

La fuerza, tendida en línea delante del ejército, permaneció impasible, limitándose la caballería a echar pie a tierra.

Pero los humos, que empezaron a levantarse entre el monte, indicaron claramente que allí también se churrasqueaba y se tomaba mate.

A eso de mediodía, salieron de entre el monte algunos regimientos que vinieron a ocupar en la línea el sitio de otros que se retiraron y desaparecieron en la espesura.

Esto no era más que un relevo que hacía Chacho, para que fuesen a comer los que aún no lo había hecho, y vinieran los ya comidos a ocupar el punto de combate que momentáneamente abandonaban éstos.

No había entonces la menor duda de que Chacho tenía la intención de no moverse de allí para atacar, y que aceptaba el reto de paciencia a que se le provocaba.

El fuego de la vanguardia de Sandes, y el que se les hacía desde los fogones, era cada vez más recio, pero no por esto se inmutaba Chacho.

De cuando en cuando su infantería se asomaba en el monte y hacía una descarga cerrada, que acusaba bastante daño.

Entonces se oía una gran carcajada con que los montoneros festejaban la confusión causada por la descarga.

Aquellas descargas solían producir efectos endiablados, haciendo volar la pala y el asador del fogón, causando la dispersión de los soldados que lo rodeaban y que habían quedado ilesos.

El coronel Sandes, que había provocado aquel duelo de paciencia, empezaba a perder visiblemente la suya.

Su fisonomía empezaba a adquirir esa expresión de infinita bravura que lo distinguía en el combate, y se veía temblar el mate en su mano, indicando la impaciencia que lo dominaba.

De un momento a otro aquel carácter violento haría un estallido y Sandes daría la batalla en cualquier condición que fuera.

Los jefes, que mayor confianza tenían con él y que se permitían darle consejo, como el coronel Segovia, empezaron a pedirle que no se dejara arrastrar por la impaciencia y fuera a cambiar el plan que había trazado desde el principio.

Y el coronel Sandes sonreía asegurando que esperaría, pero mostrando claramente que su paciencia estaba agotada y que era una simple cuestión de minutos.

El bullicio y la alegría de las fuerzas de Peñalosa llegaba hasta ellos, contribuyendo a hacer perder a Sandes el poco resto de paciencia que le quedara.

Toda la primera línea de batalla, que al principio presentó Chacho, había sido relevada por otra más fresca y mejor comida, mientras que las tropas de Sandes no había podido hacer otro tanto por falta de carne.

Y se veía a Chacho cruzar por todas partes y hablar con todos con una calma asombrosa y como si no temiera nada absolutamente.

Sandes tenía además otras razones que iban a obligarlo terminantemente a llevar el ataque. Los días eran cortos y no quedaba mucho tiempo para esperar.

El ejército estaba en malísima posición para pasar la noche y tendría que retirarse.

Esto, además de ser de malísimo efecto moral para la tropa, tenía el inconveniente de que Chacho los hostilizaría encarnizadamente; hostilidad que, en medio de la noche y con todas las ventajas que Chacho tenía, podía ser de un resultado desastroso.

No habiendo esperanzas de que Chacho atacara, no pudiendo pasar allí la noche sin serio peligro, no pudiendo retroceder sin un peligro mayor, no quedaba más remedio que avanzar y batirse, pero ya, de manera a tener tiempo de terminar el combate y poderse retirar, en caso de un desastre, antes que cerrara la noche.

Todas estas razones fueron claramente expuestas por Sandes a sus jefes, resolviendo llevar el ataque inmediatamente.

El coronel Sandes mandó avanzar entonces, asegurando el frente y flancos con guerrillas de caballería e infantería, y así se atravesó un inmenso jarillal, como únicamente se ve en los llanos de La Rioja.

Las dificultades para atravesarlo eran inmensas, acosados por el fuego de las guerrillas; pero por fin se llegó al extremo del monte, donde Sandes se hizo cargo de los motivos poderosos que había tenido el enemigo para no abandonar su posición.

Estaba ésta cubierta por el frente por el espeso jarillal, ya mencionado, que no permitía que fuerza alguna lo atravesara sin deshacer su formación.

En el límite del bosque había una zanja que apoyaba sus dos flancos en obstáculos naturales, como ser altos peñascos y barrancos profundos.

Era así aquella una posición brillante e inexpugnable sin grandes sacrificios.

El coronel Sandes mandó a las dos compañías del 6 tentaran un fuerte ataque por la izquierda. Aquellos soldados bizarros y heroicos avanzaron a paso de carga, atacando la izquierda con un vigor inaudito; pero fueron recibidos con un entusiasmo y una bravura digna de todo elogio.

A pesar de todos los esfuerzos y de todo el valor desplegado por el entusiasta Julio Campos, el 6 fue rechazado con grandes pérdidas y obligado a replegarse a paso de trote al resto de las fuerzas.

Y, como se le venían encima fuerzas de caballería, no tuvo más remedio que formar cuadro. Toda la infantería de la izquierda, vigorosamente atacada, se vio en la necesidad de formar cuadro también para no ser deshecha.

El momento era solemne y terrible.

Sandes no dudaba un momento de las tropas de línea, pero no le sucedía lo mismo con la guardia nacional, gente bisoña que podía dar vuelta y huir, al primer contraste.

El mismo contingente, que había recibido de Córdoba, traído por el capitán Ayala, no le merecía la menor confianza, pensando que en un caso de conflicto se pasaría al enemigo. No es que los cordobeses, por serlos, le inspiraran esta desconfianza.

Es que Sandes sabía que toda aquella gente era arrancada de sus hogares a la fuerza y obligada a servir contra el Chacho, por quien hasta en Córdoba tenían cariño invencible. Sandes era un militar de las grandes situaciones y no era la desconfianza en su guardia nacional lo que había de arredrarle.

Tenía una fe ciega en la tropa de línea que lo acompañaba y con esta sola fuerza era capaz de haber tentado la batalla.

Valiente hasta la suprema audacia, tenía el mayor desprecio, como tropa, de aquellos montoneros mal armados e ignorantes en el arte de la guerra, y no creyó que pudieran derrotarlo, aun a pesar de la ventaja enorme del terreno que ocupaban.

Cuando el enemigo se vio obligado a su vez a retirarse de los cuadros que había obligado a formar, Sandes mandó un nuevo ataque llevado por aquellas dos compañías del 6.

Y Julio Campos volvió a llevar el ataque con más brío y más denuedo que nunca.

Por lo mismo que la vez primera no había podido hacer nada, iba al combate con más entusiasmo y más brío, para vencer la dificultad.

Y sus compañías se estrellaron de nuevo contra el enemigo que no estaba dispuesto, en

manera alguna, a ceder un ápice del terreno que ocupaba.

El choque fue duro: los soldados del 6 hicieron esfuerzos formidables, pero con grandes sacrificios, pues muchos quedaron allí, delante de aquel enemigo tan bravo como tenaz. Pocos minutos después, el mayor Campos, para no sacrificar inútilmente sus soldados, se veía en la necesidad de retirarse a paso de trote como la vez primera, y replegarse al resto de la infantería formando cuadro.

Y allí mismo los cargó y les hizo algunas otras bajas la fuerza que los obligara a retirarse. La posición de Chacho era muy superior, muy ventajosa, al extremo de que cualquier otro, que no fuera Sandes, habría renunciado a desalojarlo de ella.

Pero mientras mayores eran las dificultades a vencer, mayor era el empeño de este jefe extraordinario y mayor era el entusiasmo que sabía comunicar a su tropa.

No por este segundo contraste se desanimó, muy al contrario: tendió su vista de águila por el campo de batalla, buscando el punto donde el enemigo estuviese más débil para atacarlo allí y disputarle la victoria.

Chacho, entretanto, al contemplar la enorme ventaja de su posición, sonreía con altanería profunda y no quería abandonarla, comprendiendo que en ella estaba toda su superioridad. Por esto se mantenía a la defensiva, haciendo regresar a sus tropas una vez que obligaban a la infantería a formar cuadro.

Chacho calculaba que con esta táctica llegaría la noche sin que el enemigo se atreviera a atacarlo, y entonces el triunfo más completo estaba en su mano.

El enemigo, poco práctico en el terreno que pisaba por la primera vez, se mantenía en el monte y entre los barrancos, y allí le haría pedazos y le arrebataría todas sus caballadas, dejándolo a pie para seguir su retirada.

Y entonces tendría ocasión de perseguirlo sin tregua ni descanso hasta tomarle prisionero su último soldado.

El plan no podía ser más diabólico ni más fácil de ejecutar si Sandes se dejaba imponer y se entregaba a la defensiva y a esperar un ataque que Chacho no le llevaría nunca.

Pero Sandes también había echado sus cálculos y, comprendiendo que era necesario obrar, y obrar de una manera decisiva, antes de que cayera la noche con todos sus peligros y toda su incertidumbre.

Su salvación estaba en las caballerías, pero las caballerías no podían operar a causa de los obstáculos naturales del terreno.

Zanja por medio, los regimientos se miraban, medían sus fuerzas y ninguno de ellos quería tomar la iniciativa en el ataque, porque el que la tomara tendría que empezar por saltar la zanja y perder por consiguiente la formación, ante un enemigo que esperaba el ataque, dispuesto a aprovechar toda ventaja que se le dejase.

Y al ver que las caballerías, a pesar de sus deseos, no se atrevían a salvar la zanja, los montoneros se golpeaban la boca, provocándose de todos modos.

Los jefes chachistas caracoleaban sus caballos y revoleaban los ponchos al frente de sus milicos que reían estrepitosamente.

Era necesario decidirse de una vez, o avanzar o retirarse pronto, antes de que cayera la noche, y el coronel Sandes optó por lo primero.

Sandes ordenó a su caballería que salvara el obstáculo y cargara al enemigo con todo empeño, mientras él apoyaba el ataque con recio fuego de infantería.

El 1º de caballería, a la voz de su jefe y al toque de degüello, salvó la zanja con magnífica rapidez y desenvoltura, seguido del 4º y de los Guías de San Juan.

El choque fue terrible, porque la caballería del Chacho esperaba deseosa de chocar y de deshacer aquella caballería que venía a combatir con el tremendo obstáculo de una zanja a su

espalda.

En cuanto aflojaran en el ataque, vendría sobre tablas el rechazo y tras de éste la más terrible derrota.

Pero los chachistas no contaban con la firmeza tremenda del 1º de caballería, cuerpo que, bajo el mando de Segovia, fue siempre un modelo en todo sentido.

Enarbolándose los sables y vivándose a sí mismo, el 1º cargó como una tabla, a pesar del obstáculo salvado, que algo había alterado su formación.

El entrevero tenía que producirse desde que ninguna de las dos fuerzas cedía, y se produjo sangriento y tremendo.

Los sables eran ya inútiles y los soldados acudían al cuchillo, como única arma manejable en aquella confusión, donde cada soldado era un estorbo para su vecino.

Los caballos se tendían de un lado a otro, asustados con el fragor del combate, dificultando más el manejo de los sables.

Pero aquellos soldados incomparables, tanto de una como de otra parte, los obligaban a quedar tranquilos o avanzar del lado que el jinete lo creía necesario.

Puede decirse que aquella caballería peleaba individualmente, pues las voces de mando se perdían entre el fragor de la pelea, sin lograr ser obedecidas.

Los choques de esta magnitud duraron siempre muy pocos minutos.

El combate es demasiado recio para poderlo resistir mucho tiempo, y unos u otros tienen que ceder el campo al que haya combatido con más vigor y unidad.

Y siempre es la tropa más aguerrida, la más habituada a este género de choques, la que queda sobre el campo de batalla, o emprende la persecución del enemigo, que más débil o más bisoño, no ha podido sostener el tremendo combate.

Después de esfuerzos heroicos, dificultados por el enemigo mismo de la lanza, arma imposible de manejar en un entrevero, la caballería de Chacho tuvo que ceder el terreno.

Rotas sus filas, por la violencia de las cargas, no pudo resistir mucho tiempo y dio por fin la espalda buscando un refugio entre el monte.

En honor de la verdad, aquella caballería había combatido de una manera heroica, y si se retiraba era más por el cansancio que por otra cosa, pues aun hubiera podido combatir mucho más.

El ejército de Sandes pudo entonces combatir con más desahogo, haciéndose general la batalla en toda la línea, y apurando Sandes a sus tropas cuanto podía, para terminar la acción antes de la noche, único enemigo que realmente temía.

Chacho luchaba ahora con un nuevo inconveniente, que fuera de duda no entró en sus cálculos.

La munición se le había agotado y su infantería, que había estado hostilizando ferozmente desde el monte al enemigo, tuvo que suspender sus fuegos y permanecer en la inacción.

Hasta entonces el triunfo era indisputablemente del Chacho, cuyas bajas eran relativamente muy reducidas.

Sandes había sufrido mucho más, pues había tenido pérdidas sensibles en las dos armas que constituían el género de su ejército.

Asimismo, si se prolongara la batalla, la oposición que ocupaba debía dar el triunfo al Chacho, pero éste sin duda no lo creyó así, atemorizado por la falta de municiones.

Y empezó a maniobrar para ganar el monte y ponerse al abrigo, antes de que el enemigo comprendiera que se retiraba.

Sandes no creía que se retirara tan pronto, porque nada acusaba una rápida derrota, así es que la sorpresa fue grande al verlo desaparecer como por encanto entre el monte y los barrancos.

-Cuando Chacho se retira, es porque no puede más -pensó el coronel Sandes; y organizó en el

acto una persecución por los distintos rumbos en que había desaparecido el enemigo, marchando él apresuradamente hacia Yosquea, punto que eligió como campamento provisorio, para que se le incorporaran allí los distintos grupos que habían salido en persecución del enemigo.

Estos se habían internado algunas leguas, sin haber logrado hallar el menor grupo de montoneros, que parecía los hubiera tragado la tierra.

¿Habían sido derrotados efectivamente, al extremo de haber deshecho aquel ejército, o sería alguna travesura del Chacho, que desaparecía para caer más vigorosamente cuando menos lo esperaran?

Todos los grupos fueron regresando poco tiempo después, sin haber hallado el menor rastro del enemigo.

Suponían así que estuviese entre el monte, pero no se atrevieron a entrar a explorarlo, lo que hubiera sido una locura.

Sandes, una vez recogidos todos sus heridos y los pocos prisioneros que en esta acción pudieron hacerse el enemigo, después de haber pasado una orden endiablada por la vigilancia que se veía obligado a mantener, fijó su campamento en Yosquea, como hemos dicho, estableciéndose en la mejor posición, y desde allí envió fuertes partidas en persecución del enemigo que, a su juicio, no debería estar lejos.

Las partidas marcharon en las cuatro direcciones sospechables, pero dos días después regresaron, cansadas y hambrientas, sin haber hallado el menor vestigio de enemigo.

¿Qué se habían hecho los montoneros? ¿adónde se había dirigido tan considerable masa de hombres sin haber dejado el menor rastro que indicara su camino?

He aquí un misterio que Sandes no se conformaba con no aclarar.

El enemigo había llevado muchos prisioneros, entre ellos dos capitanes, y era necesario apresurarse para evitar que fueran a desquitarse cometiendo con ellos alguna atrocidad.

Desde su campamento de Yosquea, el coronel Sandes organizó una expedición que creyó le daría los mejores resultados.

Esta expedición, bastante fuerte, fue puesta bajo las órdenes de Segovia, cuyas instrucciones eran precisas.

Debía pasar por Malanzan a la Costa Alta, y revisar aquellos parajes.

Si por allí no encontraba el enemigo, debía estacionarse a esperar órdenes en la Represa del Bagual, donde debía encontrar agua en abundancia.

Al mismo tiempo Sandes despachó a un teniente Varela, de toda su confianza, acompañado del sargento Quiroga, hombre vivo y sumamente baqueano de aquellos parajes.

Varela era conductor del parte de aquella jornada, parte que debía entregar al gobernador de Mendoza, para que éste lo hiciera llegar a Buenos Aires.

Varela tenía orden de pasar por Valle Fértil, a pedir caballos, y por San Juan, donde debía entregar una copia del parte al gobernador Sarmiento.

Era imposible que el teniente Varela hallara en su tránsito el menor estorbo, por lo que Sandes quedó tranquilo.

Una aventura curiosa

El oficial Varela, que se había acreditado ante el coronel Sandes como joven bravo y despierto, llegó al anochecer a Valle Fértil, pequeña población, y allí pidió caballos para pasar a San Juan, según la orden recibida.

En Valle Fértil, y en la casa donde debían entregarle los caballos, estaban esa noche de baile

con coperío, a propósito, según se le dijo, del casamiento del dueño de la casa.

Al pobre oficial, que venía muerto de hambre y de fatiga, se le hacía agua la boca al ver aquellas parejas dispuestas a deslomarse bailando alegremente, preparándose a beber hasta la *magre* de los barriles.

El dueño de la casa lo recibió con muestras de la mayor afabilidad, mandando que echaran en el acto los caballos al corral, para que el joven pudiera tomar lo que necesitara.

Y con marcado empeño lo invitó a tomar parte en la fiesta.

Al teniente Varela se le iban los ojos detrás de aquellas buenas mozas llenas de vida y exuberantes de belleza.

Pero tenía que seguir viaje y con todo dolor de su alma rehusó la invitación.

La invitación era tentadora como un diablo, para un joven como Varela, lleno de privaciones, y que veía allí una reunión de gente alegre, de aquella capaz de echar la casa por la ventana para divertirse en toda regla.

La noche misma no podía ser más a propósito para bailar y divertirse.

Hacía un frío de todos los diablos y se había levantado un ventarrón espantable.

El dueño de casa, que veía el deseo pintado en la cara del joven oficial, volvió a insistir en que pasara allí la noche de jarana, sacándole el cuerpo al frío y al ventarrón.

-Lo mismo es que siga viaje mañana -le decía-: apurando bien los mancarrones, pronto recuperará el tiempo perdido.

-No puedo -decía el joven-, no puedo: voy en comisión, y si el coronel llega a saber que me he demorado en un baile, es capaz de secarme en cuatro estacas, por más oficial que yo sea.

Y hundía su mirada en el cuadro de bullicio y juventud que en la casa se había formado.

Las guitarras sonaban como si quisieran también tentarlo y un triste, melancólico y suavísimo, cantado por dos voces de contralto, vino a dar el último golpe a su espíritu travieso y angurriente.

Pensó en las iras del coronel Sandes, pensó en la postergación indefinida, pensó en su baja más degradante, e hizo la resolución de seguir viaje, sin volver los ojos atrás.

Pero volvió a mirar aquellos ojos provincianos cargados de electricidad y de pasión; volvió a mirar aquellas bocas húmedas y quemantes, aquellos labios que parecían agitarse siempre en una sonrisa y un beso; aquellos cuerpos mórbidos que destacaban la vida más exuberante al través del ropaje liviano que los cubría, y lo olvidó todo.

-Me quedo -pensó-, aunque me fusilen: me quedo, porque si yo me fuera de aquí, no me lo perdonaría mientras viviera.

Las guitarras, como si fuesen las encargadas de decirlo, rompieron en aquel momento en una zamba agitada, capaz de agitar el espíritu más indiferente, y una pareja como dos brasas de fuego salió a bailarla.

Los pañuelos se movían con una languidez arrebatadora, para volver a revivir como en un lampo poderoso de vida y de pasión.

Y ella, como subyugada por el movimiento liviano y provocativo de su pareja, respirando esa gracia infinita y poderosa que es nativa con la mujer riojana, entrecerraba los astros de sus órbitas, como si una poesía sobrehumana se arrullara en sus oídos.

Y él la seguía anhelante, agitando su pañuelo como quien busca la promesa de un paraíso.

La última figura llegó y las guitarras callaron en su último acorde, rápidamente cortado, y quedaron frente a frente, como si cada cual buscara un apoyo a la cabeza cargada con el pecho ajeno: él, entreabriendo la boca para aspirar el perfume tibio que de ella se desprendía, ella quemándolo con el lampo poderoso de dos ojos ardientes y húmedos.

-¡Que me fusilen! -exclamó el teniente Varela-, ¡que me maten en el cepo colombiano, que me saquen las lonjas de carne junto con las de cuero, yo me quedo aquí, yo bailo, yo estoy

loco y no sé lo que me pasa! pronto, amigo, los caballos, haga traer los caballos porque si no me pierdo.

-Pero, amigo -insistió el dueño de casa que comprendió lo que pasaba por el espíritu del oficial-, si no se queda toda la noche, entre por un par de horas siquiera: de todos modos tiene que esperar a que tome caballos y ensille su asistente, además que no se han de ir sin comer un churrasco.

"Quédese aunque sea un momento, que por esto no ha de sucederle nada.

"De todos modos es un tiempo que tiene que perder para ensillar y comer algo."

-Y aunque no lo tuviera que perder -exclamó el teniente Varela, ya dominado por el vértigo del baile y por la hermosura de las mujeres-: yo me quedo, aunque el mundo se me caiga encima, que las horas que yo pase aquí, no me las han de sacar de las tripas.

Y se entró a la sala, poniéndose al lado de la joven que acababa de bailar la zamba, pidiéndole bailara otra con él.

La joven no puso el menor inconveniente, porque a pesar del miedo que inspiraba, un oficial del ejército era bien recibido en todas partes, y las guitarras rompieron en una nueva zamba agitada, capaz de hacer bailar un cadáver.

El teniente Varela era un inimitable bailar de zamba, porque sabía imprimir a aquel baile enloquecedor toda la gracia picante de que era susceptible su espíritu travieso.

En él bailaban los ojos, como bailaban los pies, bailaba su fisonomía y bailaba hasta el kepí, que había echado a la nuca, descubriendo su frente juvenil y expresiva.

Y bailaba con una picardía infinita, como nunca habían visto bailar, con una expresión de vida y de alegría, que ya lo hemos dicho, jugaba desde la bota hasta el kepí.

Terminada la zamba fue saludada por un estruendo de aplausos y gritos, pidiendo todos que se repitiera.

¡Qué más quería el teniente Varela, que había concluido por embriagarse con los ojos de su pareja!

-Lo que es por mí, con semejante compañera, soy capaz de bailar hasta el día del juicio final. Y se entregó de nuevo al baile, como en un vértigo infinito.

Cada figura, cada posición, cada actitud era saludada por un coro de carcajadas y aplausos que contribuían a entusiasmarlo cada vez más.

Sólo Julio López, el travieso mayor López, hubiera sido capaz de bailar de aquella manera.

Alrededor de la pareja, y llegando a formar una muralla en las puertas, se había aglomerado la concurrencia que aplaudía de una manera inmensa aquella zamba especial.

El sargento Quiroga era el único que no reía: con la mirada fija en el oficial parecía que su atención no estaba en el baile, sino muy lejos de allí.

Es que el sargento Quiroga, soldado viejo y corrido, era más desconfiado que un zorro y sabía lo que eran aquellas andanzas.

Concluida la zamba y calmado el estallido de los aplausos, cada cual se acercó con su copa al teniente Varela, haciéndole echar un trago.

Y su misma compañera, después de mojar en ella los labios, le ofreció su copa, pidiéndole que la apurara.

Una invitación hecha de aquella manera no se puede rehusar.

Es el "tomo y obligo" irresistible, al que no puede negarse un hombre sin hacer a la dama que lo propone la más hiriente de las ofensas.

Aunque Varela había tomado de todas las copas estiró la mano a la que le ofrecía su espléndida compañera, a quien dijo con una expresión traviesa:

-Viniendo de semejantes manos, tomaría yo no sólo una copa sino una pipa: de todos modos esto no podrá hacerme más efecto que embriagarme, y embriagado estoy yo desde que la miré

los ojos.

Y apuró de un solo trago la copa, al mismo tiempo que absorbía toda la languidez que se desprendía de aquella espléndida mirada.

El teniente Varela empezaba a perder la cabeza: la doble embriaguez del baile y el alcohol lo dominaban por completo y ya no se daba cuenta de lo que hacía.

Deslizándose por entre las parejas, el sargento Quiroga, que, sin saber por qué y con esa intuición del soldado, presentía una desgracia, se acercó a su oficial y le dijo respetuosamente que los caballos estaban ensillados y que creía prudente ponerse en camino.

Era Quiroga uno de aquellos soldados leales y abnegados, cuya palabra no puede ser jamás sospechada, porque sólo el cariño abnegado y noble, que sienten por su oficial, pueden hacerles tomar ciertas libertades.

-No tengas cuidado -le respondió cariñosamente Varela-: un momento más y nos vamos.

"No nos ha de ir la vida por la pérdida de un par de horas que podremos desquitara mañana en un buen galope."

-Ya sabe lo que es el coronel, mi teniente -contestó el veterano-: si llega a saber esta demora, va a arder como un paquete de pólvora.

-No tengas cuidado que ya le apagaremos el incendio: yo cargo con toda la responsabilidad y nada ha de sucedernos por ese lado.

-No es eso, mi teniente -agregó el leal sargento, aproximándosele al oído de manera que nadie pudiera escuchar lo que decía.

"Es que yo no tengo confianza en esta gente: los montoneros andan por donde uno menos se lo imagina y nadie nos asegura que aquí mismo no haya bomberos del Chacho."

-¡Qué disparate, Quiroga! -exclamó el joven sonriendo ante la sospecha del veterano-: esta gente es inocente y leal: sólo está preocupada en bailar y en tanta muchacha linda.

"Hemos quedado lo más, quedemos lo menos: yo te aseguro que dentro de un momento nos ponemos en camino."

El sargento visiblemente contrariado movió la cabeza y se retiró a la puerta, tomando los caballos de la rienda para tenerlos cerca de sí en un momento de apuro.

Y, mientras su oficial se entregaba nuevamente al vértigo del baile, revisó cuidadosamente las monturas para cerciorarse de si estaban bien ensilladas.

Y con una prodigalidad casi maternal, revisó atentamente las pistolas de su teniente, volviéndolas a poner en las pistoleras después que quedó completamente seguro de su carga y de su estado.

El mismo no se daba cuenta exacta de sus temores, pero estaba violentísimo y deseando salir de allí rápidamente.

De cuando en cuando se alejaba de la puerta con los caballos de la rienda, y escuchaba el menor rumor que pudiera sentirse en la sierra.

El teniente Varela había seguido bebiendo y bailando de una manera fabulosa.

El "tomo y obligo" se había repetido con una frecuencia capaz de tumbar a un veterano, haciéndolo vacilar a él mismo, que era un insigne bebedor de anisado y aguardiente de uva.

De cuando en cuando el veterano Quiroga se asomaba y hacía una expresiva seña a su oficial, pero todo era inútil.

Este no tenía ojos más que para devorar con ellos la belleza de su compañera de zamba, que entrecerraba los ojos como si quisiera guardar entre los párpados la impresión dulce que indudablemente experimentaba.

El oficial se había familiarizado de tal manera con aquella gente, que parecía hallarse en una reunión de amigos viejos y leales.

Lejos de participar de los temores de su asistente, había olvidado sus palabras, olvidando

hasta la gracia que le habían hecho.

Y bailaba y bebía y conversaba con su joven compañera, como si no tuviera cosa que hacer ni nada que le preocupara.

De pronto el sargento Quiroga desapareció de la puerta y se alejó unas diez varas en dirección a la sierra, llevando siempre consigo los caballos.

Acababa de sentir en la sierra ese rumor especial que se produce por el rodar de las piedras que acusan la bajada de gente o hacienda.

Quiroga entró precipitadamente al baile, e hizo presente a su oficial lo que sucedía.

-No tenga duda que bajan muchos jinetes -dijo-, porque no me supongo que sea hacienda, pues la hora no lo indica.

-Será gente que viene al baile -contestó el teniente Varela-: no tengas cuidado, Quiroga, porque voy a presumir que tienes miedo.

-Y presumirá la verdad mi teniente -dijo el sargento-: tengo miedo, mucho miedo, porque puede muy bien ser una partida del Chacho.

Como los dueños de casa corroboraron las creencias del oficial, diciendo que podía muy bien ser aquella, gente que venía a bailar, Quiroga se retiró de nuevo adonde estaban los caballos diciendo al oficial:

-No hay más que una puerta, mi teniente, una sola puerta, y es preciso estar muy prevenido. Quedaré cerca de los caballos, mi teniente; por lo más que quiera en el mundo, mire que el peligro es más serio de lo que usted cree.

El teniente sonrió de nuevo: ya no tenía la cabeza para apreciar las prevenciones de su leal asistente: la realidad misma no lo hubiera logrado convencer.

Quiroga había salido y puéstose a escuchar nuevamente el rumor ya más cercano y distinto que se escuchaba en la sierra, no cabiéndole la menor duda de que era gente que se aproximaba,

No había concluido de colocar los caballos en paraje seguro de la puerta cuando vio descender una partida de caballería como de quince jinetes.

Aquella no podía ser gente que venía al baile, sino enemigos que acudían a tiro hecho, sabiendo que ellos estaban allí.

Podían haber sido vendidos por los mismos del baile, como podían haber sido bombeados, simplemente, por alguna partida que anduviese en las inmediaciones.

La verdad es que los montoneros habían desaparecido de Lomas Blancas, sin que nadie supiera lo que había sido de ellos.

Podían haberse dispersado de un lado como de otro, y podían andar por Valle Fértil como por cualquier otro punto.

El caso es, que a todas luces, aquella era una partida de montoneros que, fuera de todas dudas, venía en busca de ellos.

Quiroga tenía sobrado tiempo de ponerse en retirada y escapar el bulto con toda facilidad, pero para esto era necesario que abandonara a su oficial, y el veterano era demasiado leal para hacer semejante cosa.

Mientras aquellos hombres concluían de bajar la sierra y se ponían en situación de agredirlos, él tenía tiempo de sobra para prevenir a su oficial lo que sucedía, y que saliera hasta donde estaban los caballos para salvarse de alguna manera, ya por medio de la astucia, ya peleando con ellos.

El sargento Quiroga puso los caballos de manera que no pudieran ser notados en el primer momento, y se acercó precipitadamente al teniente Varela, que en ese momento se echaba al gañote su centésimo anisado.

-Mi teniente -le dijo con la mayor agitación-: la gente que bajaba la sierra es una partida

enemiga, la acabo de ver y probablemente en este momento se prepara a caer encima de nosotros.

"No pierda tiempo, mi oficial, y a los caballos, que andando ligero todavía podemos hacer mucho."

Varela miró a su asistente con esa expresión de cretinismo que imprime el abuso del alcohol en la fisonomía del que ha caído bajo su influencia.

Miró a Quiroga y sonrió como un idiota, no dándose cuenta de lo que acababa de decirle:

-Pronto, mi oficial -replicó el leal soldado-, que todavía es tiempo: no nos dejemos ganar la puerta, y no habremos perdido nada: mire que en el menor descuido podemos caer prisioneros.

-No seas loco -exclamó entonces Varela, pudiéndose apenas entender lo que decía-: es gente que cae al baile y nada más; es que se te ha puesto ver montoneros en todas partes, y cualquier grupo de pajas te parece un grupo de montoneros.

-Mi teniente -respondió Quiroga, con verdadera desesperación-, vámonos pronto de aquí, vámonos pronto, que un minuto más perdido puede muy bien ser la pérdida de nuestra vida y la imposibilidad de cumplir la comisión que llevamos.

-¡Pobre Quiroga! se ha mamado -dijo entonces Varela, mirando a su compañera y tratando de acompañar su mirada con una sonrisa de bruto.

"Andá dormila, dormí la tranca que has agarrado, Quiroga: por esto no te he de reñir, pero no vengas a distraerme con locuras que no puedo creer."

La joven miró a los dos militares y sonrió al ver la tranca de su compañero de zamba, y la frescura con que acusaba al sargento de estar borracho.

-Por aquí no hay mala gente -dijo ella-: si vienen deben ser personas que han tenido noticias del baile y nada más.

"Lo que es montoneros, aquí no hay uno para remedio, ni tienen a que venir."

Quiroga, dominado por la mayor desesperación y viendo perdido a su oficial, lo sacudió de un brazo con toda su fuerza y volvió a rogarle que saliera.

Pero aquello no produjo el menor efecto: Varela sonrió nuevamente y soltó a su compañera una cuchufleta formidable que ésta no pudo entender bien.

Ya no había esperanzas: el teniente estaba perdido sin remedio y Quiroga se encontraba en una incertidumbre cruel.

¿Qué podía hacer en situación semejante? no se le ocurría más que una de estas dos cosas: O huir hasta donde estaban los caballos y ponerse en salvo sobre ellos, salvando los pliegos que el teniente había guardado en su valijín, o se quedaba allí a proteger a éste, muriendo junto con él, puesto que no había más recurso, pues una vez que la partida ganara la puerta, única salida de la pieza donde había estado bailando, todo se perdía.

-Ante todo -pensó Quiroga-, es preciso salvar las comunicaciones, después trataremos de ayudar al teniente-; y salió con toda la rapidez posible yendo adonde estaban los caballos. Algunos concurrentes, curiosos de saber lo que pasaba, se habían acercado a Varela y a Quiroga; pero nada pudieron escuchar porque en aquel momento el soldado se retiraba apresuradamente.

Fue ella quien le manifestó los temores del asistente con la noticia de que, según éste, una gran partida de montoneros acababa de bajar la sierra.

La sorpresa que manifestaron éstos al oír semejante noticia era la mejor prueba de que nada sabían, y, por consiguiente, que si hubo delación no había partido de ellos.

Fueron a salir a ver qué ocurría a Quiroga, desparramando la voz del acontecimiento, cuando se sintió ruido de armas y la marcha característica de un pelotón de soldados.

Y en aquel momento un oficial, al mando de unos doce hombres, ganó la puerta de la pieza

diciendo con voz firme y enérgica: "nadie se mueva de donde está, porque le suelto un chumbo".

Y al mismo tiempo apuntaba a los concurrentes con algo que no se sabía si era pistola o trabuco.

El mayor asombro se apoderó de todos, aunque bien pronto se persuadieron de que era aquella gente montonera y chachista, de la que nada tenían que temer.

El teniente Varela palideció intensamente, llevando su mano a la espada y tratando de ponerse de pie.

Pero no pudo hacer nada: estaba borracho como un indio, y, aunque probablemente se daba buena cuenta de su situación, no podía hacer nada para remediarla.

El oficial recorrió rápidamente con su vista de águila la concurrencia, y al ver a Varela sonrió con la satisfacción del que encuentra algo que ha buscado con gran trabajo.

Y abocando a él su pistola o trabuco le intimó se entregara preso sin más trámite.

Varela tentó nuevamente el sacar sus armas y ponerse de pie, pero sin el menor resultado: sólo logró mostrar al enemigo el estado de postración en que se hallaba.

El oficial avanzó entonces con los soldados: Varela hizo esfuerzos sobrehumanos logrando al fin sacar la espada para intentar por lo menos una actitud agresiva.

-Al menor ademán de herir -dijo entonces el oficial, apuntando siempre con su trabuco-, le vuelo la cabeza: ¡firme! no hay que moverse.

La compañera que le había ayudado a bailar la zamba se le puso por delante y dijo:

-Como no puede moverse, no hay que hacerle nada porque sería una cobardía.

-Entonces que entregue las armas y no le haremos nada, si no le vuelo la cabeza, ya le he dicho.

La joven se acercó entonces al teniente Varela y le tomó la espada como si estuviera convencida de que no había de hacerle la menor resistencia.

Y así fue en efecto. Varela le entregó su espada sonriendo cariñosamente, dejándose sacar de la cintura la pistola que en ella se veía.

-Quiroga, ¿dónde diablo se ha metido Quiroga que no viene? -balbuceó-: sin duda ha tenido miedo y se ha ido.

-Quiroga, ¿quién es Quiroga? -preguntó el oficial recibiendo de manos de la joven la espada y la pistola.

-Quiroga es un sargento que lo acompaña -dijo la joven-, y que estaba aquí hasta hace un momento: no sé adónde se habrá ido.

Todos buscaron con la vista al sargento, pero apenas pudieron ver su silueta correr de la puerta hacia la derecha.

Quiroga había estado allí efectivamente observando lo que pasaba para obrar según ello.

Estaba convencido de que ni con el sacrificio de su vida podría mejorar la situación de su oficial y se había decidido entonces a salvar las comunicaciones que había en el valijín de éste.

Apenas oyó sonar su nombre y vio que se le buscaba con la vista, corrió de la puerta, saltó sobre el caballo del teniente Varela y se lanzó tan ligero como pudo por aquellos barrancos y asperezas de todo género.

Algunos de los jinetes se lanzaron en su persecución, pero Quiroga, bien montado y en caballo fresco, pudo obtener una buena ventaja sobre los que le perseguían, que lo hacían en las mismas cabalgaduras que había traído.

Quiroga quiso tomar la dirección de Yosquea, pero tres jinetes describiendo un semicírculo se lanzaron a cortar el camino.

Sin duda sabían que allí estaba campado el ejército de Sandes, y no querían dejarlo

incorporarse a él.

Pero inmediatamente otros soldados le ganaron aquella cortándole el camino y obligándolo a tomar una dirección diametralmente opuesta.

Quiroga era muy baqueano de aquellos parajes y cualquier dirección era para él lo mismo.

El único temor que tenía, temor bastante serio por cierto, era que le fuese a cansar el caballo o que rodase contra las piedras haciéndolo caer en manos del enemigo.

En cuanto a perderse, Quiroga no tenía el menor cuidado: a una parte o a otra él había de salir a buen paraje y buscar la incorporación del coronel Sandes; si no, podía pasar hasta San Juan para llevar el parte dirigido al gobernador Sarmiento.

Aquella persecución se hacía cada vez más tenaz y empeñosa: los montoneros creían poder alcanzar al sargento de un momento a otro y lo perseguían sin preocuparse de si sus caballos irían o no a aplastarse.

O tenían la seguridad de alcanzarlo pronto, o la de mudar caballos en aquellas cercanías.

El caballo que montaba el sargento era tan superior, que alejó por completo de su ánimo la idea de que el dueño de casa los hubiera traicionado.

-Si nos hubiera querido hacer tomar -pensaba-, no nos habría dado tan buen caballo seguramente: nos habría encajado un par de mulas inservibles, con las que no hubiéramos podido andar una cuadra.

Y tan bueno era el pingo que montaba, que cada vez fue alejándose más de los montoneros que a las diez leguas, más o menos, se dieron vuelta, convencidos de que todo esfuerzo era inútil, porque el sargento Quiroga hacía mucho tiempo que se les había perdido de vista.

Volvamos con ellos al baile donde había quedado el oficial y el resto de la partida, trincando al teniente Varela.

-No tenga cuidado, moza -había respondido el jefe de la partida a la mediación de la joven por Varela-: no tenga cuidado, que nosotros no hemos de hacerle el menor mal, desde que él no haga resistencia.

"Ya saben cómo tratamos nosotros a los prisioneros del coronel Sandes, no porque ellos merezcan buen trato, sino porque así lo tiene ordenado el Chacho, que si no, habíamos de pagarles en su misma moneda."

Varela, que con los movimientos hechos al principio se había concluido de embriagar, estaba inmóvil en la silla, con la cabeza inclinada sobre el pecho y pareciendo más bien que dormía profundamente.

-Vamos a esperar que le pase la tranca -dijeron-, para poder llevarlo con más comodidad, porque en semejante estado se va a matar a golpes por más cuidado que uno tenga.

Y lo ataron con un lazo en la misma silla donde estaba sentado por un milagro del equilibrio, no sólo para que al despertar, más fresco, no fuera a agredirlos, sino en realidad para que no se fuera a deslomar de un golpe.

Una vez seguro el teniente Varela, siguió el baile, según dijo el oficial, mientras volvían los que habían salido a perseguir al sargento Quiroga.

Gente alegre y siempre dispuesta a tomar parte en cuanta farra y diversión se les proporcionaba, ellos animaron la fiesta de tal manera que poco después nadie recordaba lo que había sucedido y se bailaba y se bebía en toda regla, mientras Varela dormía dando cada ronquido que se sentía en la sierra.

Y cantando, bebiendo y bailando, vieron llegar el nuevo día sin que los compañeros hubieran regresado de su persecución.

El teniente Varela seguía durmiendo con el poder del alcohol que tenía entre las tripas, sin que hubiera medio posible de despertarlo.

Una vez que hubo amanecido, se armaron algunos fogones para churrasquear, pero en cuanto

llegaron los compañeros debían ponerse en camino y sabe Dios entonces cuándo podrían comer.

Esta partida pertenecía a la montonera de un tal Elizondo, caudillo de alguna importancia, que reunía a su llamado de tres a cuatrocientos montoneros.

Elizondo se había separado en Lomas Blancas del Chacho, cuando éste dispersó a su gente, dándole punto de reunión en día fijo, y por el momento obraba por su cuenta hasta que volviese a incorporarse a las fuerzas del Chacho.

Matreriando por aquellos alrededores, y mientras se dirigía a San Juan, tuvo aviso de que en Sierra Fértil estaba un teniente y un sargento de Sandes a quien éste había mandado de chasque con comunicaciones de la mayor importancia.

En el acto Elizondo formó el plan de tomarlos para apoderarse de las comunicaciones y conocer por éstas lo que iba a hacer Sandes, y con ese objeto desprendió una partida, la misma que hemos visto tomar a Varela, ordenándole tomar al sargento y al oficial, que no fueran a hacerles el menor daño, sino en un caso de extrema resistencia.

Y asimismo, agregó, que el daño que les causen no sea grave, pues para eso mando quince hombres en persecución de dos.

"Si ellos hacen noche en el Valle, entretenidos en el baile, caerán fácilmente en poder de ustedes.

"Si no los alcanzan es porque han seguido viaje a San Juan: no se preocupen en perseguirlos porque se habrán estrellado conmigo.

"De todos modos, que se me incorporen lo más pronto posible."

Ya hemos visto cómo se habían cumplido las órdenes de Elizondo.

Al medio día, el teniente Varela despertó de su terrible tranca y fue recién entonces que se dio exacta cuenta de lo que le había sucedido.

Pero no tenía remedio: estaba amarrado, sin armas, y sin poder hacer el menor movimiento.

-No se aflija, amigo, que nada le va a suceder.

El pobre joven no respondió una palabra.

Estaba avergonzado de lo que le había sucedido y no se atrevía ni siquiera a levantar la cabeza para cerciorarse de la clase de gente en cuyo poder había caído.

Y pensó con desesperación en el inmenso desprecio que caería sobre él, al saberse que lo que le había sucedido era a consecuencia de haberse embriagado y faltado a todas las órdenes que se le habían dado.

A eso de las cuatro de la tarde, recién empezaron a llegar los perseguidores de Quiroga, todos ellos con los caballos cansados.

Los dos o tres que lo siguieron, hasta perderlo de vista, no volvieron hasta el otro día, teniendo que hacer a pie la última legua, porque se les habían aplastado los caballos.

El teniente Varela tuvo el consuelo de saber, por lo que les oyó, que su asistente se había salvado en su caballo, salvando así las comunicaciones que él llevaba para San Juan y Mendoza.

¡Cómo se arrepentía el pobre joven de no haber hecho caso a las prudentes observaciones del sargento Quiroga!

La desgracia le hubiera sido más soportable si éste hubiera sido también tomado, porque así se ignoraría el modo vergonzoso como lo había hecho prisionero.

Pero salvado el sargento, él quedaba perdido con el coronel Sandes.

Este le referiría todo lo sucedido: le diría cómo a pesar de sus consejos se había metido a bailar y a beber hasta quedar borracho.

Y le contaría cómo no había hecho caso de sus avisos previniéndole que venía gente y cómo se había entregado sin poder hacer nada para defenderse porque estaba borracho.

Ya no le quedaba más remedio que permanecer entre el enemigo, porque no se hubiera atrevido jamás a ponerse delante del coronel Sandes, que lo habría tratado de una manera tremenda y justa.

La partida que lo había tomado se entretuvo aún todo aquel día y toda aquella noche, pues en la casa había buenas y abundantes provisiones.

-Y me quedaría una semana, un mes -dijo el oficial-, porque soy muy amigo de estas fiestas; pero no es bueno aplastarse mucho en una parte para que el diablo no me juegue una mala pasada.

"El soldado o sargento, que ha logrado escapar, dará noticias nuestras y vendrán aquí a buscarnos, es seguro.

"Entonces nos quedaremos hasta mañana tan solo, pues por más que anduviesen y por más cerca que estuvieran, no podrían llegar aquí hasta dentro de tres o cuatro días."

En aquellos parajes, las fiestas de este género duran siempre cuatro o seis días, teniendo cuidado el que las da, de tener provisiones para todo este tiempo, pues sin estas la parranda terminaría pronto.

En la ciudad de Mendoza, por ejemplo, cuyos habitantes son los más obsequiosos y hospitalarios, los bailes duraban ocho días, por lo menos: días que se pasaban en medio de la mayor alegría y franqueza.

La mesa no se distendía hasta no concluir el baile, renovándose en ella los manjares cada vez que se consumían.

Había siempre una pieza con catres o camas, según los medios del dueño de casa, para el servicio de la concurrencia masculina, y otra mejor arreglada y más paqueta al servicio de la femenina.

Así los invitados a quienes rendía el sueño y la fatiga se iban a echar una siesta con toda comodidad, volviendo al baile y a la fiesta una vez que habían reparado las fuerzas.

El "tomo y obligo" era lo que más gente postraba, porque no había medio de rechazar una invitación semejante: se bebía y se bebía mientras la cabeza y las piernas lo permitían.

Así la concurrencia se dividía siempre por mitades, entre bailarines y durmientes.

Una buena mitad atorraba en las camas y los catres, mientras la otra mitad bailaba y bebía hasta quedar postrada y verse obligada a ganar los catres.

Con comodidad semejante, las fiestas duraban hasta que duraban las provisiones aglomeradas en la casa, calculadas, siempre y cuando menos, por una semana.

La sociedad de Mendoza se ha distinguido siempre por su manera amable y obsequiosa de recibir al forastero.

Bastaba sólo la condición de forastero, para ser perfectamente recibido en todas partes, sin necesidad de otra presentación que la encerrada en estas palabras: "soy forastero".

Los jefes y oficiales de nuestro ejército sobre todo, cuya miseria y privaciones se tenía en cuenta como artículo primero, fueron siempre admirablemente recibidos y tratados por aquella sociedad exquisita, la más distinguida de todas las provincias.

La pobreza en su última expresión, el uniforme hecho jirones y remendado de una manera ridícula y graciosa, era la mejor recomendación que podía presentarse.

Se sabía que el ejército estaba impago y miserable, que la camisa era un artículo de fabuloso lujo, y que las medias eran objetos cuyo uso se había olvidado, y esto, lejos de ser un obstáculo para ser recibido en las familias o círculos sociales, era un motivo más a la consideración y el respeto de todos.

Por esto es que la noticia de una marcha a Mendoza era recibida siempre con muestras de la mayor satisfacción, porque ella importaba siempre una época de placeres y de buena y franca alegría.

La ciudad de Mendoza era el paraíso prometido para los cuerpos del ejército, porque aquella ciudad atraía con la fuerza de la belleza poderosa de sus mujeres, la amabilidad generosa de sus habitantes, la protección de las familias, y hasta el delicioso "tomo y obligo", pretexto y disculpa de las más famosas libaciones.

Para el oficial que no veía en un año la menor señal de vida en sus sueldos devengados, Mendoza era la tierra prometida, donde se comía de balde, donde nada exigía dinero al pobre oficial, y donde no se bebía un trago sin obligar a otro tanto como al que se hallaba presente. Así, la copa, donde acababa de esparcir su perfume humano una boca de mujer linda, era ofrecida a los labios atorrantes de un oficial, cuyo vaso eterno había sido el pico de la pava en sociedad con su asistente.

El hecho solo de beber en copa de cristal era un lujo cuya memoria se había perdido: el hecho de hacerlo donde había bebido una de aquellas bocas, cuya magnífica dentadura era una tentación, era algo de divino, algo de un placer supremo que hacía hormigear en el cráneo una impresión de volcán.

¡Oh! Mendoza con su "tomo y obligo" debía ser una de las provincias del cielo, destinada a alojar a los que mayores privaciones han sufrido en la vida.

Desandemos toda la distancia que nos ha hecho recorrer en un momento el "tomo y obligo" de la ciudad de Mendoza, y volvamos a Valle Fértil, donde daban sus últimas volteretas y tragos de anisado los montoneros de Elizondo.

El teniente Varela estaba más conforme con su situación, viendo que aquel enemigo no demostraba el menor deseo de hacerle daño.

Su compañera de zambas le había endulzado lo posible con sus palabras consoladoras, y Varela se sentía feliz viéndose la causa del interés que le demostraba la joven.

Y no se preocupó más que en escuchar aquella palabra cadenciosa y melódica, que le hacía olvidar todo lo desesperante de su situación por el porvenir que venía a crearle.

En completa libertad y bajo la única garantía de su palabra, empeñada en no moverse de allí, ni siquiera se vigilaron sus movimientos.

De todos modos los caballos estaban al cuidado de un soldado, y aunque lo hubiera intentado, no hubiera tenido dónde huir.

-Ni en el cepo de lazo estaría yo tan seguro como lo estoy a su lado -dijo a la hermosa compañera.

"Por el solo placer de estarla mirando, de estar deseando el mundo que cruza por sus ojos, me estaría yo aquí una eternidad.

"Ahora, por volver a su lado, sería capaz de desertar del cielo mismo, si al cielo me llevaran."

-¡Loco! -contestó ella-: ¡como si yo fuera a creer lo que dice!

-Créalo o no lo crea, yo volveré aquí en cuanto me vea libre.

"Y los que tengan interés en prenderme de nuevo no necesitarán andarme buscando por parte alguna: a una vara, a media vara de usted, me hallarán siempre, como una mariposa que busca la muerte que le brinda la llama a cuyo rededor gira."

Cuando el oficial de los montoneros le dijo que se preparara a marchar porque se iban, experimentó un sacudimiento rudo en todo el cuerpo.

Es que el teniente Varela se había enamorado sin saberlo, sin darse cuenta de ello, de una manera poderosa.

Y bendecía el momento en que había caído prisionero, pues por su voluntad no sabía cómo habría hecho para arrancarse de allí.

-Yo volveré -volvió a decirle-, en cuanto me vea libre, para no salir nunca de aquí, si es que usted no me echa de su lado.

-Siempre será en mi casa el bienvenido -contestó la joven-: no me olvidaré de usted, se lo

aseguro.

Y se puso colorada hasta los ojos, como si con aquello hubiera dicho una enormidad.

Es que el valor de aquellas palabras estaba en la mirada con que fueron acompañadas y en el temblor que al pronunciarlas agitó los labios de la joven.

Al amanecer del día siguiente se pusieron en marcha buscando la incorporación de Elizondo, que estaría ya alarmado con la inexplicable tardanza.

Varela había montado en un caballo que se le hizo ensillar con la montura del sargento Quiroga.

Este caballo, sin freno ni riendas, estaba asegurado por el bozal al caballo del oficial montonero.

Esta fue la única precaución que emplearon.

El teniente Varela estaba resignado a su suerte y no había de hacer la menor tentativa para escaparse.

Y delante de la joven había dicho al oficial cuando subió a caballo:

-De todos modos si yo me les llevo a perder algún día que pueda desertar entre ustedes, ya sabe de antemano donde me va a buscar: no tiene más que venirse a Valle Fértil y preguntarle a esta niña, que si Dios no dispone otra cosa, es aquí donde voy a dejar los huesos.

Pocos momentos después, y en seguida de cambiar cariñosos saludos, todos se ponían en marcha.

A los tres días se incorporaban a Elizondo.

El ejército de los chachistas

Volvamos un momento al sargento Quiroga, tan milagrosamente escapado de Valle Fértil.

Una vez que perdió de vista a sus perseguidores, temiendo que si volvía a San Juan podía caer entre alguna otra partida, echó pie a tierra para dar a su caballo un resuello tan largo como le fuera posible.

No tenía dónde mudarlo por aquellos alrededores solitarios, y era en su caballo donde estaba su verdadera salvación.

Mientras su caballo descansaba, Quiroga, lamentando la suerte que había corrido su oficial, empezó a orientarse por aquellos parajes que conocía bastante.

Echó sus cuentas, y halló que más cerca se hallaba de Yosquea, donde había quedado acampado el coronel Sandes, que de cualquier otro punto.

Y resolvió dirigirse allí, no sólo por creer que éste era el camino que podía andar con más seguridad, sino porque era necesario dar cuenta de lo sucedido, pues el coronel Sandes estaría creyendo que ya sus pliegos habían sido entregados.

Así, en cuanto creyó que su caballo había descansado lo suficiente, se puso en camino hacia Yosquea, al caer la noche.

Quiroga caminó toda aquella noche, conviniendo consigo mismo en que de aquella manera iba más seguro, pues no podía ser visto por ninguna de las partidas enemigas que podían andar diseminadas por el camino.

Al amanecer, Quiroga se encontró con que había hecho una buena jornada y que estaba muy cerca de Yosquea.

Sin querer detenerse en parte alguna y pasando por las poblaciones a la mayor distancia que le fue posible, anduvo todo aquel día sin el menor inconveniente.

Toda aquella noche siguió marchando con tal tenacidad, que antes de amanecer llegaba a las avanzadas del ejército, a las que saludó con el doble placer de una perspectiva de descanso y de matar el hambre furiosa que traía, pues desde que salió de Valle Fértil no había probado un

bocado de comida.

El sargento Quiroga buscó en el acto al coronel Sandes, creyendo éste que los pliegos que el sargento había sacado del valijín ¡serían las contestaciones de los gobernadores de San Juan y Mendoza!

-¿Y Varela por qué no viene? -preguntó-: estoy seguro de que se ha quedado mañerando en Mendoza con pretexto de alguna enfermedad.

"En fin, habiendo cumplido su comisión poco importaba su retardo."

El pobre sargento, al saber lo que pensaba el coronel, no sabía cómo dar principio a la relación formidable de su aventura.

Presentía que sobre él iba a descargarse toda la cólera del coronel, y conociéndola vacilaba y tenía miedo de empezar.

El coronel tomó los pliegos de mano del sargento y, al leer sus sobres, dio un puñetazo sobre una de sus dos rodillas, exclamando:

-Pero ¿qué significa esto? estas son las mismas notas que llevaron de aquí: ¿en dónde está el teniente Varela?

-Mi coronel -respondió el pobre sargento con voz turbada-: el teniente Varela ha sido hecho prisionero en Valle Fértil por una partida de chachistas, y yo, viendo que aquello no tenía remedio, he huido para salvar las notas que el teniente llevaba en el valijín, y que son esas.

-Pero ¿cómo puede haber sido eso? -exclamó Sandes que empezaba a dejarse dominar por la ira.

"Explícame eso con bastante claridad, para que yo pueda entenderlo, o te juro que te hago lancear como un perro."

Quiroga estaba aterrado y hasta empezaba a arrepentirse de haber vuelto al ejército.

-Yo no tengo culpa alguna, mi coronel -murmuró-: todo ha sido un capricho del teniente Varela, y usía puede penetrarse de esta verdad, tomando informes de los habitantes de Valle Fértil.

-¡Pronto, pronto! -gritó Sandes-: vamos a ver lo que ha pasado.

Quiroga, tragando saliva y temblando por su suerte, hizo la relación que conocen nuestros lectores, en sus menores detalles, con todas las prevenciones que él había hecho al teniente Varela y todas las imprudencias cometidas por él.

-Yo no tengo la menor culpa, mi coronel -concluyó-, he hecho lo que he podido, hasta que he logrado salvar las comunicaciones.

Tan enfurecido estaba el coronel Sandes, que ni siquiera notaba la presencia del sargento Quiroga que seguía murmurando un millón de disculpas.

El coronel Sandes, pensando primero tomar un buen desquite, mandó llamar en el acto al mayor Julio Campos, a quien ordenó marchar inmediatamente a Valle Fértil, con la fuerza a sus órdenes, y hacer todo género de esfuerzos para tomar la partida que había sorprendido al teniente Varela y las demás que pudiera hallar en la marcha.

Entretanto, el coronel Sandes se preparaba a marchar con el resto del ejército, suponiendo que Chacho encontrara en Valle Fértil con nuevos elementos reunidos, siendo entonces fácil sorprenderlo y batirlo.

El sargento Quiroga aprovechó todas aquellas órdenes y preparativos para alejarse del coronel, comprendiendo que ya su persona había sido olvidada.

El mayor Julio Campos apuró su marcha inmediatamente, sobre Valle Fértil, donde llegó demasiado tarde.

Sin embargo, y en la esperanza de alcanzarlos, siguió inmediatamente su marcha con los datos que había recogido respecto a Elizondo y la fuerza que éste tenía consigo.

Este, como se sabe, era un cabecilla prestigioso, pero que no podría nunca levantar más que

partidas más o menos numerosas y fáciles de batir con la tropa que llevaba.

A los dos días de marcha, que se forzó cuanto era posible, Campos se aproximó a Elizondo de tal manera, que se emboscó para no ser sentido en la seguridad de sorprenderlo aquella noche. En cuanto oscureció se puso en marcha de nuevo, todo lo silenciosamente que le fue posible, viendo poco después el resplandor de los fogones de Elizondo.

Este, sin preocuparse de cuidar su retaguardia, pues no pensó que sería perseguido, había campado allí con la mayor tranquilidad, para descansar sus soldados y poder buscar al día siguiente su incorporación con el Chacho.

Había carneado un novillo gordo que encontraron en el camino, y después de churrasquear plácidamente, se habían entregado al descanso, pensando en famosos golpes de mano que darían en adelante.

Del teniente Varela no desconfiaba Elizondo, porque éste le había dicho ya al oficial que, desde aquel momento, toda su ambición era regresar a Valle Fértil donde había dejado prisionero su corazón.

-Y tan no tengo corazón -decía-, que hasta me he vuelto cobarde, y cobarde de una manera vergonzosa.

"Antes, por ejemplo, me era completamente indiferente cualquier peligro que pudiera correr: miraba la muerte como una consecuencia lógica de la vida.

"Sabía que ella era inevitable más o menos lejanamente, y esta idea no logró quitarme jamás media hora de sueño.

"Pero desde que he conocido aquella muchacha, la idea de la muerte me preocupa y me mortifica a cada momento.

"No estoy pensando sino en combates desgraciados, en heridas capaces de causarme la muerte e impedirme volver a ver a aquella muchacha lindísima."

Y con tal ardor hablaba Varela, con tanta fuerza de convicción, que Elizondo se persuadió de que seguiría con él por propia conveniencia.

Porque él mismo le había dicho que prefería estar con ellos a regresar al ejército de Sandes, pues en él siempre se corría mayor peligro, mientras que ahí no había otro que el de una sorpresa.

Sin embargo, y por lo que pudiera suceder, Elizondo lo hacía dormir con una centinela de vista cuya consigna era impedirle cualquier acción tendiente a evadirse.

Travieso y alegre, graciosísimo en el modo de referir ciertos cuentos y aventuras, Elizondo lo había hecho su compañero inseparable, hasta obligarlo a dormir a su lado para conversar con él el mayor tiempo posible.

Aquella noche Varela había charlataneado como un loco y comprometido a Elizondo a que de cuando en cuando le permitiera irse a pasar unos días a Valle Fértil.

Concluida la churrasqueada, y cansados de la jornada de aquel día, cada cual fue haciéndose rosca al lado del fogón, hasta quedarse completamente dormidos.

Este era el momento que Campos había calculado, despachando sus bomberos más hábiles para que espiasen, emboscados convenientemente, el movimiento de las fuerzas de Elizondo. Cuando éstos regresaron con la noticia de que el campamento se hallaba entregado al descanso, Campos marchó sobre él sin producir el menor ruido.

A un par de cuerdas de los fogones tendió de barriga las dos compañías del 6° y avanzó con ellas en aquella actitud.

Las demás fuerzas debían lanzarse sobre el campamento, con su mayor ímpetu, una vez que se escuchara el primer tiro que debía ser la señal del ataque.

Las compañías del 6° no se pusieron de pie hasta estar encima de los fogones donde los montoneros se habían acurrucado a dormir.

Y cayó sobre ellos, haciéndoles una terrible descarga, más para imponerlos que destruirlos, porque había mandado una compañía a tomar los caballos que se veían a muy corta distancia del sitio atacado.

Sorprendido Elizondo con aquella primera descarga y la gritería que se produjo en el acto, sin saber a qué atenerse ni qué fuerza lo atacaba, saltó en el caballo que tenía siempre a su lado, haciendo lo mismo algunos compañeros que dormían con igual precaución.

El teniente Varela había saltado voluntariamente en ancas del ayudante de Elizondo, a quien dijo:

-Por el estruendo mismo del fuego, la fuerza que nos ataca debe ser de línea: por consiguiente quien se nos ha echado encima es el mismo Sandes, así es que lo más prudente es retirarse antes que nos concluyan.

Todo aquello fue hecho con una rapidez pasmosa: en seguida de la descarga se sintió el tropel de la caballería que llegaba, y ya todo aquello fue un caos.

A la lumbre de los fogones y al relampaguear de los fusilazos, Varela conoció a los soldados del 6° y volvió a influir con Elizondo para que se salvaran en el monte.

Este comprendió que todo se había perdido sin remedio, que su fuerza no reaccionaría porque era muy inferior al enemigo que los acosaba de todos modos y porque de cualquier manera con el conflicto no podría hacer llegar sus órdenes hasta sus parciales.

Así es que desesperando ya de obtener la menor ventaja para retirarse hecho, hizo que su trompa tocara retirada y se metió al monte seguido de unos veinte hombres a lo más.

Aquel toque de retirada vino a darle un inesperado resultado, pues engañados con él, por ser igual al que usaba el ejército, las compañías empezaron a replegarse hacia el punto donde se había iniciado el ataque.

Aprovechando aquel error, muchos soldados tuvieron tiempo de saltar a caballo y ganar el monte.

Pero aquella tregua duró muy pocos segundos.

Campos hizo tocar ataque inmediatamente, siguiéndolo con gran rapidez y lo más vigorosamente que le fue posible.

A pesar de su inferioridad en hombres y en armas, a pesar de la sorpresa que los había dejado sin acción en los primeros momentos, los gauchos de Elizondo pelearon como tigres.

Pero este combate, aunque sangriento por la misma desesperación de los sorprendidos, fue muy corto.

Viendo imposible toda resistencia y calculando que su caudillo había sido apresado, los que no pudieron huir empezaron a entregarse, pues toda otra actitud sería para provocar una muerte segura.

Militar de orden y de principios, el mayor Campos, cuando vio que los montoneros no combatían y se dejaban tomar mansamente, hizo cesar el fuego impidiendo que se matara un hombre más inútilmente.

Se reavivaron todos los fogones para producir más claridad y a su escasa luz procedió el mayor Campos a hacer formar los prisioneros y dirigirles las preguntas que creía más oportunas.

Ni Elizondo ni los demás caudillos estaban allí: tampoco estaba el teniente Varela; o aquellos estaban acampados en otro paraje, siendo tal vez aquella fuerza su retaguardia, o se habían salvado al principio del combate.

Campos no tardó en conocer la verdad, por las declaraciones que todos se apresuraron a hacer. Elizondo estaba en aquel campamento, con lo que llamaba su Estado Mayor, y conservando a su lado al teniente Varela.

De modo que si no estaba entre los prisioneros era porque había podido huir al principio del

combate.

Campos estableció en el acto centinelas rodeando el monte, que era pequeño, para impedir que salieran, estando allí, y esperó a que aclarase.

Una vez que hubo bastante luz como para apreciarse todo lo sucedido, se procedió como primera medida a recoger los heridos.

Las fuerzas de Elizondo habían sufrido mucho.

Sus muertos eran bastante numerosos, aunque se había combatido poco, porque las primeras descargas de fusilería abrazaron, puede decirse, los fogones.

Entretanto Elizondo, cuando amaneció y trató de buscar salida, se encontró con que esto era imposible, porque todas las del monte estaban tomadas.

-Estamos perdidos -dijo-: si tienen rodeado el monte es porque saben que estamos aquí y entonces no tardaremos en caer prisioneros.

-Queda un recurso -dijo Varela-: yo conozco al mayor Campos con quien puede tratarse sin el menor recelo.

"Mánde un parlamento diciéndole que no diga dónde nos hallamos: un hombre solo puede salir del monte sin ser visto.

"Con este parlamento puede mandarle proponer que usted se entregará con la gente que tiene a su lado y disolverá toda la montonera si lo promete dejarlo libre, y estoy seguro de que aceptará porque no trae fuerzas como cuidar a tantos prisioneros.

"Puede agregar el prisionero, que yo estoy aquí y que seré entregado de la misma manera.

"Esto me contraría profundamente, porque me va a hacer volver al ejército, a sus fatigas y sus peligros, pero es el único recurso de salvación: no hay remedio."

Elizondo aceptó en el acto la idea, esperando para realizarla la caída de la noche, pues de esta manera estaba más seguro de que no se vería la salida de su parlamentario.

Campos, antes de entrar a batir al monte, lo que ofrecía algún peligro, reflexionó un poco.

Cuando se preparaba a aumentar la fuerza que rodeaba el monte para tener mayor seguridad de que no se escaparían los que en éste hubiera, se le apareció el ayudante de Elizondo con sus proposiciones.

Campos, que entendía que su misión no era exterminar aquellos gauchos infelices, sino desbandarlos impidiendo que volvieran a reunirse, aceptó en el acto la propuesta de Elizondo, haciéndole decir que todo estaba bien, que se le presentara y después de convenir lo que debía de hacerse lo pondría en libertad y podría irse donde quisiera.

El parlamento regresó sin ser molestado hasta donde estaba Elizondo, a quien dio cuenta detallada del cumplimiento de su misión.

Pero aquí a Elizondo le ocurrió una duda muy justa, vista la ferocidad con que en materia de prisioneros había procedido siempre el ejército.

¿Cumpliría Campos su palabra?

-Si fuera Iseas en vez de Campos -dijo Varela-, yo no aseguraría nada, pero yo garanto que el mayor Campos cumplirá la palabra empeñada.

"Mánde decir que en el acto va a presentarse y que yo le he asegurado con mi vida que lo que él ha dicho será rigurosamente cumplido.

"Acepto todo lo que usted me dice, porque es un hombre sano -agregó poniéndose en camino-; de otro modo hubiera peleado aunque fuera solo, pues declaro que prefiero mil veces la certeza de morir peleando que la duda de concluir en un cepo colombiano, en cuatro estacas o bajo una lluvia de azotes."

Una hora después Elizondo se presentaba a Campos acompañado del teniente Varela y de la gente que lo había acompañado.

Campos vio en el caudillo desde el primer momento un hombre bueno que había procedido

por entusiasmo de una causa que tal vez él mismo no entendía, sin cometer ningún acto de depredación en los parajes por donde había pasado.

El teniente Varela manifestó que él había sido tratado con todo respeto y miramiento, y que estas consideraciones le habían hecho garantizar a Elizondo que se cumpliría estrictamente la palabra de vida y de libertad que se le había dado.

El mayor Campos, después de convencer a Elizondo de que era una calaverada que podía tener fatales consecuencias a los que la cometían, el hecho de alzarse con armas contra el gobierno nacional y previo juramento de no volver más a intentarlo, lo dejó en plena libertad después que él mismo hubo proclamado a sus gauchos significándoles estar convencido de su error, y despachándolos a sus casas.

Elizondo permaneció toda la noche en el campamento del mayor Campos, dando a éste todos los datos que sobre Chacho le pedía.

Y a la madrugada siguiente se puso en viaje con sus ayudantes, prometiendo que estaba dispuesto a servir al ejército nacional en todo lo que de él dependiera y pudiera necesitar.

Campos estaba satisfecho de su pequeña campaña, no dudando que su conducta sería inmediatamente aprobada por el superior.

Cuando se incorporó al ejército de Sandes con los prisioneros que llevaba, todos ellos heridos de más o menos gravedad, y dio cuenta del desempeño de su comisión, el coronel Sandes manifestó su conformidad plena.

Sólo Iseas tuvo palabras de amarga reprobación para su conducta noble y justa.

-Son montoneros -decía-, y todos los montoneros están excluidos de todo acto de piedad: usted debía haberlos pasado a cuchillo para escarmiento de los demás.

"Lo que es si hubieran caído en mis manos, ni Cristo los libra de su merecido.

"¿Y para qué traen estos heridos a dar trabajo?

"Degüellenlos a todos, que son una manga de bandidos y nada más."

Y la ferocidad de aquel bárbaro llegaba al extremo de que Campos tenía que andar defendiendo los heridos que llevó, para que Iseas no se los sacara a hacerlos degollar.

Asimismo, y para evitar todo crimen, Sandes hizo salir a Campos con los heridos fuera del campamento, para que Iseas no hiciera una de las suyas.

¡Cómo sería la crueldad de aquel hombre, que el mismo Sandes contrariaba sus instintos de sangre!

El ejército fantástico

En la Represa del Bagual se incorporó también el coronel Segovia, que había salido en comisión para recorrer otros puntos; pero Segovia había sido menos afortunado que Campos, pues no había hallado ni el más leve indicio de enemigos.

O Chacho se había quedado sin gente y había tratado de salvar su persona saliendo de La Rioja, o se hallaba emboscado en algún paraje esperando la oportunidad de un buen golpe de mano.

El coronel Sandes dividió su ejército en dos cuerpos, dando el mando de uno de ellos a Segovia para que marchase a San Luis, donde debía situarse, y marchando él con el otro hacia la provincia de Córdoba, donde no era difícil se hubiera dirigido.

El punto de reunión de aquellos dos cuerpos de ejército era el río Seco, donde se encontraron cuatro días después sin tener de Chacho la menor noticia.

En la ciudad de San Luis se hallaba el general Paunero con otro cuerpo de ejército que había mandado para acorrallar a Chacho de una manera definitiva, obligándolo a batirse con uno o con otros.

El general Paunero supo allí que Chacho, después de batirse en Lomas Blancas con Sandes, se había dirigido a la provincia de Córdoba con solo doscientos gauchos, con los que pasó la Sierra de San Luis por el Portezuelo.

En vista de esto, Paunero ordenaba a Sandes se le incorporara en San Luis con su ejército, para desde allí dirigir las operaciones de la guerra.

El gobierno nacional, como se ve, aglomeraba todo género de elementos para concluir con el Chacho.

Aquello era vergonzoso y ridículo bajo todo punto de vista.

El Chacho solo, sin dinero, sin elementos, sin autoridad oficial, obligaba al gobierno general a levantar ejércitos y a enviar sus principales jefes para contrarrestar el poder de sus gauchos.

Y Chacho suplía su falta de elementos con una astucia infinita, y se burlaba de aquel ejército y de aquellos jefes de la manera que hemos dicho ya.

Chacho había dispersado su gente después del combate de Lomas Blancas, dándole como punto de reunión las Sierras de San Luis; cita a que concurrieron todos los que habían estado en el combate, aumentados con nuevos voluntarios que se les incorporaron en el camino.

De allí tomó trescientos hombres con los que pasó a Córdoba, ordenando al resto de su ejército fuera a esperarlo a los llanos de La Rioja.

Chacho, lejos de ocultar su paso hacia Córdoba, lo dejaba bien marcado, porque su plan, esta vez como siempre, era entretener al ejército en una falsa marcha, haciéndolo buscar en Córdoba, mientras él operaba sobre San Luis y La Rioja.

Entretanto, y para engolosinarlos mejor con una falsa pista, se dejaba ver en las poblaciones del tránsito, para que allí hallase el enemigo noticias exactas de la dirección que llevaba.

Mientras, podía muy bien dar un golpe de mano sobre algún contingente de los muchos que remitían a Sandes.

Sabiendo que el general Paunero estaba en San Luis, Chacho se emboscó en el camino.

Como él lo había calculado bien, no tardaron en descubrir sus bomberos una fuerza que marchaba en dirección a San Luis.

Aquella fuerza, toda ella de guardia nacional, llevaba un convoy con armas, vestuarios y provisiones, sin duda alguna para el ejército de Paunero.

Aquél era, a todas luces, un nuevo contingente, pues componiéndose de unos trescientos hombres no iba entre ellos más que una compañía que, por su uniforme, parecía de línea.

Cuando aquella tropa y convoy pasó por delante del paraje donde se había emboscado Chacho, éste la dejó seguir porque era de día, prefiriendo sorprenderla de noche porque así evitaría un combate inútil, pues de noche podría conseguir fácilmente su dispersión, mientras que de día habría necesitado combatir más o menos reciamente.

Se puso en marcha lenta, siempre tratando de permanecer emboscado y sin ser sentido, y recién a la caída de la tarde empezó a apurarla lo suficiente para alcanzarlo sin fatigar sus caballos.

Cuando Chacho se aproximó a aquella tropa, ésta acababa de acampar, sin duda con el intento de pasar allí la noche.

Chacho hizo alto y esperó que se entregaran al arreglo del campamento, para caerles de una manera más segura.

Poco tiempo después la fuerza le presentaba la ocasión más oportuna, pues mientras unos se ocupaban en armar los fogones, otros juntaban leña y otros en voltear tres reses que se habían mandado carnear de una pequeña tropa de novillos que formaba parte del convoy.

El momento no podía ser más oportuno, y Chacho, comprendiéndolo así, trató de aprovecharlo en el acto.

El convoy lo tenían a la derecha, así como la pequeña tropa de novillos y algunas mulas de

carga, estando a su lado la tropa que parecía de línea.

Chacho cayó sobre ellos, explicando como siempre a sus parciales el objeto de su carga y cómo la iba a llevar a cabo.

Todos debían caer a una vez sobre aquel destacamento o contingente, recomendando Chacho que nadie matara sino en caso extremo de necesidad, y en cuanto el enemigo diera vuelta y huyese, todos, con excepción de cien hombres que indicó, arreglarían el convoy llevándolo al monte.

El, entretanto, fingiría una persecución para alejarlos con más rapidez, estando seguro de que aquellos guardias nacionales no sujetarían la mula hasta llegar a sus pagos.

El ataque fue llevado por el lado del convoy donde estaba la tropa de línea, con un vigor extraordinario, porque ya calculaban que serían los únicos que se defenderían, pudiendo causarles algún daño.

El pequeño campamento fue desde el primer instante un caos espantoso.

A soldados flamantes, que salían a campaña por ver primera, aquella sorpresa debía hacerles un efecto espantoso.

La mayoría no atinaba ni siquiera a saltar a caballo, tal era el jabón recibido, no haciendo ni ademán de sacar las armas.

Los soldados de línea se habían parapetado detrás de dos carros donde hacían una resistencia heroica.

Pero la oscuridad de la noche les impedía el poder asegurar sus tiros, limitándose entonces a rechazar a la bayoneta al enemigo que se ponía al alcance.

Los chachistas cargaban sin descanso a lanza, con aquellas terribles lanzas cuya mohaira era un facón o una hoja de tijera.

Y perdían sensiblemente terreno, alrededor de los carros, porque no se atrevían a salir de allí.

Los guardias nacionales hacían por la riña cuanto podían en su poca práctica y con el susto que de ellos se apoderara, y eso que el Chacho los cargaba flojamente, como si quisiera darles tiempo para huir.

Es que Peñaloza no quería hacer prisioneros, porque éstos le iban a estorbar en su marcha.

Viendo que se les daba una tregüita, los milicos fueron saltando a caballo y tomando la dirección de Córdoba, abandonando sus armas los que en el primer momento se habían alejado de ellas.

Los mismos soldados de línea, cuando se convencieron de que iban quedando solos y que no podían hacer otra cosa que morir de la manera más ingrata, fueron acercándose a los caballos que estaban atacados a las mismas ruedas de los carros, saltando en ellos así que les dieron una corta tregua.

Sin sacrificio alguno para su tropa, que sólo tuvo cinco heridos graves, Peñaloza logró el resultado que perseguía, haciéndoles abandonar cuanto llevaban.

En cuanto se pusieron en fuga, los milicos destinados a esta operación empezaron a arreglar carros y cargueros, llevándolos hacia el monte.

Mientras tanto Chacho emprendía la persecución sin hostilizarlos mucho y dándoles todo el tiempo necesario para sacar una buena ventaja.

Y los corrió más de una legua, sin que sus soldados pegaran un solo lanzazo.

Cuando se convenció de que no se atreverían a volver, regresó aceleradamente.

Ya los suyos se habían puesto en marcha y se internaban en el monte, donde se proponían vaciar los carros para llevar su contenido en cargueros, lo que facilitaría enormemente su marcha, que por entre el monte se había hecho lenta e imposible.

Después de darles la dirección que habían de seguir, regresó al paraje donde había efectuado la sorpresa, con una pequeña partida ligera.

Se proponía quedarse allí hasta el día, para recoger las muchas armas que indudablemente habrían sido allí abandonadas.

Sus soldados llevaban orden de no detenerse un solo momento, puesto que a él le sería muy fácil alcanzarlos.

Y en cualquier novedad capaz de detenerlos o alarmarlos, debían mandarle de chasque al que anduviera mejor montado.

-Como ellos han de venir sobre mi rastro y los datos que he dejado -decía-, han de dejar el monte a la derecha.

"Apúrense a desvalijar los carros, no llevando sino aquello que pueda ser muy útil, porque no vale la pena de cargarse con lo que no se pueda aprovechar."

En cuanto estuvieron al abrigo del monte, los milicos, al tanteo y a la escasa oscuridad de la noche, empezaron a romper los carros cerrados, y a descargar su contenido, procediendo inmediatamente a acomodar sobre cargueros los uniformes y armas que en ellos iban.

Al amanecer todo estaba terminado y se ponían en marcha, dejando solamente la munición de cañón que no podían aprovechar nunca y algunos otros objetos inservibles para ellos o que debían darles mucho trabajo.

Chacho entretanto se ocupaba de una manera más noble.

Los heridos causados al enemigo, que pasaban de treinta, fueron agrupados en un solo punto para que pudieran socorrerse mutuamente, rodeándolos de todo cuanto podían necesitar. Cerca de ellos puso toda la carne que preparaban para comer la noche antes, haciéndoles con sus propios soldados algunos fogones.

-Ustedes pueden estar tranquilos, que no han de tardar mucho en venir, o fuerzas de la provincia de Córdoba guiadas por los mismos que han huido, o del ejército cuya incorporación ustedes buscaban y que vienen en marcha siguiéndome.

"Ellos les prestarán los auxilios que crean necesarios y que yo no puedo facilitar porque no llevo elementos.

"Sin embargo, si algo de botiquín se encuentra en los carros que hemos llevado, yo se los voy a dejar allí entre el monte, como algunos otros víveres.

"Entre ustedes habrá algunos cuyas heridas no les impedirán saltar a caballo y hacer ese corto viaje.

"Así que yo me vaya, éstos pueden ir a buscar lo que yo les deje, que les vendrá muy bien para pasar la noche en el caso de que no llegue ninguna protección hasta mañana."

Los heridos estaban asombrados de la conducta del Chacho, pues estaban acostumbrados a oír hablar de él como de un bandido cruel y sanguinario, pareciéndoles que lo que veían era un sueño.

Estaban acostumbrados también a ver cómo se trataba entre ellos a los prisioneros chachistas y creían que aquellos harían lo mismo con ellos, por lo menos.

Así, cuando vieron a Chacho buscarles todas las comodidades de alivio posible, acercarlos alimento y hasta atar cerca de ellos algunos caballos y mulas, creyeran que todo sería una cruel burla que iría a terminar en alguna terrible escena de sangre.

Sólo cuando Chacho se despidió de ellos, se convencieron de que todo era verdad, apreciando la grandeza de aquella alma buena.

-Yo me quedaría con ustedes hasta la noche, para que los muchachos pudieran ayudarlos; pero no me es posible, porque los míos irán ya muy lejos y tengo que hacer una buena jornada para alcanzarlos.

Aquella pobre gente estaba maravillada con esa conducta de que no tenían idea.

Toda aquella pobre gente eran paisanos reclutados a la fuerza, como se hacía para formar contingentes destinados a engrosar el ejército que iba a formar el general Paunero.

Iban al sacrificio con la conformidad del que no tiene otro recurso y dispuestos a sufrir toda clase de penurias sin atreverse a pronunciar la menor palabra de queja, porque sabían que lo único que lograrían sería ser recargados en el tiempo de su condena.

Tenían terror pánico de caer en poder del Chacho, porque siempre habían oído decir que aquél degollaba a los prisioneros; así es que, la conducta observada para con ellos con el jefe riojano, los llenó de franca sorpresa, conviniendo en que aquella gente era mucho más buena y humana que el mismo ejército que los perseguía, cuyos actos de crueldad eran hartos conocidos.

Chacho se les había hecho fuertemente simpático, imponiéndoseles por su grandeza de alma. Pudiendo haberlos exterminado en el combate, había hecho todo lo posible por que no se matara gente inútilmente: todos lo habían sentido gritar en ese sentido.

Y vencedor, pudiendo haberlos llevado prisioneros o hacer con ellos lo que hubiera querido, no sólo los dejaba generosamente sino que los rodeaba de todo aquello que podían necesitar, mientras les llegaban socorros de los suyos.

Chacho se internó en el monte, llegando al poco rato al paraje donde sus fuerzas habían forzado los carros.

Allí encontró infinidad de objetos abandonados por los suyos notando un bien surtido botiquín que aquellos habían dejado sin duda por no saber lo que era, pues un botiquín es siempre cosa de primera necesidad en un ejército.

Chacho lo habría llevado consigo, pues comprendía su gran utilidad; pero absolutamente sus soldados no podían cargar nada más de lo que llevaban, ni tenían más mulas para hacerlo.

El les había hecho recoger todas las armas abandonadas por los derrotados, que eran muchas, y las mismas de los heridos, cargándose al extremo de no poder llevar ni aquellos otros objetos también abandonados y que le eran muy necesarios.

Pero había que atender primero que todo a llevar cuantas armas le fuera posible, porque nada le era tan indispensable como esto.

Cada arma importaba para él un soldado y no era de desperdiciarse la oportunidad de tomar las que hallaba.

A la caída de la tarde, Chacho alcanzó a los suyos, que iban marchando lentamente a causa de los muchos cargueros que llevaban.

Las armas tomadas eran tantas, que se habían visto obligados a llevarlas en un carrito por no tener más cargueros.

Chacho les hizo cambiar a todos sus armas imposibles, muchas de ellas, por las lanzas y sables que habían tomado.

De esta manera, si por una casualidad se veían obligados a huir, abandonando su presa, habrían aprovechado siquiera las armas.

Los uniformes encontrados eran muchos, vistiendo cada uno de ellos dos o tres, uno sobre otro, para facilitar más su conducción, y llevándolos seguros también, en caso de huir.

No era de esperarse que se encontraran con tropa alguna, pero tampoco era imposible, y Chacho se colocaba, como siempre, en el peor de los casos: tener que huir abandonando su importante presa.

Y se recostó a la izquierda del monte, tanto como su espesura se lo permitía, seguro de que no había enemigo que se atreviera a hacer otro tanto, aun sabiendo que él se hallaba adentro.

Y siguió en dirección a La Rioja, pasando por San Luis para bombar al general Paunero, que ya sabía Chacho se había situado allí.

Entretanto Sandes se movía sobre Córdoba con una fuerte división, creyendo, según los datos recogidos por Paunero, que no tardaría en encontrarlo.

Y a medida que avanzaba y recogía noticias de la dirección que llevaba Chacho, se afirmaba

más en su creencia, marchando día y noche para no perder momento.

Marchaba ya sobre la fresca rastrillada de Chacho, con todas las precauciones necesarias para no ser sentido, cuando se encontró con la noticia del combate y golpe de mano, cuando menos lo esperaba, y dos días después de haber tenido lugar.

Esta noticia se la daba un paisano de las cercanías al lugar del encuentro; paisano que tenía recogidos en su casa a los heridos, que hasta entonces le había sido imposible conducir.

Y Sandes supo en seguida, con verdadera desesperación, que Chacho no sólo había sorprendido al contingente que iba para Paunero, sino que se había llevado un convoy y una tropa de novillos cuya importancia se le exageraba enormemente.

Inmediatamente forzó su marcha hacia donde estaban los heridos, abandonados aún en el paraje de la sorpresa, para recoger de ellos datos más exactos y detallados.

Aunque ya habían pasado dos días, los montoneros no podían estar lejos, porque iban muy pesados con el botín, y fácil sería alcanzarlos o hacérselos abandonar por lo menos.

El coronel Sandes mandó a los pocos baqueanos que llevaba buscaran el rastro del Chacho, el que fue bien pronto hallado en dirección al monte.

Si Chacho estaba en el monte, se hallaría en algún sitio espeso, emboscado de manera a poder fusilar impunemente a todo el que entrara.

Chacho no quiso comprometer ningún pelotón haciéndolo entrar, porque entraría a una muerte segura, y empezó a costear al monte.

Un monte puede ser examinado por un rastreador desde afuera, siendo asombrosa la seguridad de estas pesquisas.

Por la posición de las armas, por la inclinación de los pastos, por los árboles mismos, un rastreador sabe si ha pasado o no ha pasado gente y qué dirección lleva ésta.

Los rastreadores que Sandes llevaba, aunque no eran famosos, eran buenos: eran rastreadores al fin y no podían equivocarse en ciertos indicios.

Uno de ellos aseguró que Chacho había tomado la dirección de San Luis en su retirada, y que cuando había venido no había pasado más adelante hacia Córdoba.

Las declaraciones de los heridos estaban contestes con lo que decía el rastreador.

Chacho los había acometido allí, y antes de llegar a aquel punto no habían tenido el menor indicio que hiciese sospechar su presencia.

Esto probaba que, viniendo a Córdoba, se había encontrado con ellos, y que satisfecho del botín tomado, había regresado a La Rioja por San Luis, a repartir toda aquella buena cantidad de armas y uniformes.

Los heridos decían que sin duda Chacho no traía otra intención que robar el convoy, porque los había tratado de la manera humana que conocen nuestros lectores, sin haber permitido, desde el principio, que se les matara inútilmente.

Y eran tales los elogios que de Chacho y su gente hacían aquellos heridos, que los jefes tuvieron que imponerles silencio porque la tropa concluiría por desmoralizarse, y perder el poco interés que podía sentir en destruir a Chacho y sus montoneros.

¿Qué podía temerse de un enemigo que, no sólo les respetaba la vida y lo que con ellos llevaban, sino que llevaba su magnanimidad hasta curarlos y proporcionarles todo aquello que podían necesitar?

Y aquellos pobres heridos hablaban de Peñaloza con un entusiasmo que no habían empleado nunca para hablar de alguno de sus jefes.

-El que elogia a un enemigo -decían los jefes-, traiciona la causa que defiende: entonces, el que hable de Chacho en ese sentido será castigado con quinientos azotes.

Nadie quiso hacerse acreedor a semejante regalo y todos enmudecieron; pero cada cual convino, en su conciencia, que aquel enemigo era mil veces superior a su propio jefe.

Iseas, el coronel Iseas, era quien se hallaba fuera de sí, entregado a un vértigo de ferocidad. -Lo que es en mi brigada -decía-, al que me diga una sola palabra de elogio de aquellos montoneros bandidos, lo hago degollar sobre tablas.

Y tan convencidos estaban los suyos de que así lo haría, que ninguno se atrevió a pronunciar la menor palabra en aquel sentido.

En vista de todos los datos tomados allí, el coronel Sandes resolvió regresar a San Luis costeando aquel monte, a fin de que Paunero dispusiera lo que debía hacerse.

Las armas tomadas por Chacho eran muchas y no se le podía dejar con ellas, porque entonces sus fuerzas llegarían a poder luchar de igual a igual con las tropas nacionales.

Antes de ponerse en retirada envió un chasque a Córdoba, el que regresó inmediatamente diciendo que allí no se tenía la menor noticia de Peñaloza, a no ser la referente al golpe de mano ya conocido.

Nada tenían que hacer ya por allí, y en vista de esto, Sandes se puso en marcha definitiva, incorporándose en San Luis al general Paunero, quien dispuso en el acto una expedición sobre La Rioja.

Entretanto el Chacho había pasado a los llanos, convocando a todos sus partidarios, a quienes repartió todas las armas y vestuarios tomados, formando un numeroso regimiento que podía confundirse perfectamente con cualquiera de los del ejército de línea.

Azúcar, yerba y galleta, llevaba Chacho en cantidad no sólo para repartir a la tropa, sino hasta para que las familias pudieran participar del botín.

Como Chacho con sus compañías livianas no podía andar con cargas y convoyes que dificultaran su marcha, repartiólo todo, cambiando por dinero y artículos de comercio las mulas y novillos que se habían salvado.

Y así, liviano y sin ningún temor de encontrar al enemigo, por numeroso que fuera, marchó de los llanos con intención de llegar a Córdoba, cuartel general del enemigo, y tomar la ciudad con todos sus elementos de guerra, haciéndose fuerte en ella al extremo de poder repeler victoriosamente toda agresión del enemigo.

Sandes se internó nuevamente en los llanos de La Rioja, recorriendo todos aquellos pueblos donde podía andar Chacho, mientras éste con todo su ejército se dirigía a Córdoba.

En los llanos no pudo obtener sino la convicción de que Chacho no estaba en La Rioja, debiendo haberse ausentado a campaña larga, pues con él había marchado también la Victoria, quien no se movía de su casa sino para una campaña larga.

El coronel Sandes mandó al general Paunero un chasque, dando cuenta de lo que había resultado y pidiendo nuevas órdenes sobre lo que debía de hacerse.

El general Paunero era el director de la guerra: él había ido hasta allí para organizar un ejército tan numeroso como fuera posible, y ya Sandes no podía proceder sino en virtud de órdenes emanadas de aquél.

Paunero, con los elementos que había traído de Buenos Aires y la Guardia Nacional que movilizó a su paso por las provincias, había reunido unos tres mil hombres bien armados, y un escuadrón de artillería con pocas, pero muy buenas piezas.

Hubiera podido poner en pie de guerra más de cuatro mil hombres, pero el último golpe de Peñaloza le había privado de hacerlo, puesto que le había arrebatado las armas necesarias.

Paunero había tenido que convencerse al fin de lo que menos creíble le pareciera antes; es decir, que el Chacho, con gauchos mal armados y sin la menor disciplina, pudiera entretener, dar trabajo y aun sorprender con ventajas al numeroso ejército que tenía el coronel Sandes.

El siempre había creído que si la guerra se prolongaba era por negligencia o poco tino de los jefes; pero al fin palpó lo que era la guerra de montoneros, y que sus inconvenientes no podrían vencerse en los combates que pudieran producirse.

¿De qué servía dar una batalla, haciendo toda clase de sacrificios y perdiendo un buen número de soldados, si Chacho aparecía derrotado para volverse a presentar siempre con mayor número de soldados de los que tenía en el último combate?

Era preciso tomarlo de manera a destruirlo, a que no llevara en su huida, si es que podía huir, un solo soldado con que formar nuevo ejército.

Pero ya se había producido este hecho más de una vez y Chacho, salvado solo de la batalla, se había vuelto a presentar pocos días después con un nuevo ejército, tan numeroso o más numeroso del que le habían derrotado.

Paunero empezó además a luchar con los inconvenientes que ya eran familiares a Sandes: las aguadas perdidas, la ignorancia de noticias y la liga de todos para no decir jamás por dónde andaba el Chacho, aun a pesar de los más crueles castigos.

A este respecto, el general Paunero había cambiado totalmente el sistema que se había seguido hasta entonces.

El prisionero de guerra era respetado y tratado como tal, no permitiendo ninguna de las herejías que hasta entonces eran moneda corriente.

-Estos hombres no declaran por el terror que tienen -decía-: saben que de todos modos se les trata ásperamente, declaren o no declaren: adoran a Chacho y no quieren hacerle un daño que ni siquiera va a servirles para salvar la vida.

Y prohibió desde que llegó el ejército, y de la manera más severa, que se maltratasen los prisioneros.

Noble y bondadoso, Paunero no podía ni siquiera escuchar la relación de aquellos horrores que degradaban al ejército sin producir el menor resultado útil.

-Si el Chacho los colma de beneficios y ustedes los degüellan -decía-, ¿cómo quieren que traicionen al caudillo para servir a los verdugos?

"Para conquistar los elementos de Chacho y dárselos vuelta, es preciso ser superior a Chacho mismo y no obligarlos a pelear para salvar la vida que tienen la convicción de perder desde el momento que caigan prisioneros."

-Por este sistema no ha de conseguirse nada -respondía Iseas, que escuchaba profundamente disgustado las teorías del general Paunero.

"Los montoneros son hijos del rigor: el día que se les deje de tratar con el cuchillo y el garrote, crearán que nos han dominado y los tendremos siempre en contra, con la diferencia de que entonces se volverán más feroces."

-Pero si ellos no son feroces, si al contrario todos los prisioneros que él hace y que se nos incorporan porque están en completa libertad, no hacen más que elogiar la manera como se los trata.

-Es porque nos tienen miedo y porque saben que otra cosa les costaría muy cara.

-Pero ¿cómo les va a costar más cara de lo que se les hace pagar actualmente? ¿no se les estaquea, se les azota y se les mata a lanza?

"Ustedes podrán tener toda la razón que quieran, pero un sistema semejante no quiero que se siga mientras yo mande el ejército."

Y ordenó que todo prisionero que se hiciera fuese pasado al cuartel general, no disponiéndose de ninguno de ellos sino en virtud de una orden suya.

Iseas salió profundamente disgustado con aquella orden, que calificaba de absurda y contraproducente.

-¿Qué os harán los montoneros cuando sepan que el día que se los agarre no se les ha de hacer nada?

"Nos van a degollar a nosotros mismos el día que nos agarren: lo que puede sentirse es que no han de empezar por él."

Paunero creyó que con aquella orden evitaría en adelante toda escena de crueldad, pero no consiguió nada en realidad.

-Desde que es preciso respetar a los prisioneros como a nosotros mismos -dijo Iseas-, que no se hagan prisioneros y así se concilia todo y se evita que con este nuevo sistema de las contemplaciones dure la guerra mientras dure el Chacho.

Y ordenó a sus tropas que en ningún caso hicieran prisioneros, pasando a cuchillo a todo montonero que cayera en sus manos.

De manera que cuando el general Paunero creía haber concluido con aquel feroz sistema de las matanzas, era cuando más se mataba, y cuando se mataba con más crueldad, porque para que aquellos actos de barbarie no llegaran a oídos del general Paunero, se llegaba hasta amordazar a los infelices que se quería lancear o poner en las estacas.

Si Iseas se hubiera visto privado de esta manera de hacer la guerra, se habría separado quinientas veces del ejército.

¿Qué aliciente podía tener la guerra para él sin la ferocidad a que estaba habituado?

Algunos refirieron a Paunero las ferocidades que a pesar de su orden cometía Iseas, pero éste se disculpó con este sencillo razonamiento:

-Desde que el señor general quiere que los prisioneros sean tratados de una manera imposible, yo no hago prisioneros: esto es todo lo que hay.

Paunero se convenció de que con aquella gente no había otro remedio que tomar medidas de cierta violencia que entonces no eran prudentes, y desistió por el momento, hasta que llegara la oportunidad de cambiar por completo aquella organización malsana y perjudicial.

Iseas tenía siempre su prestigio, prestigio conquistado por su misma ferocidad; era un jefe muy práctico en aquel género de guerra y debía soportársele hasta hallar otro con quien reemplazarlo ventajosamente.

Por el momento puso toda su atención en los medios que había de ponerse en juego para destruir al Chacho, haciéndole ofrecer todo género de garantías para él y los suyos.

Después había tiempo suficiente para dar al ejército una organización más humana.

Y trató de tener a Iseas siempre cerca de sí para que no pudiera hacer ciertas cosas, como único medio para contenerlo sin violencia.

Y a cada momento tenía que acudir a su campamento para libertar de los azotes y las estacas, no sólo ya a los prisioneros que caían, sino a los mismos soldados de los cuerpos que él mandaba.

Porque Iseas, privado de la distracción de matar prisioneros, mataba a azotes o a cepos colombianos a sus mismos soldados, acreedores a castigos levísimos, porque las faltas por ellos cometidas eran levísimas.

Y al noble Paunero le parecía increíble, aunque lo presenciaba, semejante exceso de ferocidad en un jefe del ejército, conocedor de su deber y sus derechos.

Y estos actos de barbarie fueron tales, que muchas veces el general Paunero estuvo tentado de pedir su retiro de allí, no efectuándolo por parecerle feo hacerlo frente al enemigo.

El chasque, que había mandado Sandes a Paunero dándole cuenta de que el Chacho no se hallaba en La Rioja, se encontró con otro que le mandaba el general ordenándole regresara a San Luis, porque sabía que Chacho, con numerosas fuerzas, había pasado otra vez por el Portezuelo en dirección a Córdoba, siendo necesario marchar en su persecución antes de que fuese a atacar aquella ciudad y tomarla, apoderándose de los elementos que allí había.

Sandes llegó a San Luis forzando sus marchas cuanto le fue posible; y allí el general Paunero organizó el ejército que debía marchar a batirlo donde lo encontrara, y agregándole dos piezas de artillería que había traído él consigo.

Paunero tropezó aquí con la primera dificultad insuperable.

Era imposible seguir a Chacho sobre su propia rastrillada, porque, en toda la distancia recorrida por él, las aguadas estaban perdidas, inutilizadas con animales muertos y porquerías de toda especie.

Marchar por aquel camino, era exponerse a perecer de sed y perder por la misma causa todas sus caballadas.

Así, Paunero se vio obligado a cambiar todo su plan.

La batalla de las Playas

Chacho no se demoró en La Rioja sino el tiempo necesario para repartir las armas y provisiones que había tomado y organizar un poco el ejército que debía acompañarlo en aquella verdadera expedición.

Suponía que el enemigo ya debía tener noticias de su regreso a La Rioja, puesto que él no había tratado de ocultarlo; así es que lo que a él le convenía, para ganar tiempo, era marchar sobre Córdoba, dando un rodeo mientras aquél lo buscaba en La Rioja.

La gente desarmada que podía tener no lo preocupaba mucho, pues sabía que en Córdoba iba a encontrar una buena provisión de armas y de cuanto pudiera necesitar su ejército.

Como la expedición era larga y peligrosa, la Victoria quiso ir con él, a pesar de las reflexiones que le hizo.

-Quién sabe cómo tendremos que salir de Córdoba -le decía Chacho-, y qué clase de marchas tendremos que hacer.

"Es mejor que me esperes aquí que estás más segura y sin pasar necesidades serias."

-¿Y qué necesidades he de pasar allí que no esté amenazada de pasar aquí?

"Por otra parte, mientras anda por allí ese Sandes o ese Iseas, puede venir aquí como la vez pasada y obligarme a andar a monta.

"Mejor andamos juntos, Chacho: yo no quiero quedarme aquí, porque no me hace ninguna gracia saber que estás en peligro lejos de mí."

Chacho como siempre concluyó por ceder a los ruegos de la Victoria y consentir que lo acompañara en su expedición a Córdoba.

El único carrito que habían traído, el último carrito de mano, fue arreglado para que pudiera hacer la travesía mientras el terreno lo permitiera: así se internaron por el monte hacia San Luis, buscando de pasar por el Portezuelo.

Aquí la Chacha tuvo que abandonar su carrito en el que tan cómoda iba, para montar a caballo, pues no había otra manera de cruzar el monte; y eso, a caballo, como hombre y con guardamonte, para que las ramas y las espinas no le despedazaran las piernas.

Los soldados veían esto con un entusiasmo profundo, admirando el carácter asombroso de aquella mujer tan brava y decidida.

Victoria, en las marchas, iba rodeada de un verdadero estado mayor, que atendía sus más pequeñas necesidades, ayudándole en los más serios apuros del camino.

El traje de Victoria no tenía más diferencia con el que llevaba siempre: un par de botas granaderas muy altas que le permitían usar más corta la pollera, y un kepi, con que cubría su cabeza.

Su arma favorita era un sable corto y filoso, que llevaba entre las caronas del apero, al alcance de la mano, y que sabía manejar el mejor veterano.

Para ella no había privación capaz de arrancarle una queja, y era tan ágil y dispuesta, que desdeñando la cooperación de lo que llamaremos su estado mayor, era la primera en hacer fuego para brindar un mate al cariñoso Chacho, antes de que nadie tuviera agua caliente.

-Es una locura lo que haces -le decía éste-: tu presencia en el ejército me embroma, porque no

me atrevo a afrontar ciertos peligros que podían, vencidos, dar un buen resultado, y que no me atrevo a provocar por temor de envolverte en ellos.

-Pícaro -le decía ella sonriente, y tratando de distraerle la imaginación-: quién sabe qué peligros son esos y más yendo a Córdoba ¡donde dicen que hay tanta buena moza! no me conviene que andes solo, así tengo el espíritu y el corazón más tranquilos.

Chacho sonreía, hacía un cariño a su valiente consorte y le decía:

-¡Qué buenas mozas ni qué buenas mozas quieres que haya en Córdoba ni en ninguna parte! "El que ha visto una vez una mujer riojana, no hay buena moza capaz de seducirle el gusto." Con estas bromas ella distraía a Chacho del mal humor que podía causarle su presencia en el ejército.

Así marcharon hasta las cercanías de Córdoba, donde se emboscó Peñaloza para explorar antes del ataque el estado de la ciudad.

Al pasar por San Luis había bombeado al general Paunero, quien le pareció no tener intenciones de moverse de allí.

-Me parece -decía-, que tendremos tiempo de apoderarnos de Córdoba antes que Sandes sospeche nuestro golpe de manos, y retirarnos con un poderoso parque, si es que no nos conviene quedarnos aquí y tenemos que retirarnos.

Como Chacho llevaba en el ejército gente de todas las provincias, mandó dos paisanos cordobeses que exploraran la ciudad, mientras él preparaba su gente para el ataque.

-Tiempo tenemos de sobre -decía-, porque aunque Paunero haya sabido inmediatamente mi paso por el Portezuelo, las fuerzas que mande en nuestra persecución, tendrán que demorarse muchísimo en la marcha si vienen por nuestra rastrillada, o dar un gran rodeo buscando las aguadas necesarias, desde que las otras que hemos hallado a nuestro tránsito han sido destruidas.

"Y asimismo, cuando lleguen, vendrán extenuadas de cansancio y debilitadas por las necesidades que habrán sufrido en el camino."

Organizado el ejército para el ataque, Chacho quiso dejar a Victoria emboscada y acompañada de un regimiento, para que no corriera los peligros del ataque, pero ella le declaró que iría a su lado y que no se hablara más de eso porque todo sería inútil.

No hubo más que conformarse con la resolución de aquella mujer asombrosa, y dejarla marchar donde quisiera.

El aspecto de la Chacha era hermoso y varonil: aquella larga cicatriz de su frente le daba al semblante una expresión de infinita bravura, sin destruir por esto la belleza de sus facciones, que los años y los trabajos de su vida habían marchitado ya de una manera notable.

Todo el resto del día y gran parte de la noche estuvieron esperando el regreso de los bomberos, que llegaron al fin, con noticias que el Chacho jamás hubiera esperado.

La situación de la ciudad de Córdoba era tal, que con cien hombres hubiera podido tomarla Chacho, y eso tal vez sin disparar un tiro.

Por disidencias graves en los partidos, que se disputaban la situación de Córdoba, había estallado una revolución la noche anterior, que había logrado derrocar al gobernador apoderándose de todo.

El pánico en la ciudad era enorme, porque se decía que los revolucionarios triunfantes la iban a saquear y las familias aterradas se atrincheraban en las casas para ofrecer toda la resistencia posible.

Por las calles desiertas no cruzaban sino grupos de revolucionarios que aumentaban por momentos, no encontrando resistencia en parte alguna, y el comercio alarmado esperaba el desarrollo de los acontecimientos para adoptar medidas extremas si los que encabezaban la revolución no les ofrecían alguna garantía.

Las fuerzas que tenía el gobierno acantonadas para enviarlas como refuerzo al general Paunero, entre las que se contaban dos batallones de infantería que habían permanecido indiferentes al principio, a pesar de las reiteradas órdenes del gobierno, habían concluido por plegarse a la revolución.

De modo que ésta, triunfante, había puesto presos al gobernador, ministros y jefe de policía, hasta que todo se tranquilizara y se constituyese el nuevo gobierno.

La ciudad era un infierno, porque todos mandaban separadamente, contradiciéndose en sus disposiciones y órdenes, viniendo uno a destruir, cinco minutos después, lo que otro había hecho.

Semejante situación no podía engendrar otra cosa que el caos y la general desorganización, provocando otra más complicada, y esto no tardó en suceder.

Un tal Lorenzo, cabecilla en Córdoba, que disponía de algún prestigio, decidió apoderarse a su vez de la situación, obedeciendo a consejo de otras personas que la hacían suya, prestándole el concurso de la inteligencia y suspicacia de que él carecía.

Era Lorenzo un hombre vulgar, de alma atravesada que, empezando por acaudillar la gente de su departamento, había concluido por hacerse de algún prestigio en toda la Provincia, donde se lo conocía y se le temía.

Antiguo oficial del ejército y presente en todos los combates, donde había hecho su buena figura como valor y como audacia, se había impuesto entre la gente cruda y de acción que le temía y lo respetaba como el único caudillo digno de mandarla.

Lorenzo tenía una ambición desmedida: había visto levantarse de la nada a hombres que no valían tanto como él, y se había propuesto también levantarse a fuerza de audacia y aprovechando la primera situación buena que se le presentara.

Desligado de toda fracción política, obraba por su cuenta, aconsejándose de hombres inteligentes que lo tenían a su vez como instrumento de sus ambiciones y como arma formidable para esgrimirse en una situación dada.

-Este es el momento -dijeron a Lorenzo, al ver el caos que reinaba en la ciudad; y Lorenzo se apresuró a aprovechar al consejo, pero por su sola cuenta, sin subordinarse a nadie, para poder después imponer sus condiciones.

Pero en aquellos momentos se encontraba solo: sus elementos dispersos se hallaban mezclados al bochinche general en una u otra parte y era muy difícil reunirlos en un momento dado.

Dotado de una audacia a toda prueba y de un valor asombroso, Lorenzo se lanzó a la calle sin más compañía que la de su sable y su par de pistolas, base única de sus operaciones futuras.

Conocedor de todos los elementos puestos en juego, no tardó en verse a la cabeza de veinte hombres armados de todos modos, que lo siguieron aceptándolo como jefe, sin vacilar.

Lorenzo no tenía más que veinte hombres que, aunque decididos y capaces de todo, no eran sin embargo lo bastante para emprender cosa alguna.

Era preciso aumentarlos a toda costa y pronto, pero aumentarlos con gente brava y de pelea, capaz de seguirlo sin vacilar al peligro más famoso.

Lorenzo pensó rápidamente donde podía hallar los elementos que necesitaba: comprendió que recorriendo las calles en su busca no lograría otra cosa que perder un tiempo precioso, y dándose un feroz puñetazo en la cabeza, gritó:

-Vamos a la cárcel, vamos a soltar los presos que están pagando allí el capricho de los gobiernos; después se verá lo que ha de hacerse.

-¡A la cárcel! ¡a la Policía! -gritaron todos blandiendo sus armas, y se lanzaron detrás de Lorenzo en aquella dirección.

La fuente de recursos estaba encontrada: sólo faltaba ponerla en juego, y a eso iba el audaz

caudillo.

Cuando llegaron a la Policía el grupo de veinte hombres se había triplicado y los gritos de "¡Viva Lorenzo!" "¡A soltar los presos!" aumentaba el general tumulto y el terror del comercio y de las familias.

La Policía estaba defendida por un batallón de infantería de guardia nacional, de los que se habían plegado a última hora a la revolución.

Al sentir los gritos y el tumulto del grupo que allí se dirigía blandiendo toda clase de armas, aquellas fuerzas dudaron, no sabiendo ni quién los atacaba, ni qué partido deberían adoptar.

Los presos, que sentían los alaridos y las voces de ponerlos en libertad, que llegaban claramente hasta donde ellos estaban, empezaron a moverse entre los calabozos y crujían de una manera amenazadora, y armáronse con ladrillos que arrancaban del suelo a falta de otras armas.

Y las voces de muerte resonaban entre los peligros a cual más serio.

El pueblo de alma atravesada se reunía cada vez en mayor número a la puerta de la Policía, atraído por el prestigio de Lorenzo, y ya los presos sacudían las puertas de los calabozos, sintiéndose sostenidos de afuera.

-¡Todo el mundo a rendirse y a abrir la puerta a los presos! -gritó Lorenzo disparando en el zaguán sus pistolas y blandiendo el sable.

Los soldados, sin atinar lo que hacían y sin que sonara ninguna voz de mando, porque la mayor parte de los oficiales se hallaban cerca de los presos para evitar su evasión, dispararon algunos fusilazos que fueron la señal del combate; combate violento y rápido, que se trabó en el zaguán a tiros, sablazos y puñaladas.

La gente de Lorenzo, guiada por éste, combatía de una manera formidable, con terrible violencia y dispuesta a vencer a toda costa.

En el interior de la Policía el vocerío era imponente: gritos de muerte y de libertad, espantoso estruendo en las puertas ferozmente golpeadas, que amenazaban caer al suelo de un momento a otro, todo esto sonaba a un tiempo, imprimiendo cierto respeto a los soldados.

Acosados por el frente, habiendo sufrido muchas bajas; amenazados por la espalda y sin sentir ninguna voz de oficial que les infundiera ánimo, los soldados no vacilaron ya.

Levantaron sus armas y no sólo se rindieron, sino que muchos de ellos se plegaron a los desalmados que mandaba Lorenzo.

Lorenzo y los suyos entraron a la Policía como una inmensa oleada.

Los que no llevaban más armas que sus cuchillos tan victoriosamente esgrimidos, se apoderaron de los fusiles que abandonaban los soldados, internándose en el interior, para echar abajo las puertas a culatazos y libertar los presos.

Algunos oficiales que con pequeños grupos de soldados trataban de impedir la evasión tuvieron que rendirse para no morir de una manera inútil y desairada, dejando a Lorenzo que con los suyos despedazaran las puertas y dieran libertad a los presos.

Estos salieron de sus calabozos de una manera imponente, apoderándose de los fusiles abandonados por todas partes y de otras armas que abandonaban aquellos que se habían armado de una manera más conveniente.

Dos minutos después, toda aquella gente, tremenda y poseída de un vértigo de destrucción, salía a la calle guiada por Lorenzo, gritando siempre vivas a su libertador.

El terror en la población y el comercio fue entonces inmenso.

No era imposible ya dudar de que la ciudad sería entregada al cabo por aquellos presos, entre los que había bandidos de todas especies.

La revolución triunfante trató de contener aquellos desmanes, que podían muy bien hacerla fracasar, y se lanzaron a la calle fuerzas organizadas para tratar de someterla a toda costa.

Puede decirse que en cada calle se trabó un combate igualmente encarnizado entre las fuerzas de la revolución, los revoltosos de Lorenzo y las fuerzas del gobierno depuesto que, en vista de este conflicto inesperado, quisieron reaccionar.

Pero Lorenzo había adquirido ya un poder de todos los diablos: los grupos de sus parciales aumentaban siempre y él no quería someterse a autoridad alguna, queriendo ser él mismo la única autoridad que imperase.

Y con este objeto empezó a reunir su gente, para en todo caso salir fuera de la ciudad y poner desde allí su sitio y sus condiciones.

Este era el estado de la ciudad cuando regresaron los bomberos que Chacho había enviado como exploradores, y le refirieron lo que acabamos de narrar.

Su buena fortuna no podía ser más completa: llegaba a Córdoba en un momento asombrosamente favorable, momento que era necesario no dejar perder.

Las situaciones difíciles de una revolución suelen cambiar rápidamente, y esto era lo que temía el Chacho.

Además, de un momento a otro, podía conocerse en Santa Fe y marchar de allí tropas que la dieran vuelta con el solo anuncio de su llegada.

Chacho no tenía la costumbre de consultar con sus jefes las resoluciones que podrían crear algún peligro.

Las afrontaba y resolvía solo, aceptando sobre sí toda la responsabilidad y todas las consecuencias.

Sin embargo de esta costumbre, aquel día reunió Chacho a sus jefes y les preguntó qué opinaban sobre lo que pasaba en Córdoba.

-Nos parece -respondieron todos-, que no se debe perder tiempo y que debemos tomar a Córdoba y sacar de allí cuantos elementos se pueda, incluso una buena contribución.

-Es que no podríamos demorar tanto -respondió Chacho-: tenemos que hacer la entrada por salida, es decir mandarnos mudar antes que lleguen tropas nacionales.

-Ellas tardarán mucho -opinaban los más decididos-: y ¡qué diablos! si encontráramos en Córdoba buenos elementos de guerra, y alguna tropa de infantería, bien podremos esperar al que se le ocurra venir y recibirlo como es debido.

Chacho, temiendo que cualquier debilidad suya fuese a ser atribuida a la presencia de su mujer, de acuerdo con sus jefes se preparó para el ataque y se puso en marcha inmediatamente.

La Victoria iba a su lado radiante de alegría y deseando llegara el momento de sacar también su sable de entre las caronas y mezclarse al combate.

Cada momento que pasaba, la situación de la ciudad era para él más favorable.

El terror de la población, con la evasión de los presos, había llegado a su colmo.

El populacho, amigo de Lorenzo y del bochinche, se había desparramado por toda la ciudad entregándose a todo género de iniquidades, sin que fuerza alguna viniera a contenerlo, y las familias, que sabían que algunas casas habían sido asaltadas ya, esperaban de un momento a otro ser víctimas de iguales violencias.

Los comerciantes de cada manzana se habían unido y ganado las azoteas para defender como Dios los ayudara sus casas, en un momento de ataque.

Pues nadie dudaba ya, desde la libertad de los presos, que la ciudad sería saqueada, ya por unos, ya por otros.

En estos momentos de suprema angustia llegó Chacho a los suburbios de la ciudad y disparó su primer tiro de alarma en las calles.

La sociedad de Córdoba, como el comercio que conocía los antecedentes de Chacho, aplaudió entusiasmada su presencia allí con un ejército.

Chacho en aquellos momentos era una garantía de la vida y los intereses de toda la ciudad. Todos vieron llegar a Peñaloza como la salvación general y como a tal se prepararon a recibirlo.

La revolución triunfante no pensaba de la misma manera: creía poder resistir ventajosamente en las calles, porque tenían buena infantería, y rompieron sobre los primeros soldados que asomaron un fuego violento y nutrido.

Lorenzo, que como se sabe campeaba por sus respetos fuera de la ciudad, sabiendo que el Chacho estaba encima, decidió desde el primer momento plegarse con sus perdidos, como único medio de no ser destruido y poder sacar tajada de todo aquello.

Chacho desplegó en los suburbios de la ciudad, y se entró tocando a la carga por las calles principales y en dirección a la plaza principal y a la policía, que se había convertido en cuartel general de los revolucionarios.

El combate se sostenía bien en las calles, en la esperanza de que aquellas caballerías retrocedieran y saliesen de la ciudad.

Pero la misma Victoria animaba a los chachistas con su ejemplo, metiéndose la primera de todos en todas las calles y encrucijadas.

Corto, aunque muy violento, fue el combate.

Aquellas infanterías acorraladas fueron replegándose a sus cuarteles, donde se rindieron sin oponer mayor resistencia.

El pueblo desde las azoteas y las ventanas se hubiera podido defender con éxito, pero ya sabemos cómo pensaba el pueblo y cómo miraba el triunfo de la revolución o de los presos libertados.

No se abrió ni una sola ventana, ni se movió un solo hombre en las azoteas para hacer daño a las fuerzas del Chacho.

Al contrario, apenas asomaban éstas por alguna bocacalle, se veía a las personas de las azoteas, saludarlas con bulliciosas demostraciones o agitando los pañuelos.

Estas mismas demostraciones del pueblo concluyeron con toda resistencia.

Las tropas rindieron las armas, pasándose muchas al enemigo, y Chacho se apoderó por completo de la ciudad, siendo su primer cuidado volver la tranquilidad al pueblo y al comercio.

Todas las casas de comercio se abrieron como por encanto y las familias, aunque no hicieron lo mismo por temor a la soldadesca, quedaron perfectamente tranquilas.

Chacho ocupó el cabildo y en el acto distribuyó él mismo las patrullas que habían de guardar la ciudad aquella noche.

Hacer respetar la propiedad de cada uno, y la inviolabilidad del hogar, era la orden más severamente dada.

Ante el llamado de un dueño de casa con aquel objeto, las patrullas debían acudir en el acto y reducir a prisión a todo aquel que no renunciase a sus propósitos ilícitos a la primera intimación.

Las tropas que no se habían plegado a Chacho habían sido desarmadas, así es que no había quien turbara una orden tan celosamente guardado.

Fuera de algunas peleas de borrachos en las pulperías de las afueras, peleas bien pronto terminadas, el orden en general había sido inalterable.

Al día siguiente, una comisión de comerciantes se presentaba a Chacho dándole las gracias por haber salvado la ciudad del caos que la amenazaba.

Chacho se ocupó en aquel primer día en hacer registrar la ciudad y tomar todo aquello que fuera un elemento de guerra y perteneciera al gobierno.

Las armas de propiedad particular, ya del comercio, ya de las familias, eran rigurosamente

respetadas, sin que nadie se atreviera a solicitarlas.

-Yo me llevo lo del gobierno -decía Chacho- porque éstos son elementos para hacerme la guerra a mí mismo, y elementos que yo necesito.

"El pueblo, que tiene armas, las tiene para defender sus derechos, y yo no puedo privar a un pueblo de sus medios de defensa."

El Gobierno Nacional tenía en Córdoba buenos depósitos de armas y víveres, que fueron tomados en el acto y preparados para marchar con ellos en cualquier momento.

La mitad la habían hecho colocar en cargueros y el resto en carros.

Porque Chacho era de opinión que debían ponerse en marcha en el acto, para salvar todos aquellos famosos elementos y provisiones.

Pero tanto sus jefes, como Lorenzo y otros partidarios de Córdoba, le manifestaron que debía quedarse, porque tenía elementos de sobra para resistir cualquier ataque que pudieran traerle.

-Ellos vendrán con fuerzas de las tres armas -decía Chacho-, y yo no tengo más que mi leal y buena caballería.

"Si con ella puedo triunfar, como he triunfado ya en campo abierto, no se puede operar metido dentro de una ciudad.

"Las calles dificultan toda maniobra y en ellas es muy superior el arma de fuego."

-Pero si hay mucha infantería pasada, y la prisionera puede bien defenderse cuando vea que no tiene otro remedio.

-Desconfío mucho de la infantería, y sobre todo de la infantería de Córdoba -decía Chacho sentenciosamente.

"Si el enemigo tiene un buen momento, se me va a pasar toda, resultando que he llevado infantería para él y no para mí."

-Estas son ideas y nada más que ideas -insistían todos-: es preciso que se quede, que no habrá fuerzas capaces de moverlos de aquí, con los elementos que hoy tienen.

Chacho vacilaba mucho: tenía gran recelo a aquellas tropas de que se había hecho en Córdoba, y no creía que lo ayudaran eficazmente en el momento del conflicto.

Sin embargo, decidió quedarse, por lo menos, hasta dejar constituida una autoridad.

Sólo sí, se puso prudentemente en todos los casos, con la astucia que lo caracterizaba y que era el arma que esgrimía con mayor eficacia.

Por ejemplo, la mayor parte de los cargueros de armas, los puso al cuidado de cien hombres, que debían conducirlos y esconderlos en los llanos de La Rioja.

Estos debían marchar por el mismo camino que él había traído, pues por falta de agua, si el ejército de Sandes se aproximaba, no vendría seguramente por aquel camino.

Esta escolta de cien hombres llevaba orden de no detenerse en parte alguna, forzando su marcha cuanto le fuera posible.

Si encontraban por casualidad enemigo muy superior en número debían dispersarse sin disparar un tiro y salvando cada cual lo que le fuera posible.

Y si vieran que, por tratar de salvar los cargueros, podían caer prisioneros, debían dispersarse abandonándolo todo.

Así Chacho ponía en salvo por un camino casi seguro una buena cantidad de armas que lo compensaría de cualquier pérdida que en un combate pudiera tener.

En cuanto a los carros, hizo la misma operación.

Formó una tropa pequeña con las provisiones y elementos más útiles y la despachó con otra escolta de cien hombres, y por otro camino, lejos de las poblaciones y por un rumbo que creía no habían de hallar enemigo.

Esta segunda expedición llevaba las mismas instrucciones que la primera:

Defender la tropa de carros, siendo enemigo inferior, pero salvarse y dispersarse en el acto, si

la tropa que los atacaba era superior y no se presentaban probabilidades de éxito. Chacho tenía la intención de despachar otra expedición por la derecha, pero tenía también la preocupación de que si Sandes o Paunero venían sobre Córdoba, lo harían por aquel camino. Entonces una expedición, enviada por allí, iba a ser sorprendida indudablemente, y a caer toda en poder del enemigo.

-Si acaso tenemos tiempo -dijo-, dentro de un par de días enviaré la tercera expedición por donde va la primera, que es camino más seguro, porque nosotros mismos lo hemos vuelto intransitable para un ejército, arrebatando las aguadas.

Una vez que Chacho despachó la tercera expedición, quedó perfectamente satisfecho.

-Ahora -dijo-, aunque nos suceda cualquier contratiempo, nada habremos perdido.

"Podremos dispersarnos como siempre, salvando cada cual lo que lleva encima, y, a nuestra reunión en La Rioja, nos encontraremos con una buena provisión de armas, municiones de fusil y de boca, que bien nos vendrán después de tan larga disparada.

"Con el futuro asegurado de esta manera, no sólo me animo a quedarme aquí, sino que lo haré, aunque me ataquen diez mil hombres y aunque siga no teniéndole la menor fe a la infantería con que tanto cuentan ustedes.

"Lo único que me mortifica es la presencia de Victoria; pero como esto no tiene ya remedio, no habrá más que conformarse y aguantar la mecha."

Lo que hay es que la Victoria no era positivamente un estorbo.

Era una mujer brava y decidida, como ya se ha visto, capaz de llevar la más bizarra carga de caballería, a la cabeza del mejor regimiento.

Chacho, que no se descuidaba nunca, por más seguro que se creyera, había enviado sus mejores bomberos, bien avanzados, para que le dieran, con la anticipación necesaria, noticia detallada de la aproximación de cualquier fuerza.

De esta manera siempre tendría tiempo de prepararse al combate, bien organizado, o ponerse en retirada si le parecía que aquello podía convenirle más.

Tres días después de estar en Córdoba, ya perfectamente tranquilo respecto a las expediciones que había enviado, tuvo el primer aviso de aproximación de tropas.

Era, según sus avanzadas, todo el ejército del general Paunero que venía por la derecha, precisamente por el camino que no había querido enviar nada.

Ahora podía hacer lo que quisiera, en la seguridad de que sus expediciones se habían salvado.

Ya la ciudad estaba perfectamente tranquila: nadie atentaba contra el orden público y sus disposiciones eran por todos respetadas.

Lorenzo, que era el único elemento malo de que se podía temer, se había plegado completamente a Peñaloza, cuyas órdenes era el primero en acatar y hacer cumplir.

La noticia de la aproximación del ejército nacional fue recibida con general desagrado, pues aquel era un anuncio de nuevos combates, nuevas zozobras y nuevos peligros para la población, que temía más al ejército nacional que a los mismos chachistas, que al fin y al cabo no hacían el menor daño, sino que prestaban servicios de suma importancia para la tranquilidad pública.

A la aproximación del ejército, Chacho tuvo deseos de retirarse sin combatir, pero volvieron a observarle que aquello era una calaverada, porque todas las posibilidades de triunfo estaban con él.

-Desconfío siempre de la infantería -exclamaba-, y la infantería es mucho en un combate como el que tendré que dar.

-No desconfíe, que la infantería es buena.

-Bueno -exclamó Chacho decidiéndose al fin-: voy a dar una batalla y veremos quién tenía razón.

Desde aquel momento dedicó toda su atención a organizar sus fuerzas, empezando por sacarlas de la ciudad.

El general Paunero había llegado a Río II, donde esperaba hallar buenos y numerosos elementos llegados de Buenos Aires a engrosar sus filas.

Efectivamente, cuando Paunero llegó a aquel punto, no sólo halló reunidas infinitas fuerzas de caballería e infantería, sino dos piezas de bronce de buen calibre, que le prestarían gran servicio.

Con estos elementos, agregados al ejército que él tenía, emprendió su marcha decididamente hacía la ciudad de Córdoba, donde ya sabía lo esperaba Chacho con fuerzas numerosas y superiores.

El general Paunero, así que llegó a las Playas, creyendo inconveniente marchar más adelante, hizo alto y tendió una línea de batalla de más de tres mil hombres de las tres armas.

Tal vez, a la vista de un ejército tan numeroso, el Chacho se acobardara y se retirase sin combatir, siendo fácil entonces destruirlo con una rápida y tenaz persecución.

Es que Paunero no tenía la menor idea de lo que era Peñaloza cuando se decidía a combatir.

La línea, tendida por Paunero, era una de aquellas eternas y rutinarias líneas que tendían hasta ahora nuestros generales.

Artillería e infantería en el centro y la caballería en los dos costados y, casi siempre tendida su ala, para presentar más número a la vista, aunque más débil también.

Estando un ejército colocado en estas condiciones, ya no había más que hacer y todo lo demás vendría por sí solo.

Chacho, que observaba todos los movimientos de Paunero desde el día anterior, desplegó también una hermosa línea de batalla y marchó hasta las Playas, donde esperaba Paunero decidido a darle la batalla de todos modos.

El coronel Sandes estaba encargado del ala derecha compuesta de varios regimientos, entre ellos el intrépido 1°.

El ala izquierda la mandaba el coronel Alvarez, del Fis, entre cuyos regimientos figuraba el soberbio 2° de caballería.

El Chacho había tendido su línea paralela a la de Paunero, a su izquierda, y defendidos por escuadrones de caballería escalonados, había colocado tres cañones de bronce, tomados en Córdoba, con los que se prometía meter un buen trote al enemigo.

Sus infanterías las había distribuido en el centro y la derecha apoyándolas también por caballería escalonada, a objeto de rechazar cualquier carga que sobre ellos trajese el enemigo.

A los costados de la línea, formaba en batalla el resto de la caballería, entusiasta y ávida de entrar en batalla.

El Chacho recorría siempre toda su línea, haciendo las observaciones que creía necesarias.

Su mujer estaba entre la caballería de la izquierda, en un brioso caballo mendocino, y teniendo en la mano su filosa espada.

Era preciso buscarla atentamente para hallarla porque al primer golpe de vista parecía uno de tantos jefes montoneros.

Había recogido bajo el kepí su largo y espléndido cabello, y el vestido recogido a manera de bombacha, dejaba ver su bota granadera brillante y adornada por un par de espolines de plata con pequeños remaches de oro.

La Víctor miraba la línea enemiga con una tranquilidad perfecta, dominando el grupo donde se hallaba, con su actitud soberbia y hermosa.

Lorenzo, que había venido a engrosar las filas del Chacho con toda su gente, formaba a la izquierda de la Víctor, pues desde el principio había declarado que quería combatir bajo sus órdenes.

Chacho estaba contento: su alegría se trasparentaba en la agilidad de sus movimientos y en la sonrisa que iluminaba siempre su fisonomía inteligente y brava.

Sin embargo, de cuando en cuando, una nube cruzaba su semblante, y sus labios se movían con cierta amargura.

-Ha hecho mal en venir Victoria -decía-: por cuidarla y por atenderla, voy a descuidar la batalla y puede sucederme un fracaso.

-La Víctor es más gaucha que todos nosotros juntos -le decían los jefes que lo oían lamentarse de aquella manera-: ya verá cómo son sus escuadrones los que mejor pelean.

-Es que yo me voy a ver privado de hacerlos cargar para que no cargue ella -decía Peñaloza- y esto puede ser un contraste en la batalla.

-Ya cargará ella en el momento más oportuno, no tenga cuidado, general: la Víctor es tan generala como usted mismo.

Chacho sonreía lleno de satisfacción al oír hablar así de su consorte; pero no estaba en caja: la presencia de su mujer le quitaba toda la espontaneidad de sus acciones.

En previsión de cualquier contratiempo que pudiera obligarlo a huir y dispersarse, como siempre, antes de entrar en fuego, dio a su gente la señal que debía indicarles el momento de la dispersión, y el día y punto donde debía reunirse tres días después del combate.

Tomadas todas estas medidas y lista ya la línea, el Chacho resolvió tomar la iniciativa en la batalla, por aquello de que el que pega primero pega dos veces.

La artillería del Chacho rompió sus fuegos sobre el enemigo, con una seguridad asombrosa. Ellos convergían sobre la infantería, abriendo bastantes claros, lo que sorprendió a Paunero que ignoraba que Peñaloza tuviera tan buenos artilleros.

Inmediatamente, y bajo aquel cañoneo, se hizo avanzar la línea mientras la artillería del general Paunero trataba de apagar los fuegos a la de Peñaloza.

La infantería se batía bravamente por una y por otra parte y la caballería esperaba impaciente el momento de lanzarse a la carga.

La artillería de Paunero empezó a apagar la de Chacho, haciendo converger a ella todos sus fuegos, y logrando desmontarle una de sus piezas.

El combate era general y brillantemente sostenido en todos los puntos.

En los dos ejércitos había un jefe de caballería de primera fuerza, siendo por consiguiente en las fuerzas de esta arma donde debía empeñarse la batalla con más lujo de valor y de recursos tácticos.

El coronel Sandes era un hombre intrépido hasta lo asombroso, bravo como pocos, e impetuoso en la batalla.

El combate lo atraía, lo subyugaba a pesar de todo, y sólo veía frente a su regimiento un enemigo, pero un enemigo que era forzoso vencer y destrozar.

Todo retardo lo irritaba haciéndole perseguir el triunfo con mayor tenacidad y bríos, mientras mayores eran las dificultades a vencer.

Bajo sus órdenes, el regimiento 1º era una tormenta que todo lo envolvía bajo el golpe de muerte del sable y la lanza.

La voz de Sandes obraba en él como un golpe eléctrico y se veía a cada soldado multiplicarse para realizar las órdenes de su jefe.

Es que la bravura imponderable del coronel Sandes se transmitía a sus soldados hasta comunicarles su fuerza de voluntad incontrarrestable y una resistencia heroica.

Chacho por su parte era un digno enemigo del valiente Sandes.

Bravo y sereno, tranquilo y soberbio, él combatía siempre con una convicción profunda del triunfo y una seguridad admirable en todos los movimientos que imponía a su tropa.

Chacho jamás se dejaba arrebatar por el entusiasmo de la batalla, obrando siempre con una

calma que le permitía dominarlo todo, y obrar calculando de aprovechar todas las ventajas que pudiera brindarle el enemigo y pensando siempre la mayor comodidad y el menor sacrificio de su tropa.

Cuando el triunfo le sonreía, no se dejaba arrastrar nunca por el entusiasmo, ni atacaba sin dejarse una buena retirada para el caso siempre posible de que el enemigo se rehiciera victoriosamente.

Nadie más bravo y más impetuoso que el Chacho, sin embargo.

Manejaba sus soldados como si fueran dedos de sus manos, y una carga por él guiada, con todo el ardor de su bravura, era irresistible en el primer momento.

Con semejantes jefes, el combate en la caballería debía ser interesante, al extremo que uno de sus choques cautivó toda la atención de ambos ejércitos.

Chacho tenía la firme resolución de vencer, creía que en aquella batalla se jugaba todo el éxito de la campaña y estaba decidido a disputar el triunfo poniendo al servicio de este propósito toda su voluntad y todo su esfuerzo.

Pero no por esto Chacho llegaría al sacrificio estéril de sus tropas, llevándolas a una muerte vana.

Por esto es que antes de la batalla les había dado la señal de dispersión y el punto donde habían de reunirse a día fijo.

Si veía que, a pesar de todos sus esfuerzos, no lograría obtener sino ventajas parciales y no un triunfo definitivo, se retiraba del combate, porque para él no había nada más sagrado que la vida de aquellos soldados que lo acompañaban voluntaria y entusiastamente.

El no tenía el derecho de sacrificarlos estúpida y estérilmente y no había tentación capaz de hacerlo desistir de este firme propósito.

Sandes por su parte tenía empeñado aquel día todo su amor propio en el triunfo.

Un jefe, de su soberbia y de su valer, no podía convencerse de que un ejército compuesto de tropas regulares en su mayor parte, y bien armadas, fuera vencido por montoneros que no llevaban a la batalla más idea que el triunfo de su caudillo, que no tenían armas suficientes y que se batían a tan larga distancia de sus montes y pueblos.

Sandes consideraba una vergüenza militar dejarse vencer por tan inferior enemigo y estaba dispuesto a triunfar a toda costa, aun con el sacrificio de su último soldado.

Conocía todos los méritos militares de aquel original guerrero, y convenía en que Chacho era un jefe de caballería insuperable, vivo en el plan e impetuoso en la carga.

Pero como general en jefe de un ejército no creía que quedaba en las mismas condiciones, mucho menos al frente de un ejército irregular, y mal armado, donde, fuera de las caballerías que él mandaba, el resto de los soldados se batían individualmente y por su propia cuenta.

Así, Sandes había ido a la batalla no sólo decidido a triunfar, sino plenamente convencido de que éste tendría que ser el resultado final.

Después de un fuego violento de infantería, Paunero hizo cargar a la bayoneta la del Chacho. El choque fue terrible: la infantería de Chacho, compuesta de cordobeses que en su mayor parte era la primera vez que se batían, se hizo un ovillo y buscó instintivamente un claro para huir.

Pero Chacho, que sabía instintivamente lo que iba a suceder, había acudido con su caballería escalonada, cayendo vigorosamente sobre la infantería de Paunero, que sableaba de una manera sangrienta: se vio obligada a formar cuadros para no ser deshecha.

Y en protección de aquella infantería y para abrirle una retirada, acudió el tremendo Sandes al frente del soberbio regimiento 1º y Guías de San Juan.

Aquellas compañías se precipitaron unas sobre otras con un valor y un brío imponderable.

El fuego se suspendió como por encanto en gran parte de la línea, atraída la atención de todos

por aquellos jinetes soberbios.

El entrevero se sucedió inmediatamente al choque y el combate se hizo magnífico.

Sandes, en lo más serio del combate, alentaba a sus soldados con su voz y con su ejemplo.

Y las compañías que eran rechazadas volvían a rehacerse a retaguardia de las que cargaban, para volver a cargar nuevamente y servir a su vez de muralla a las que necesitaran reorganizarse a su espalda.

Al Chacho se le veía en todas partes y al lado siempre de los que flaqueaban, batiéndose individualmente a la par de sus soldados.

El juego de la lanza se había hecho imposible, pues las compañías se aglomeraban una sobre otras, impidiendo el enristre.

Se peleaba a sable con cierta dificultad, y a cuchillo, arma a que habían acudido los soldados en última instancia.

El coronel Alvarez vino en protección de Sandes, pero sin poder obrar eficazmente, porque aquello era un pelotón de jinetes donde era difícil hallar una compañía que no estuviera confundida con otra enemiga.

El regimiento 1º hizo un hábil movimiento de flanco, cayendo Sandes mismo con un escuadrón al sitio preciso donde se batía Chacho.

El caudillo riojano se encontró rodeado de jinetes que lo acosaron por todas partes.

Un oficial y un sargento cayeron sable en mano sobre Peñaloza, ávidos de partirle el cráneo, lo que hubieran logrado si, un suceso imprevisto, no hubiera venido a cambiar la faz del choque.

En momentos de llegar a Peñaloza, el oficial rodaba del caballo con el cuerpo atravesado de un sablazo, y el sargento rodaba a su vez por el suelo, con el cráneo dividido por el sable de Chacho.

¿Quién había herido de muerte a aquel oficial en ese momento?

Era la Víctor que, viendo el inminente peligro que corría el Chacho, había acudido en su auxilio, seguida de dos escuadrones escalonados.

Y, viendo el peligro de muerte que corría su marido, se había adelantado en un salto prodigioso de su caballo, hasta el oficial en cuyo cuerpo hundió su espada.

Aquí sucedió algo verdaderamente magnífico.

Chacho, turbado por el peligro que corría su mujer, acudió en su defensa, pues la vio inmediatamente rodeada de enemigos.

Sus soldados, aterrados a su vez ante el peligro de muerte que amenazaba a aquellos dos héroes, se lanzaron a los combates terribles, incontrastables.

Y tal fue el denuedo y el vigor con que combatieron en aquellos dos minutos de terrible tenacidad, que el enemigo tuvo que abrirles paso y dejar retirar a aquellos dos leones, luchando titánicamente.

La Víctor, sin embargo, no se retiraba ilesa: había recibido un ligero hachazo en la cabeza y otro en el brazo derecho que le sangraba copiosamente.

Las tropas, con que había acometido Chacho, se retiraban también postradas de tanto combatir y dejando el campo horriblemente sembrado de cadáveres y heridos.

Desde que Chacho vio herida a la Víctor, perdió toda su entereza, pareciéndole que la herida podía ser mortal, y sólo pensó en la retirada.

Privado de su atención, el resto del ejército hubiera sido deshecho, a no ser que la atención de los demás jefes de Paunero, y la de Paunero mismo, estaba fija en el punto donde peleaba Sandes.

Pero el resto del ejército de Peñaloza había también combatido de una manera heroica.

La pieza en buen estado, que quedaba a los chachistas, había agotado sus municiones.

Chacho se retiró por fin de aquel punto donde tanto se había combatido, con sólo las dos terceras partes de la fuerza que trajo a la pelea.

Pero se retiró de una manera imponente, sin que sus compañías perdiesen la formación ni abandonaran la ofensiva siempre que el enemigo se le aproximaba.

Si Chacho no hubiera tenido la preocupación de su mujer herida, indudablemente hubiera vuelto a la carga una y cien veces.

La Víctor misma trataba de tranquilizarlo en lo posible, manifestándole que aquellas heridas ni siquiera valían la pena de pensar en ellas.

-Tu presencia es necesaria en la batalla -le decía-, si no quieres que se pierda y sucumbamos todos.

-Ya lo sé -respondió Chacho-; pero es preciso que te deje en seguridad, siquiera, aquí tras de la infantería.

A la espalda de la infantería, que no había sufrido casi nada, Chacha, rodeada de algunos ayudantes, procedió a la curación de sus heridas, mientras Chacho, completamente tranquilo respecto a su gravedad, volvía a la pelea.

La batalla estaba perdida, según parecía; pero Peñaloza no se dio aún por derrotado, considerando tal vez que aún le quedaba mucho que hacer por el triunfo.

Como era la artillería enemiga la que mayor estrago causaba en sus filas, después de recomendar a la infantería que se sostuviera hasta su vuelta, se puso a la cabeza de su regimiento de caballería y cargó; cargó sobre las piezas de una manera tremenda, como él sabía hacerlo en sus casos de verdadero apuro.

Aquello era asombroso: el general Paunero estaba maravillado de tanta bravura, comprendiendo al fin cómo era que Chacho podía resistir el combate con un ejército bien armado y disciplinado, puesto que suplía estas desventajas con un lujo imponderable de bravura.

Los artilleros, que no esperaron jamás que los jinetes de Chacho llegaran hasta las piezas, vacilaron, abandonando algunas que Chacho hizo enlazar en el acto, saliendo con ellas a la cincha.

Pero al mismo tiempo que él obtenía aquellas ventajas sobre la artillería, su infantería, vigorosamente cargada por Sandes, ni siquiera había atinado a formar cuadros y se pasaba sin disparar un tiro, a pesar de los esfuerzos sobrehumanos que por sostenerla hacían unos escuadrones de caballería mandados por la Víctor, que había ya vendado sus heridas y vuelto al combate.

Al regresar Chacho a su línea, triunfante con las piezas que acababa de tomar, se encontró con este descalabro: que la infantería de Córdoba, que por su número y armamento era su mayor esperanza de triunfo, se pasaba al enemigo a banderas desplegadas.

No pudo reprimir su coraje y su ira, y trémulo de indignación la cargó, pasando por su centro como una tormenta de muerte.

La batalla estaba perdida, no había la menor duda y hartó lo comprendía Peñaloza, con inmenso dolor.

El enemigo, felizmente, destrozado y fatigadísimo no podía desplegar gran actividad en el último trance de la batalla.

Chacho resolvió sostenerse aún, aprovechando aquella postración, hasta poner en salvo a su esposa.

Después haría la señal de dispersión, porque, ya pelear más, sería para sacrificar estérilmente a sus soldados, soldados que, a fuerza de bravura, acababan de asombrar a un enemigo para el cual los actos de valor eran cosa hartó familiar.

Chacho hizo cambiar caballo a la Víctor, y guardada por su propia escolta, la hizo retirar

hacia la frontera de San Luis, para de allí pasar a La Rioja, recomendándole que huyera sin descansar, que él los alcanzaría en seguida.

Chacho volvió en seguida a la batalla donde aún se luchaba de una manera espantosa, aunque sin esperanza de triunfo para los suyos.

Tal era el número de muertos y heridos de ambas partes que, sobre aquel terreno, era imposible maniobrar con desembarazo.

Chacho tomó los dos escuadrones que más enteros estaban, tendió su vista de águila por el campo enemigo y se lanzó magnífico y terrible sobre un batallón de infantería que formó cuadro en el acto.

Y sobre aquel cuadro se estrelló Chacho, sableando sus caras de una manera imponderable. Si desesperado fue aquel ataque, más desesperada fue la defensa; pero a pesar de todo, los esfuerzos del Chacho fueron bien pronto colmados del mayor éxito.

Aquel cuadro, después de una heroica defensa, fue roto, los jinetes se metieron al centro, y aquel fue por dos o tres minutos un vértigo de matanza.

Sandes había visto aquel pelotón de jinetes que se ausentaban del campo de batalla, como si quisieran salvar algo de interesante.

Calculando que aquel algo no podía ser otra cosa que la mujer de Chacho, a quien todos habían visto en la batalla, se preparó a perseguirlos con el 1º que, aunque había sufrido mucho, se sostenía con la frescura de un cuerpo de reserva.

Pero cuando ya se lanzaba en la persecución, porque no había duda que la batalla estaba ganada, recibió orden de ir a sostener aquel cuadro de infantería, en el mismo momento que Chacho lo hacía pedazos.

Chacho no esquivó el choque que le venía a brindar el 1º; lo esperó, chocó, se produjo el entrevero, pero como un simulacro estudiado con anticipación, pasó del otro lado y siguió su retirada hasta su línea, que sólo esperaba la señal de ésta.

Detrás del Chacho se desprendieron a cargarlo todos los cuerpos de infantería, al abrigo de los disparos de las piezas y secundados por la caballería.

Este fue el momento solemne de la batalla, y Chacho hizo entonces oír su señal de retirada. Como aquella señal de retirada era para nuestro ejército un toque de degüello, los cuerpos se pararon, la infantería formó cuadro y la caballería se escalonó.

Aquella fue la mayor ventaja que pudo encontrar el Chacho y sus tropas para la dispersión que deseaba efectuar.

Aquellas fuerzas, todos aquellos soldados que habían antes combatido como leones, se desparramaron en todas direcciones como las hojas secas que barre y lleva el ventarrón.

Cuando Paunero se apercibió de lo que se trataba, ya era tarde: aquellos jinetes se habían diseminado en grupos tan pequeños que era imposible emprender toda persecución.

Chacho anduvo remolineando hasta que se perdió el último jinete y recién entonces fue que se alejó con una rapidez pasmosa, seguido de un grupo de jinetes que no habían querido abandonarlo un solo momento.

Fue detrás de aquel grupo que se lanzaron los jinetes mejor montados y más descansados.

Pero perseguir al Chacho era una empresa irrealizable, aunque esa persecución se hizo en los primeros momentos en terreno limpio.

Poco después Chacho ganaba los montes y las quebradas, sin que siquiera hubieran logrado ponérselo a tiro de carabina.

La batalla de las Playas estaba terminada; pero Chacho, aunque derrotado, quedaba triunfante.

La mayor parte de las bajas que había tenido entre muertos, prisioneros y heridos pertenecían a las tropas que había reunido en Córdoba y que sólo con aquel combate le hubieran vencido.

En cambio había despachado, con la anticipación que sabemos, una buena provisión de armas,

vestuarios y alimentos para un numeroso cuerpo de ejército.

Chacho había perdido la batalla, efectivamente, pero en resumidas cuentas salía ganando y dejaba al ejército vencedor en malísimas condiciones, sin los elementos necesarios para llevar a cabo una persecución tenaz y susceptible de dar buenos resultados.

El ejército de Paunero tenía muchos prisioneros del enemigo, pero prisioneros que no podían servirle ni siquiera de meras altas para remontar los cuerpos; pues eran, como se sabe, prisioneros que el mismo Chacho había hecho en Córdoba y traído por fuerza a la batalla. Y si aquellas infanterías no se hubieran pasado, sabe Dios cuál habría sido el resultado del combate.

Paunero tuvo que quedarse en Córdoba y establecer allí un cuartel general, pues era necesario atender aquella gran masa de heridos y proporcionarles todo aquello que pudieran necesitar. El coronel Sandes fue de opinión que debía perseguirse a Chacho con cualquier fuerza, por pequeña que fuera, para evitar una nueva reunión de montoneros; pero Paunero creyó aquello completamente inútil.

-El ejército de Chacho se componía de gente de las provincias y de todos los pueblos -decía-, positivamente dispersos hoy en todas direcciones.

"Chacho no vuelve a reunirlos ni en un año, y mi creencia es que, viéndose ahora sin elementos para luchar escarmentado con el golpe sufrido, se someterá al gobierno y se habrá terminado así, sin mayor derramamiento de sangre, una campaña tan penosa como larga." Sandes trataba de explicar al general Paunero cómo aquellas dispersiones no significaban nada, porque la mayor parte de las veces eran hechas intencionalmente; pero Paunero no quería creerlo.

Sin embargo, no queriendo chocar con la opinión del coronel, organizó, dos días después, una división ligera, y la soltó en persecución del Chacho, mientras él se ocupaba en reorganizar todo el ejército para ir a ocupar La Rioja, cuna de los montoneros.

Las escondidas

Chacho entretanto se había apurado a llegar a San Luis, convencido de que el enemigo no había quedado en estado de perseguirlo.

Toda ambición era alcanzar a su mujer, cuyo estado lo tenía preocupadísimo.

Aunque sabía que las heridas no eran de muerte, el calor de la lucha, la agitación de la fuga y la intemperie en que había tenido que pasar las noches, podían muy bien traerle graves complicaciones de resultados fatales.

Como la Víctor, una vez que se convenció que no era perseguida hizo más lenta la marcha, fácil le fue alcanzarla, siguiendo el mismo camino que él había marcado a su escolta.

Su hermosa compañera iba con fiebre y cierto decaimiento de ánimo porque no sabía qué había sido del Chacho, pero sus heridas seguían en excelente condición.

Grande fue la alegría de ambos al encontrarse.

Chacho hizo apurar entonces la marcha hacia San Luis para proporcionar a su compañera el reposo que tanto necesitaba.

Una vez en San Luis, ya desapareció para él todo temor.

Buenos curanderos visitaron a la heroica Chacha, y Peñaloza perdió todo recelo.

Sus tres expediciones de Córdoba se habían salvado y debían ya esperarlo en La Rioja, adonde, si no habían llegado, no tardarían en llegar los dispersos de la batalla.

No podía él demorarse en San Luis, y emprendió su marcha hacia los llanos, dejando a Victoria en perfecta seguridad.

Cuando pasó a La Rioja, procedió a la reorganización de su ejército, para el que tenía armamento superior y uniformes como no había tenido nunca.

Como Chacho no podía andar nunca con carretas de víveres ni de ninguna otra cosa, porque al fin tendría que abandonarlas al enemigo, cambió en el comercio y vendió a algunos troperos chilenos los carros que había traído, una vez que los desocupó, repartiendo religiosamente el dinero entre su tropa, como alcanzó, pues era justo que los soldados que tenían familia pudieran dejar a éstas aunque más no fuera cuatro reales bolivianos.

El gobierno entregó a Chacho todo el dinero de que pudo disponer, y los partidarios más acomodados le dieron también, con arreglo a sus recursos, cuanto les fue posible.

Todos los dispersos de la batalla de las Playas, fueron llegando poco a poco al sitio convenido sin faltar uno solo, y dispuestos como nunca a entrar en nueva campaña, seguros de que el fin de todas aquellas penurias sería un triunfo tan completo, que les permitiría gozar de una paz que no volvería a ser alterada.

Chacho empezó por establecer un servicio de bomberos como jamás lo había tenido, porque comprendía que entonces iba este cuerpo a prestarle servicios de la mayor importancia.

Aunque vencedor, el ejército nacional había quedado postrado porque en la batalla había tenido muchas bajas de consideración que lo inhabilitaban para abrir campaña inmediatamente.

Pero de Buenos Aires enviarían nuevas tropas y formarían nuevos ejércitos, que dividirían para perseguirlo por todas partes sin descansar, sin darle un momento de tregua ni reposo. La nueva campaña que abría Chacho era la más peligrosa de todas y la que más penurias le brindaba.

Perseguido por todas partes, con el resto de las provincias ocupadas por el enemigo, sin más elementos que aquellos que tenía ya, todo sería dificultades y apuros; pero no por esto había de desmayar aquel espíritu soberbio, cuyo temple siempre era superior a la circunstancia más difícil.

Ante la perspectiva de tener que luchar con un enemigo cuyo número no se conocía y que debía aumentar siempre por nuevos contingentes, cualquier otro que no fuera Chacho habría renunciado desde ya a sus propósitos, tratando de obtener las mayores ventajas que le fueron posibles.

Chacho, por el contrario, se retempló ante todas aquellas dificultades y peligros, y se encontró con tanto ánimo y tantos bríos como a los veinte y cinco años.

-La desventaja en las armas -le decían algunos-, es el único inconveniente con que tendremos que luchar, pues el enemigo será siempre superior en esto.

-¿Y cuál es la desventaja de las armas? -preguntaba Chacho, siempre sonriente-: lo mismo mata una lanza lujosa llena de virolas de plata; para un entrevero es mil veces mejor un cuchillo que un sable.

-Sí, pero el enemigo tendrá siempre una infantería que nosotros no tendremos, ni podremos tener, y una artillería que nos falta.

-La infantería no sirve sino para que la hagan prisionera -respondía Chacho-: nunca se debe pelear de a pie, y si yo no hubiera tenido infantería en las Playas de Córdoba, no me hubieran vencido.

"La artillería, agregaba, es un gran estorbo en las marchas, y la llevaríamos para el enemigo, porque tendríamos que abandonarla el momento menos pensado.

"No hay mejor artillería que la que se toma al enemigo sobre el campo de batalla, cuando se necesita: ésta es la que usaba el gran maestro, el general Quiroga, y la que hemos usado nosotros toda la vida.

"Además, no hay necesidad de que los cañones sean de bronce o de fierro: si no los tenemos,

los haremos de cuero, y el resultado será el mismo.

"Cada cañón no servirá más que para hacer un disparo, pero haciendo cien cañones en vez de uno todo queda salvado.

"El gobierno mandará tropas hasta el día del juicio si le da la gana; pero el gobierno no podrá mandar jefes capaces de hacerme la guerra, por más elementos que tengan y por más famosas que sean sus armas.

"Sólo Sandes es capaz de luchar conmigo, porque es más bravo que yo, y porque es activo y caprichoso como ninguno.

"Pero Sandes se acabará como se acaba todo: Sandes morirá al fin, porque es preciso matarlo y tomarlo prisionero, y yo les preguntaré entonces a quién van a poner al frente del ejército.

"El, a fuerza de golpes y contrastes se ha educado en nuestra guerra: ya conoce mi modo de luchar y de huir, y es el único que me hace trabajar un poco.

"Los demás vendrían a un aprendizaje terrible, que les costaría la pérdida de muchos ejércitos y muchas batallas.

"Si el gobierno suelta detrás de nosotros varios ejércitos, no hay más que sacar el cuerpo al que mande Sandes y caer siempre sobre los otros.

"De esta manera, y mientras el único jefe que vale se fatiga inútilmente buscándonos, nosotros les batimos en detalle todas sus tropas novatinas, que no podrán hacer otra cosa que proveernos de armas y vestuarios.

"Ellos se pelarán buscándonos y fatigarán sus caballos, mientras nosotros, plácidamente ocultos, esperamos el momento a propósito para caerles encima cuando más lejos de ellos nos crean.

"No tendremos más trabajo que bombearlos y sacarle el cuerpo a Sandes, hasta que estemos en situación de poderle caer a él mismo."

Estos eran los planes del Chacho en la nueva campaña que abría contra el gobierno nacional, obligándolo a poner en juego todos sus elementos y todo su poder en la República.

El general Paunero se preocupaba en organizar su ejército, un ejército poderoso en Córdoba, pero lentamente y sin el menor apuro, a pesar de las instancias de los demás jefes que habían luchado con Peñaloza.

El no creía que Chacho pudiera volver a presentarse como enemigo y al frente de tropas que pudieran tener visos de ejércitos.

Lo había visto huir del campo de batalla con unos cuantos jinetes que no alcanzaban a formar ni un escuadrón; se le habían tomado más de cuatrocientos prisioneros, y el resto de su tropa él la había visto desbandarse en todas direcciones, abandonando sus armas y en la más completa derrota.

Y no comprendía que un enemigo así vencido en una batalla, donde habían jugado todos sus elementos, pudiera inspirar el menor cuidado.

Sandes trataba de darle una idea de lo que era Chacho; pero todos sus esfuerzos eran inútiles ante lo que él llamaba la evidencia.

-Chacho no ha huido derrotado -le decía-: no ha hecho más que dispersar sus tropas como más le ha convenido, una vez que se ha visto derrotado.

"Pero esas tropas él las reunirá de nuevo en paraje donde las habrá citado, y con ellas mismas volverá a presentarnos batalla después de habernos hecho andar como locos de un extremo a otro."

Paunero sonreía ante lo que llamaba fantasías de Sandes, y agregaba con argumentos de primera fuerza:

-Si Chacho hubiera dispersado su gente cuando lo creía oportuno y para volverla a reunir en otra parte, no nos hubiera dejado entre las manos los cuatrocientos prisioneros que tenemos,

entre ellos toda su infantería.

-Es que los prisioneros que tenemos no son sino los soldados que ha sacado de Córdoba: de sus montoneros terribles, de sus soldados de La Rioja y Catamarca no hay ni diez prisioneros. "Todo lo que nos ha dejado son soldados de Córdoba mismo, soldados de infantería que no lo hubieran podido seguir en una retirada.

"En cambio estoy seguro de que vamos a encontrar vacíos todos los depósitos de armas y municiones, porque todo lo habrá llevado."

-¿Pero cómo ha de haber podido llevar nada, si apenas ha podido salvarse de la batalla, sin poder llevar siquiera una mula de tiro?

-Porque todo lo habrá enviado mucho antes de la batalla, según su táctica, para en el caso de que la perdiera, salvar como lo ha hecho el gran botín que habría juntado.

Paunero no quería creer que fuera capaz de tales combinaciones, un gaucho miserable por quien siempre había tenido el mayor desprecio como enemigo, por creerlo un tonto montaraz; pensando que sí, aquella guerra había durado tanto, era porque así convenía a los que la dirigían, o porque eran unos ineptos de primera fuerza.

En la ciudad de Córdoba el pánico era tremendo.

El estruendo de la batalla se sentía allí de una manera poderosa, y pensaban que la ciudad iba a sufrir las consecuencias de tan sangrienta lucha, cuyo teatro puede decirse que eran los suburbios.

Y el principal miedo, que allí reinaba, era que triunfase el gobierno nacional, porque la ciudad iba a ser ocupada militarmente y de ella había de sacar todo cuando necesitase el ejército.

A Chacho ya lo conocían, sabían que no les había de hacer daño alguno, ni permitir que sus tropas lo hicieran; seguridad que no podían tener con las tropas nacionales, que vendrían hambrientas y careciendo de todo.

Como mientras Chacho combatía, los presos puestos en libertad por Lorenzo, y Lorenzo mismo, podían saquear la ciudad, los revolucionarios habían hecho cantones y organizado patrullas para custodiar la ciudad.

En la misma bajada de las Playas se hallaba formado un cantón, hecho con fardos de pasto, piedras y bolsas de tierra, defendido por jovencitos, los mayores de los cuales no pasarían de los diez y seis años.

Este cantón tenía por objeto resistirse a Lorenzo si quería entrar a la ciudad, aprovechándose de la batalla, y entregarse solamente al general Peñaloza o a las fuerzas nacionales.

En el resto de la ciudad, los revolucionarios habían organizado servicio de patrullas formadas por comerciantes, para defender los negocios de todo avance de los grupos de salteadores y dispersos mismos de la batalla, que llegaban a la ciudad huyendo de ser hechos prisioneros.

Como Córdoba está situada en un bajo, era imposible desde allí observar el campo de batalla, de modo que la ansiedad era extrema y el resultado incalculable.

Los dispersos no podían dar el menor detalle, diciendo sólo que se peleaba de una manera bárbara y que no se sabía cuál quedaría triunfante.

Las familias, encerradas en sus casas o en los templos, oraban y se encomendaban a Dios, porque ya se decía que le iban a pegar fuego a la ciudad.

Y ¡cosa extraña! el sentimiento general era que triunfase Chacho, Chacho que era su enemigo, pero Chacho, con el que tenían garantida perfectamente la vida y la propiedad; lo que no sucedía con las tropas del gobierno, que empezarían por imponerles el odioso contingente de sangre.

Las tropas de línea serían remontadas con ciudadanos, sin distinción alguna y sin otro derecho que la voluntad del vencedor.

Ninguna de estas amenazas representaba el triunfo del Chacho, y por esto es que tenía en

Córdoba la simpatía de las familias y del comercio.

Ya dos veces el Chacho había ocupado a Córdoba, y en estas dos veces nadie había tenido que quejarse respecto a robos o salteamientos al domicilio.

No era esto porque sus tropas no entraran a la ciudad o porque estuvieran contenidas y sin puerta franca.

Los soldados de Chacho entraban y salían libremente: es que tenían respeto profundo por todo lo que emanaba de Chacho, y éste no había consentido ni el robo ni el asalto.

La juventud del pueblo no temía tampoco ser arrancada de sus hogares para engrosar las filas de los montoneros.

El que quería irse a batir lo hacía; el que no, permanecía indiferente, sin que hubiera quien le hiciese el menor reproche.

Esta garantía desaparecía, de hecho, triunfando el ejército nacional: las bajas hechas en las Playas serían llenadas por ciudadanos cordobeses quisieran o no, y su comercio sufriría las ventas pagadas con aquellos malditos vales.

¿Y cómo resistirse a un ejército triunfante, cuyo jefe daba vales contra el gobierno nacional?

No había más remedio que resignarse a todo, pensando que peor sería otra cosa, puesto que bien podía antojárseles llevar todas las mercaderías sin vale de ninguna especie.

Así, al saber que Paunero había triunfado, la primera impresión en Córdoba fue dolorosa.

Paunero era un jefe de orden, incapaz de cometer ningún acto censurable, ya lo sabían; pero tenía el defecto de ser sumamente débil y permitía a sus jefes hacer lo que mejor se les ocurriese.

Iseas seguía lanceando a quien le daba la gana; y en todos los cuerpos había destinados, sin otra causa que la voluntad del jefe.

La división del coronel Sandes, una vez replegada al ejército, recibió orden de bajar a la ciudad y ocupar la plaza, lo que hizo sin gran esfuerzo.

La trinchera de fardos de pasto, y otra más defendida por pocos jóvenes seminaristas, no hicieron la menor resistencia, entregando sus armas a la primera compañía que llegó a ellas.

El regimiento 1º hizo alto en la misma plaza, y allí dispuso Sandes que se esperaría el resto del ejército.

Aquel leal y brillante regimiento estaba postrado: era el que más había trabajado en la batalla, el que más había sufrido y el que menos había reposado.

A pesar de esto, Sandes, cuya actividad era a prueba de toda fatiga, había mandado algunos pelotones por la ciudad, para perseguir y apresar los grupos de revolucionarios y de lorenzistas que andaban diseminados por las calles de la ciudad, saqueando y cometiendo actos de violencia, para aprovechar los últimos momentos de confusión, pues, estando la ciudad ocupada por el ejército de línea, nada podrían hacer en adelante.

Las comisiones del 1º lograron tomar algunos de estos grupos, conduciéndolos al campamento de Sandes; pero los más, sabiendo que la ciudad era patrullada, se dispersaron y salieron al campo buscando no ser perseguidos y poder ir aquella noche a pilchar en el campo de batalla.

Los conventos habían sido un buen refugio para las familias, que, creyendo que la ciudad podía ser entregada al saqueo, habían acudido allí buscando mayores garantías.

Una vez que el resto del ejército se incorporó a la división de Sandes, Paunero lo mandó campar a los Molinos de López, marchando Sandes a aquel paraje, con sus prisioneros, que pasaban de trescientos.

El coronel Alvarez había regresado también de la persecución que se le mandó hacer por el flanco de la Sierra, sin haber logrado otra cosa que la prisión de unos cincuenta dispersos que habían quedado en el campo postrados por la fatiga.

La división de Sandes debía permanecer unos días aún en el campamento que se le había señalado, a consecuencia de hallarse bastante enfermo su jefe.

En las Playas, después de aquella carga estupenda dada por el 1° en protección de las infanterías, el coronel Sandes se sintió atacado de un vahído tan fuerte, que cayó del caballo, pensando sus oficiales y tropa que hubiera sido herido de muerte.

Felizmente el enemigo se había retirado rechazado, que si no, aquel hubiera sido un momento de ruda prueba para el regimiento 1°.

El vahído pasó en aquella naturaleza de fierro, pero dejando algunos rastros alarmantes.

Se creía que el excesivo trabajo tenido por Sandes en la batalla, bajo un sol tremendo, hubieran causado alguna aglomeración de sangre en la cabeza, pues unos cuantos minutos de reposo bastaron para mejorarlo.

Pero Sandes, aunque sin hacer caso de ello, aseguró que lo que tenía era algo más serio que el desmayo aquel.

En los momentos más agitados de la batalla había sentido extrañas novedades en la herida última, la puñalada del chileno; novedades que habían ido aumentando, hasta que produjeron el desmayo que lo hizo caer del caballo.

-Yo siempre he dicho que adentro de esta herida me han dejado un pedazo de cuchillo - exclamaba Sandes-, pues siento no sólo ya la sensación de un cuerpo extraño que me lastima más o menos dolorosamente y me impide hasta acostarme de ese lado.

"Pero estos médicos quieren saber más que uno y no le hacen caso, hasta que un día me abra yo mismo la herida y me saque lo que me estorba."

Efectivamente, desde el principio Sandes había tenido esta preocupación; pero no habían querido hacerle caso en su pretensión de que le abrieran la herida.

Aquella molestia, aquel cuerpo extraño de que hablaba, podía ser alguna puntada del hueso roto y esto no se podía subsanar sin una operación seria que allí nadie se animaba a practicar. El mismo médico que lo curó en Mendoza le había recomendado el absoluto sosiego, siquiera por algún tiempo, para evitar toda mala consecuencia de la herida.

Pero Sandes se había reído una vez que la herida estuvo cerrada.

Poco ilustrado, Sandes creía que una herida era cuestión sólo de un poco de carne separada, que era preciso cicatrizar, pero que una vez cerrada ya nada había que hacer.

Y como nunca había tenido inconveniente alguno en sus innumerables heridas, no había ninguna que mereciese de su parte la menor atención.

Y siempre creyó que el cuidado que se le recomendaba tener con aquella herida cicatrizada era una de las tantas zonceras del médico, que no valía la pena de hacer caso.

Los primeros días después del desmayo de que hemos hablado, estuvo algo molesto y cuidadoso, no porque su vida pudiera estar comprometida en la enfermedad, que esto era lo que menos lo afectaba, sino porque podía verse obligado a abandonar el servicio, cosa que no le hacía ninguna gracia.

Pero pasadas las novedades primeras, ya no hizo caso de nada, dedicándose exclusivamente a remontar su regimiento, y cubrir los claros que en sus filas había dejado la batalla de las Playas.

El general Paunero le había dado orden de destinar los prisioneros repartiéndolos en los diversos cuerpos que tenía a sus órdenes y él pensaba elegir de entre ellos los mejores, para reponer las pérdidas del regimiento.

Como ya lo hemos dicho, entre ellos no había montoneros ni chachistas, propiamente llamados.

Eran ciudadanos de Córdoba, pertenecientes a los derrocados por la revolución, o que habían tomado parte en la batalla por quedar bien con el Chacho, que tan bien los había tratado, y

gente llevada al combate por el caudillo Lorenzo.

No había razón ni motivo para destinarlos al servicio de las armas.

Muchos pertenecían a familias bien colocadas en la ciudad y otras personas que tenían intereses de alguna importancia.

La mayoría protestó en el primer momento con toda la energía posible, pero bien pronto se convencieron de que las protestas no surtían el menor efecto favorable y resolvieron dejarles hacer lo que quisieran y esperar ellos pacientemente la ocasión propicia para desertar.

Como la mayor parte era ciudadanos de Córdoba, los empeños de las familias respectivas empezaron a llover sobre Paunero.

Todas solicitaban la libertad del marido, del hijo o del hermano, destinado injustamente, y alegando el ningún derecho que tenía el jefe del ejército para echarlos de veteranos.

Y el general Paunero, que era un hombre sumamente accesible a las lágrimas y a los clamores, se sentía desarmado y las mandaba al campamento de Sandes o de Alvarez para que se entendieran con ellos, pues era en su poder que se hallaban los prisioneros.

Paunero se hallaba en una situación de todos los diablos.

Era preciso remontar los cuerpos y para hacerlo no había otro recurso que echar manos de los prisioneros del enemigo.

Pero al mismo tiempo comprendía que aquella gente tenía razón, que no había derecho para arrancarles sus deudos y destinarlos a los cuerpos de línea.

Y no sabiendo cómo salir de tan difícil trance, recurría al fácil expediente de enviarlos a Sandes y Alvarez.

El coronel Sandes había elegido, entre los prisioneros, ciento veinte plazas de primer orden, con las que el 1º quedaba completo.

Todos aquellos eran los más jóvenes, los más grandes y fuertes, los que le habían parecido de presencia más brava y simpática.

Y sin pérdida de tiempo, ya los había hecho sacar a la instrucción, repartiéndolos en todas las compañías para que más pronto aprendieran sus obligaciones.

Así es que pedir a Sandes cualquiera de estas plazas, sobre las cuales ya había hecho todo género de cálculos, era pedirle un disparate al que no cedería nunca.

Tal vez no hubiera tenido inconveniente de entregar una media docena de ellos, pero esto era abrir la puerta a los lloros y rogativas de las familias de los demás, y exponerse a quedarse sin un soldado.

Como su fama de bravo era de todos conocida, a pesar de venir mandadas por Paunero, las familias de los presos no se atrevían a cargosearlo mucho con sus ruegos.

Sólo en vista de la negativa más redonda se soltaban a llorar como recién nacidas, prendiéndose muchas de sus maridos o hermanos y siendo el separarlas una verdadera empresa.

Cuando el pedido de libertad se refería a los que no estaban comprendidos en los ciento veinte del regimiento, Sandes cedía para contentar algunas de aquellas infelices.

Pero estando comprendido el pedido entre los ciento veinte del regimiento, no había Cristo que lo hiciera ceder.

Esto daba lugar a escenas tremendas y tocantes: pero Sandes se mostraba duramente inflexible, concluyendo por decir:

-Si el general quiere que suelte los prisioneros que me mande una orden, y no digo unos cuantos, los suelto a todos.

Las familias volvían a Paunero, pero éste no se atrevía a dar la orden, porque no quería disgustar a Sandes, que era muy capaz de soltar todos los prisioneros como lo había dicho, quedándose con los cuerpos en esqueleto: el único remedio era el que el mismo Sandes había

propuesto desde el principio: hacerlo salir de Córdoba sigilosamente aunque sólo fuera a campar a diez leguas de allí.

Las familias no podrían entonces trasladarse al campamento y concluirían los empeños y las mortificaciones, que ya habían tomado mal carácter.

Una mañana se había presentado en el campo de Alvarez una verdadera procesión de frailes acompañando unas cien mujeres, por lo menos, que iban a pedir la libertad de sus parientes. Los frailes, que al principio habían ido en son de rogativa, se habían permitido exasperarse viendo que éstas no producían efecto, llegando a amenazar al jefe con excomuniones y otras risueñas amenazas que provocaron allí un escándalo espantable.

Los frailes, acostumbrados a dominar en las masas de Córdoba, creyeron que en el ejército sucedería lo mismo, y tras las amenazas vinieron las injurias, tomando el conflicto un carácter por demás alarmante.

Alvarez, que no se atrevía por sí sólo a tomar una medida violenta, mandó dar cuenta a Sandes de lo que pasaba, quien dispuso fuese una compañía del 1° al mando de un oficial de su mayor confianza, para que hiciera retirar a los frailes, empleando la violencia si todos los medios persuasivos no daban resultados.

Cuando los frailes, que resistieron todas las insinuaciones, vieron que se iba a emplear la culata, como único argumento de respeto, se retiraron aunque sin dejar de dirigirles las más terribles amenazas espirituales.

Los frailes habían creído tener sobre la tropa el mismo ascendiente que tenían sobre el pueblo, pero se habían engañado lamentablemente, y tuvieron que abandonar el campamento a paso de trote, conociendo la malísima intención de algunos milicos muy poco piadosos.

Si los frailes, a quienes se creía la autoridad suprema, nada habían conseguido, menos conseguirían ellas, pobres mujeres.

Hacerse cuchufletear por los oficiales más traviosos era lo único que conseguían con su insistencia y su permanencia en el campamento.

Y se retiraron en terrible desconsuelo, a imponer a Paunero su última queja.

Si Paunero no hubiera estado allí, ya Sandes habría tomado sus medidas para que no lo molestaran más.

Pero estando Paunero, no se atrevía a disponer nada, temiendo que la debilidad del general pudiese hacerlo quedar en ridículo.

Sandes, que conservaba ciertos rasgos de buen humor juvenil, había también inventado un sistema de correr a los grupos de mujeres que venían a pedirle la libertad de los destinados. El sabía que tenía fama de hombre malo y cruel, al extremo de que muchas de las mujeres no se atrevían a pedir por sus parientes, temiendo que por este solo hecho Sandes cometiera con los pobres alguna nueva crueldad.

Sandes, sabiendo todo esto, en cuanto le avisaban que venía algún grupo de mujeres salía de su carpa, se paraba delante de los prisioneros, y con voz formidable empezaba a echarles un discurso monumental.

Los trataba de bribones que se habían plegado al Chacho porque todos eran iguales, que no habían concurrido a la batalla de las Playas cediendo a la fuerza, sino a sus mañas de montoneros y de perdidos.

-Todos son iguales y lo que merecían era que los fusilen, en vez de destinarlos al servicio de las armas.

"Pero dejen nomás -añadía subiendo la voz-, ¡al primero que me lo venga a pedir lo hago lancear como a un Cristo: yo les voy a dar libertad, pedazos de bribones!"

Y repetía estas frases hasta que quedaba convencido de que todos lo habían escuchado.

Las pobres mujeres que tal oían, no se atrevían a formular el pedido pensado, temiendo que

fueran a lancear a la persona por quien se interesaban, y se retiraban llorando y asombradas de la barbarie de Sandes.

-De todos modos los van a matar -decían-: hoy es porque los piden y mañana será porque no los piden.

E iban como las demás a lloriquear al alojamiento del general Paunero, que se conocía desde lejos por la cantidad de mujeres que había a su alrededor.

Todo esto dio por resultado la salida de Sandes a campo lejano, para evitar todo compromiso y toda rogativa.

Las mujeres no podían andar aquella distancia, más desde que no sabían donde se había situado el campamento, y así se veía libre de empeños y de las recomendaciones que solía enviarle el general Paunero para salir de ciertos apuros, pues nada había más difícil para el viejo veterano que decir que no a un pedido que partía de una mujer afligida.

Prefería mil veces una batalla, que esa insistencia plañidera de la mujer convencida de que sólo el llanto podía hacerla lograr su objeto.

Sandes se situó en Río II con su división y los prisioneros que conducía, muchos de los cuales le habían sido remitidos a última hora.

Como entre ellos había gente de todos pelajes y edades, era inútil llevarlos todos, porque con éstos había algunos que no podían servir ni para cebar un mate.

Sandes empezó a entresacar los más viejos y los más débiles, haciéndolos formar en un grupo aparte, con la intención de ponerlos en libertad, pero previo un discurso edificante que pensaba echarles.

Era tal la fama que tenía Sandes, que aquellos infelices pensaron que se les apartaba para hacerlos fusilar, y empezaron a lamentarse tristemente.

Algunos de los soldados, amigos de pegar esta clase de sustos, les confirmaron aquellas sospechas diciéndoles que el coronel les iba a hacer degollar porque no servían para nada, y aquí empezaron los lamentos en un diapasón inescuchable.

Tuvo que venir el mismo Sandes a decirles que no fueran tontos, que lejos de matarlos, estaba haciendo aquel aparte para ponerlos en libertad.

Pero en cuanto Sandes se dio vuelta, los soldados añadieron que todo aquello se los había dicho para que no metieran bochinche con sus llantos y lamentos, asustando a los demás presos, pero que ya había mandado preparar su escuadrón para que los lancearan.

Los lamentos empezaron a entonarse entonces con tal desafinación y espanto, que volvió a acudir Sandes para echarles una nueva peluca, amenazándolos con fusilarlos realmente si volvía a sentirles la voz.

Esta receta fue santa en sus efectos, porque aunque los soldados repitieron la broma, a que se mezclaron algunos oficiales, los prisioneros no se atrevieron a chistar.

A la caída de la tarde, cuando el mismo Sandes les notificó que podrían irse adonde mejor les pareciera, los pobres pensaban que estaban soñando: no podían creer que aquello fuera verdad.

Así es que aún no había Sandes concluido de recomendarles que no se metieran más en aquellas aventuras, cuando ya todos habían desaparecido tomando el camino de Córdoba, saludados por una carcajada que soltaron los milicos al ver aquella cómica y apresurada manera de disparar.

La libertad de aquellos infelices vino a causar la más honda desesperación en los otros que quedaban, y que habían perdido ya toda esperanza de alcanzar la suya.

El martirio del soldado de línea empezaba para ellos, sin límite alguno.

Probablemente alcanzarían su libertad, los que sobrevivieran hasta entonces, como todos los destinados, cuando el eterno sufrir y batallar los hubiera inutilizado, no dejándoles otra

esperanza que un hospital donde concluir aquella vida miserable. Soldados de entonces hemos conocido, que aún forman en el ejército sin haber podido obtener su baja. Allí está, como testigo vivo de lo que decimos, el negro Atención, del 1º de caballería, destinado al servicio de las armas por el solo delito de haber espantado a un perro con estas palabras: "¡Juera Mitre!" Y aquel "¡Juera Mitre!" le cuesta veinte años de amarguras y de esclavitud, contados día por día, y hora por hora. Pero era peor lamentarse cuando ya no había remedio, y aquellos infelices se resolvieron a resignarse a su suerte, desde que nada mejor podían hacer.

La muerte de un héroe

El coronel Sandes, a quien aquella maldita herida molestaba de un modo insoportable ya, despachó la división en dirección a la provincia de Mendoza, donde él se le reuniría más tarde. Antes de salir de Córdoba, Sandes había solicitado y obtenido del general Paunero una licencia de quince días para pasar hasta Villanueva a visitar su familia. Era la familia el único lado flaco de aquel carácter eminentemente firme. Sandes tenía locura por sus hijos, principalmente por el mayor, joven sumamente estimable, en cuyo semblante estaba poderosamente reflejado el espíritu de aquel militar tan bravo. Sandes entre su familia olvidaba todas sus penurias y fatigas, siendo en el cariño de los suyos donde reposaba su espíritu fuerte de las contrariedades de la vida. Consagrado completamente al servicio del Gobierno, Sandes no tenía más distracción que la batalla. Las visitas a su familia no las podía hacer sino muy de tarde en tarde, así es que cuando obtenía una licencia para visitarla, la aprovechaba ganando minutos sobre su propia marcha. Y entonces aquella visita era más interesada que las demás, si cabe en lo posible, tratándose de su familia. Aquella herida lo tenía preocupado sin que él mismo pudiera explicarse la causa claramente. Había pedido instintivamente aquella licencia para ver a su familia, porque tenía un extraño deseo de verla, de cambiar con ella sus más íntimas caricias, porque de otro modo no estaba tranquilo ni podía operar con entera desenvoltura, porque le faltaba la libertad de acción. Era la primera vez que algo lo preocupaba de aquella manera, y esto mismo lo tenía dado al diablo, de mal humor y displicente. La palabra *muerte* no había influido jamás para nada en el ánimo de Sandes; jamás se había puesto a pensar lo que la muerte significaba; pero muchas veces, sin quererlo, la orfandad de la familia había vuelto su pensamiento de manera sombría. Habitado a recibir heridas de todo género y curar rápidamente de las más graves, no creía que hubiera herida capaz de producirle la muerte; pues si la hubiera, hace mucho tiempo que ésta se habría producido. Pero ninguna herida, después de cerrada, lo había preocupado como ésta, porque ninguna tampoco le había ocasionado mortificación alguna. Esta insistencia de dolor en una herida cicatrizada, ese eterno cuidado del médico, lo mortificaba inmensamente: no lo hacía pensar en la muerte, pero sí en la orfandad de su familia. Y su mal humor aumentaba y obedecía las prescripciones del médico como una orden de sus

superiores, siempre que aquellas no importaran un abandono de sus deberes militares, pues en este punto Sandes era más rígido con él mismo que con cualquiera de sus subalternos.

Una vez que se separó de su división y arregló todo de manera que su ausencia fuese menos sensible, su pensamiento se volvió enteramente a los suyos y vagó por todos los rincones de su hogar como una caricia suprema.

Hubiera ganado mucho tiempo yendo a caballo, porque hubiera andado la distancia que de su familia lo separaba, a razón de tres leguas por hora.

Pero el médico le había prohibido hacerlo; le había prohibido que se agitara, y tuvo que resignarse a hacer el viaje en un mal volantín, perdiendo un tiempo que conceptuaba precioso. La prueba mayor, que se podía dar Sandes de la agitación de su espíritu, era el haberse separado aunque momentáneamente, de la división que mandaba, frente al enemigo, puede decirse, puesto que en su busca iba.

Sin embargo, había ordenado bajo la responsabilidad más seria, que se le hiciera saber por medio de un chasque, la menor novedad que reclamara necesariamente su presencia.

Sandes llegó por fin a Villanueva, y olvidando por completo el resto del mundo, se entregó a los goces inmensos del hogar.

El guerrero infatigable por fin iba a reposar sobre el cariño de los suyos, las fatigas y sufrimientos de dos años.

Su familia conocía los detalles de aquella última herida, pero al verlo bueno aparentemente, se tranquilizó, teniendo él buen cuidado de no decir una palabra sobre los sufrimientos que le causaba.

Y mostraba la cicatriz monstruosa para disipar la menor duda, agregando: "Herida cicatrizada no hay que tenerle miedo".

Y era la primera vez que pronunciaba esta frase habitual sin creerla él mismo.

Acostumbrado a tratar su carne propia como a carne muerta, resolvió terminar con aquello y hacerse abrir nuevamente la herida para suprimir la causa de aquel sufrimiento; pero para ello era necesario tener paciencia hasta regresar a Mendoza, único punto donde hallaría un cirujano capaz de practicar la operación.

Pocos días debía permanecer Sandes gozando de la vida tranquila del hogar.

Una fuerza considerable de Chacho había sorprendido a la división a mitad de camino, causándole algún destrozo; pues el regimiento 1º, por atender a los prisioneros que llevaba, no había podido maniobrar con su habitual desenvoltura.

Aunque Sandes no iba con ellos, estaba allí Segovia jefe de una bravura extremada, que a fuerza de sable y de temeridad impuso al enemigo obligándolo a retirarse para esperar mejor oportunidad de combate.

Aunque el peligro había pasado, era necesario mandar un chasque a Sandes avisándole lo sucedido.

El enemigo podía muy bien rehacerse, tentar un nuevo ataque, y ser éste más feliz que los anteriores.

Sandes entonces las habría hecho cargos severos por no haber cumplido la orden de avisarle la menor novedad de importancia; y Segovia quiso salvar aquella responsabilidad.

Y el enemigo se había retirado, no precisamente porque temiera comprometer un combate con aquella fuerza, sino porque había decidido apoderarse de San Luis, defendido solamente por un batallón de guardia nacional de Mendoza.

Segovia, tomando todas las medidas exigidas por la más extremada prudencia, siguió su marcha hasta Santa Rosa, teatro de tanto combate y de tanta gloria, donde campó para esperar al coronel Sandes, según se lo mandaba decir en el chasque.

Los caballos del regimiento estaban en una terrible condición de flacura, siendo imposible de

todo punto emprender con ellos la menor operación.

Eran los caballos sobre los cuales se había hecho toda la campaña, y la falta de descanso y de alimento los había extenuado.

El gobernador de San Juan les había enviado un trozo de setecientos caballos, pero era tal la flacura de los recién venidos, que fue preciso devolverlos.

Sólo habrían servido de estorbo, pues ninguno de ellos hubiera resistido una jornada de tres leguas con un jinete encima.

En el campamento de Santa Rosa, la división por el momento no corría el menor peligro.

Las fuerzas del Chacho se habían recostado del lado de San Luis, donde se habían retirado también todos los grupos que amenazaban los alrededores de la provincia de Mendoza.

Segovia podía entonces estar tranquilo hasta que se les incorporara el coronel Sandes, quien dispondría lo que debía de hacerse.

Tres días después de estar en Santa Rosa, llegó el coronel Sandes en la diligencia, pero sumamente enfermo.

Al recibir el chasque en Villanueva no se sentía bien, pero no daba a su estado la menor importancia.

A pesar de las prescripciones del médico y como se trataba de un caso de servicio urgente, montó a caballo y emprendió su marcha tratando de ganar todo el tiempo que fuese posible, mientras el chasque le daba detalles sobre la acción que había motivado su envío.

Y esto era lo que más hacía apurar al coronel Sandes, que tenía el hábito de colocarse siempre en el peor terreno y pensar lo peor que podía sucederle.

Convencido de lo audaz y emprendedor que era el Chacho, suponía que su retirada sería falsa, para tomar a la división desprevenida y darle un golpe recio, cosa que le sería muy fácil lograr, dado el estado miserable de las caballadas.

Y apuraba la marcha, aunque el malestar doloroso de su herida se le hacía más sensible a medida que avanzaba en su agitada marcha.

A pesar de todos los esfuerzos de su terrible voluntad, llegó un momento en que no sólo no pudo andar más, sino que le fue preciso detenerse a descansar.

La herida producía una incomodidad inaguantable que había concluido por postrarlo; al extremo de resignarse a esperar la diligencia para seguir en ella hasta Santa Rosa, y eso porque su ayudante le había hecho la más justa y cariñosa observación.

-Si usted sigue a caballo -le había dicho- y logra llegar a Santa Rosa, va a ir en estado que no le permitirá tenerse en pie.

Es mejor esperar la diligencia cuya marcha puede apurarse y así usted se sentirá más fuerte para montar a caballo si es preciso operar.

-Tiene razón, repuso Sandes vencido por su mal estado, que sentía agravarse de momento en momento: si sigo a caballo voy a concluir por caerme: no sé cómo no me he caído ya.

Cuando pasó la diligencia del coronel Sandes, la detuvo y se colocó en ella con la mayor comodidad que le fue posible, mandándola seguir a Santa Rosa con la mayor rapidez.

Grande debía ser el mal que postraba de aquella manera una naturaleza tan fuerte.

Para que Sandes renunciara a un propósito y se resolviera a viajar así en un momento de peligro para su división, era necesario un mal capaz de producir la muerte en cualquier otro hombre.

Pálido y desenchajado, con los ojos hundidos entre las órbitas, asomaba de cuando en cuando la cabeza por las ventanillas de la diligencia para averiguar si aún estaban lejos de Santa Rosa. Muchas veces estuvo tentado de abrirse él mismo la herida con su cuchillo, para extraer aquel cuerpo extraño que sentía dentro; operación que hubiera llevado a cabo si el ayudante no lo hubiera persuadido de que aquello era suicidarse de una manera irrevocable y, sobre todo,

imposibilitarse para operar con la división en caso que fuera necesario.

Esta fue la observación que más influyó en él, deteniendo su mano ya próxima a rasgar la herida.

Así, cuando el coronel llegó a Santa Rosa, estaba completamente extenuado.

No tenía ni siquiera la fuerza necesaria para descender de la diligencia.

Asimismo, cuando Segovia se acercó a saludarlo, se incorporó en un movimiento enérgico y preguntó las novedades que había, tranquilizándolo por completo, respecto a la proximidad del enemigo, que según todos los cálculos, debía haberse reconcentrado en San Luis.

Más tranquilo ya a este respecto, el coronel Sandes decidió pasar hasta Mendoza para hacerse curar de una manera definitiva, porque no le era posible seguir en aquel estado.

El hecho sólo de hallarse en el campamento de sus soldados y próximo a emprender operaciones de guerra, había levantado su espíritu hasta el punto de hacerle experimentar una ligera mejoría.

Pero como esta mejoría sólo estaba en su espíritu, pronto volvió a su estado de abatimiento y postración.

Y siguió hasta Mendoza, ordenando a Segovia lo siguiese con la división hasta la ciudad, donde establecería su cuartel general hasta ponerse del todo bien.

Llegado a Mendoza, el gobernador Molina, su particular amigo, trató de rodearlo de todos aquellos cuidados y comodidades que le eran necesarias, proporcionándole una asistencia médica tan completa como le era posible.

En Mendoza había buenos médicos y sobre todo buenos cirujanos que lo examinaron prolijamente, asombrados ante aquel busto soberbio acribillado de cicatrices terribles.

Parecía imposible que un hombre hubiera podido vivir con heridas de aquella magnitud.

Sandes, desde el primer momento, insistía en que debían reabrirle aquella última herida y extraer el cuerpo extraño que lo molestaba; pero los cirujanos lo convencieron de que aquello era impracticable y sobre todo innecesario, asegurándole que pronto se curaría si se sometía a un régimen dado.

Y ellos por una parte, y su amigo Molina por otra, influyeron de tal manera en su espíritu que lograron hacerlo desistir de la bárbara operación.

-Concedido por ocho días -dijo sonriendo-, pero si en una semana no veo que he de curarme, me haré operar o me operaré yo mismo, cualquiera que sea el resultado.

"Todo lo prefiero a vivir así, sin poder hacer nada y sin poder ponerme al frente de ejército en momentos de peligro."

Los buenos cuidados de los médicos, ayudados por aquella naturaleza de bronce, tenía que dar buenos resultados; resultados que empezaron a palpase a los tres días, con satisfacción de todos los que lo rodeaban.

Cuando llegó Segovia con la división, halló al coronel Sandes de pie, puede decirse que en un período de convalecencia.

Estaba más fuerte, más alegre y más satisfecho con la idea de una pronta curación.

Se había vuelto menos irritable y más accesible a los consejos de la amistad.

Es que ya se había convencido de que se curaría, sin necesidad de la operación por él propuesta, sin nada más que ayudando con un buen régimen a su naturaleza soberbia.

-Dos meses de quietud, sólo dos meses de quietud -le decía su médico-, y usted quedará como si nunca hubiera tenido semejante herida.

Esta quietud era la muerte de Sandes, habituado a una vida tan activa.

Sin embargo, pensando en su familia se sometió a ella, siempre que lo permitieran las exigencias del servicio.

Chacho andaba en campaña aumentando su ejército y sus recursos; pero se había alejado de

los alrededores de Mendoza, haciéndose sentir por Catamarca y Santiago, por la provincia de San Juan y la frontera de Córdoba.

Por allí andaban con fuerzas bastantes para batirlo los coroneles Iseas y Alvarez: el general Paunero en Córdoba tenía más fuerzas y no era entonces necesario que él se lanzara en busca de un enemigo que seguramente no encontraría, porque estaba lejos y porque no tenía él elementos para moverse con la rapidez necesaria.

Podía pues permanecer en Mendoza, pero sumamente contrariado por la inacción a que se veía obligado, tanto por su enfermedad como por su falta de recursos.

Para un espíritu como el suyo esto era mortificante e inaguantable.

Andando el Chacho en campaña, su obligación era buscarlo y perseguirlo hasta dar con él y batirlo.

Pero cedió a las indicaciones de sus amigos y del médico que le demostraron fácilmente que, una campaña abierta por él en aquellas circunstancias, le daría por fuerza resultados negativos.

-Si usted en el estado que se halla abre una campaña, por corta que sea -le decía su médico-, usted va a caer enfermo inmediatamente, y colocándose en las mejores condiciones, tendrá entonces que guardar seis meses de inmovilidad.

-¿Qué resultado práctico va usted a sacar saliendo ahora a campaña? -le decía su amigo el gobernador Molina-: morir de una manera ingrata, o tener que abandonar su división en condiciones peores que las que tiene ahora.

Estando bueno, en ocho días puede usted ganar el tiempo que pierde ahora, pues entonces tendrá mejores caballos y soldados más frescos.

Sandes reflexionó que realmente sus amigos tenían razón: pensó en su familia y prometió no salir de Mendoza hasta que el médico no le dijera que podía hacerlo sin el menor peligro.

Para que no se fuera a criticar su inacción ni atribuirse a pereza o dejadez, envió una comunicación al general Paunero haciéndole saber que se hallaba enfermo, pero que esperaba al mismo tiempo las órdenes que se sirviera comunicarle.

El gobernador Molina, que estaba ligado a Sandes por serios vínculos de amistad, escribió también a Paunero más detalladamente, comunicándole la opinión de los médicos sobre la gravedad de la enfermedad que aquejaba a su amigo.

-Sería conveniente se le ordenara permanecer en Mendoza por un par de meses -concluía Molina-, único medio de que se ponga radicalmente bueno.

La enfermedad de aquel jefe era el peor contratiempo que podía tocar Paunero; pero como mucho peor sería perderlo del todo, era conveniente acceder a las indicaciones de Molina y dejarlo tranquilo por un par de meses.

Reforzó a Iseas con algunos regimientos de guardia nacional y se preparó a marchar él mismo sobre Chacho, hasta encontrarlo y batirlo.

Paunero era un excelente jefe, resuelto y abnegado, pero inservible para guiar un ejército en una campaña como aquella, para la que se necesitaban condiciones espaciales.

Chacho había puesto en juego toda su táctica endiablada, y Paunero se hallaba perplejo, sin atinar con las medidas eficaces que debería tomarse.

Se encontraba con que no podía hacer uso de los caminos conocidos y buenos, porque los montoneros habían echado a perder las aguadas.

Marchaba en persecución del Chacho según todos los datos tomados.

La noche anterior había visto los fogones de su campamento y era indudablemente entonces que de un momento a otro le daría alcance; pero cuando menos lo soñaba, el Chacho le daba un golpe de mano por retaguardia, arrebatándole un trozo de caballada, o dispersándole un regimiento de los que llevaba a retaguardia por ser más reclutas y de menos confianza.

Y Paunero se desesperaba y reunía a sus jefes para que le dieran su opinión sobre lo que había de hacerse.

Las violencias cometidas por Iseas y otros jefes que tenían sus mismos hábitos, habían sublevado por completo a las provincias, que ayudaban a Chacho por debajo de cuerda, porque tenían miedo de hacerlo abiertamente, y porque no querían mostrarse enemigas del gobierno nacional.

Ayudaban a Chacho con todos los medios a su alcance, hasta en las falsas informaciones que hacían transmitir a Paunero, sobre el punto donde debía hallarse el caudillo riojano.

Los hombres, tan cansados ya del servicio de las armas, preferían irse a acompañar a Peñaloza.

Con Peñaloza o con Paunero tenían que servir, porque de todos modos el ejército nacional necesitaba siempre nuevas plazas.

Y si a la fuerza debían servir con Paunero, Iseas o Sandes, preferían irse con el Chacho.

Allí el servicio no era tan pesado y estaban seguros de recobrar la libertad tan pronto como lo quisieran, pues Peñaloza no obligaba a nadie a seguir sirviendo.

En cuanto a miserias, las mismas se pasaban en un ejército que en el otro, con la diferencia que a Chacho todos le daban lo que tenían, con la mejor voluntad, mientras que al otro ejército le ocultaban hasta los parajes donde podría encontrar agua.

La guerra de recursos como la hacía el Chacho era interminable y ruinosa bajo todos estilos. No sólo era cuestión de dar una batalla allí donde se hallase el enemigo, sino que era preciso luchar de todos modos para obtenerlo todo.

En las provincias, con muy raras excepciones, eran tratados como enemigos, pues no bien llegaban a una de ellas, cuando inmediatamente salían a llevar el aviso a Chacho, diez o más chasques voluntarios.

Así, Peñaloza, no sólo marchaba sin que el enemigo conociera los parajes donde se hallaba, sino que conocía todos los pasos que daba el enemigo.

Y de aquí la frecuencia con que le ganaba la retaguardia y le daba un golpe más o menos recio, desapareciendo en seguida sin que se supiese el camino que había seguido, porque siempre Chacho se retiraba aparentando la mayor desorganización y completa derrota.

Así, cuando Paunero lo seguía en dirección a La Rioja, venían a avisarle que Chacho se hallaba en Córdoba; y cuando él llegaba a Córdoba, forzando sus marchas, ya Peñaloza se estaba haciendo sentir en San Juan, o había hecho en esta provincia alguna de sus arrebatiñas a los elementos de guerra que en ellas hallara.

Sandes tenía noticia en Mendoza de la burla de que era objeto el ejército de Paunero; pero se le había ordenado que no se moviera de allí sin orden suya, y no había más remedio que obedecer.

Sandes deseaba que Chacho cayera por Mendoza, ignorando que él se hallaba allí con su división.

Pero Peñaloza tenía un plan diverso, o sabía que se hallaba allí y no se atrevía a atacarlo.

De otra manera ya se habría presentado a pedir víveres o a buscar caballos.

La vida de reposo físico, aunque el espíritu estaba en una labor perenne, mejoraron notablemente a Sandes, al extremo que se creyó perfectamente bueno.

Hacía muchos días que no le molestaban ya los dolores internos y su mismo genio empezaba a modificarse de una manera sensible para él mismo.

Porque aquella vida de inacción, aquella prisión a que estaba sometido, lo habían puesto irritable y rabioso, al extremo de que sólo sus amigos más íntimos podían soportarlo.

La menor contrariedad lo irritaba y lo ponía sumamente nervioso, a tal extremo que el médico le había aconsejado a Segovia le ocultara las novedades del regimiento, porque la menor falta

de los soldados lo ponía en un estado de excitación asombrosa.

Ya el mismo Segovia le ocultaba aquellas fallas más o menos leves, porque en el estado de irritabilidad en que se hallaba, quería castigarlas con un rigor excesivo.

Las mismas personas, que no tenían por él una amistad tan íntima como Molina y Segovia, se le habían retirado porque las trataba con aspereza sin que éstas tuvieran la menor causa.

En cuanto empezó a mejorarse de una manera sensible para él, su carácter fue modificándose poco a poco, hasta que comparativamente se volvió dulce y tranquilo.

Se le permitía salir a pasear a pie, asegurándole su médico que muy pronto podría andar a caballo, aunque no de una manera agitada.

Apenas hacía un mes que Sandes se había sometido al régimen impuesto por el médico y ya era otro hombre, habiendo recobrado todo el apogeo de su vigor asombroso.

Tanto el gobernador Molina como Segovia, le ocultaban todas las noticias que se referían al Chacho, sabiendo que si Sandes conocía la verdadera situación de Paunero, se le incorporaría aun contrariando las órdenes expresas de este jefe.

Querido por sus jefes subalternos y oficiales, a pesar de su dureza y rigidez en el servicio, todos estos ayudaban a Segovia en su tarea de ocultar a Sandes lo que sucedía, de modo que cuando hablaba con alguno de ellos, no hallaba la menor contradicción en los datos que tenía. Para distraerlo mejor, el gobernador Molina organizó una serie de paseos a las espléndidas poblaciones de San Martín, Junín y Cruz de Piedra.

Sandes no quiso ir en carruaje sino a caballo, en lo que no hubo inconveniente, pues se hallaba fuerte y la marcha se haría lentamente y sin la menor agitación.

En cada pueblo de éstos el gobernador Molina había hecho preparar algunas fiestas populares, para que Sandes se entretuviera de manera que no quisiera regresar pronto, lo que prueba todo el aprecio que se tenía por él.

Fastidiado de la vida de encierro a que había estado obligado, olvidado de todo, se entregó por completo a las inocentes diversiones que podía hallar en aquellos pueblitos, que no tenían entonces la importancia relativa que han adquirido después.

Las distancias a que estaban situadas aquellas poblaciones, unas de otras, no eran cortas; pero Sandes las andaba a caballo sin agitarse y sin que al parecer le hicieran mal alguno.

Y salía de una parte a la madrugada, para estar en la otra a la siguiente noche.

La agitación de estas excursiones empezó a causarle un daño terrible, daño que él no quiso dar a conocer, porque iban a empezar nuevamente con las privaciones de antes, y porque creyó que aquello sería pasajero y que se curaría con la frecuencia de seguir haciéndolas.

Pero empezó a agravarse de una manera tan notable, que sus amigos lo invitaron a regresar a Mendoza.

-Lo que yo tengo es que no he andado a caballo hace mucho tiempo: es andando como he de curarme: déjenme nomás.

-Regresemos, coronel, y no vayamos a echar a perder todo lo que se ha ganado ya en su mejoría.

-¡Pero si es un disparate pensar en que yo pueda pasar mi vida de esta manera!

"Si cada vez que he de montar a caballo voy a enfermarme así, a tener que guardar cama, prefiero reventar de una vez, y asunto concluido.

"Yo no sirvo para vivir condenado a la inacción: déjenme pues seguir montando a caballo hasta que me mejore o reviente: yo creo que así he de mejorar me nomás."

Insistir era irritarlo y la irritación iba a hacerle tanto mal como las marchas a caballo.

No quisieron pues irritarlo y lo dejaron hacer su voluntad, esperando que el mismo sufrimiento lo obligara a ponerse en condiciones razonables.

Ya no tenía el espíritu para paseos y fiestas, y había decidido regresar a la ciudad.

Se le ofreció hacerle traer un carruaje, pero como él dijo que iría a caballo y contradecirlo era irritarlo y encapricharlo más, no se le hizo la menor observación y se pusieron en marcha de regreso.

En vez de venir tranquilamente y con la mayor lentitud posible, Sandes, acosado sin duda por el sufrimiento, empezó a galopar de una manera sostenida, como si necesitara llegar pronto a Mendoza, y aquella última jornada, como era natural, concluyó de postrarlo.

Cuando llegó a Mendoza el médico quedó aterrado.

-Solo esta naturaleza estupenda -decía-, es capaz de resistir de esta manera: garanto que cualquier hombre en este estado, habría muerto hace mucho tiempo.

"Sin embargo, añadía, con semejante naturaleza no hay que desesperar: él se curará."

Y Sandes se hubiera curado, si no hubiera sido por su carácter irascible e irreflexivo.

Había de hacerse lo que él decía, sin la menor contradicción, o se irritaba de un modo terrible.

Aquella recaída fue sumamente violenta, postrándolo en la cama en tal estado, que apenas podía hablar.

Y empezaron de nuevo las tentaciones y los cuidados de sus amigos, que temían se les muriese el enfermo aquella vez, siendo tal la confusión, que nadie, ni el mismo Segovia, pensó en mandar avisar al general Paunero lo que sucedía.

Sandes, con asombro de sus mismos médicos, empezó a aliviarse de nuevo con tal rapidez, que a los pocos días podía abandonar la cama e ir a dar un paseo a pie por el cuartel del 1º. Siguiendo así pronto estaría bueno; pero estaba de Dios que el coronel Sandes no había de levantarse de aquella herida traidoramente hecha.

Hacía dos días que se levantaba para dar sus pequeños paseítos a pie, cuando recibió una comunicación del general Paunero con carácter de urgente.

En ella se le ordenaba marchar inmediatamente con su división a los llanos de La Rioja, donde se hallaba el Chacho, para batirlo de una manera definitiva.

-Todo el éxito de esta combinación -le decía Paunero-, reposa en usted, coronel, y el gobierno espera que no omitirá sacrificio para que sus resultados sean tan buenos como se espera.

El general Paunero creía que Sandes estaba bueno, porque no había recibido noticia de su recaída, y lo instaba a que se moviera con la mayor actividad que le fuese posible para que pudiera concurrir a la batalla.

Sabiendo que Chacho estaba en los llanos de La Rioja con todo su ejército, Paunero había decidido irlo a atacar allí, de una manera que no pudiera huir el combate.

Había enviado a Iseas por la izquierda, a Alvarez por otro camino de la izquierda, mientras él marchaba por el centro con toda la rapidez posible.

Sandes con su división debía venir por la derecha, de manera que Chacho, huyendo de uno, se ensartaría con el otro y no tendría más remedio que batirse con uno u otro.

Y como mientras se batía con uno, llegarían los demás, Chacho sería al fin vencido y tomado prisionero tal vez, terminándose así una campaña tan cruda como larga.

Sandes, desde que recibió aquella nota, dio las órdenes necesarias para la marcha y empezó a hacer él mismo todos sus preparativos.

Cuando el gobernador Molina supo lo que Sandes hacía, mandó llamar inmediatamente al médico, preguntándole si aquello no tendría para Sandes fatales consecuencias.

-Tan las tiene -respondió el médico-, que si ese hombre monta a caballo se lo lleva la trampa sin la menor duda.

Ambos fueron a verlo entonces, con el intento de hacerlo quedar; pero todo empeño debía ser inútil.

-Mientras se ha tratado de mí -decía Sandes-, no he tenido inconveniente en ceder a todo lo que ustedes me han dicho; pero tratándose de actos del servicio, yo no puedo faltar a ellos por

ninguna consideración personal.

"Se me dice que sobre mí descansa el éxito de esta acción, y ustedes quieren que me quede: ¿no ven que eso es una locura?"

-Pero es, amigo mío, que usted de todos modos no podría tomar parte en la batalla, por la muy sencilla razón que no podría llegar a los llanos de La Rioja, ni aun salir de la provincia de Mendoza.

"Si usted monta a caballo, antes de las cinco leguas habrá muerto.

"Tengo poderosas razones científicas para garantizar a usted este pronóstico, y el sagrado deber de ordenarle que no se mueva de aquí hasta dentro de quince días.

"Entonces usted estará bueno y podrá hacer lo que quiera."

-Pero el general me manda marchar inmediatamente, pues el gobierno espera del concurso de mi división el triunfo más completo.

"Y yo no puedo contestar al gobierno: 'señor, yo no cumplí las órdenes que se me dieron: yo dejé colgada la operación del general Paunero, porque se me dijo que me iba a morir'."

-Es que de todos modos usted la va a dejar colgada, porque no va a llegar a los llanos: se va a morir en el camino, sin que este sacrificio dé la menor ventaja.

"Usted debe hacer chasque al general Paunero haciéndole conocer su estado y lo que el médico le dice; Segovia puede marchar con la división y así queda todo conciliado."

-Amigo mío -respondió Sandes-, yo le agradezco profunda y sinceramente todo el interés que por mí se toma, pero es inútil que insista en obligarme a hacer lo que no debo.

"Yo tengo que cumplir la orden que he recibido y la cumpliré aunque reviente.

"Si en el camino me agravo y me muero, como usted dice, nada se ha perdido, y Segovia seguirá con la división hasta el punto indicado."

-¿Y no es mejor que Segovia marche con la división desde el principio, desde que de esta manera se llega al mismo resultado sin el sacrificio de su vida?

-Es que mi ausencia no puede tener lugar sino causada por un motivo tan poderoso como la muerte.

"Yo voy a cumplir la orden recibida, suceda lo que suceda: no me queda otra remedio.

"Si yo me quedo aquí, cada uno interpretará mi quedada del modo que se le dé la gana, y yo habré faltado a mi deber; con que no insistan, mis amigos, porque toda insistencia no me hará quedar y sólo van ustedes a lograr disgustarme profundamente."

Se veía que toda insistencia era inútil, y sin embargo Molina, el médico y otros amigos, siguieron persuadiendo a Sandes de que debía quedarse y dejar marchar sola la división.

Instados por ellos, Segovia vino también a unírseles, diciendo a su coronel que, desde que se trataba de un caso de muerte, debía quedarse; pues su primera obligación era conservar su vida para ser útil y que sus servicios fueran bien apreciados más tarde.

Pero el coronel Sandes le tapó la boca con estas terribles palabras:

-Acepto que un médico y que mis amigos me aconsejen que me quede, porque ellos no saben lo que es el pundonor militar; pero que un jefe del ejército me lo indique, es una vergüenza que no debe repetirse.

Segovia enmudeció ante tales palabras y se retiró a su cuartel, desde donde mandó decir al coronel que la división estaba lista para marchar, y esperaba sus órdenes.

Ya nada quedaba a Sandes que hacer en Mendoza, y dio su orden de marcha para el día siguiente.

Ninguno vino a hacerle la menor observación, porque lo veían en ese momento profundamente irritado.

Y como si la fatalidad empujara a Sandes a un fin funesto, aquella misma noche recibió una nueva comunicación de Paunero, en la que se le pedía que, si aún no se había movido de

Mendoza, lo hiciera inmediatamente, pues la pérdida de un día o de una noche podía ser la pérdida en el éxito de la operación.

Mal de caballos y de todo, Sandes mandó echar tropa y ordenó que se emprendiera inmediatamente la marcha.

Aquella nueva orden trajo un verdadero trastorno en la división.

Como la orden de marcha era para el siguiente día, la mayor parte de los oficiales andaba de parranda, despidiéndose de sus relaciones.

Ciertas familias, para hacer menos tristes sus adioses, habían improvisado pequeños pero animados bailes, donde la oficialidad, en ellos repartida, hacía la última piernita.

De modo que Segovia se halló en la imposibilidad de cumplir inmediatamente la orden del coronel, a quien no se atrevió a decir lo que pasaba, porque hubiera armado un escándalo tan ruidoso como injusto.

Habiendo recibido orden de marchar al día siguiente, era muy natural haber dado licencia aquella noche a los oficiales, para que fueran a saludar a sus novias y relaciones.

Y como sabían que podían disponer de toda la noche, no había que contar con darles palmada hasta la diana.

Pero el caso es que era preciso ponerse en marcha antes de que el coronel fuera a apercibirse de lo que pasaba.

Los oficiales, que estaban próximos al cuartel, sentirían el toque de tropa y el de ensillar; pero no sucedería lo mismo con los que andaban por los alrededores de la ciudad.

Estos, aunque sintieran los toques, no le prestarían atención, porque ya sabían que la marcha era el siguiente día.

Segovia, en verdaderas figurillas, mandó buscar a sus oficiales, donde más o menos sabía se hallarían, para ponerse en marcha aunque fuese con algunos: los demás podrían alcanzarlo después.

La cuestión era que Sandes no se impusiera de lo que sucedía y no encontrase el menor tropiezo para la ejecución de sus órdenes.

Cansado sin duda de esperar, Sandes, contra su costumbre, mandó preguntar si aún no estaban listos, a lo que Segovia respondió que sí.

Sandes le mandó ordenar que se pusiera en marcha inmediatamente, que él lo alcanzaría en seguida, dándole la dirección que debía llevar.

Agradecido del cuidado y cariño de sus amigos, Sandes quería también despedirse de ellos antes de marchar, tanto más, cuanto que no sabía si volvería a Mendoza.

El deseo de cumplir con su deber y demostrar que para esto no estaba enfermo, lo tenía en un estado febril que lo hacía curarse mucho mejor.

El gobernador Molina, su amigo leal, y el médico que con tanta prolijidad lo había asistido, no quisieron dejarlo ir sin quemar el último argumento para detenerlo.

-Diga, amigo -le preguntó el primero-, ¿usted no ha pensado en la falta que puede hacer a su familia y a sus hijos?

-¡He pensado en ellos muchas veces, pero qué le hemos de hacer! algunas amarguras se han de tener en la vida.

-Pues para no tenerlas, para no faltar a los hijos cuando más necesitan del padre, es preciso cuidarse y no provocar un descalabro como el que usted provoca ahora poniéndose en marcha enfermo como está.

-Pero, amigos míos, si yo fuera a pensar en la falta que hago a mis hijos, cada vez que se corre algún peligro, empezaría por sacarle el cuerpo a los combates y tratar de no hallarme presente en ninguno de ellos, haciendo una bien triste figura.

"El militar modelo jamás tiene en cuenta su propia vida, ni las desventuras que su muerte

pueda causar: si no, todos seríamos cobardes y no habría quién quisiera afrontar el menor peligro."

-El peligro de muerte en una batalla es problemático -respondió el médico-: se puede morir como se puede salir ileso: las mismas probabilidades hay para una como para otra cosa.

"Además, en una batalla hay otros intereses que bien merecen jugar la vida.

"Se va buscando el triunfo, la gloria, y el mejoramiento de posición por los suyos mismos.

"Pero aquí, ¿qué va usted buscando con su sacrificio, que va a realizarse antes de que pueda llegar a su destino?

"Aquí no hay probabilidades que correr, de morir o salir ileso.

"Marchando usted ahora, yo opino que va a una muerte segura e inevitable, sin el menor provecho ni para usted ni para el gobierno.

"Usted tendrá que venir aquí a morir en una cama, si no muere en el camino mismo, y la división quedará sin su jefe.

"¿Por qué no se queda y se le incorpora cuando pueda hacerlo siquiera sin peligro de la vida?"

-Porque se me ordena marchar -replicó Sandes, con cierta amargura-, y se me dice que en mí está el éxito de la jornada.

"Ya no es momento de negarme provocando dudas y comprometiendo el éxito de una acción general.

"A ustedes les hace hablar el cariño que me tienen, agregó, y nada más.

"El amigo médico no es infalible, y no puede precisar con esa seguridad que he de morir antes de llegar a mi destino.

"Puede hacerme bien la misma marcha, porque yo estoy también enfermo de aburrimiento y de la inacción en que estoy, y entonces habré ganado en vez de perder."

-No se haga ilusiones, mi coronel -respondió el facultativo-: hay muchos casos en que el médico puede precisar la muerte con absoluta seguridad, y este es fatalmente uno de ellos.

"¡Si usted se agita, si usted hace a caballo una jornada larga o toma parte en operaciones de guerra, no tenga duda de que se muere coronel: si solamente su naturaleza tremenda puede haberlo levantado de la última recaída!"

-Pues conforme me he levantado de ésta, me levantaría de otra más; sobre todo, por ninguna consideración, por nada de este mundo, dejo yo de cumplir la orden recibida.

"El general Paunero espera que mi presencia con mi tropa dará el triunfo: mi marcha puede muy bien importar la terminación de esta guerra desastrosa, y yo no puedo, no debo ni quiero quedarme, suceda lo que suceda.

"Su augurio, amigo mío, no es dictado por nada más que por el cariño que usted me profesa; ya verá cómo a pesar de todo lo que yo haga, volvemos a darnos la mano aquí mismo."

-Dios lo quiera, mí amigo, pero no lo espero: veo demasiado claro para engañarme.

Sandes no dudaba de lo que su médico le decía, pero estaba convencido de que debía sacrificarse antes que faltar a las órdenes del gobierno y la confianza que en él había depositado.

Su falta importaba comprometer una acción de guerra de cuyo fracaso lo harían responsable. No había pues más remedio que marchar a pesar de todo y de todos.

Tanto Molina, como el médico y otros amigos allí presentes, se convencieron de que habían gastado el último argumento para hacer quedar a Sandes y que éste no se quedaría, resolviendo acompañarlo hasta fuera de la ciudad.

-Es un capricho verdaderamente lamentable la marcha caprichosa de este hombre -dijo el doctor a sus amigos-, porque tengo la plena seguridad de que va a costarle la vida.

-No será por culpa nuestra, pues demasiado hicimos por contenerlo, pues creo haber hecho todo lo humanamente posible.

Todos se pusieron en marcha silenciosamente y siguiendo el mismo derrotero que había llevado la división.

Cuando llegaron a las últimas quintas de la ciudad, empezaba a amanecer.

Sandes hizo alto para despedirse de sus amigos e incorporarse a las tropas que debían ir un poco lejos de allí, porque debían haber forzado la marcha mientras que él había andado con suma lentitud.

Y tan alegre como siempre se despidió de ellos hasta muy pronto, diciéndole al médico:

-Ya verá, amigo, cómo pegamos la vuelta sin la menor novedad.

-No lo espero, coronel, que Vd. se ha empeorado y no va a galopar cuatro leguas sin que tenga que regresar.

Sandes picó espuelas a su caballo y partió al gran galope.

A pesar de la alegría que quería imprimir a sus palabras y a su semblante, éste estaba bañado por una palidez amarillenta de muy mal carácter.

-Y ahí donde Vds. lo ven -dijo el médico-, ese hombre debe sufrir mucho: la herida abierta en su interior, debe causarle dolores agudísimos, y sin embargo, ya lo ven, va galopando como si nada tuviera.

"Y es su resistencia lo único que lo mantiene a caballo: es un estado el suyo mortal para cualquier otro hombre."

Tan convencido estaba el médico de lo que decía, que a su indicación, el gobernador Molina mandó detrás de Sandes un ayudante con varios soldados para que lo ayudaran a regresar a Mendoza en caso necesario, o a incorporarse a su división si así lo quería.

Segovia, obedeciendo las órdenes del coronel, había marchado con toda la rapidez posible a trote y galope, de modo que aunque Sandes galopaba seguido y sin descanso, no lo lograba alcanzar.

A la madrugada había hecho un alto para esperar la incorporación de algunos oficiales de los que quedaron en la ciudad, siguiendo inmediatamente la marcha.

Bajo un sol fuertísimo, Sandes galopó todo aquel día, haciendo pequeños altos.

Se sentía mal y estaba sumamente preocupado con lo que le habían dicho.

Y volvía a emprender su marcha al galope, deseando incorporarse cuanto antes a su división, para que no fuera a sucederle un mal percance en medio del campo.

No había notado que le seguía el grupo mandado por el gobernador Molina y se creía solo en el campo, temiendo que algún accidente fuera a hacerlo quedar allí toda la tarde y la noche al raso.

El mal se fue aumentando sin duda hasta llegar a un estado insoportable, pues de pronto es le vio agacharse sobre el caballo y emprender una carrera vertiginosa.

A la caída de la tarde el coronel Sandes se había incorporado a Segovia que había campado, creyendo prudente no moverse de allí hasta que él no llegase.

El estado del coronel era sumamente alarmante.

Postrado por una fatiga de mal carácter, lívido y desencajado, se dejó caer al suelo tapándose con un poncho como si tuviera frío.

De cuando en cuando se quejaba, aunque se veía que hacía esfuerzos terribles para dominarse.

Para que Sandes se quejara era preciso que sufriera de una manera tremenda.

-Voy a hacerle preparar un carrito para que regrese a Mendoza, coronel -le dijo Segovia sin preguntarle qué tenía, porque ya sabía él que no podía ser sino algo grave.

-Esto no es más que la agitación de la marcha -respondió Sandes-, agitación que pronto pasará; esperemos nomás, que en durmiendo un poco estoy bueno.

Pero lejos de ponerse bueno, su estado fue agravándose por momentos hasta que, a la mañana siguiente, parecía un cadáver.

Ese día no pudo montar a caballo, y Segovia mandó arreglar, para transportarlo a Mendoza, un carrito que llevaba con provisiones y otras cosas.

Sandes permitió que lo acomodaran, pero cuando supo que se trataba de traerlo a Mendoza, ordenó se siguiera la marcha, mandando a los que lo conducían se pusiera al frente de la columna en marcha.

A pesar de su estado moribundo, puede decirse, el coronel Sandes no quería abandonar su puesto, persistiendo en que había de ejecutar las órdenes del gobierno.

Recordó entonces lo que le había dicho su médico, y recién fue cuando comprendió que tanto éste como sus amigos habían tenido razón.

Pero a él no le quedaba otro remedio, y si de todos modos había de morir, prefirió morir frente al enemigo que morir tranquilamente en su cama, dado el caso que su enfermedad lo dejara morir tranquilamente.

La gravedad del sufrimiento se aumentaba cada vez más, de tal manera, que tuvo al fin que acceder a las súplicas de Segovia, que lo veía morir lentamente, de marchar más despacio. Entretanto, sus amigos de Mendoza, amigos leales y que lo querían verdaderamente, habían hecho al general Paunero un chasque diciéndole lo que sucedía con Sandes y mostrándole la urgencia que había en ordenar terminantemente al bravo jefe regresase a Mendoza y se pusiera en asistencia.

Como Paunero venía marchando en la misma dirección de Sandes, pronto fue alcanzado por el chasque, e inmediatamente pudo mandar un ayudante y dos soldados para que le llevaran la orden de regresar inmediatamente a Mendoza, dejando que su división siguiera la marcha a órdenes del brillante Segovia.

El general Paunero le mandaba decir que conocía el estado de su salud y que lo haría responsable de toda desobediencia que podía muy bien entorpecer la operación.

El oficial partió inmediatamente atendiendo la urgencia indiscutible del caso, y recién a los tres días dio alcance al coronel Sandes.

La marcha del carro lo había aliviado mucho de sus sufrimientos, pero la gravedad alarmante de su estado no había disminuido nada.

Segovia no se separaba un momento de su lado, haciendo frecuentes altos, ya para darle un trago de coñac, ya un poco de agua fresca.

Ya empezaba a concebir algunas esperanzas de convencer al coronel, que debía regresar a Mendoza, cuando una nueva noticia vino a echarlo todo a perder y a hacer que Sandes, a pesar de su estado, mandara seguir la marcha a trote y galope.

El Chacho había sorprendido al coronel Iseas y le había dado un golpe serio y de trascendencia en aquellos momentos, porque la división de Iseas quedaba imposibilitada entonces de concurrir al ataque general como lo había dispuesto Paunero.

Fue un nuevo y bárbaro crimen de los cometidos por Iseas lo que motivó la sorpresa que tan cara debía costarle.

Marchando hacia los llanos de La Rioja, las avanzadas de Iseas tomaron un oficial prisionero, que pertenecía a las fuerzas del Chacho, y que salía de la provincia de San Luis donde indudablemente había venido a bombarlo.

En esta sospecha no se equivocaba Iseas: aquel oficial había venido a San Luis a hacer una visita a una niña con quien debía casarse y al mismo tiempo a informarse del estado y posición de la división de Iseas, para hacérselo saber a Peñaloza.

Este esperaba a pocas leguas de allí su regreso para internarse más en los llanos, o atacar a Iseas, según los datos que le trajera su oficial.

Chacho sabía que se preparaba contra él un ataque recio, combinado entre las tres divisiones, pero sabía también que Sandes venía en muy mal estado y que Paunero tardaría mucho en

llegar.

De modo que si él lograba sorprender a Iseas y batirlo, aseguraba en su favor el resultado de la acción general.

Iseas, que también calculaba que Chacho no podía andar lejos de allí, en cuanto le trajeron al oficial prisionero lo interrogó con cierta habilidad y astucia, para arrancarle lo que debía saber, es decir, dónde se hallaba Peñaloza.

El oficial a su vez se encontraba en una situación difícil: no sabía cómo negar que pertenecía a las fuerzas del Chacho, porque su uniforme lo había vendido, y además llevaba consigo una comunicación que establecía por completo aquella verdad.

Pero si astuto era Iseas, más astuto era el oficial, y resolvió cantar de plano lo que ya sabía, es decir, que era un oficial del Chacho, para ocultar mejor lo que más querían saber: el punto donde se hallaba el Chacho.

A las primeras preguntas, para que menos fuera a dudarse de él en adelante, el oficial confesó que pertenecía a las fuerzas de los montoneros, pero que se había separado de ellos cansado de andar disparando de un lado a otro y convencido de que Chacho no podía luchar contra el Gobierno Nacional y que tarde o temprano tendría que sucumbir.

-Y si te has separado del ejército del Chacho -observó el terrible Iseas-, ¿por qué salías ahora de San Luis en dirección a La Rioja?

-Por una razón muy sencilla: porque soy de La Rioja y allí tengo mis intereses y mi familia.

"Además, en La Rioja estaba más seguro de no ser molestado ni por los chachistas ni por los del gobierno, que nunca van hasta allá."

-Y si esto es cierto, ¿por qué te habías venido a San Luis en vez de irte a La Rioja?

-Es muy sencillo -respondió el joven sin turbarse y con la mayor naturalidad-. Yo tengo mi novia en San Luis, con quien debía casarme cuando me tomaron las fuerzas del Chacho.

"Una vez desertado de entre ellos, lo primero que he atinado ha sido venir a visitar a mi novia y tranquilizarla respecto a mi persona, y en seguida traté de pasar a La Rioja, porque supe que aquí andaban fuerzas del gobierno."

-Puede ser esto verdad como puede ser mentira -exclamó Iseas, que mientras hablaba maduraba un plan infernal.

"Antes de entrar a otras cosas, quiero que me digas donde está Chacho actualmente."

-Aunque tendría gusto en complacer a usted, me es imposible hacerlo, pues como ya hace más de diez días que me separé de él, no sé dónde puede andar.

"Cuando yo me deserté de sus filas, el Chacho iba en marcha con todo su ejército hacia Mendoza para batir al coronel Sandes que se hallaba allí.

"Supongo que a la fecha ya habrán peleado y que Chacho ocupará a Mendoza si le ha ido bien, o se habrá corrido para Córdoba si le ha ido mal."

-Mentira: Chacho está en los llanos y vos ibas a incorporártele.

-Dios me libre, señor -respondió el oficial con una naturalidad que engañó a Iseas-: para incorporármele de nuevo no valía la pena de haber desertado.

-Bueno, vamos a ver: si has mentido yo lo voy a saber al momento: la prueba es muy sencilla. ¿Dónde vive y cómo se llama la novia que has venido a visitar a San Luis?

El joven que encontró excelente el medio de prueba, dijo en el acto cómo se llamaba y dónde vivía la niña, mandando Iseas traerla al campamento inmediatamente.

El joven hizo entonces algunas observaciones, pidiendo fueran más bien a su casa, pero temiendo que esto fuera a hacer desconfiar a Iseas, consintió en ello, pues de todos modos siempre hacía aquél lo que le diera la gana y no lo que le pidieran.

Iseas estaba madurando uno de aquellos actos feroces que no entraban en los cálculos ni de los mismos que conocían lo perverso de sus sentimientos.

Como el campamento estaba cerca de la ciudad, una hora después regresaba la escolta que había enviado Iseas, trayendo a la novia del oficial, la madre y un hermano que no habían querido dejarla venir sola, aterrados al saber que era Iseas el que la mandaba buscar. Era aquella una familia que, aunque no pertenecía a las primeras de San Luis, gozaba de una posición muy desahogada y era estimadísima por cuantos la conocían.

Si hubiera sido otro el jefe que la mandara llamar, ellos hubieran venido sin la menor desconfianza; pero siendo Iseas, cuya ferocidad era de todos conocida, estaban verdaderamente aterrados y presintiendo alguna gran desgracia.

Y cuando al llegar a presencia de Iseas vieron al oficial riojano, que estaba sonriente y tranquilo, se calmaron un poco, no atinando sin embargo con la causa del llamado.

Iseas sonreía también, gozando de antemano de la escena formidable que preparaba.

-Dice este joven que es tu novio -interrogó-, y que ha venido a San Luis para avisarle que pasaba a La Rioja porque había desertado de las fuerzas del Chacho.

Iseas dictaba así a la joven, sin sospechárselo, la respuesta que debía dar, así es que ella comprendiendo que era necesario acertar en lo que su novio había dicho, repuso que era cierto todo, que estaba de novio hacía mucho tiempo y que el objeto de su venida a San Luis había sido aquel.

-¡Soberbio! -exclamó Iseas, frotándose las manos-: era lo que yo quería saber.

Ahora vas a decirme si es verdad que estás enamorada del montonero y si te casas gustosa.

La joven, oyendo turbada lo que por su amor Iseas trataba era de casarla, cantó de plano todos sus amores asegurando que casarse con el joven era la única ambición de toda su vida.

-¡Soberbio! ¡soberbio! -gritó Iseas fuera de sí-: y después dirán que no tengo tino para saber lo que quiero: ahora lo van a ver.

Era tal la expresión que tomó la fisonomía de Iseas al decir esto, que todos los prisioneros, sin saber por qué, quedaron aterrados.

-Vamos a ver, montonero, y vos también montonera, puesto que sos su novia, ahora mismo me van a decir dónde anda el Chacho o te hago secar a vos en las estacas y a ella la caso con cualquiera de mis ayudantes.

El terror más espantoso se apoderó entonces de aquellas infelices: harto conocían a Iseas para saber que haría al pie de la letra cuanto había dicho.

-Convengo que conmigo se haga cualquier herejía, puesto que al fin y al cabo he pertenecido a las fuerzas del Chacho y puede creerse que sé dónde está: pero ella no tiene nada que ver con esto, nada puede saber del tal Chacho, y sería injusto hacerle nada.

-Lo dicho, dicho -exclamó Iseas brutalmente-: o me dicen ahora mismo dónde está el Chacho o hago lo que he prometido.

La situación para el joven no podía ser más terrible.

Ella nada decía, porque en realidad nada sabía, y sería sacrificada de la manera monstruosa que se les había anunciado.

Para él era inmensamente duro vender al gran caudillo: no lo hubiera hecho aunque lo hubieran cortado en pedazos: pero tratándose de sacrificar a su novia, a aquella niña que tanto lo amaba, era distinto: hubiera vendido a todos los Chachos de este mundo.

Antes de hacerlo, antes de delatar al gran caudillo, el joven trató de ensayar si Iseas cumpliría su amenaza.

De que a él lo matarían estaba seguro, pero quería cerciorarse si la amenaza a su novia podría cumplirse.

-Inútil es todo lo que usted haga, mi coronel -dijo el joven-, lo que hoy he dicho es la verdad: el Chacho ha marchado sobre Mendoza hace diez días.

La joven se echó a llorar amargamente, y se abrazó de las rodillas de Iseas, pidiéndole gracia;

pero aquel bárbaro mandó que allí mismo, y en presencia de las mujeres, el oficial riojano fuera estaqueado.

Y para apurarlo más, mandó venir al capellán de la división, diciéndole que era para que casase a la joven con el más feo de sus ayudantes.

El oficial prisionero se estremeció poderosamente, pero no opuso la menor resistencia, dejándose amarrar en las estacas con resignación heroica.

Entonces se le acercó su futuro cuñado, y le enrostró feamente su proceder.

-Tú puedes ser todo lo fiel que quieras al Chacho -le dijo-, aún a costa de tu vida misma; pero no tienes el derecho de sacrificar a mi hermana, y enlutarnos a todos por el delito de haberte querido.

-Habla y sálvate -gimió la joven-, por ti solo, no por mí, pues de todos modos tu muerte ha de ser la mía.

La pobre madre retorció sus manos de desesperación, pidiendo a Iseas de todos modos que no sacrificara injustamente a su hija.

Pero Iseas era un espíritu refractario a todo movimiento de piedad: las súplicas lo exasperaban en vez de calmarlo, así es que gritó a los soldados apretaran las estacas todo lo posible.

Apurado por las lágrimas de las mujeres y los reproches amargos y razonables de su amigo, el joven lanzó un alarido producido por el dolor bárbaro que sufría y dijo que le aflojaran los correones que iba a hablar.

Y sonriendo de una manera feroz, Iseas lo mandó sacar de las estacas, mientras decía:

-Ya sabía yo que hablarías, puerco de porra, pero te prevengo que a la primera mentira te hago degollar.

-No tengo que mentir -contestó el joven-, porque no es ese mi propósito.

"Yo hubiera ocultado hasta la muerte el paraje donde se hallaba Chacho, pero obligado a hablar por salvarla, y no teniendo otro remedio de hacerlo, haré completo el sacrificio y diré cuanto se quiera preguntarme.

Y el joven dijo cuánta gente tenía el Chacho, cuáles eran sus intenciones y el paraje donde entonces debía hallarse y que él calculaba solo, porque hacía tres días que se había separado de sus filas para venir a San Luis.

Y el joven agrió el semblante bajo el peso de la infamia que acababa de cometer.

Pero no había otro medio de salvar a su novia del más cobarde atentado.

Iseas rió estrepitosamente de su estratagema que tan buen resultado daba, pero no se conformaba en manera alguna con que aquello pasara así nomás, sin lágrimas y sin sangre.

Y mandó llevar a los novios al cuerpo de guardia en calidad de presos.

Antes de ponerlos en libertad, según dijo, era preciso cerciorarse si lo confesado por él era cierto, o era una fábula inventada para salir del paso y nada más.

La madre pidió a Iseas la dejara volver a su casa, porque su hija no podía pasar la noche en un campamento, pero se burlaron de su pretensión mandándola salir de allí sobre tablas.

La pobre señora se exasperó, protestó de aquel atentado, e Iseas entonces la mandó sacar a empujones y golpes.

Por grande y seguro que fuera el peligro que corría, el hijo no pudo sufrir tal humillación y vejamen, y poniéndose al lado de la madre trató de contener a los que la golpeaban.

Iseas entonces, fuera de sí de ira, mandó que sacaran la mujer del campamento a la rastra y, al insolente que se oponía al cumplimiento de sus órdenes, lo estaquearan, para que aprendiese en lo sucesivo.

El joven hizo una resistencia desesperada, lo que concluyó de irritar a Iseas.

La pobre madre, al ver el modo como trataban a su hijo y el peligro que corría entre aquella gente, no quería salir del campamento y se debatía entre los soldados pugnando por quedarse.

Pero medio enloquecida por los golpes y la angustia, fue arrojada por fin del campamento en un estado lamentable.

El plan de Iseas en casar la novia del montonero con el más feo de sus ayudantes, no había sido abandonado.

Al contrario, efectuándolo, se proporcionaba una diversión de lo más cómico que pueda imaginarse.

Y ya había hecho preparar para las bodas a un santiagueño picado de viruelas, que había ascendido de asistente ayudante suyo.

Era el ayudante que le servía de verdugo en momentos dados, degollando con inimitable frescura y desembarazo a las personas que su jefe le indicaba.

-Yo te voy a casar con la muchacha -le había dicho Iseas-, pero antes es preciso degollar al montonero que está con ella.

El ayudante llevó la mano al cuchillo como si quisiera ejecutar la orden sobre tablas; pero Iseas lo contuvo diciéndole que aún no era tiempo, que debían esperar un par de días para ver si era cierto todo lo que, referente al Chacho, había dicho el joven.

Este estaba en el cuerpo de guardia tratado duramente y sirviendo de blanco a las sátiras groseras y perversas de los soldados.

La joven no cesaba de llorar un momento: aquella situación la mortificaba de una manera terrible y las palabras que se producían a su lado le causaban un desagrado espantable.

Aquella joven no era muy bella, siendo este el tema de toda las pullas groseras y soeces la mayor parte.

Iseas dio orden de marcha para el día siguiente e hizo acollarar a los dos novios como si se tratara de dos animales, debiendo marchar a la cabeza de la columna, montados sobre dos mulas que irían también acollaradas.

Una vez que Iseas se convenciera de que el joven no lo había engañado y que las fuerzas de Peñaloza estaban en el punto que él decía, ejecutaría el matrimonio de su ayudante, haciendo servir de padrino al mismo oficial montonero.

El plan no podía ser más diabólico.

Pero su ejecución estaba haciendo perder a Iseas un tiempo precioso.

En el mismo momento que el oficial chachista fue hecho prisionero, partió de San Luis un chasque en busca de Peñaloza, para darle detalles exactos sobre la situación de Iseas y la prisión de su oficial.

Peñaloza desprendió dos regimientos de caballería, que marcharon al encuentro de Iseas para darle un buen golpe de manos y facilitar la huida de los prisioneros que pudiera tener.

Bien montados, los montoneros se aproximaron a Iseas, cuando aquél creía ir a sorprender al Chacho emboscándose para sorprenderlo en el momento que menos lo pensara.

Y calculando con precisión el paraje por donde había de pasar se emboscaron en un monte casi encima del camino y esperaron el paso de Iseas.

Este, que no podía calcular que tenía un enemigo tan próximo, marchaba descuidadamente distraído con la idea de sorprender a Peñaloza antes que llegaran Sandes y Paunero.

Era aún de día muy claro cuando entraron al camino donde la montonera se hallaba emboscada y, como se veía claramente todo, Iseas no tomó ninguna precaución, creyendo suficiente la guardia avanzada que marchaba como una legua a vanguardia.

Los montoneros entretanto lo estaban viendo por entre los árboles y calculando el modo más seguro de dar el golpe.

Y se ocultaron en el mayor silencio, pero listos para salir en son de carga, flanqueando la columna de Iseas una mitad, mientras la otra mitad lo tomaba por retaguardia.

Iseas pasó por el lado del monte, sin notar la menor cosa que le hiciera temer la presencia del

enemigo, ni sospecharla siquiera.

Los montoneros habían dejado pasar la guardia avanzada y cuando vieron llegar a Iseas se ocultaron más, saliendo como una tormenta cuando había pasado una mitad de la columna.

Los chachistas atacaron a sable y lanza con un vigor extraordinario y eficaz.

Sorprendida por el flanco y la retaguardia, la columna de Iseas se hizo un remolino: creyó que se las había con todo el ejército de Peñaloza y se dejó dominar por el terror.

Tomada la columna en desorganización completa, los montoneros empezaron a sablear a su gusto, sin que el enemigo volviera de su gran asombro y atinara con algún movimiento que los pusiera siquiera en condiciones de no ser muertos estérilmente.

Iseas había tratado en el primer momento de contener su tropa y rehacerla pronto, a costa de todo sacrificio.

Pero el pánico causado por la sorpresa era tremendo, y con razón, porque la carga de flanco había sido muy violenta.

Bravo y convencido de que no había otra salvación posible porque la guardia nacional empezaba a dispersarse, hizo echar pie a tierra al regimiento 4º y formar cuadro con sus carabinas cargadas.

Los chachistas se detuvieron ante la actitud del 4º y siguieron acosando de todos modos a la guardia nacional que huía o se plegaba al enemigo, según el apuro del momento.

La mayor parte de aquella pobre gente eran paisanos arrancados violentamente de su hogar, chachistas de corazón, pero que seguían el destino que se les había dado, persuadidos de que resistiéndose no lograrían otra cosa que hacerse fusilar.

Así es que cuando vieron que los chachistas se imponían y obligaban a formar cuadro a la única tropa de línea que iba con ellos, se pasaron todos los que no habían disparado aún.

Iseas al formar cuadro había tenido buen cuidado de dejar encerrado en él al oficial prisionero y a la joven, que empezaban a concebir esperanzas de salvación.

La desesperación de Iseas era inmensa al verse reducido a la más absoluta inmovilidad.

Los chachistas no se le aproximaban, pero en cuanto los veían intentar montar a caballo amagaban una carga y los obligaban a volver al cuadro, cuyas cargas hacían un fuego ralo, pero que algunas bajas lograba causar.

Era preciso retirarse de allí a toda costa, para evitar que cerrara la noche y llegara a los chachistas algún refuerzo que lo pusiera en mayores apuros.

Pero para retirarse de entre aquellas guerrillas, era necesario abandonar los caballos de una manera definitiva y resolverse a emprender a pie la marcha, porque era necesario retirarse en cuadro.

Todos los instintos feroces se habían despertado en Iseas de una manera terrible.

Los prisioneros que llevaba en el cuadro empezaron a estorbarle, porque había que distraer en ellos la atención de la tropa, atención que se necesitaba para la propia defensa.

Además, si el enemigo se resolvía a afrontar los fuegos y los apuraba un poco, aquellos prisioneros podrían escaparse con facilidad, burlando los planes que sobre ellos habían formado.

Iseas no era hombre de perder un espectáculo de sangre preparado con tanta anticipación.

Así es que en la primera tregua que le dio el enemigo replegándose al monte, decidió concluir con ellos y sacarse de encima aquel estorbo.

Como había abandonado sus caballos para retirarse en marcha, y éstos estaban ensillados, el enemigo los dejó tranquilos y sólo se preocupó en quitar y arrear aquellos caballos que le venían como llovidos del cielo, porque ninguno de ellos tenía una montura que valiera la pena.

Iseas hizo alto entonces y, bajándose de su caballo, mandó a la escolta que lo rodeaba

degollase a los dos prisioneros para evitarse el trabajo de cuidarlos.

Al escuchar la salvaje orden, la pobre joven cayó de rodillas agobiada por el terror y rompió a llorar amargamente.

Con los ojos terriblemente dilatados y la boca entreabierta con esa expresión de idiotismo que imprime el miedo a la fisonomía humana, el aspecto de aquella pobre mujer hubiera conmovido a cualquiera, pero a cualquiera que no fuera el coronel Iseas.

Los mismos soldados que la tomaron de los brazos para cumplir la orden, seres desalmados por el hábito que tenían de toda especie de crueldades, se sintieron conmovidos y perplejos, sin atinar a lo que hacían.

Fue necesario un terno formidable de aquel bárbaro, para que sacasen el cuchillo, aunque sin atreverse a usarlo todavía.

El oficial del Chacho, que extrañaba verse vivo todavía, al oír la orden de Iseas, sonrió con melancolía y deteniéndose con un ademán a los que lo acometían, se acercó a Iseas y le dijo: -Convengo en que usted me haga degollar porque al fin y al cabo pertenezco al enemigo: soy enemigo suyo y soy franco: si usted cayera en mis manos lo degollaría yo mismo.

"Pero degollar a esa joven que ningún mal ha hecho es una cobardía que no alcanzo, porque es una cobardía sin objeto alguno y que ninguna ventaja puede causar.

"Haga pues conmigo lo que quiera, ya que es preciso la sangre de alguno para distraerlo, pero respete a esa mujer, siquiera para no dar el derecho de que se le llame cobarde."

-Yo te hago degollar a vos y a ella -rugió Iseas-, porque los dos me han vendido, trayéndome a esta emboscada que conocían, y tan culpable es uno como el otro.

"Y den gracias que no hago más que degollarlos, porque antes los debía someter a un castigo ejemplar."

-Juro por cuanto hay de sagrado en el mundo -dijo solemnemente el oficial-, que yo ignoraba esta emboscada: si la hubiera previsto le hubiera hecho variar de dirección, porque yo no cometo cobardías.

"Sin embargo, si usted cree que soy culpable haga lo que quiera, pero con decoro de su propio rango militar, haga respetar a esa joven, que no tiene culpa de nada, y que ha sido arrancada a su hogar por el solo delito de ser mi novia."

-Vos y ella, vos primero y ella después -rugió Iseas, pegándole con su rebenque en la cabeza.

La pobre joven, que estaba a pocas varas de éste, al ver lo que hacían con su amante, quiso aproximársele, aunque más no fuera para consolarlo con un cariño, pero no pudo moverse porque el terror la había postrado completamente.

No tenía aliento ni para dar un paso, ni siquiera para incorporarse en el paraje donde había caído arrodillada.

-Pronto -gritó Iseas-, pronto, que hay que ganar tiempo y retirarse sin tener que andar cuidando a estos sarnosos; a éste primero: degüéllenmelo pronto.

-¡Cobarde! -gritó el joven con una sonrisa suprema-. ¡Dios no está en vano en el cielo y algún día cobrarás el premio de esta hazaña!

Aquello solo sirvió para exasperar a Iseas, que se bajó del caballo y acercándose al joven volvió a golpearlo con el rebenque, mientras le cortaban el pescuezo.

El pobre joven murió de una manera heroica.

No hizo el menor movimiento para defenderse: aceptó el martirio con una resignación magnífica, y clavando en Iseas sus ojos valientes, rindió la vida sin apagar la sonrisa de sus labios.

Sus mismos verdugos no pudieron reprimir un movimiento de asombro y de admiración.

Aquel cuerpo se agitó en convulsiones violentas, quedando inmóvil, cuando por sus bárbaras heridas hubo salido la última gota de sangre.

Iseas golpeó todavía con su pie aquel tronco inmóvil: hizo rodar la lívida y noble cabeza y riendo brutalmente se volvió al grupo donde estaba la joven.

La pobre niña estaba bajo la impresión de un estupor profundo.

Había visto morir a su amante, y la impresión de su muerte había sido tan violenta, que cayó en un estado de melancolía profunda; género de locura conmovedora e imponente.

Aquellos bellos ojos, que expresaban la pena más amarga en su inmovilidad inalterable, no conmovieron a Iseas, que hizo señas a los suyos de que la degollaran también.

-¡Que la degüellen, he dicho! -gritó, viendo que nadie se movía-, ¡o me degüello yo media docena de ustedes!

La joven permaneció inmóvil como si no hubiera oído las terribles palabras, y como si estuviera muerta, pareció no sentir tampoco las manos que la tomaron y echaron hacia atrás su cabeza juvenil tomándola por el cabello.

Con la mirada fija en el cadáver de su amante, ni siquiera hizo el movimiento más leve al sentir, sobre su cuello albo, el filo perezoso del cuchillo.

Y el degüello fue consumado sin que hubiera partido de aquella garganta tan cruelmente dividida la menor queja.

Fue recién cuando la cabeza cayó hacia la espalda, colgando de las articulaciones, que el cuerpo se agitó en las convulsiones de la muerte, quedando en seguida en inmovilidad cadavérica.

Los soldados, que habían ejecutado la incalificable orden, estaban tan pálidos como la misma cabeza de la degollada, sin atreverse a mirar a Iseas.

-¡Si no fuera porque estamos en situación un poco apurada, yo les había de enseñar a mariquear, hijos de mala madre - exclamó.

"¡Y no estaba mala la canalla! qué botas se hubiera puesto mi ayudante si yo hubiera hecho desde el primer momento lo que pensé."

Y montó de nuevo a caballo, emprendiendo su retirada hacia San Luis, siempre formado en cuadro.

Los montoneros, entretanto, no habían podido darse una cuenta exacta de lo que pasaba dentro del cuadro del 4º porque estaban lejos y el grupo de soldados ocultaba las víctimas. Recién cuando se retiró Iseas un par de cuadras y pudieron llegar al paraje que aquél había ocupado, se dieron cuenta del crimen que se había cometido, y la indignación de aquella gente fue tremenda.

-¡Esta es gente nuestra! -exclamaron algunos que conocían al oficial riojano-, y esta joven no ha de haber cometido otro delito que andar con él.

Y rompieron, fuertemente impresionados, sus hostilidades contra el cuadro que se retiraba.

Iseas estaba en una posición sumamente difícil: no tenía caballos y a pie le era imposible hacer otra cosa que defenderse en retirada, y con mucho trabajo porque las partidas de montoneros empezaron a querer rodearlo para estrecharlo en un círculo y obligarlo a rendirse, o despedazarlo.

Los chachistas tenían muy pocas armas de fuego y éstas mismas eran muy malas, y con el sable y la lanza no se animaban a cargar el cuadro por el fuego con que éste los recibía: se contentaban con amagar sus cargas por todos lados y tenerlos en continua alarma.

Si con aquella montonera hubiera ido el Chacho o alguno de sus segundos, Iseas no hubiera podido sostenerse mucho tiempo y hubiera sido rápidamente deshecho.

Pero el caudillo que los guiaba, un joven de Catamarca, no tenía aquella audacia necesaria para un golpe de esta naturaleza.

El creía además haber cumplido las intenciones que tuvo Chacho al mandarlo, puesto que se les había quitado hasta los caballos ensillados, y no quería comprometer aquel resultado con

un acto temerario que podía muy bien darle un mal resultado.

Así es que se limitó a hacerle más difícil su retirada, hostilizándolo de todos modos, hasta que decidió retirarse también antes que cerrara la noche.

Iseas podía muy bien ir retirándose hacia alguna reserva dejada a corta distancia de allí, y el joven, en la duda, resolvió no avanzar más por el momento y retirarse protegido por la oscuridad de la noche.

Los prisioneros hechos en el combate, como los que se habían pasado por no poder huir, quedaron en completa libertad de hacer lo que más les conviniera: seguir con él, dispersarse o volverse a incorporar a Iseas.

Pero no hubo ni uno solo que optara por esto último.

-Si volvemos a Iseas -decían-, es capaz de hacernos fusilar, porque no hemos peleado, porque nos hemos dejado tomar, o porque le da la gana.

Y por huir de Iseas, a quien tenían un terror imponderable, siguieron con la partida de montoneros, buscando la incorporación de Chacho, con quien estarían bien garantidos.

Iseas siguió haciendo una retirada penosa y sin descanso durante la noche.

Siempre prevenido, temía que el enemigo le cayera en cualquier momento, protegido por la misma oscuridad y le rompiera el cuadro poniendo sus tropas en desbande.

Los soldados estaban postrados de fatiga y de necesidad, pero alerta, porque si desmayaban un momento, su perdición era segura.

Al amanecer del día siguiente, Iseas observó que estaba solo y comprendió que el enemigo había también emprendido su retirada la noche anterior, pues no había por allí el menor vestigio suyo.

Y, después de un descanso conveniente, volvió a seguir retirándose hacia San Luis, en columna y con el regimiento postrado.

Esta fue la noticia que levantó el espíritu viril de Sandes y lo decidió a seguir adelante, a pesar de su estado gravísimo.

La orden del general Paunero no podía haber llegado a Sandes en un momento más oportuno, porque después de lo sucedido a Iseas él hubiera seguido hasta el fin, aun, estando moribundo. Así es que, aunque todo su deseo era llegar a donde estaba Chacho oportunamente, se resignó, desde que no había otro remedio, y se dejó conducir a Mendoza.

Allí lo rodearon inmediatamente sus amigos más leales para prestarle la asistencia más esmerada, en la que se turnaban cariñosamente los oficiales que habían venido acompañándolo.

Aquella naturaleza de asombroso vigor luchaba poderosamente con la muerte que se empeñaba en hacer presa de ella, sin lograr avanzar ni un paso.

La medicina y cirugía nada tenían que hacer ya allí; era la naturaleza y el espíritu de aquel hombre imponderable los que luchaban con rápidas y fuertes alternativas.

El ejército había suspendido momentáneamente sus operaciones, porque sin Sandes le faltaba un poderoso contingente, como competencia en aquella guerra tan original y difícil, donde la táctica venía a estrellarse contra la suprema astucia.

La falta de Sandes se hacía sentir entonces doblemente, pues el contraste sufrido por Iseas había dejado las operaciones de guerra en su situación más difícil.

Nadie sabía precisamente el punto donde se hallaba Chacho.

Se le iba a buscar a una parte haciendo serios sacrificios para no demorarse en el camino, y cuando se llegaba allí, se tenían noticias de que Chacho andaba por rumbo diametralmente opuesto, haciendo lo que le daba la gana.

-Chacho ha llegado a tal punto -se decía-, y ha campado allí con todo su ejército para moverse en tal o cual dirección-; y el ejército se ponía inmediatamente en marcha.

Muchas veces se veía sus fogones lucir entre la oscuridad de la noche y se avanzaba con suma precaución, esperando la luz del día para llevar el ataque.

Pero, cuando el día aclaraba y el ejército se ponía en marcha, resultaba que allí sólo quedaban los fogones de la montonera como único enemigo: el ejército del Chacho había marchado ya, sin saberse adónde.

Se seguía entonces una marcha rápida en la dirección que suponían había seguido, y cuando se creía alcanzarlo ya, se sentía a la retaguardia de la columna fuertes grupos de montoneros que venían a hostilizarla.

En vez de ser ellos los que iban persiguiendo a Chacho, era Peñaloza el que los perseguía picándoles ya la retaguardia.

Entonces se cambiaba la dirección de la marcha y se marchaba en sentido opuesto desplegando guerrillas, puesto que el enemigo estaba encima.

Y así se continuaba todo el día, viéndose la retaguardia enemiga.

Pero al día siguiente ya el Chacho había desaparecido para hacerse sentir nuevamente por la retaguardia, por algún flanco de la columna, o en el punto en que el ejército había estado acampado dos días antes.

Así el Chacho los traía medio enloquecidos, sin que pudieran emprender una operación segura.

Como el ejército tenía que moverse con infanterías, artillería, parque y todo lo demás, de necesidad imprescindible, por rápidas que fueran sus marchas, tenían que ser pesadas y lentas, con relación a un ejército ligero, de caballería todo, y conocedor del terreno en que operaba con una precisión matemática.

Los montoneros sabían perfectamente las aguadas y los caminos más cortos que a ellas conducían, mientras que el ejército tenía que buscarlas, sin la seguridad de hallarlas en buenas condiciones.

Muchas veces había que desandar diez o veinte leguas para llegar a una aguada conocida, y cuando iba a utilizarse, resultaba que el enemigo la había dejado inservible, no sólo para la tropa, sino para las caballadas mismas.

De aquí resultaba que el ejército andaba a pie e imposibilitado de operar con rapidez, porque sus mejores caballadas quedaban rápidamente destruidas por las marchas continuas y por la falta de agua.

Las mismas caballadas de refresco que se mandaban al ejército desde Córdoba, Santa Fe y San Juan, cuando le llegaban iban en el mismo estado que las que tenía, pudiéndose apenas entresacar de ellas la quinta o sexta parte, y esto en un no muy famoso estado.

Y como los montoneros, dueños de todos los recursos, andaban siempre bien montados, resultaba que ellos podían hacer jornadas de veinte o treinta leguas, cuando el ejército podía andar seis u ocho.

Las provincias por donde cruzaban no podían proporcionar el menor elemento, ni en hombres ni en caballos, porque ya Chacho había sacado de ellas cuanto podía sacarse y porque lo poco que quedaba se lo ocultaban al ejército para dificultar todos sus movimientos y ayudar a Chacho de todos modos.

No podía el jefe del ejército guiarse del menor informe voluntario que se le daba, y como Paunero era enemigo de imponerse por el rigor y echando mano de medios severos, siempre andaba careciendo de noticias referentes a Chacho y a los movimientos de su ejército.

Entre los mismos gobernadores, los que más lealtad demostraban al gobierno nacional, eran los más amigos que tenía Chacho, mirado por todos ellos como el defensor de los derechos y libertades de las provincias, puestas a contribución de sangre y dinero por los jefes nacionales, y tratadas como tribus de indios.

Y el general Paunero, que podía haberse impuesto por las prendas estimables de su carácter, tenía que luchar como primer enemigo con la fama tremenda dejada por el ejército a sus órdenes.

Chacho, que había tomado por modelo al noble general Lavalle, tenía su manera original de sacar a las provincias su contribución de dinero y de artículos de primera necesidad.

El no imponía jamás que se le diera tal o cual cantidad de dinero o haciendas, ni imponía a los gobiernos una contribución arreglada a los recursos de cada provincia.

Así que llegaba a la capital de alguna provincia de importancia, como San Juan y Córdoba, por ejemplo, campaba a una legua de la ciudad, prohibiendo que persona alguna se separara del campamento sin licencia expresa.

En seguida nombraba en comisión a diez, quince o más jefes y oficiales que entresacaba de entre los más cultos y educados, comisión original que demostraba toda la nobleza de aquel espíritu varonil y abnegado.

Cada jefe u oficial de éstos entraba a la ciudad seguido de una escolta de cuatro hombres, solicitando de puerta en puerta una limosna para el ejército de Peñaloza; limosna que podía ser indistintamente de dinero o de víveres.

Las familias contribuían con dinero, y el comercio con dinero y víveres en tal cantidad, que era preciso conducirlos en carretas al campamento del Chacho.

El gobierno era requerido en la forma de los particulares: "Señor, el general Peñaloza manda pedir una limosna con que aliviar la miseria de sus soldados, al ciudadano y al gobernador". De esta manera el Chacho sacaba para vivir un par de meses con la economía a que estaban acostumbradas sus tropas.

Las familias según su grado de chachismo, además de la limosna que daban, mandaban obsequiar a los jefes y ofrecer sus casas para alojamiento de tantos oficiales, según su comodidad y sus medios, durante el tiempo que fueran a permanecer allí campados.

Esta invitación, aceptada siempre, no dio jamás lugar a que se arrepintiera la familia que la había hecho.

Los jefes y oficiales se comportaban de una manera irreprochable, dejando siempre el mejor recuerdo.

Es verdad que el oficial que hubiera abusado en cualquier sentido de la hospitalidad, que tan generosamente se le brindaba, hubiera sido arrojado inmediatamente de las filas del ejército.

De aquí nacía el chachismo en la mayoría de las provincias del Norte, tratadas con suma dureza por las tropas nacionales que las ocuparon.

Por eso es que a estas ocultaban todo, mientras que para las tropas de Peñaloza se abrían todas las puertas y todas las fuentes de recursos.

El que nada quería dar, nada daba; pero nadie era violentado a hacer lo que no quería o no podía.

El pedido de limosna duraba tantos días, cuantos necesitaban los jefes y oficiales para recorrer toda la ciudad, puerta por puerta.

El campamento se llenaba de visitas que venían a pasear, y como nunca lo hacían sin llevar algo, todos eran espléndidamente recibidos y agasajados, pobre pero cordialmente.

Y mientras unas comisiones recorrían la ciudad, otras más numerosas andaban por la campaña pidiendo, en los establecimientos de campo, una limosna para la gente de Peñaloza.

Quien una vaca, quien cinco, éste ovejas, aquél cabras y el otro novillos, todos ponían su óbolo más o menos valioso, para que aquella gente pudiera reunir una tropa con que hacer frente a sus necesidades.

Muchas veces aquellas comisiones daban con alguna tropa del gobierno que estaba a pastoreo en algún paraje.

Y la arreaban sin decir una palabra a aquellos que la cuidaban y la llevaban al campamento para que Chacho ordenara lo que debía de hacerse.

Así, durante el tiempo del campamento, se guardaban los víveres secos y el dinero, y se comía la carne en abundancia, para llevar a la retirada la menor cantidad de hacienda, por lo difícil que era andar con arreos en aquella guerra tan difícil y accidentada.

Cuando tenía mucha hacienda y calculaba poderlo hacer sin peligro, Chacho despachaba una o dos compañías, con un arreo que pudieran llevar fácilmente.

Aquel arreo era conducido hasta La Rioja, por los caminos más escabrosos, donde no pudiera hallarse enemigo.

Y allí se negociaba, se cambiaba por otras cosas y se guardaba a pastoreo para echar mano de ello en cualquier caso de necesidad.

Como se hacían pequeñas y calculadas a salvar todo género de inconvenientes, la mayor parte de aquellas tropas salvaban, yendo a engrosar el arreo de los llanos que era ya bastante numeroso.

Y allí acudían las familias de los chachistas en campaña, más apuradas por la miseria, a las que se ayudaba según los recursos del arreo.

Porque no estando Chacho en La Rioja, no eran las órdenes del gobernador sino las de la Victoria, las que obedecían la gente destacada por el Chacho.

A ella acudían los necesitados y miserables, y era ella la que daba las órdenes para que se les entregara tal o cual cantidad de carne.

Cuando ya se habían agotado todos los recursos de la limosna en una parte, Chacho levantaba campamento y se iba a otra parte, después de haber mandado a La Rioja toda la hacienda dividida en pequeños grupos para hacer más fácil su conducción.

Así destinaba cierto tiempo a hacerse de víveres hasta que reunía lo necesario para asegurar la vida del ejército por largo tiempo.

Y entonces abría una nueva campaña de persecuciones y sorpresas, para tener al enemigo en continuo movimiento, mortificándolo y obligándolo a cansar sus caballos sin ningún resultado satisfactorio.

Con bomberos y partidarios en todas partes, Chacho tenía siempre conocimiento de las tropas de ganado o de carretas que marchaban para el ejército nacional.

Y él daba vueltas, marchaba y contramarchaba, a corta distancia de ellas, mientras más lejos se le creía, hasta que lograba tomarlas al descuido y sorprenderlas durante el sueño, arrebatándoles cuanto llevaban.

Y aquí venían las correrías asombrosas, donde Chacho revelaba y ponía en juego toda su astucia.

El parte de lo sucedido llegaba bien pronto al ejército y éste se ponía en movimiento con toda la rapidez necesaria.

El Chacho debía ir muy pesado con el botín que acababa de hacer, y no sería difícil alcanzarlo.

Era cuestión de un par de marchas forzadas, y nada más.

Llegados al teatro de la acción, emprendían la marcha en la dirección que se decía llevaba Chacho y al poco andar avistábase un alegre campamento.

El ejército era también sentido por los montoneros, que a su vista montaban a caballo y se ponían en marcha en una dirección dada y manteniéndose a la vista de sus perseguidores, a una larga distancia.

Ambos ejércitos marchaban día y noche, sin la menor tregua, unos pugnando por alcanzar a los que huían, y éstos haciendo lo posible por no dejarse alcanzar, dificultando la marcha de sus perseguidores, en los más intransitables caminos.

Al cabo de una marcha de dos o tres días, cuando más postrado creían al enemigo, éste, a la vista del ejército, se dispersaba en todas direcciones, fraccionándose en pequeños grupos y golpeándose alegremente la boca.

Para dispersarse de aquella manera era necesario abandonar el arreo que llevaban.

Y creyendo encontrarlo por allí donde habían hecho la dispersión marchaban con más bríos que nunca.

Pero no hallaban ni un solo caballo cansado, no ya hacienda vacuna.

Fraccionar una división, para perseguir aquellos grupos, era un disparate, y no había más remedio que conformarse con la burla y emprender nuevas operaciones.

Aquella dispersión la efectuaban los montoneros siempre al caer la tarde, de modo que al poco rato cerraba la noche y quedaban perfectamente seguros de no ser perseguidos.

¿Cómo se explicaba que los montoneros hubieran salvado el botín, en una dispersión individual como aquella?

De una manera muy sencilla, en la que no cayó el ejército de Paunero sino a fuerza de repetirse.

La maniobra era sin embargo muy sencilla.

En cuanto Chacho se apoderaba de algún arreo fuerte o una buena cantidad de víveres, después que el enemigo sorprendido se retiraba en derrota y sin que él se preocupase en perseguirlo, dividía su fuerza en dos divisiones, una más fuerte que otra.

La división más débil, pero mejor montada, maniobrada en el acto con rumbo a La Rioja, por los montes más cercanos, llevando el botín de guerra.

Esta división llevaba orden de no preocuparse más que en llegar a su destino y de huir abandonándolo todo en caso que se encontrara con fuerzas muy superiores. La segunda división quedaba con Chacho, siguiendo la marcha de la primera, pero más lentamente y como buscando ser alcanzado por un enemigo que no tardaría en aparecer.

Y mientras los primeros marchaban día y noche con el descanso indispensable para no fatigar mucho las caballadas, él campaba de noche, pero observando una vigilancia extrema hasta cierta distancia, donde establecía su campamento permanente.

Sentido el ejército que se aproximaba, Chacho hacía montar a caballo, levantaba campamento y se ponía en fuga, cuando el enemigo lo había visto, pero teniendo cuidado de llevar una dirección diametralmente opuesta a aquella que llevaba la división que había despachado con el botín, la que debía estar ya muy lejos, o en completa seguridad según el tiempo que había tardado en apurarse el ejército.

Chacho llevaba así al ejército en una falsa persecución, alejándolo precisamente del objeto que creía perseguir, todo el tiempo que necesitaba para la completa salvación del arreo.

Y sólo cuando creía inútil entretenerlo más porque ya lo había alejado muchísimo de aquellos, se dispersaba a su vista, después de haber dado a sus tropas punto de reunión en día fijo.

Si el ejército que lo perseguía tenía alguna vanguardia o avanzada débil, Chacho antes de dispersarse le cargaba de firme, haciéndola replegar a sus reservas en la creencia de que al fin Chacho iba a presentar batalla.

¡Triste era luego el desengaño al verlo dispersarse de aquella manera!

Pero no había más remedio que tener paciencia, puesto que la noche cerraba y no tenían ni siquiera el consuelo de perseguir los grupos más grandes, para hacer algunos prisioneros.

De esta manera, Chacho ponía en salvo las presas que lograba hacer al gobierno, hasta que a fuerza de repetir su juego fue pronto comprendido y turbado.

Pero bien pronto halló Chacho el remedio reparador.

Cuando vio que su táctica había sido descubierta, porque el enemigo, desdeñando seguirlo, se lanzó detrás de la rastrillada de la división que quería salvar, empezó él con la suya a

hostilizarlo picándole la retaguardia y obligándolo a pelear.

Pero todo fue inútil, porque alcanzaba su primera división, fue dispersada y perdió el botín, aunque para recuperarlo fue necesario pelear reciamente, pues Chacho atacó la retaguardia, mientras la primera división se unía al lado derecho y lo flanqueaba por allí. El combate fue duro, pero fatal para las armas del Chacho, que fueron vencidas y obligadas a dispersarse.

La manera como Chacho modificó su eterno plan era simple y astuta.

En vez de poner el botín en la primera división que despachaba adelante, como lo hacía antes, lo dejó entre la tropa que quedaba con él.

El ejército seguía entonces como la última vez, la rastrillada que iba dejando aquella, desdeñando seguir a Chacho que se alejaba por dirección opuesta, llevándose esta vez todo el botín.

Chasqueados así, el ejército se encontró confundido, porque comprendió la variante hecha por Chacho; pero ya no supo a qué atenerse.

¿Cómo haría en adelante para saber en cuál de los dos cuerpos de montoneros iba el botín que quería recuperar?

Y se hallaron nuevamente burlados por aquel hombre extraordinariamente astuto y previsor.

No había más remedio que tratar de encerrarlo entre varias divisiones, para obligarlo al combate; pero esto era casi imposible, pues cuando lo creían en La Rioja estaba en Córdoba y, cuando iban a buscarlo a Córdoba, se tenían noticias que andaba en La Rioja.

El medio más eficaz de obligarlo a pelear y tomarlo era tener un cuerpo de ejército en cada provincia, para batirlo allí donde se presentaba; pero para esto sería necesario unos veinte mil hombres por lo menos, y mandados por jefes muy competentes para no exponerse a la vergüenza de que Chacho, de provincia en provincia y con un ejército poderoso, fuera sorprendiéndolos y batiéndolos en detalle.

Esta era la verdadera situación del ejército cuando el coronel Sandes era conducido a Mendoza, en tal mal estado de salud.

Con asombro de los médicos y de los amigos se levantaba de una manera increíble y su físico poderoso iba burlando todas las predicciones y temores de los médicos.

-¡Es asombroso! -decía el doctor Day, su médico de cabecera- yo nunca he visto a un hombre vivir veinticuatro horas en semejantes condiciones, y éste no solamente vive sino que va a curarse, al paso que va.

-Es una naturaleza excepcional -agregaba el doctor Norton-; en ese cuerpo hay heridas capaces de producir la muerte de un toro, no ya de un hombre, y ya ve usted que vive con ellas sin que le causen el menor inconveniente.

"Por eso es que, respecto al coronel Sandes, siempre he reservado mi diagnóstico y lo reservaría aunque le viera el corazón partido por una bala."

El doctor Villanueva, que era el otro médico, opinaba como Day, añadiendo que él no tendría inconveniente en afirmar que Sandes curaría, y curaría pronto.

-Son naturalezas que están fuera de toda regla médica -decía-: su mejor remedio es el reposo, así es que si logramos que se mantenga en un absoluto estado de quietud, el hombre está salvo.

Escarmentando con lo que ya había pasado anteriormente, soportaba sin contradecirles las disposiciones de los médicos y se mantenía en estado de absoluta quietud.

Con aquella bravura tan natural en él, escuchaba lo que decían sus médicos, y respondía:

-Francamente, yo no he nacido para morir de esta manera, lejos de mis soldados y entre las drogas de los médicos.

"Mi muerte ha de ser al frente de mi valiente regimiento 1º, y dando sus más bellas cargas; de otro modo no le permito a la muerte que venga a paralizar para siempre mi corazón y mi

brazo."

-Ya no hay que pensar en la muerte -respondió Villanueva-, si usted no se encapricha más en rodar de un lado para otro hasta no estar bueno, yo le respondo de su vida.

-Estaremos quietos, estaremos quieto, no hay cuidado: tengo aún muchas cosas que hacer en el mundo para dejar que me lleve la trampa así nomás; la he de pelear hasta que la ponga en derrota.

El coronel Sandes tenía en Mendoza sus mejores relaciones, porque era la provincia que más había frecuentado y a cuya paz y tranquilidad había prestado servicios estimables, librándola de más de una convulsión interna que hubiese dado en tierra con su gobierno.

Porque en Mendoza, como en todas las provincias, había chachistas que sólo esperaban una oportunidad favorable para entregarla a Peñaloza.

Así es que el más leal amigo de Sandes y el que más empeño tomaba por su pronta curación era el gobernador Molina.

Sandes, como todos los hombres que han tenido mando, tenía algunos odios que había levantado con su rigidez y su dureza, pues ya sabemos que su carácter era duro por naturaleza y por el hábito de tener que lidiar con toda clase de gente.

Algunas familias lo detestaban porque no había hecho lugar a sus pretensiones y ruegos, y otras le habían jurado venganza por cuestión de castigos de parientes y amigos destinados a los cuerpos de línea.

¿Pero quién se atrevía a llevar a cabo una venganza, tratándose del coronel Sandes?

Ni con la mayor seguridad de matarlo lo hubieran intentado, por el ejemplo que dejaron aquellos que quisieron darle muerte traidora.

Tenían la conciencia que antes de morir, siempre tendría Sandes tiempo de tender a sus pies al asesino.

Sólo estando postrado en cama y sin poder moverse hubieran realizado el crimen tan deseado por muchos; pero el alojamiento de Sandes, por estas mismas razones, estaba sumamente vigilado.

Tres o cuatro oficiales se turnaban siempre en el servicio de acompañarlo, y los asistentes no se movían fuera del alcance de su voz; además de que no se permitía la entrada sino a personas determinadas y bien conocidas.

Así, toda intentona de crimen estaba prevista y no sería imposible realizarla.

Sandes empezó a mejorar sensiblemente, hasta que al cabo de quince días abandonaba el lecho, en un estado de franca convalecencia.

Esto dio lugar a la alegría de sus amigos; alegría que se demostraba de toda maneras, preparando fiestas y haciendo mil proyectos de paseos para cuando Sandes pudiera salir y asistir a ellas.

Entre las fiestas proyectadas, había un paseo con su correspondiente almuerzo, comida y baile, en la quinta de la familia Recuero, situada en Luján.

A esa fiesta debían concurrir todos los amigos de Sandes y las familias más conocidas de Mendoza, y era preciso esperar entonces, para su mejor brillo, a que el coronel Sandes estuviera perfectamente bueno, pues que la fiesta tenía lugar en honor suyo.

El gobernador Villanueva, como amigo más íntimo de Sandes y como gobernador que era, estaba invitado para hacer los honores de la fiesta, con autorización para invitar a todas las personas que quisiera llevar para darle más animación y esplendor.

Sandes tenía noticias de aquella fiesta y deseaba estar bueno lo más pronto posible, para asistir a ella sin la menor preocupación.

Aunque se habían hecho preparativos de primer orden para dar a la comida un carácter de banquete, no faltarían ni la carne con cuero ni el rico asado al asador, ni aquellos platos

esencialmente criollos, que valían para Sandes más que un banquete entero.

El vino de la tierra y los exquisitos dulces, en que es especial Mendoza, no debían de faltar tampoco.

Todo esto, sazonado con una buena noche de baile, prometía una fiesta digna de hacer cualquier sacrificio por no faltar a ella.

El deseo por una parte, y la buena convalecencia por otra, pusieron al coronel Sandes en estado de poder concurrir a ella pocos días después, trasladándose a Luján a caballo con la mayor tranquilidad para no agitarse.

Junto con él iban el gobernador Molina y todo lo más distinguido que en hombres tenía la ciudad de Mendoza, acompañándolo de cerca el capitán Maldonado, coronel hoy, que no se le separaba un momento y el capitán Ramírez, joven oriental, a quien distinguía también mucho Sandes.

Su hijo Pablo, teniente en el regimiento primero, a quien el coronel tenía un gran cariño, iba también a su lado, sin querer separársele un momento.

Estos oficiales temían que el viaje a caballo pudiera ocasionarle una recaída y querían observarlo de cerca para poner pronto remedio si sus temores llegaban a realizarse; aunque los médicos habían asegurado que no había ya el menor peligro, porque el coronel estaba francamente restablecido.

Sandes iba contento, animado de excelente humor y encontrando en todo motivos de bromas y frases traviesas.

Cuando ellos llegaron, ya en la quinta de Recuero había infinidad de familias que sólo esperaban la llegada de aquellos invitados para principiar las fiestas.

Todo estaba adornado con gusto, pues hacía más de quince días que se preparaba la cosa, esperando el total restablecimiento de Sandes.

Las músicas sonaban por todas partes y los fogones levantaban su alegre y juguetona llama donde se asaban los enormes trozos de carne con cuero o al asador.

Era imposible hallar más alegría que la que reinaba entre todas aquellas personas, amigas entre sí y reunidas con el único propósito de divertirse, no un día sino una semana, como se usaba en Mendoza.

El almuerzo fue alegre, cordial y opíparo, sin que se interrumpiera un momento el alegre sonido de las músicas.

Sandes, después de tanto encierro y quietud, se hallaba rejuvenecido al encontrarse entre tanto amigo y tanta familia alegre y distinguida.

El mismo decía que se encontraba transformado y rejuvenecido de veinte años por lo menos.

Sus oficiales, gente alegre y traviesa, rebosando en juventud, animados por el estado de su coronel, se entregaban sin reparo a los goces de aquella agradable fiesta, bailando sin descanso y acudiendo a todas partes donde había algún motivo de risas y chacotas.

Y así se pasó el día, sin que una sola sombra viniera a turbar la alegría general.

Concluida la comida, que fue espléndida y racionada con los mejores vinos, siguió bailándose con creciente animación, sin que ésta decayera un solo momento.

Y se pasó una noche verdaderamente feliz, sin que el coronel Sandes hubiera experimentado la menor novedad que pudiese hacer temer una recaída.

Sandes estaba entonces radicalmente bueno y no había que temer la menor novedad.

Como su salud estaba delicada y susceptible de algún contratiempo, se retiró relativamente temprano a descansar en la pieza que con aquel objeto se la había destinado.

Su hijo, con Maldonado y Rodríguez, abandonaron también la fiesta para cuidar al amigo y al jefe, en previsión de cualquier cosa que pudiese sucederle.

Al día siguiente, el coronel Sandes no se encontraba tan bien como el anterior.

Sus amigos pensaron que había comido demasiado y que la mala noche, después de haber estado habituado a un régimen tan cuidadoso, pudiera haberle hecho mal, pero que sería un mal pasajero.

Había la coincidencia de que el gobernador Molina, el capitán Rodríguez y alguna otra persona más de la intimidad de Sandes no se sentían bien tampoco.

Pero se recordaba que éstos precisamente habían comido con exceso y no se pensó más en la cosa.

Ese día, aunque Sandes sentía una molestia inexplicable, quiso ir hasta Los Olivos, plaza del campamento, a dar un paseo y visitar su regimiento allí acampado, su valiente regimiento al que no había visto en tanto tiempo.

A este paseo quisieron oponerse sus amigos y oficiales, precisamente por esa incomodidad que experimentaba.

Pero Sandes les manifestó que aquello era pasajero y que, por el contrario de lo que temía, el ejercicio haría más pronto el inconveniente.

-Es la digestión turbada por el exceso en la comida -agregó-: el movimiento me hará bien.

El gobernador Molina estaba más caído: su novedad parecía más seria, y se retiró a la ciudad, temiendo agravarse más.

Aunque el viaje había sido sumamente tranquilo, Sandes empezó a sentirse muy mal, muy molesto; pero sin ninguna de las novedades que había experimentado anteriormente, lo que le hacía creer que era algo nuevo y pasajero.

La herida no le causaba la menor molestia ni sentía aquella postración de muerte que lo aquejara otras veces.

Su enfermedad debía estar en el estómago, porque era allí donde sentía todo el mal, con puntadas raras.

Y como esto era lo mismo que sentían Molina y Rodríguez, Sandes se afirmó más en creer que algo de la comida se les había indigestado y que por consiguiente pronto pasaría.

La expresión de su semblante era tan extraña que sus oficiales se alarmaron muchísimo, invitándolo a seguir a la ciudad inmediatamente, a lo que Sandes se opuso diciendo que aquello pasaría e insistiendo en que no era más que una indigestión.

-A fuerza de dietas -dijo sonriendo-, le han quitado a mi estómago la costumbre de comer: así es que el primer alimento le ha caído como un plomo.

Ya verán cómo mañana no tengo nada.

Aquel día lo pasó relativamente bien: visitó su regimiento, compañía por compañía, con la alegría de sus soldados demostrada de todos modos.

Ya hemos dicho que, a pesar de la dureza que le era habitual el coronel Sandes, era muy querido de la tropa y de la oficialidad.

El soldado perdona a su jefe todas las crueldades y todos los abusos, con tal que lo lleve valientemente al combate y lo haga lucir en él.

El primero de caballería estaba ensoberbecido con su fama tan bravamente adquirida, peleando siempre como leones, bajo la guía de aquel jefe imponderable.

Todo el regimiento, que había sabido con profunda pena la gravedad del estado de su jefe, le hizo mil demostraciones de cariño al verlo llegar a caballo y aparentemente bueno.

Ya no permanecerían más en la inacción absoluta, pues el coronel, bueno, no tardaría en marchar en busca del enemigo.

Nuestro soldado a este respecto es excepcional.

La vida de guarnición le fastidia de una manera horrible, porque según él no ha nacido para estar en el cuartel, brazo sobre brazo.

Es verdad que la vida del cuartel entre nosotros es monótona y aburrida.

El soldado no tiene ninguna distracción, ninguna diversión, deseando todas las felicidades y ventajas de la ciudad, que pasan delante del cuartel desesperando su deseo.

Habitado a la vida activa del campamento y de la frontera, donde su espíritu se distrae con los mil incidentes de aquella vida, anhela el campamento y la batalla, que es para él un día de fiesta y de gloria.

Es verdad que, en la vida de campaña y de frontera, las privaciones son muchas y la miseria desesperante muchas veces; pero esto mismo tiene para él un atractivo especial, y desea que no haya qué comer, pues así le darán licencia para que salga a bolear y a cazar mulitas, únicos momentos en que goza de toda su libertad.

Las mujeres del campamento hacen tortas fritas, y se sale, aunque momentáneamente, de la monotonía habitual.

Así, el regimiento 1º vivía sofocado, de guarnición en Mendoza, donde estaban como prisioneros de guerra.

Por eso es que al ver bueno a su jefe habían sentido rebosar su espíritu de alegría, pensando que bien pronto emprenderían con él sus correrías y campañas y sus interminables persecuciones al Chacho.

Aquellos grandes y vírgenes montes les ofrecían una excepcional abundancia de leña, y como tener leña importaba tener fuego y tomar mate, aunque sea con pasto seco, los soldados estaban siempre alegres.

En la salud de Sandes veían pues la señal de una pronta marcha, y se entregaron por completo a la más franca manifestación de alegría.

Sandes veía con un placer incalculable, con una satisfacción íntima y profunda, la alegría que respiraba todo aquel cuerpo que encerraba el recuerdo más cariñoso de sus tiempos y de sus glorias.

El había educado desde reclutas la mayoría de aquellos soldados heroicos y de aquellos oficiales, compartiendo con ellos todas las miserias y todos los peligros.

Así es que su satisfacción era inmensa al ver la alegría y el cariño con que lo habían recibido.

Molesto por la incomodidad que sentía, incomodidad que iba en aumento a pesar de sus esfuerzos por dominarla, visitó el campamento escudriñándolo todo, y a la tarde se retiró al alojamiento de Segovia, donde se acostó.

Quería regresar a la ciudad al siguiente día y ponerse en campaña así que se sintiera bueno.

No teniendo síntomas de la enfermedad que lo había postrado anteriormente, estaba satisfecho, pues lo demás ninguna gravedad podría tener.

Pero Sandes no pudo conciliar el sueño en toda la noche, porque el ardor del estómago no le dejaba un momento de reposo, y sentía su cuerpo fatigado, como si hubiera hecho una marcha de una semana.

A nadie incomodó, sin embargo, no sólo para dejar descansar bien a sus compañeros, cuanto para no alarmarlos con vanos temores.

A la madrugada logró dormir un poco, pero fue para despertarse peor contra todas sus creencias.

Los dolores del estómago se habían extendido al vientre y el decaimiento raro de todo su cuerpo no le permitía hacer libremente el movimiento más leve.

Cuando sus amigos se acercaron a su cama, extrañando no verlo levantado, no pudieron contener un movimiento de asombro ante el aspecto de su semblante.

Lívido hasta lo cadavérico, tenía los ojos hundidos dentro de las órbitas, rodeadas de un círculo violado.

La boca tenía una expresión de sufrimiento inconsolable y los labios secos, en una contracción extrema, daban a la boca un aspecto raro y desagradable; parecía la boca de un

cadáver.

Su palabra era difícil y penosa, viéndose los esfuerzos tremendos que hacía para disimular su estado.

Al sinnúmero de preguntas que todos le dirigían cariñosamente, respondía que se hallaba lo mismo.

-Es extraño lo que siento -dijo-: no he podido dormir en toda la noche y tengo el cuerpo como si hubiera recibido una paliza.

Voy a vestirme ahora mismo para que sigamos a la ciudad; quisiera hacerme ver en el acto, porque mi estado es raro: parezco un envenenado.

"Si no fuese por el paraje donde hemos comido, yo diría que me habían dado veneno; veneno que sin duda no he tomado en la cantidad suficiente para reventar en el acto."

Todos abrieron tamaño oído ante tan graves palabras, pues ninguno podía sospechar en un envenenamiento en la quinta Recuero, y esto no podía haberse hecho sin que hubieran caído otras víctimas, porque Sandes no había tomado nada especial, y los únicos enfermos que habían resultado eran los tres que nombramos ya.

A Molina y a Rodríguez ningún interés había en envenenarlos, suponiendo fuera esto lo que tuviera Sandes.

Sandes mandó ensillar un caballo, vistiéndose sin gran trabajo, puesto que para desnudarse no se había quitado más que las botas y el saco.

Pero cuando trató de ponerse en pie, el coronel Sandes vio con desesperación que no podía hacerlo, porque sus piernas no tenían fuerzas para sostener el cuerpo.

Su voluntad poderosa hizo varios esfuerzos; pero igualmente inútiles, porque no pudo tenerse en pie.

-Lo que usted tiene, mi coronel, ha de ser una fuerte recaída -dijeron a Sandes-, y entonces lo que le conviene es no moverse de aquí.

-Es una enfermedad nueva que nunca he tenido -respondió Sandes débilmente-, extraña a mi estado anterior y a mi herida.

"Por eso es que quiero ir cuanto antes a la ciudad para atenderme y salir pronto de este estado amolador."

Sandes se hizo tener el caballo y, ayudado por dos oficiales, intentó de hacerse subir a caballo, pero si no había podido pararse, menos podría sostenerse sobre el caballo.

En vano hizo dos o tres esfuerzos violentos con despecho creciente al ver que esta vez la materia podía más que la voluntad, y se resignó, aunque con una ademán de ira, confesando que no podía.

-¡No puedo! -exclamó con amargura, y apenas tuvo fuerzas para levantar el puño y dejarlo caer sobre las pistoleras en señal de despecho.

En el estado del coronel, era sumamente urgente llevarlo a Mendoza y, como traer carro o volanta para conducirlo, sería largo y el movimiento del rodado mortificante, se resolvió trasladarlo en una cama, hasta la quinta de Villanueva, que era la que quedaba más próxima.

Despojado de la ropa que podía serle molesta, acomodado en la camita y bien cubierto, fue conducido por los soldados necesarios hasta la quinta mencionada, sin que opusiera el menor inconveniente ni resistencia; señal marcada del estado de postración en que se hallaba.

A su pedido lo acompañaban el capitán Maldonado y Rodríguez, que se había mejorado sensiblemente con un fuerte vomitivo que se recetó y tomó él mismo y que lo alivió muchísimo.

En la quinta de Villanueva se reunieron nuevamente los doctores Norton y Day, que examinaron a Sandes, conviniendo en que era una enfermedad nueva y algo sospechosa por los raros síntomas que presentaba.

El diagnóstico fue reservado por los médicos, notando que la dolencia de Sandes era exactamente igual a la que aquejaba a Molina.

Manifestaron que el estado del enfermo era muy grave y sumamente delicado, al extremo de que cualquier descuido podría producir la muerte inmediata.

Desde aquel momento Maldonado y Rodríguez se hicieron cargo de la asistencia del enfermo, a no separarse un momento de la cama, para lo cual se turnaban día y noche.

El teniente Sandes se había trasladado también allí para turnarse en la asistencia de su padre. Pero éste estaba tan habituado a Maldonado, que no quería que se separase de su lado sino en caso de necesidad apremiante.

Así es que este oficial no tenía de reposo más momentos que aquellos en que Sandes se dormía; momentos que eran harto escasos, pues, febril y agitado, el enfermo lo pasaba despierto día y noche.

Nueve días llevaba ya Sandes sin que su estado se modificara absolutamente.

Tenía momentos de mayor alivio, días en que se sentía más fuerte y animado, pero aquellos no duraban mucho, volviendo a caer en aquella postración y desaliento que tanto desesperaba a sus amigos y a los médicos, que no comprendían exactamente su causa.

Las sospechas eran tan graves, que no se atrevían a comunicárselas entre ellos mismos.

Aunque nadie sabía de dónde hubiera partido el rumor de que tanto Sandes como Molina habían sido envenenados, corría en todos los círculos con misterioso terror.

No se podía lanzar una acusación de aquella magnitud sin una prueba palpable, y ésta, por el momento, parecía no existir ni aún para los mismos médicos.

Se veía que aquella vida iba apagándose poco a poco, que aquel hombre debía sufrir inmensamente; pero su espíritu no decaía, no se acordaba por su estado, ni se dejaba abatir lo más mínimo.

Lo que más sentía era la inacción en que se veía condenado, porque se sentía impotente para dominar la enervación de la materia.

-Esta bebida verde que me dan -decía- creo que no me hace nada.

"Me mortifico para tomarla sin el menor resultado favorable: yo creo que no me entienden lo que tengo y están tratando de curarme a cálculo."

El capitán Maldonado trataba de conformarlo, demostrándole que era necesario tener paciencia.

Pero para un hombre como Sandes era muy difícil resignarse a semejante estado de postración y de impotencia.

-Es preciso hacerles confesar la partida, y que digan de una vez si esto tendrá una terminación buena o mala.

"Hasta ahora no me han dicho lo que yo tengo ni el verdadero estado de gravedad en que me hallo.

"Yo creo que no será por ocultármelo, sino porque no tendrán seguridad; pero esta incertidumbre ya se me hace molesta."

Maldonado interrogó a los facultativos, pero éstos todavía reservaron su diagnóstico terminante.

No podían comprometer una opinión decisiva, hasta que la enfermedad no presentase algún síntoma que estaban esperando.

-Es un estado muy grave -decían-, sumamente grave, que puede modificarse o terminar con la muerte, pero que hasta ahora no puede decirse la marcha que seguirá la enfermedad, pudiendo ser la mejoría como la muerte.

"Sin embargo es bueno tener todas las esperanzas, porque no será extraño que al fin afloje y el enfermo marche rápidamente a su restablecimiento."

Maldonado, con semejante modo de pensar, estaba muy afligido; temía que de un momento a otro su jefe y amigo se le fuera de entre las manos, pues veía la absoluta inseguridad en que estaban los médicos.

Pero lejos de revelarle sus temores, le daba a entender que la enfermedad, aunque grave, no tenía un carácter mortal.

Sandes sonreía como si dudase de lo que Maldonado le decía y de la opinión de los médicos.

-Desde que he caído enfermo mi mal no cede ni se modifica - decía -: mucho me temo que acabe conmigo.

A pesar de todo esto, él no perdía su entereza, y experimentaba muchos momentos de buen humor siempre que se sentía más tranquilo.

Diez días habían pasado ya, y el coronel Sandes sintiéndose algo mejor, pidió a Maldonado le leyera un poco de la *Historia de San Martín*, cuyos interesantes pasajes lo distraían bastante, haciéndole olvidar sus molestias.

Aquel día estaba bastante mejor, al extremo que interrumpió la lectura para decirle:

-Mañana me levanto.

-Pero lo mismo que se siente mejor, ¿no es una locura -contestó Maldonado-, y una locura imperdonable?

"Si se levanta puede muy bien reagravarse, mientras que, si sigue tranquilo, la mejoría seguirá también y pronto quedará en derrota la enfermedad.

-No sólo me voy a levantar -dijo Sandes, incorporándose en la cama-, sino que voy a montar a caballo, no sea el diablo que vaya Chacho a andar creyendo que me he muerto, lo que no me sienta por parte alguna.

-Deje que crea lo que quiera, que así será mejor el chasco, pues no es lógico que porque el Chacho crea o no crea una cosa, vaya usted a comprometer su salud y su vida.

-Yo estoy bien ya -insistió Sandes-: la enfermedad ha dado media vuelta y se ha puesto en fuga, es preciso perseguirlo para que no pueda rehacerse más.

Maldonado, que conocía a fondo el carácter de su jefe y amigo, comprendió que no había medio de hacer resistir a Sandes de su propósito.

Contradiciéndolo sólo lograría irritarlo, lo que podía causarle un serio trastorno en su enfermedad.

Así, resolvió guardar silencio, esperando que al día siguiente tal vez no pensase de la misma manera, y se quedaría tranquilo en la cama.

-Hágame el servicio -añadió Sandes, viendo que ya Maldonado no contrariaba sus deseos- de hacerme ensillar para mañana el tordillo de Villanueva, que es un gran caballo, y muchas veces me lo ha ofrecido.

El tordillo aludido era un espléndido caballo que tenía Villanueva, jefe de policía, y que varias veces había ofrecido a Sandes sin que éste quisiera aceptarlo.

-Cuando Chacho sepa que ando en el tordillo de Villanueva, verá que no estoy tan enfermo como se dice y se pondrá sobre aviso: ¡yo soy para morir mucho más duro de lo que piensan! Aunque Sandes hablaba con mucha naturalidad y sumamente tranquilo, Maldonado notó algo extraño en el acento y en la expresión de la fisonomía.

Algo de delirio había entre lo que Sandes hablaba, y esto lo aterró seriamente.

Hubiera preferido verlo postrado, que animado por una mejoría tan rara y tan súbita.

Sandes además estaba más pálido que los días anteriores, y bajo sus párpados empezaba a marcarse un semicírculo violado, de mal carácter y de peor presagio.

De rato en rato era acometido de un ligero temblor que pasaba prontamente, pareciendo que el enfermo no lo notara.

-Estoy mejor ¡qué diablos! -dijo, y volvió a recostarse tranquilamente, siempre sonriente y

siempre conversando de su paseo proyectado para el día siguiente.

Maldonado seguía escuchándolo sin contradecirlo pero sintiendo un vago presentimiento porque aquel estado de mejoría, para él, no era natural.

Así estuvo Sandes hablando por espacio de un cuarto de hora, al fin del cual dijo a Maldonado que sentía un poco de sueño y que quería dormir.

-Un sueñito -agregó- concluirá de restablecerme, ya verá bien me despierto: los médicos cuando me vean se van a caer de espalda.

Maldonado pensó también que un buen sueño calmaría la agitación nerviosa del enfermo, modificando sus ideas y planes de paseo.

Y acercándose al lecho acomodó a Sandes dándole vuelta del lado de la pared y arropándolo con delicado esmero.

Observó un momento al enfermo, y pareciéndole que ya dormía, se alejó de allí en puntas de pie para no causar ruido, y mandó a Rodríguez lo reemplazara al lado de Sandes, mientras él también se entregaba al reposo.

Ya hemos dicho que Maldonado no dormía sino los cortos momentos que dormía Sandes: la última noche la había pasado completamente de pie y sentía la necesidad de dormir aunque fuera un par de minutos.

Pero en vano se tendió un catre e hizo lo posible por llamar al sueño: se levantó al cabo de diez minutos sin haber podido descansar.

Sentía una molestia, un raro malestar que no podía explicarse, y su pensamiento vuelto a Sandes se forjaba los cuadros más tristes.

Maldonado volvió a la pieza del coronel y clavó los ojos en la cama.

Estaba en la misma posición que lo había dejado diez minutos antes, pareciéndole que no había hecho el menor movimiento.

Maldonado se acercó al lecho y escuchó atentamente, pareciéndole que no respiraba.

Preguntó entonces a Rodríguez si había ocurrido algo, pero éste le manifestó que el coronel no se había movido, pero que a él le parecía que estaba bien y tranquilo.

-No me gusta nada esta inmovilidad y esta respiración que no se siente -contestó Maldonado-; no sé por qué me parece que el coronel está hoy peor que ayer: yo estoy alarmado sin saber positivamente a qué atribuir esta alarma.

Maldonado volvió a acercarse al lecho, y bajando la cabeza hasta la de Sandes, escuchó atentamente para ver si lo sentía respirar, pues no quería tocarlo para no turbar su sueño, si es que dormía.

Sandes dio vuelta entonces lentamente y tomando la mano a Maldonado llevósela sobre la frente.

-Tengo la frente helada -le dijo-, ¿no le parece? pero sin embargo me siento mejor, no experimento la incomodidad más leve y creo que este sueñito me ha venido de perilla.

La frente de Sandes estaba realmente helada y un sudor frío empezaba a brotar del semblante, que estaba lívido y desencajado.

Su voz era más débil que antes, pero clara, tranquila, preguntándole de nuevo si había mandado preparar el tordillo.

Maldonado preparó la cucharada de la bebida verde que le daba cada hora, y la ofreció al coronel que la tomó sin violencia y hasta con agrado: lo que no había sucedido nunca.

-Esta bebida me ha sentado hoy mejor que nunca -dijo-: será lo que estoy tan mejor.

Pero enseguida cayó en una especie de estupor raro e imponente.

Maldonado mandó llamar a Segovia, quien se apresuró a venir inmediatamente, calculando que cuando Maldonado lo mandara llamar con urgencia, era porque algo grave debía suceder.

Cuando Segovia llegó, el coronel Sandes continuaba bajo la impresión del estupor que tanto

había alarmado a Maldonado.

Se mandó en el acto a buscar a los médicos, que tardaron bastante en venir, porque estaban al lado del gobernador Molina, cuyo estado, como el del capitán Ramírez, amenazaba una catástrofe.

Y el rumor de que los tres enfermos habían sido envenenados, se acentuaba cada vez con más insistencia.

Nadie sabía de dónde había partido, pero todos lo repetían con igual seguridad.

Las alarmas de Maldonado fueron corroboradas por los médicos, a la tarde, cuando vinieron a examinar al coronel.

A solas opinaron que el coronel no tenía cura y que el mal había hecho progresos terribles.

Sin embargo, todas las manifestaciones habían cesado.

A la caída de la tarde el coronel Sandes se dio cuenta de la gravedad de su estado, pero no dijo a este respecto la menor palabra.

Espíritu eminentemente valiente, la muerte no podía causarle el menor temor, cualquiera que fuera la forma en que se le presentara.

Al contrario, desde que se dio cuenta de su estado, empezó a hacer esfuerzos por mostrarse más calmado y más alegre, para no afligir a aquellas personas que el cariño había reunido a su lado.

A intervalos largos y con voz debilitada por la muerte, hablaba de cosas indiferentes ajenas a su persona.

-Yo sé que me muero dijo al fin-, y es inútil disimular las cosas cuando se trata de hombres en la extensión de la palabra.

"Algún día había de suceder esto, ¡qué diablo! puesto que la muerte es el fin forzoso de la vida, en una u otra forma, pasemos pues más tranquilos y alegres los últimos momentos que nos quedan para estar juntos."

Al acercarse la muerte, Sandes se mostraba en todo el soberbio apogeo de su valor indómito. Era el león que doblaba tranquilamente, mansamente, la altiva cabeza, buscando la posición más cómoda para esperar la muerte.

Hizo sentar a Maldonado cerca de sí, al alcance de su mano, y estuvo conversando con él un largo rato.

Aquel semblante, donde la bravura estaba marcada con sus rasgos más enérgicos, se iba descomponiendo poco a poco, tomando una anticipada expresión cadavérica.

Aquellos ojos poderosos, que rodaban entre las órbitas con sin igual fiereza en los momentos de peligro, iban apagando lentamente su brillo y quedando inmóviles como si buscaran un lejano punto de vista.

Y aquella boca, nerviosa y enérgica, sonreía con extraña mansedumbre.

Su mano oprimía la de Maldonado, con presión cariñosa, sin que la idea de la muerte alterara la naturalidad de uno solo de sus movimientos.

A las ocho de la noche, aquel cuerpo atlético y nervioso empezó a velarse, sin que alterara la expresión plácida que había adquirido la fisonomía. Maldonado, tan pálido como Sandes mismo, por el pesar que le ocasionaba su muerte, se puso en pie en un ademán violento.

Sandes fijó en él sus ojos expresivos, sonrió una última vez y rindió la vida con una serenidad tranquila y noble.

El coronel Sandes, cuya lanza había sido el terror en los combates, era un cadáver.

Su voz formidable no volvería a sonar más en la batalla, llevando el triunfo allí donde cargaba seguido de su valiente 1º de caballería: todo había concluido para aquella vida tan exuberante y tan rica en acontecimientos.

Aquella triste noticia se desparramó por Mendoza con gran rapidez, y la casa se llenó de

gente, que venía a tomar noticias exactas, porque no creía el doloroso rumor. ¡Parecía increíble que unos vómitos miserables que nadie había sabido explicar satisfactoriamente, hubieran llevado a la tumba a un hombre tan vigoroso y tan resistente, cuya naturaleza asombrosa había resistido las heridas más tremendas! Aún estaban allí, mudos, aterrados por el dolor y sin querer dar crédito a sus propios ojos, el capitán Maldonado y el teniente Ramírez. Segovia, el leal y valiente Segovia, había quedado aturdido por el golpe: a las nueve de la noche, media hora después de haber muerto el intrépido soldado, los alrededores de la quinta estaban llenos de gente que iban recibiendo la noticia con el mismo dolor, demostrando la misma pena. ¿Qué sería de Mendoza si Chacho llegaba a saber antes de Paunero la muerte de Sandes y el estado moribundo en que se hallaba el gobernador Molina? La situación no podía ser más grave ni más tirante, y el terror había cundido por toda la población: pues se decía que se hallaba Chacho muy cerca de Mendoza. El cadáver de Sandes había empezado a descomponerse de un modo extraño. Poco tiempo después de su muerte el semblante estaba lívido en pequeños cuadrados, por incisiones que parecían hechas a cuchillo. Se registró el cuerpo, los brazos y hasta los pies, y todo se hallaba en el mismo extraño estado. Ya no podía haber la menor duda de que el coronel Sandes había sido envenenado por una sustancia tremenda, cuyos efectos se manifestaban aun después de la muerte misma. El primero de caballería de línea vino a prestar la guardia de honor a aquel jefe extraordinario, cuyo valor y servicio le habían dado el renombre de que gozaba. Todo se preparó con gran pompa para el entierro que debía efectuarse al día siguiente. Los oficiales del 1º daban la guardia de honor alrededor del lecho, que no abandonaban un segundo el teniente Sandes y el capitán Maldonado. Aquel velorio fue de lo más solemne de que hubo hasta entonces memoria en la ciudad de Mendoza, aunque los personajes del gobierno no pudieran asistir a consecuencia de que rodeaban el lecho del gobernador Molina esperando que de un momento a otro dejara de existir. Y así fue en efecto: apenas había sido sepultado el coronel Sandes, cuando, al día siguiente, el gobernador Molina dejaba de existir de un ataque de vómitos sumamente violento, quedando su cadáver, poco después, en el mismo estado que quedara el del coronel, dividido en pequeños cuadrados, y demostrando que la causa de la muerte había sido la misma. El mismo veneno había tomado sin duda en cantidades iguales. El coronel Sandes fue sepultado en atrio de la iglesia de Loreto, haciendo las fúnebres honras de ordenanza, el regimiento primero y la guardia nacional al mando de Augusto Segovia. Al día siguiente era enterrado el gobernador Molina, y al siguiente moría bajo los mismos síntomas el capitán Ramírez, que era el enfermo. Desde este momento no hubo duda de que tanto Sandes, como Molina y Ramírez, habían sido envenenados en el banquete y paseo de Luján. Todo el mundo lo aseguró, sin que hubiera uno solo que lo desmintiera

